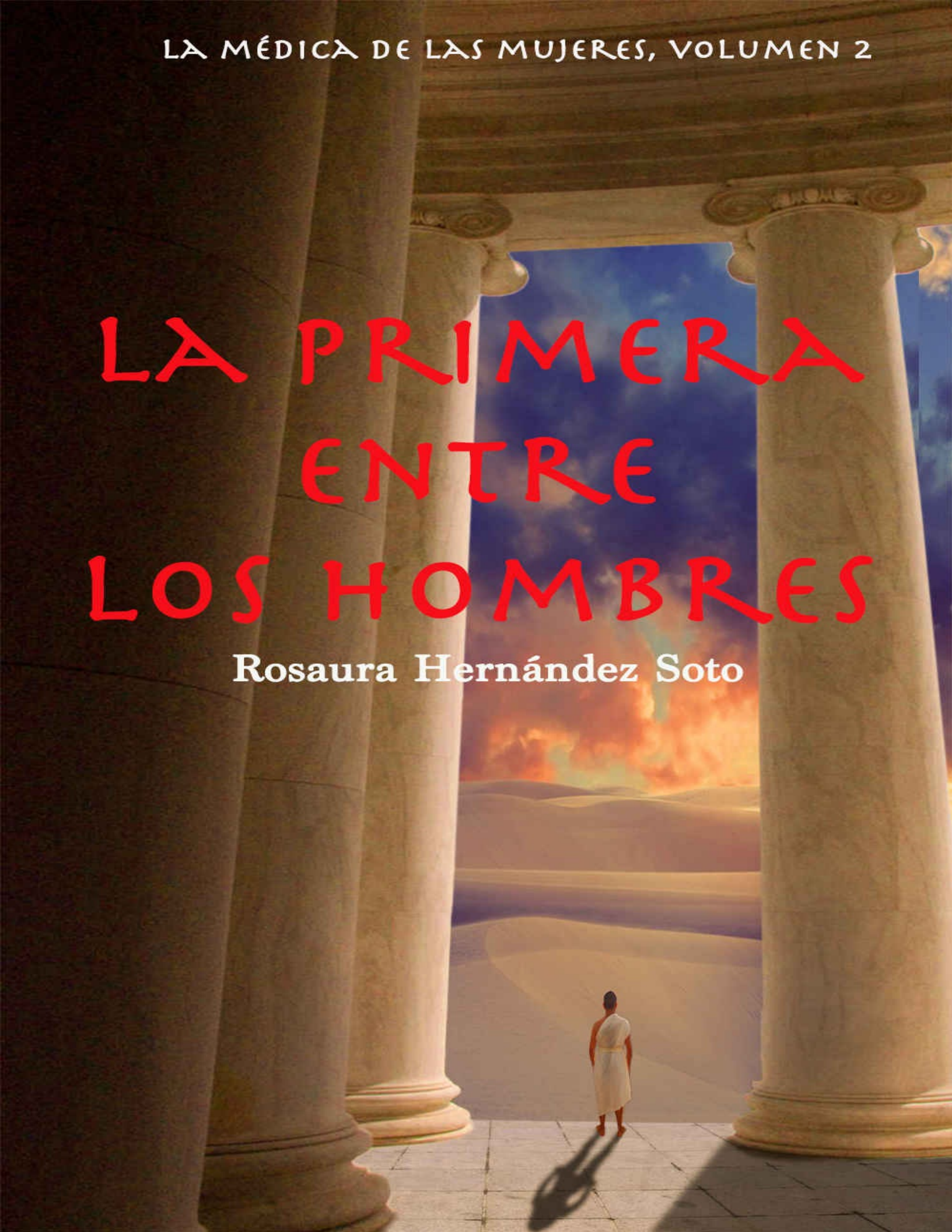


LA MÉDICA DE LAS MUJERES, VOLUMEN 2

LA PRIMERA ENTRE LOS HOMBRES

Rosaura Hernández Soto



LA PRIMERA ENTRE LOS HOMBRES

ROSAURA HERNANDEZ SOTO

VOLUMEN 2

Copyright © 2019
Rosaura Hernández Soto
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de la titular del «Copyright», bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o prestamos públicos, sin permiso de su autora.

Contenido

[Title Page](#)

[Copyright](#)

Quienes no se mueven no notan sus cadenas.

Rosa Luxemburgo

La ciudad del saber

Aleandría

287 a.C.

Agua, sol y algunas aves curiosas: esos fueron nuestros principales compañeros de travesía durante los cuatro abominables días que pasamos en alta mar. Según mi parecer, bien podrían haber sido diez años, pues la falta de descanso y una debilidad cercana a la pérdida de consciencia alargaban nuestras horas hasta tenernos casi al borde del desatino. Pese a la cantidad ingente de higos secos, olivas y tortas con que Eudoxia nos había provisionado, apenas habíamos podido probar bocado. Nuestra estancia se había convertido en un continuo ir y venir a cubierta para expulsar los alimentos que, nada más caer en el estómago, se apuraban a salir de él. Las dos primeras jornadas ocupamos las horas de hastío en conversaciones relacionadas con el destino al que nos dirigía el condenado navío; pero las dos últimas, apenas sin fuerzas ni siquiera para soñar, decidimos reservar nuestra escasa energía sumiéndonos en un silencio similar al del incommensurable mar que nos rodeaba.

Para el resto de la tripulación y los pocos mercaderes que viajaban a bordo, nuestra presencia pasaba casi inadvertida. Solo había una persona a la que mi estancia parecía incomodarle: al capitán. Y no podía culparlo por impacientarse, pues cada día subía a la cubierta para preguntarle el tiempo que quedaba para tocar tierra, y cada día me respondía: «Un día menos que ayer, muchacho». Para mi ventura, el hombre había tenido la deferencia de dejarle a Kissa una vasija para expulsar sus desechos. El resto de los hombres, entre los que ahora me encontraba yo, debíamos hacerlo por la borda, algo imposible para mí. No obstante, algunas veces, obligada por la necesidad de evitar

sospechas, aprovechaba que un grupo de marineros se encontraba en hilera y, dándoles la espalda, imitaba su posición para orinar. Aquello solía divertir a Kissa, pues rompía a reír cuando le relataba mi experiencia.

Recordando una de esas experiencias, entre risas, nos encontrábamos esa noche mi niñera y yo. Me encontraba especialmente tensa debido a la incomodidad que ya empezaba a acusarse en mis músculos y huesos, y a la humedad viscosa que me calaba hasta el tuétano. No había una sola parte de mi cuerpo que no me doliera. Kissa encendió la lámpara con el poco aceite que nos quedaba para el trayecto. Seguidamente, sacó una torta y la dividió en dos mitades. Para nuestro asombro, esta vez nuestros estómagos parecieron recibir los alimentos de buen grado. En aquel momento pensamos que esto era debido a que ya no habíamos acostumbrado al bamboleo del navío, por lo que, alentadas por esa tregua generosa, probamos a sacar el aceite, las uvas pasas, los higos y todo cuanto teníamos para alimentarnos, y lo colocamos ante nuestros ojos ansiosos. Las tortas no estaban más blandas que las suelas de nuestras sandalias, los higos parecían enmohecidos y las olivas eran más hueso que carne; sin embargo, todo cuanto nos llevamos a la boca nos supo a néctar y a ambrosía. Totalmente satisfechas y saciadas, tirada sobre el baúl yo, ella en el suelo recostada, nos dimos cuenta de que las voces de los tripulantes se habían apagado hacía tiempo y de que las olas ya no golpeaban enfurecidas contra la madera que nos envolvía: no es que nos hubiésemos acostumbrado al bamboleo del barco, sino que este había detenido su avance.

Envuelta en la negrura absoluta de aquella noche sin luna, me acerqué al capitán. El hombre, al que a fuerza de incordiar con preguntas conocía más que a ningún otro de a bordo, se giró sin mostrar sorpresa al verme. Por lo visto estábamos a pocas millas del Puerto Magno, pero la oscuridad y la falta de visibilidad para atracar con seguridad nos obligaban a aguardar hasta que el sol nos indicase el camino, para lo que aún faltaban seis horas. Bajé a toda prisa y transmití la buena nueva a Kissa. Ella pronto comenzó a agradecer a sus dioses y a los míos nuestra buena fortuna, y poco después ya tenía dispuestos todos los enseres que usaba cada día para retocar mi disfraz. Ayudada por la llama moribunda de la lámpara, oscureció y pobló mis cejas, rellenó mi barba y aplastó mis pechos rodeando mi busto varias veces con un trozo de lino. Tras su aprobación, decidimos subir a cubierta a esperas de que el sol nos encontrara y nos concediese la oportunidad de ver lo que para mí significaba un nuevo mundo y para Kissa, el regreso a su añorado hogar.

Poco después, con toda la solemnidad propia del amanecer, el cielo

comenzó a llenarse de un pálido celeste. «¡Qué amanecer tan precioso!», pensé en aquel momento. Ahora que por fin había llegado, descansada y con el estómago lleno, todo me parecía más bello, menos tenebroso. Kissa parecía estar de acuerdo, pues contemplaba sin pestañear la ciudad emerger ante nosotras.

—¡Todos a sus puestos! ¡Desplegad la vela!

Nos cogimos de la mano en el momento justo en el que una bandada de aves migratorias nos sobrevoló, adelantándose a nuestra llegada. Pronto, a otra orden del capitán, el navío comenzó con el suave movimiento que nos llevaría a tierra firme. Como si de un ciego que acabara de recuperar la visión se tratase, fui observando cómo los majestuosos edificios se iban despojando de su capa oscura cada vez que los rayos de luz los alcanzaban. Las personas fueron las últimas en aparecer, y tras la visión de sus cuerpos en ajetreado movimiento, fue el viento el que trajo sus voces desde los mercados del Gran Puerto. Kissa apretaba mi mano en ese momento. El viento en contra meneaba nuestras túnicas con una fuerza arrolladora. La vida en Alejandría ya había comenzado y en pocos minutos nosotras formaríamos parte de ella.

Tras la maniobra de atraque avanzamos hacia el capitán, que se encontraba hablando con uno de sus oficiales, justo a la altura de la pasarela que debíamos cruzar. Al pasar por su lado me brindó una ridícula sonrisa, mezcla entre tristeza y júbilo, y luego dijo:

—Jano, joven e impaciente ateniense como ninguno que haya viajado a bordo,

solo los dioses saben que uno de los motivos por los que más me alegro de pisar esta tierra es por dejar de compartir la embarcación contigo.

—Capitán, es algo triste que al pisar el suelo de la ciudad del saber solo te alegres por dejar de verme a mí; en cualquier caso, te deseo prosperidad.

Y eché a andar rampa abajo, dejando al hombre y a su risa afectada a mi espalda.

Kissa y yo pisamos tierra firme como si llevásemos toda una vida navegando. Las piernas todavía no se habían habituado a este hecho cuando un guardia, dando evidentes muestras de tener un pésimo carácter, se nos acercó. Nos preguntó si llevábamos rollos de papiro encima o en nuestras pertenencias. Tras mi negativa, comenzó a cachearme peligrosamente, y luego hizo lo mismo con Kissa. Al ver que no llevábamos nada encima, nos pidió que le indicásemos dónde estaba nuestro equipaje. De mala gana le señalé el baúl, y

sin dilación le ordenó a otro joven guardia que lo registrara. No tardó mucho en encontrar un rollo de papiro envuelto entre mis túnicas. Se lo dio al guardia, que aún estaba frente a nosotras, y este lo desenrolló, lo miró de arriba abajo y nos ofreció una mirada de reprobación mientras volvía a enrollarlo.

—Debo llevarlo conmigo —dijo.

—¿A dónde? ¡Es mío!

—Ya sé que es tuyo, pero son órdenes del rey: todos los libros de los barcos deben ser llevados al Museion donde serán copiados. En unos días te será devuelto.

El hombre giró sobre sus talones sin esperar una réplica por mi parte. En sus manos llevaba el papiro que mi tío me había regalado cinco años atrás, el único que tenía en mi poder y al que consideraba mi objeto máspreciado.

A nuestro lado se empezaban a apilar las cajas que los hombres iban bajando del barco, mientras los inspectores del puerto comenzaban a registrar las mercancías y a tomar los datos a los encargados de su transporte. Cuando me llegase el turno, no sabría qué decir. Estaba en tierra extraña, sin saber la dirección de la casa de Eurípides y sin conocer siquiera cual era el contenido y la cantidad exacta de la mercancía que transportaba conmigo. La angustia me obligó a buscar en derredor el rostro conocido de mi tío, pero, al no verlo por ninguna parte, comencé a retorcerme frenéticamente las manos, temiendo el momento en que el guardia comenzara con su interrogatorio. Fue Kissa quien las refrenó con su suave tacto. Ví que señalaba con la barbilla justo a nuestro lado y, siguiendo la dirección que me indicaba, advertí con creciente alivio como mi tío se acercaba hasta nosotras abriéndose paso entre la multitud de hombres que ocupaban prácticamente todo el espacio del muelle. Se interpuso entre nosotras y el guardia, y comenzó a hablar con este último.

Las interminables horas de inactividad en el buque me habían brindado el tiempo necesario para pensar en las posibles reacciones de mi tío al verme. Ahora estaba de espaldas a mí, concentrado en la tarea que tenía entre manos y sin prestarme atención. Era la primera vez que lo veía en dos meses. Todavía guardaba en la memoria el recuerdo de nuestro último encuentro, y en el corazón la esperanza de que mi diatriba no fuese tan vivamente recordada por él como por mí.

«Por aquí», nos dijo finalmente, y lo seguimos. A unos metros se encontraba una carreta de la que tiraba el corcel más bonito que había visto jamás. Cuando vio que dos de sus esclavos cargaron el equipaje, nos pidió que

esperásemos allí mientras él se encargaba de gestionar la mercancía que traíamos con nosotras. Tendió la mano hacia mí y le entregué el papiro que mi padre me había dado días atrás. A su vez, el esclavo indicó al caballo que iniciara su camino, y la carreta comenzó a rodar con mi baúl encima. Kissa me miraba de soslayo, consciente de mi desazón. Tras un largo tiempo de espera, mi tío se acercó de nuevo hacia nosotras.

—Kissa, ya veo que has vuelto a recobrar la salud. Te veo muy hermosa. Me alegro de que estés conmigo, bajo el sol que te vio nacer.

—Yo también me siento dichosa de poder estar aquí, Eurípides.

—Bien; espero que hayas tenido un buen viaje. Seguidme, mi casa no queda lejos, podemos ir a pie.

Kissa me miró y elevó los hombros. Yo tampoco sabía muy bien qué hacer. Deseaba abrazarlo y confesar lo mucho que me alegraba yo también de estar aquí, con él, en esta tierra que tanto tiempo había soñado pisar, pero no me dio la menor oportunidad. La duda que tenía con respecto al modo en que me recibiría se había disipado en el acto, y ahora, al verlo andar a varios pasos de nosotras y sin haberme prestado la menor atención, me sentí desmoralizada.

—¿Tío? —dije, tratando de hacerme oír. Al ver que no me respondía, grité con más fuerza de la que era mi intención—. ¡¡Tío!!

Por fin se detuvo. Se giró tan despacio que me erizó el vello de la nuca. Con una mano sobre el pecho, gesto dramático y claramente intencionado, se quedó mirando a todas partes.

—¿Has oído lo que yo, Kissa?

Ella emitió una tímida carcajada.

—Por los dioses que me ha parecido oír a mi sobrina por alguna parte. «¡Tío!», ha dicho; pero yo solo te veo a ti y a un joven barbilampiño sin gracia a tu lado, y no a mi amada sobrina.

Entonces caí en la cuenta de que me estaba castigando con la burla, y no con el rencor, como yo suponía. Di tres pasos hasta quedarme a la altura de sus ojos entrecerrados, mientras él trataba de contener una mueca socarrona.

—Tío, te echado muchísimo de menos.

Y lo abracé; lo estreché con tanta fuerza que me dolieron los brazos, y seguí así hasta que dejé de sentirlos. Él me agasajó entre los suyos como siempre hacía, sin escatimar afecto.

—Siento todo lo que te dije, tío. Perdóname, te lo ruego —susurré en su pecho.

—Ya estamos en paz, me temo —dijo, rompiendo a reír y separándose con

suavidad—. Vamos, despréndete de mí. Comprenderás que esto puede parecer extraño a los curiosos que contemplan la tierna escena. Además, no quiero que la gente piense que soy más cariñoso contigo que con el propio Rashidi. Pongámonos en marcha, ¡ya deben estar esperándonos con las puertas abiertas!

Nuestros pasos fueron demasiado rápidos como para poder apreciar nada de lo que me rodeaba con detalle. Lo único que pude ver fue a la gente que comenzaba a salir de sus viviendas atraídas por la claridad del día. Sin embargo, este puerto poco tenía que ver con el mismo del que yo había salido días atrás. La concurrencia era mayor, las calles mucho más anchas, y un clamor insoportable proveniente de todas partes acompañó nuestros pasos hasta la vivienda. Sin darme apenas cuenta ya habíamos llegado a las puertas de un edificio en cuya planta inferior había un taller cerámico y un telar. Allí los artesanos ya comenzaban a colocar sus mercancías a la vista de los transeúntes. Desde arriba, una mujer golpeaba con fiereza una alfombra sobre nuestras cabezas, lo que nos obligó a meternos apresuradamente bajo el balcón para escapar de la lluvia de polvo y pelusas. Mi tío saludó con afecto a los artesanos y nos pidió que lo siguiésemos por unas escaleras de madera que había por un lateral del edificio. Arriba, como él había predicho, la puerta se encontraba abierta, con Rashidi sujetándola desde el interior. Me saludó con un movimiento de cabeza, como el que saluda a un extraño. Y eso debí parecerle, porque luego, dándose cuenta de quién se escondía bajo el disfraz, volvió a saludarme algo más afectuoso.

La vivienda en la que entramos no era muy grande: una sala principal amplia, decorada con un gusto ecléctico, en la que se entremezclaba la sencillez griega con la extravagancia egipcia, conferían un ambiente acogedor y alegre, idénticas características que las de su dueño. Cuatro grandes lámparas de aceite colgaban del techo; sobre los sillones alargados, cojines de plumas con cálidos colores; tapices con dibujos de paisajes que enseguida reconocí como atenienses, colgaban de sus paredes; una gran alfombra que ocupaba casi todo el suelo sobre el que nos encontrábamos; al fondo, sobre un altar se erguían la figura del dios de la Medicina, Asclepios, junto a Serapis, dios greco-egipcio y patrón de Alejandría. Llegué a la conclusión de que, aunque mi tío no me hubiera indicado que ese era su hogar, yo lo hubiese adivinado sin inconvenientes.

Las emanaciones que salían de la cocina inundaron de estimulantes aromas toda la casa, lo que consiguió que mi estómago comenzara a reclamar lo que durante tanto tiempo se había negado a recibir. Durante toda la mañana

estuvimos hablando de las experiencias del viaje, que se centraron en las inclemencias vividas durante esos días. A medio día nos deleitamos con el almuerzo opíparo que la cocinera nos puso delante. Luego, Eurípides nos indicó dónde estaba la habitación que compartiríamos Kissa y yo. No era muy amplia, pero tenía una puerta rectangular que daba al balcón que habíamos visto desde la calle y a través de la cual un torrente de luz entraba incidiendo sobre el lecho que yo misma ocuparía. Salí para observar desde las alturas la efervescente vida de las calles alejandrinas. Como la casa no quedaba lejos del puerto, la gente pasaba bajo el balcón con carretas rebosantes de pescado, que supuse venderían en la amplia ágora del que mi tío me había hablado en alguna ocasión. Me sujeté a la baranda y aspiré todo el aire que pudieron recoger mis pulmones: el olor a mar lo inundaba todo. Sobre mi cabeza, el graznido de una gaviota posada en el tejado me distrajo de mis idílicas contemplaciones. El ave se lanzó al aire y estiró sus alas para iniciar el vuelo ceremonioso que la devolvería al océano. Ardí en deseos de seguirla, de planear tras ella sobrevolando la ciudad para conocerla desde las alturas, como ella hacía sin el menor aprecio. Conocedora de la imposibilidad de cumplir ese deseo, solo me quedaba otra opción menos espectacular.

—Tío, me gustaría conocer la ciudad, ¿sería posible que...?

—Pensé que querrías descansar del viaje.

—No; prefiero reservar mi descanso para esta noche. Ahora deseo conocer la ciudad: el ágora, los edificios, el Museion, ¡oh!, el Museion, eso es lo que más ansío conocer... ¿Podemos, tío?

—Bien..., si no estás cansada... Le diré a mi esclavo que no guarde el carro, así podremos recorrerlas más rápido. Pero dejaremos la visita al interior del Museion para mañana, así lo hemos acordado Herófilo y yo: mañana será tu presentación ante el que será tu maestro.

Un estremecimiento instantáneo recorrió mi cuerpo de pies a cabeza al oír esas palabras. Estaba tan cerca de Herófilo, por fin, y era tan próximo el momento de conocerlo, que tuve que hacer un esfuerzo para que mi emoción no me empujase a brincar como una niña.

Una vez en el carro, Kissa, mi tío como emocionado guía y yo comenzamos a rodar calle arriba, hacia el lugar más opuesto al Gran Puerto. El terrible calor me obligó a desprenderme del himatión, dejando al descubierto uno de mis hombros pálidos, que llamaba la atención en contraste con el color tostado de la piel de los viandantes. Nuestro guía nos iba señalando los enormes edificios públicos que albergaban gimnasios, escuelas o recintos políticos. Al

igual que la casa de mi tío, la ciudad era una mezcla de estilos (que por mi escaso conocimiento no atinaba a distinguir), un acervo arquitectónico griego, egipcio y macedonio, entre otros muchos, algo que supe después.

La vía Canópica tenía el doble de anchura que la vía Panatenaica, y a ambos lados se erguían imponentes construcciones cuyas sombras se precipitaban sobre nosotros, lo que favorecía nuestro avance. En el centro había grandes estanques que dividían la calzada en dos carriles anchos y en los que algunos animales saciaban su sed. A medida que avanzábamos, mi admiración por todo cuanto aparecía ante mis ojos no dejaba de aumentar. «Camellos», resolvió mi tío cuando me vio señalar con la boca abierta a unos raros animales con la columna ondulada. Aunque me los había descrito muchas veces, e incluso los había dibujado para que los viera, reconozco que causó una honda impresión en mí verlos andando tan cerca.

Casi una hora después nos hallábamos frente al palacio del rey, con su fachada de mármol labrado; un edificio tan majestuoso que no tenía nada que envidiar a ninguno que existiera en mi ciudad de origen. El paseo terminó delante de otro edificio cercano al palacio. Más allá del jardín que separaba ambos edificios, una ancha escalinata llevaba a unos propileos donde ocho robustas columnas nos daban la bienvenida. Por el ancho portalón, algunos hombres salían apresurados, mientras otros entraban con la misma celeridad para resguardarse del sol. «Museion», pude leer sobre el soberbio pórtico. Miré a mi tío, que contemplaba mi expresión como si llevase toda la tarde esperando ese momento.

—Bien, ahora ya sabes dónde está el lugar en el que más horas pasarás en la ciudad. Aquí, si aprovechas bien tu tiempo de estudio, será donde las musas te ayuden a encontrar la inspiración. Sí, sé que impresiona desde el exterior, pero debes aguardar a descubrirlo por dentro.

El corazón, que ya golpeaba con fuerza en mis costillas, al oír eso comenzó a agitarse aún más. Tristemente, el carro giró sobre sí mismo e inició el camino de regreso. Sentí una brizna de decepción, pues no deseaba volver tan pronto. Aún quedaban muchas horas de luz, y la emoción de todo lo que había experimentado hasta ese instante me mantenía en un estado de alerta que doblegaba mi necesidad de descansar. Llevaba tanto tiempo en el camarote de un barco, rodeada de oscuridad y frío, que mi cuerpo y mi alma no deseaban otra cosa que comenzar a andar bajo el sol, libre ya de todo encierro. Pronto mi deseo se convirtió en una solicitud barboteada a toda prisa. Durante unos segundos, mi tío meditó la respuesta, pero, tras demostrarle con explicaciones

elaboradas que conocía a la perfección el camino de regreso, terminó por aceptar. Kissa se bajó conmigo. Sabía que estaba cansada, más que yo incluso; sin embargo, por la expresión de curiosidad que revoloteaba por su rostro, tampoco la veía muy convencida de regresar tan pronto. Una vez nuestras sandalias pisaron la arena de la calle, y tras una advertencia de cuidado de mi tío, el carro echó a andar y desapareció entre la muchedumbre alborotada.

Comencé a caminar a paso lento. La voz de la niña que encerraba dentro de mí me incitó a ir más deprisa, y, sin darme cuenta, eché a correr. Lo hacía sin freno y sin que mediara la razón en ese hecho; corrí y corrí, esquivando a los viandantes, animales, carretas, sintiendo la brisa que me regalaba el mar al acariciar mi rostro y mi cuello. Kissa me seguía de cerca, la oía jadear detrás de mí. Volví mi cabeza hacia ella, a tiempo de verla sonreír. Continué con mi impetuoso avance, dejando atrás los edificios y los ojos de los héroes de roca que me acechaban desde sus altos tejados. El gran muelle quedaba a mi izquierda, y sus pacíficas aguas centelleaban como si un millón de gemas emergieran a mi paso. Todo lo que veía parecía acrecentar mi entusiasmo y, aunque debería haber estado extenuada, a cada zancada que daba crecían mi vitalidad y mis ganas de seguir corriendo.

Hasta que impacté contra algo y ese algo acabó con mi arrebato infantil.

Por la fuerza con la que mi cuerpo fue proyectado hacia atrás, bien podría haber sido una columna de mármol. Pero no, no había sido eso. Desde el suelo pude atisbar cómo un hombre —el obstáculo contra el que había ido a parar— estaba tumbado sobre los adoquines y maldiciendo en voz alta. La gente ya había empezado a arremolinarse a nuestro alrededor. El hombre se incorporó trabajosamente y se llevó las manos a la cabeza con un gesto de verdadero pasmo. Me incorporé, entonces, y ya de pie miré alrededor, pero él ya no estaba al alcance de mi vista. Ahora la gente se apiñaba al borde del muelle, mirando hacia donde el agua golpeaba el dique sobre el que nos encontrábamos. Alguien comenzó a jalear. Me asomé para mirar en la dirección en la que todos lo hacían. El hombre trataba de llegar hacia donde se encontraban lo que desde a esa distancia me parecieron dos rollos de papiro. A duras penas logró alcanzarlos antes de que se los tragara el agua. Uno de los marineros que se encontraba cerca de mí lanzó una cuerda gruesa a la que el hombre se asió con la mano que le quedaba libre. Algunos hombres más sujetaron un extremo de la soga y tiraron de él hacia arriba; poco después ya estaba en el suelo, sobre un charco de agua y dos rollos de papiro completamente empapados. Tras varios minutos, que dedicó a tratar de

recuperar el aliento perdido en la batalla acuática que acababa de experimentar, me buscó entre el gentío. Obligué a mis pies a acercarse hasta él, con cierta cautela, y le tendí mi mano para que se ayudara con ella. Pero no la aceptó. De un manotazo la apartó de delante de sus ojos, y con un fuerte impulso se puso de pie por sí mismo. La mirada que me dirigió fue suficiente para hacer que diese un paso hacia atrás, hasta dar contra el cuerpo rígido de Kissa, que me detuvo con la punta de sus dedos. Él se agachó y recogió uno de los rollos deformes del suelo. Lo desenrolló con sumo cuidado, procurando que no se deshiciera, pero a medida que lo hacía su expresión iba cobrando gravedad.

—Saqqara —dijo en baja voz, con los ojos fijos en aquello.

—¿Cómo dices? —pregunté impulsada por una curiosidad que mejor hubiese retenido donde estaba.

Se giró hacia mí, colérico. Era bastante más alto que yo, y desde esa altura sus ojos furibundos se clavaron en los míos. Bajo su barba oscura podía distinguir las mandíbulas contraídas.

—¡Maldito imbécil! ¿Se puede saber a dónde ibas con tanta prisa? ¿Acaso tienes cinco años para andar jugando por las calles? Esos pergaminos venían desde Saqqara. Contienen, ¡contenían!, una información muy valiosa que por tu culpa ya no podrá ser traducida ni copiada.

Su rostro estaba tan cerca del mío que notaba su aliento mientras me gritaba, así que, llegando al culmen del azoramiento, bajé la cabeza y murmuré una disculpa. El hombre bufó, pero no dijo nada más; se limitó a darse la vuelta para recoger el segundo rollo y un saco de tela con algunos más que habían logrado escapar del incidente. Se lo echó al hombro y retomó su camino dando grandes zancadas por el paseo que yo acababa de recorrer minutos antes. La gente, entre risitas burlonas, se fue dispersando a sus quehaceres.

—Mucho me temo que nunca dejaré de ser tu niñera, ¿verdad? —dijo Kissa a mi espalda, siguiendo con los ojos el rastro de agua que dejaba el hombre a su paso.

Todo el cansancio me sobrevino de golpe. De repente deseaba estar en casa de mi tío, sobre un lecho fresco y alejada de los ojos curiosos que aún me acechaban. Ese hecho había logrado disipar mis ganas de seguir descubriendo la ciudad. Ya habría tiempo para eso.

Las manos del maestro

A la mañana siguiente me desperté antes incluso de que lo hiciera el sol. Lista ya, aguardé en el salón a que mi tío se levantara, mientras la cocinera me servía el desayuno. Por lo que mi tío pudo contarme la noche anterior, sus trabajadores eran leales, honrados y conocedores de mi secreto. Podría dormir tranquila, porque jamás me delatarían, o eso me hizo creer con pleno convencimiento. Sin embargo, no podían evitar mirarme como si viesen a un raro espécimen comer, andar y hablar ante ellos cuando creían que no me daba cuenta. Aparte de la cocinera y Rashidi, también había otra esclava joven y un esclavo que se encargaba de conducir el carro. Todos dormían en habitaciones ubicadas en la azotea de la vivienda. Esa era una casa que encerraba más de un secreto, lo sabíamos los dos; y, saber que mi tío había logrado esconder el suyo durante todo el tiempo que había permanecido en la ciudad, me hizo comprender que bien podría yo estar tranquila.

Eurípides se despertó con el primer albor. Mientras desayunábamos, fuimos organizando la mañana. Para ser honesta, apenas escuché la frase «acudiremos al Museion a medio día», dejé de atender a todo lo demás. Sé que hablaba con emoción, pero hacía mucho rato que yo solo trataba de imaginar, con la barbilla apoyada en mi mano, qué es lo que podría encontrar dentro del edificio ante el cual me había llevado la tarde anterior. Ante todo, me preocupaba saber si el buen médico tendría a bien aceptarme, ya que, según mi tío, solo él podría aprobar o no mi admisión en la Escuela. Traté de serenar mis pensamientos llevándome un sorbo del vino aguado a los labios, y, poco después, salimos por fin.

Es difícil no sentirse empequeñecer cuando una entra en un lugar como aquel al que me llevó mi tío esa mañana. Estaba construido de manera que, nada más atravesar sus propileos, el individuo sintiera que no había un sitio en el mundo más esplendoroso que aquel. Y estoy segura de que así

era. Comenzamos a recorrer la enorme sala principal, en cuyo centro, de extremo a extremo, se encontraba un estanque rectangular. Sobre sus aguas, el cielo arrojaba los rayos del sol de la tarde a través de claraboya redonda que había en el techo. Al final del estanque, ejerciendo una clara hegemonía en todo el recinto, los ojos de piedra de la estatua del rey de Egipto, Tolomeo Sóter, observaba a todos los visitantes que se adentraban allí en busca de conocimientos. A mi derecha, cuatro puertas; a mi izquierda, cinco. En ellas estaban las escuelas más importantes de todo el mundo conocido. Tuve que detenerme a contemplarlas con detenimiento mientras mi tío las señala una por una nombrando cada vez las especialidades de las Nueve Musas: Literatura, Geografía, Matemáticas, Filosofía, Biología, Ingeniería, Física, Astronomía y, como no, aquella ciencia que me había traído hasta la puerta frente a la que ahora nos encontrábamos: la Medicina. Sobre ellas, dos corredores enfrentados donde se ubicaban los laboratorios, la sala de recepciones, el comedor común..

Mi tío permitió que contemplara unos segundos la imagen que me regalaba el interior del fastuoso edificio, y luego seguimos andando hasta el fondo de la sala, donde otras escalinatas nos dejaban en un nuevo espacio, esta vez un jardín exterior en el que algunos hombres paseaban manteniendo animadas conversaciones. Al fondo de este había una exedra donde un grupo numeroso de muchachos leía en voz alta a la sombra de algunas palmas. Un carraspeo de mi tío llamó mi atención a la derecha, y lo seguí en su ascenso por unas escaleras estrechas que había justo a la entrada del jardín. Por un corredor andamos hasta que él se detuvo frente a una de las puertas del medio, que se encontraba entornada. Echó un rápido vistazo en su interior, y entró. Poco después pude oír su voz pidiéndome que hiciera lo mismo.

Sentado en una banqueta, un anciano ojeaba un rollo de papiro tan largo que llegaba hasta el suelo y continuaba por él hasta quedarse a unos palmos de sus sandalias. Eurípides me miró pidiendo paciencia con los ojos. El anciano continuó con la lectura, como si no estuviésemos allí, hasta que levantó la vista y pareció caer en la cuenta de que no estaba solo.

—¡Oh, es cierto, habíamos quedado esta tarde! Disculpadme, ¿lleváis mucho tiempo ahí? Los dioses me han bendecido con una buena vista, mas no han sido igual de generosos con mi oído —dijo, riendo para sí, mientras se incorporaba con cierta dificultad.

—Maestro, te presento a mi sobrino, Jano de Atenas.

—¿Así que este es el joven deseoso de estudiar Medicina del que me has

estado hablando estos días?

El anciano se acercó a mí, tendió sus manos y reclamó las mías entre ellas. Sin dejar de mirarme a los ojos, pareció calibrarlas un momento. Era algo más bajo que yo y tenía el pelo plateado y una barba espesa del mismo color. Parecía muy mayor, no obstante, aquel extraño y amistoso gesto me permitió comprobar que sus ojos eran aún jóvenes y vivarachos, pese a los profundos surcos que los bordeaban. Me sentí algo intimidada, y temí que, estando tan cerca, no tardara en darse cuenta de mi disfraz. Pero el sabio sonrió antes de soltarme las manos para regresar a su asiento y pedirme que hiciese lo mismo frente a él.

—Dime, muchacho, ¿tanto ansías ingresar en mi escuela que has venido desde la ciudad de Atenea para ello? ¿Qué dioses te protegerán aquí?

—Hace tiempo que he dejado de confiar mi entera protección a los dioses, maestro. Se podría decir que hemos dividido esa responsabilidad entre ellos y yo.

Pareció divertirse mi respuesta, y asintió con complacencia.

—Parece sensato eso que dices. Al menos la responsabilidad de tus estudios debe recaer plenamente sobre ti; yo tampoco les dejaría a los dioses la tarea. Tu tío dice que serás un buen alumno, no me cabe duda de que su insistencia para que permita que pertenezcas a mi humilde escuela se debe a que es conocedor de que tú serás igual de diligente en tus estudios como lo es él en la profesión que ejerce.

—Trataré de serlo, si me permites que te lo demuestre —contesté con voz temblorosa, pues, ciertamente, la presencia del anciano me impresionaba.

—Bien, entonces dime, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho, pero pronto cumpliré diecinueve.

—Pareces más joven, ¡por Zeus que lo pareces!; pero, en fin, la madurez que necesitas no debe coincidir necesariamente con la de tu apariencia exterior, ¡a los dioses gracias! Imagino que estarás al tanto del funcionamiento de la escuela; si no es así, mañana, poco después del alba, uno de mis ayudantes se encargará de enseñaros a todos los nuevos estudiantes los entresijos del Museion y, particularmente, los de la Escuela de Medicina. Después de eso empezará las lecciones, en tu caso, las primeras.

Mis ojos debieron de doblar su tamaño al oír lo que decía en sabio. ¿Me esperaba mañana? Sí, eso había dicho. Me había estado preparando durante toda la noche para responder a las preguntas académicas que pudiese hacerme, atemorizada por la idea de que mis nervios o mi ineptitud me traicionaran en

un momento tan crucial como aquel. Y, sin embargo, ya me había aceptado en su escuela. Tuve que sujetarme al asiento, pues la sangre había empezado a bullir con fuerza por mis venas y ardía en deseos de moverme de aquí para allá. Mi cara debió hacerle gracia al maestro, ya que comenzó a proferir una risa entrecortada que también me hizo reír a mí. Nos levantamos a la par, y luego me acompañó a la salida. Tras despedirse de mí, cerró la puerta y se quedó con mi tío a solas.

Aproveché que estaba sola para curiosear por la planta superior del que a partir de ese momento ya sería mi centro de estudios médicos. Alongada en el balcón del corredor oteé el sugestivo jardín. Los jóvenes, ya sea solos, por parejas o en pequeños grupos, hablaban de un modo extraño; más bien parecía que murmuraban, como si por algún motivo no debiesen elevar el sonido de sus voces graves. Un resquicio de mar se veía sobre el tejado de enfrente, a lo lejos, y los graznidos de las gaviotas que lo sobrevolaban se oían desde allí sin dificultad. Pero lo que más atrajo mi atención fue otro edificio que se elevaba a los cielos al fondo del jardín, a mi derecha, y que pertenecía al mismo conjunto del Museion. Las puertas abiertas dejaban entrever estanterías en su interior y, a ambos lados de sus portales, dos guardas vigilaban la entrada, y, sobre todo, la salida de los visitantes. Me llevé una sorpresa al ver a mi tío entre los arbustos de abajo; buscaba en todas direcciones mi presencia allí con los brazos en jarras. Bajé a toda prisa y me coloqué a su lado.

—Vaya, pensaba que te habías perdido.

—¿Qué hay allí? —dije señalando en dirección al edificio que acababa de ver desde arriba.

—La gran biblioteca de la ciudad. ¿Te apetece verla ahora? ¡Oh, qué pregunta! ¿Qué es lo que mi amada sobrina no querría hacer? —susurró mientras echaba a andar en aquella dirección, conmigo siguiendo sus pisadas.

Entonces comprendí el porqué del modo silencioso de hablar de los estudiantes del jardín. Al mirarlos, ahora al mismo nivel que ellos, comprobé que la mayoría no hablaba entre sí, sino que recitaban los textos de largos papiros que iban desenrollando a medida que avanzaban en su lectura.

Al entrar al recinto del fondo, lo primero que llamó mi atención fue el sobrecogedor silencio; lo siguiente que me impresionó fue comprobar cómo su interior albergaba la mayor cantidad de libros que había visto en mi vida, extendiéndose hasta más allá de donde mi vista lograba alcanzar. Había oído hablar de la biblioteca que se encontraba en la Academia de Platón, o incluso

en la del Liceo de Aristóteles, pues mi padre, o la misma Penélope, describían con orgullo esos tesoros atenienses que yo ni en sueños había podido contemplar; sin embargo, lo que ahora tenía ante mí superaba con creces sus descripciones. Ocupando totalmente las paredes, infinitos rollos de pergamino estaban apilados con soberana pulcritud. Los libros llegaban hasta lo alto de los enormes techos, y para alcanzarlos había que subir por unas largas escaleras de mano que había apostadas por todas las zonas donde pudiesen ser necesarias, y en las que algunos hombres ya se encontraban subidos. Olía a papiro y a tinta, y ese olor a sabiduría concentrada logró trasladarme a los tiempos en que, de niña, metía la cabeza en las bolsas cargadas de documentos de mi tío para aspirar un aroma similar. Sin darme cuenta, estaba apretando el brazo de Eurípides con tanta fuerza que tuvo que desprenderse de mí temiendo quedarse sin la extremidad. Le ofrecí una disculpa muda y empecé a andar, ignorándolo a él y cualquier cosa que no fuesen los preciosos libros.

Durante toda mi vida uno solo de ellos había sido un instrumento precioso para mí; recordaba, entonces, lo que había luchado por tener entre mis manos aquellos con los que mi tío viajaba a todas partes. Tan solo posar mis dedos sobre un rollo me producía un gran placer, solo superado cuando tenía la suerte de poder desenrollarlo y ver el tesoro que encerraba. Ahora me encontraba ante miles, tal vez decenas de miles de invaluable obras rebosantes de conocimientos diversos, y supe que ni en diez vidas podría leerlos todos, aun pudiendo acceder a ellos sin problemas. Giré hacia mi tío, que continuaba detrás de mí. Al fondo de la habitación se encontraba unas escaleras de madera muy estrechas que subían a una planta superior donde el alcance de mi vista me permitía seguir viendo más rollos apilados en estanterías. Al preguntarle a mi tío, me contestó que era allí donde trabajaban los traductores y copistas, y donde los textos encontrados por el mundo y los libros de los barcos eran traducidos al lenguaje griego antes de ser devueltos a sus dueños legítimos. Suspiré recordando que entre ellos estaría el que él mismo me entregó un día, mi posesión más preciada, y deseé en el alma que llegase el momento en que me fuese devuelto. Sobre nosotros la claridad del día era arrojada a través de otra claraboya redonda, y bañados por esta luz dorada nos encontrábamos.

—Sabía que te iba a impresionar. No me hubiese perdido por nada del mundo verte descubrir este precioso caudal de manuscritos, tal como yo hice casi con tu misma edad. Verte a ti es como viajar al pasado. ¿Ves todo esto? — dijo, señalando alrededor—. Es de aquí de donde saco los papiros que llevo

conmigo, en realidad, los que llevo son copias de todos cuantos me han resultado útiles e interesantes alguna vez. Si todo esto impacta en tu alma, imagina cuando veas en lo que se convertirá más adelante, pues, según cuentan los que bien conocen al rey, este pretende aumentar el tamaño del recinto. Dicen que, si él no logra cumplir su deseo en vida, será el joven príncipe quien se encargue de continuar con la labor de doblar, tal vez triplicar, la cantidad de libros que ven tus ojos. Pero de momento a mí me parece que estos que vemos suponen una buena cantidad, ¿no te parece? Tú también podrás acceder a ellos a partir de ahora si los necesitas, ¡que lo harás! Estoy seguro de que poco a poco te irás familiarizando con todo lo que te he enseñado hoy y con todo lo que aún queda por descubrir.

Asentí con una sonrisa dócil, pero me hubiera gustado responderle que se equivocaba. Tal vez para él fue fácil, pero no lo sería para mí. Yo había salido de la reclusión más insoportable por una puertecita estrecha, sin hacer ruido, a escondidas, abandonando todo cuanto conocía, incluida a la muchacha a la que ya me costaba reconocer ante el espejo. Una vez afuera, me encontraba de bruces con un mundo extenso, lleno de luz, de información, donde todo era novedoso para mí, con personas con las que no sabía cómo actuar o qué decir ¿De qué hablar con todos esos jóvenes del jardín? Y ese maldito temor a ser descubierta, a cometer el más leve error y permitir que notasen mi feminidad oculta tras ese ridículo disfraz que era a la vez mi salvación. Ambos habíamos decidido convertirnos en médico movidos por la misma pasión irrefrenable, pero el camino para lograrlo era muy diferente. No, si alguna vez me acostumbraba a la libertad de elegir, sería tarde, muy tarde.

Todavía bullía con fuerza la sangre por mis venas cuando iniciamos el camino de regreso a casa. Mi tío señalaba aquí y allá cuantos lugares nos íbamos encontrando en nuestro paseo, emocionado, como si llevase tanto tiempo deseando verme pisar la arena de sus calles como yo posar mis sandalias sobre ellas. Envuelta en mis emociones agradables, por primera vez deseé llegar a la casa para, ahora sí, poder sentarme y tratar de colocar mis sensaciones y descubrimientos sobre el papiro, y hacerlos cruzar el océano hasta las manos familiares de mi padre, como le había prometido antes de partir.

Sin embargo, el rescoldo de ingenuidad infantil que aún me quedaba en el alma no me permitía imaginar el real alcance de las emociones que me quedaban por experimentar. Una prueba de fuego aparecería ante mí, y todo lo

demás, por mucho que abrigase mi corazón en ese instante, se convertiría en fría escarcha a su lado.

Un amigo peculiar

Me encontraba sentada en las gradas de la tercera fila del aula en la que en breves instantes el maestro comenzaría a ofrecer la primera clase de Medicina para los alumnos recién llegados. Los demás estudiantes ya iban tomando asiento mientras compartían sus pareceres acerca del Museion, de Herófilo y del resto de sabios que por allí pululaban arrastrando sus coloridas túnicas. Como era de esperar, Herófilo fue puntual. Al verlo entrar, todos guardaron un ceremonioso silencio. Venía cargado de papiros; tras él, su ayudante —el mismo que horas antes nos había enseñado los entresijos del recinto— cargaba con algunos más. Los fue colocando sobre una mesa de gruesas patas que había en uno de los laterales del aula y se subió en la pequeña tribuna del centro, comenzando así con la primera lección, qué versaría sobre anatomía. Su ayudante extendió y sujetó cada uno de los papiros con dibujos anatómicos, mientras el anciano señalaba sobre su propio cuerpo las partes a las que los dibujos se referían. Cuando terminaba sus explicaciones detalladas, pedía al joven que nos acercase el documento para que pudiésemos observarlo de cerca. Fue realmente emocionante escucharlo hablar. Muchos de los órganos a los que se refería eran conocidos por todos gracias a sus propios descubrimientos y descripciones, y ahora eran sus dedos ancianos los que los señalaban sobre el papiro. Pese a ser varias veces interrumpido por las alabanzas de algún alumno, el anciano se mostraba humilde y no parecía vanagloriarse de este hecho magnífico.

Llevábamos un buen rato escuchando a Herófilo cuando un muchacho entró en el aula como si una fiera hambrienta lo persiguiera hasta allí. Miró al maestro y, bajando la cabeza con evidentes muestras de azoramiento, se disculpó ante él. Al ojear las gradas donde nos encontrábamos los alumnos, vio que solo quedaba libre un espacio a mi lado, pues todos los demás jóvenes

se habían juntado por parejas o en grupo, y ahí decidió sentarse.

Ese fue el comienzo de mi suplicio temporal.

Lo observé de refilón mientras se acercaba: era regordete y pálido, de mediano tamaño, y sus mejillas estaban encendidas por el sofoco. Se sentó apresuradamente y comenzó a hablarme con el poco aliento que aún guardaba.

—Lo siento —me dijo—, es que unos muchachos me indicaron una puerta equivocada, y claro, yo me di cuenta cuando ya llevaba media hora escuchando a otro maestro hablar sobre postulados, obras aritméticas y geometría... que no tenían mucha relación con la Medicina, ¿no crees?

Asentí con un movimiento rápido de cabeza. Un rato después, aproveché un descuido para alejarme un poco de él; no quería distracciones ni tampoco estar tan cerca de ninguno de mis compañeros como para que pudiesen escrutarme sin cortapisas. Pero el joven ignoró mis deseos; arrastrando su trasero hacia mí con decidida intención, se acercó de nuevo y continuó con su incesante parloteo. Pronunciaba con una especie de ceceo que me recordaba al de la pequeña Charis, y de algún modo esta peculiaridad me enterneció. Sin que nada pudiese hacer yo por impedirlo, supe que se llamaba Sefranio, que provenía de la isla de Lesbos y que vivía con su tía, una viuda madre de tres hijas, desde que había llegado a Alejandría. También supe que los mandados de su tía apenas le habían dejado tiempo para conocer la ciudad, y que solo tenía una amiga: una gata callejera que de vez en cuando visitaba su casa — cercana al Puerto del buen regreso— en busca de alguna raspa de pescado. No olvidó relatar todos los reveses que había sufrido para acceder a la Escuela, la entrevista que tuvo con el buen médico, y cuantas anécdotas había vivido desde que sus pies pisaron la ciudad, un mes atrás. Y todo eso en el tiempo que duró la primera lección de Medicina. Entre rato y rato, por la necesidad de tomar aire, lograba aguantar unos segundos en silencio; pero luego, animado por alguna nueva historia que le venía a la mente, o tal vez por la necesidad de entablar alguna amistad humana, comenzaba con su cháchara de nuevo.

Frustrada y enfadada, apenas pude atrapar en el aire el sonido de algún dato interesante de cuantos nos reveló el maestro aquella mañana. Ardía en deseos de pedirle que callara, pero no quería llamar la atención ni del joven ni de los demás alumnos, así que aguanté estoicamente hasta que, al final, la curiosidad por el discurso de despedida de Herófilo consiguió silenciarlo.

—Bien, jóvenes; tendréis acceso a los escritos en la biblioteca, pues todos estos documentos están allí a vuestro alcance para su estudio minucioso.

Espero que os hayan servido de algo las palabras de este anciano. Si los dioses no lo impiden, mañana nos veremos de nuevo a la misma hora.

El ayudante de Herófilo nos pidió que abandonásemos la estancia para dejar paso a los alumnos de un nivel más avanzado, y así lo hicimos. Me sentía apenada por dejar de escuchar al sabio, pero al mismo tiempo me pareció un regalo divino poder alejarme del joven parlanchín y sus historias corrientes.

Cuando cruzamos la puerta, unos muchachos empujaron con tanta fuerza a Sefranio que fue a parar contra mí, haciéndome caer al suelo. Uno de ellos, el más alto y delgado, comenzó a reír, y los demás parecieron encontrar la escena igual de graciosa.

—Mira, Rhodes, ¡dos por uno! —dijo el más bajito de todos.

El sujeto al que se dirigía hizo un ademán victorioso y entró en el aula sin ofrecernos una disculpa.

—¿Has visto? —preguntó Sefranio, tendiéndome su mano—. Estos son los que me indicaron la puerta equivocada. Ahora creo que lo hicieron con intenciones malintencionadas.

Acepté la ayuda y me incorporé con el firme propósito de dejar atrás ese hecho. Tenía decidido indagar por mi cuenta todos los recovecos de la Escuela y del Museion, pero, a la vista de los acontecimientos, Sefranio no dejaría que esto sucediese, así que lo hicimos juntos. Me parecía increíble que mientras nos adentrábamos por los largos corredores o por las amplias salas que todavía no habíamos explorado, aún tuviese más anécdotas que revelarme. Pero, en efecto, así fue. Su aparente necesidad de hablar era como la urgencia con la que aspiramos esa primera bocanada de aire tras pasar mucho tiempo bajo el agua; así que yo misma aspiré con fuerza el gaseoso elemento, y clamé a Hestia por paciencia.

—Esos jóvenes —dijo al rato, volviendo a los que lo habían empujado—, ¿los conoces?

—No tengo el placer, ¿y tú?

—Tampoco, pero lo haré. Preguntaré a mi tía. Ella conoce a todo el mundo en esta ciudad y, como bien dicen, ¡cuánto más conozcamos a nuestro enemigo, mejor, amigo mío!

«Amigo mío», me había llamado. Sin duda estaba perdida: sería la sustituta matutina de su gata callejera. Y no me agobiaba su amistad porque me resultara un ser despreciable, pues, a decir verdad, me inspiraba cierta simpatía; simplemente se me hacía difícil imaginar una presencia más

llamativa que la suya a mi lado, y eso se oponía a mi deseo de pasar desapercibida.

Esa noche la emoción me impidió conciliar el sueño hasta altas horas de la madrugada. Durante todo ese tiempo compartí con Kissa las experiencias de mi primer día en la Escuela de Herófilo: los rincones que nos había enseñado el ayudante antes de iniciar las lecciones, mis impresiones con el maestro y con las fascinantes palabras que pronunció, e incluso le hablé de Sefranio, quien, pese a mis quejas, fue objeto de su compasión y simpatía.

Tiempo de cambios

Durante los dos primeros meses en la ciudad mis actividades diarias representaron un maravilloso ritual inalterado: con la salida del sol, me dirigía a la Escuela y atendía buenamente a lo que Sefranio me dejase opción; a medio día, almorzaba en los comedores del Museion, junto al resto de alumnos; después del almuerzo, mi locuaz compañero debía abandonar la Escuela para ocuparse de satisfacer las peticiones de su tía, y era entonces cuando yo podía saborear la soledad que tanto anhelaba. De ese modo mis tardes quedaban libres para leer y estudiar en la formidable Biblioteca o en los jardines todo cuanto el maestro había explicado esa mañana. Por las noches, liberada ya de toda responsabilidad, solo me quedaba soñar con el día en que pudiera aplicar todo lo aprendido.

Pese a haber estudiado algún papiro médico que Penélope me había dejado, los que Herófilo traía a la Escuela eran mucho más enrevesados, con dibujos llenos de detalles que escapaban a mi escaso conocimiento y, por tanto, mucho más interesantes para mí. Al principio, los términos médicos me parecían garabatos sin sentido, unidos mediante flechas a las partes del cuerpo a las que se referían; más tarde fui familiarizándome con ellos hasta expresarlos en voz alta con comodidad. De esta manera, sabiendo a que zonas afectaban, ya conocía algunas enfermedades nuevas y su tratamiento, y también otros males menos benevolentes con los pacientes, pues carecían de remedio para su curación.

A veces levantaba la vista del documento que estudiaba y podía ver cómo el maestro cruzaba el jardín seguido por un séquito de estudiantes. Esa imagen me hacía experimentar una punzada de envidia, pues sabía que tras la puerta por la que solían entrar había un cadáver que aguardaba a ser diseccionado. ¡Cuánto deseaba llegar al nivel de esos jóvenes para poder seguirlo y

contemplar por primera vez los órganos de un hombre en su auténtico envoltorio! Recordaba, entonces, el desprecio con el que hablaba mi padre de esa práctica (a la cual consideraba brutal, repugnante e impropia de un buen griego) cada vez que mi tío hablaba de ella en su presencia. Pero a mí, por el contrario, me encantaba poder escucharlo agazapada tras la puerta, hasta que Kissa o mi abuela me descubrieran y me obligaban a subir a mi cuarto. Ahora me encontraba de nuevo detrás de la puerta; pero esta vez sabía que, tarde o temprano, podría abrirla, contemplar sin restricciones y aprender de cuanto encontrase en su interior.

Al llegar de la Escuela acostumbraba a sentarme en el balcón junto a Kissa. Allí, hablábamos hasta que el sol moría ante nosotras; yo le contaba todo lo que mi día había dado de sí y ella siempre atendía con interés. Luego me describía sus escasas actividades de la jornada sin poder disimular el hastío que le producían al no estar yo, su principal ocupación hasta entonces. Sospechaba que la llegada a la ciudad no había sido tan provechosa para mi niñera como para mí, pues solo podía dedicarse a ver trabajar a las demás sirvientas, ya que mi tío se negaba a ocuparla en nada más. Aunque tenía libertad para moverse sola por la ciudad, no solía hacerlo a menos que yo u otra esclava la acompañásemos. Era evidente que sus dramáticas experiencias pasadas habían marcado su carácter, ya de por sí reservado con los extraños, y yo no sabía qué hacer para cambiar eso. En mis intentos por distraerla dábamos largos paseos por los senderos embarrados de las orillas del Delta o por las playas cercanas; y mientras ella se quejaba de su inactividad, yo ideaba una manera de devolver la jovialidad a sus días.

Por otro lado, el trabajo mantenía a mi tío alejado de su hogar la mayor parte del tiempo. Casi siempre viajaba solo o en compañía de Rashidi. Por fortuna, el egipcio había perdonado las altanerías propias de mi adolescencia, y ahora dedicaba mucho tiempo a hablar conmigo, bien a solas, o bien participando en alguna conversación multitudinaria y bulliciosa en las continuas fiestas que mi tío solía celebrar a su regreso. En él había descubierto a un ser inteligente y sensible que nada tenía que envidiar a mi tío, su amo y amado. Pese al amor que sentían el uno por el otro, en la intimidad de su hogar, cuando todos estábamos presentes, jamás dieron muestras de apasionado afecto; sin embargo, para alguien que conociese el fuerte lazo que los unía no era difícil percatarse de las miradas encendidas, las caricias furtivas o las alegres carcajadas con las que finalizaban la mayoría de sus interminables conversaciones en el balcón. Gracias a ellos dos, Kissa y yo

logramos adaptarnos en seguida a los nuevos hábitos y rutinas, sin que la nostalgia o la pena nos embargase más de la cuenta. Así, no era raro ver cómo Rashidi, al presenciar un bostezo de Kissa (algo que hacía muy a menudo), la tomase en brazos y girase sobre sí mismo en una mareante danza, recorriendo el salón de extremo a extremo hasta que mi niñera, entre carcajadas, lo palmoteaba y él accedía a ponerla en el suelo.

Por vez primera sentía que no tenía que esconder mi admiración por Eurípides ni por su profesión; por primera vez sentía que él tampoco me escondía nada a mí. Ahora pertenecía a su pequeño reducto, y en él me encontraba a salvo y en paz. En mi nuevo hogar mi opinión no solo estaba permitida, sino que era tomada en cuenta, y mi carácter no parecía ser en absoluto un castigo para los que me rodeaban. He de reconocer que, a mis casi diecinueve años, nunca había sido tan dichosa como lo fui durante ese tiempo.

Pero en el fondo, cuando recapacitaba en las noches sobre esto, una pequeña angustia se adueñaba de mí y, pese a intentar refrenarla convenciéndome de que no tenía razón de ser, seguía conmigo hasta que la luz del alba aparecía por mi ventana anunciando un nuevo día. Presa de esa inquietud, me sentía como el pajarillo que vuela libre entre las ramas de su olivo preferido, sintiéndose observado por el gato fiero, como si la libertad solo fuese un engaño, una quimera. Conocedora de que a los dioses les gustaba jugar con mi destino, entendí que no debía acostumbrarme a la bonanza, pues en cualquier momento podía sorprenderme un recodo en el camino que sus manos divinas habían trazado para mí.

Y, en efecto, así fue.

Una mañana, antes de que Herófilo hiciese acto de presencia, un mensajero entró en el aula, dirigió un vistazo rápido hacia las gradas donde nos encontrábamos, y preguntó en voz alta:

—Jano de Atenas ¿se encuentra aquí?

Me incorporé y le indiqué que era yo a quién buscaba.

—Debes acudir a la planta superior de la Biblioteca: tu documento ha sido copiado y te será devuelto allí —dijo, subiendo hasta donde me encontraba y ofreciéndome un rollo—. Entrega esto al traductor.

El mensajero volteó sobre sus talones y se marchó; tras él, Herófilo apareció y nos brindó una mañana de nuevos y preciosos conocimientos.

Después de almorzar puse rumbo a la Biblioteca. Estaba muy ilusionada, pues

confieso que viendo la ingente cantidad de manuscritos que entraban por sus puertas cada día, había empezado a perder la esperanza de recuperar el mío. Pero allí estaba, o eso me había dicho el mensajero, y en unos minutos regresaría a las manos de su legítima dueña. Por primera vez desde mi llegada a la ciudad accedí a la planta superior de la Biblioteca. Al llegar, entré por la primera puerta que encontré. Dentro, un gran ventanal con vistas al jardín permitía la entrada de un torrente de luz que me obligó a interponer momentáneamente la mano ante mis ojos. La estancia era enorme, sin divisiones, y todavía más silenciosa que la del piso inferior. Al echar un vistazo al final de la gran sala, allá donde la luz del ventanal no llegaba del todo, distinguí varias mesas con pequeños puntos centelleantes sobre ellas. Un hombre se encontraba de espaldas a mí, y algunos más al fondo. Me dirigí al que tenía más cerca.

—¿Eres el traductor? Vengo a recuperar mi papiro.

El hombre, ojeroso, enjuto y con una barba sobria, se giró hacia mí y me observó como el que ve a un pequeño reptil colándose en su espacio de trabajo.

—¿El traductor?, ¿cuál de ellos? En este momento debe haber aquí al menos diez.

Me quedé en blanco. El mensajero no se había referido a ningún traductor en concreto. Al ver mi expresión confusa, siguió preguntando.

—¿De qué naturaleza es el documento que buscas?

—Médico.

Me volvió a mirar con idéntico gesto al anterior, como si no terminara de creerse que alguien como yo pudiese poseer algo así; luego, extendió la mano para que le entregase el rollo que llevaba conmigo, y lo leyó.

—Debes ir al fondo: allí es donde están los traductores. Pregunta por Zarek, si tienes suerte ya habrá llegado; él se encarga de traducir los papiros científicos, entre otros.

Se giró antes de que pudiese agradecerse, y continuó con lo que estaba haciendo. Entonces eché a andar hacia la penumbra del fondo, sobrecogida al ver que a ambos lados de la sala había más rollos de papiro apilados en orden, en librerías que, al igual que en la planta inferior, llegaban hasta el techo. Me preguntaba cómo era posible organizar algo así y quién sería el encargado de llevar a cabo la tarea de categorizar todos esos documentos.

Me detuve al llegar al final. Ajenos a mi intromisión allí, no menos de una docena de hombres trabajaban con silencioso ahínco.

—¿Zarek? —susurré casi con miedo de romper la paz reinante.

Un gruñido sonó a mi lado, donde un hombre escribía a la luz de dos lámparas de aceite.

—¿Eres Zarek, el traductor?

—¿Quién pregunta? —contestó sin levantar la vista de su trabajo.

De manera inconsciente, los vellos de mi brazo se elevaron y mi corazón empezó a ir más rápido en respuesta a algo que era evidente que lo había asustado.

«Esa voz —pensé—, ¿a quién me recuerda?».

Me aclaré la garganta y respondí:

—Soy Jano de Atenas, vengo a por mi papiro médico. Me han dicho que debo preguntar por ti.

El hombre elevó la cabeza, al fin, y me miró con la expresión ceñuda; pero ese semblante le duró poco tiempo, pues sus ojos doblaron su tamaño al encontrarse de frente con los míos.

—¿Tú? —dijo realmente asombrado—. ¿Qué haces aquí? ¿No has causado ya suficientes estragos con mis papiros que has vuelto a por más que destruir?

La respuesta al por qué de mi creciente desazón llegó detrás de sus palabras. Al ver su rostro iluminado por las tenues llamas de las lámparas, supe que era el hombre con el que había tropezado en el muelle, dos meses atrás. Solo los dioses podían reservarme una casualidad tan bochornosa como esa, y la acepté como un merecido escarmiento.

—Te pedí disculpas en su momento, no era mi intención destruir nada...

—Eso ya da igual —dijo, poniéndose en pie y registrando en una estantería que tenía a su derecha. Cogió en sus manos uno de los manuscritos, lo remiró y me lo tendió—. Ahora vete antes de que te dé por jugar aquí también; no hay agua, pero sí fuego, y ese es un elemento que a los niños les encanta especialmente.

Su tono irónico logró irritarme de tal modo que deseé tirarle el rollo en la cabeza cuando por fin lo tuve en las manos.

—Por cierto —continuó—, no ha sido copiado: ya era una copia del original, traducido hace años. No tiene valor para mí.

—No tendrá valor para ti —dije mostrándome ofendida—, pero sí para mí. Este papiro salvó la vida de una mujer gracias a los conocimientos que pude obtener de él.

Apretó los labios y se volvió a sentar.

—No digo que no sea valioso, solo que un papiro que ya haya sido

traducido antes no tiene valor para un traductor. Ahora vete, tengo que terminar mi trabajo y me estorbas aquí.

Le hice caso, encantada de poder alejarme de su presencia huraña y regresar a la claridad del jardín.

Pero esa noche, no supe por qué, el hombre se me apareció en sueños. De nuevo yo corría por el muelle y de nuevo chocaba con él. Pero esta vez no eran los papiros los que caían al agua, sino el hombre el que se balanceaba peligrosamente con riesgo de caer al mar (mucho más enfurecido en mi sueño que el de aquel día). Yo, en un impulso, lo agarraba fuertemente de las manos. Entonces, frente a frente, pude observar el miedo y la desesperación en sus ojos grandes y brillantes, y no la ira de aquel accidentado día. Con una fuerza impropia de mí, tiré de él y lo atraje hasta el paseo, y gracias a eso pudo escapar de las garras de su trágico final. No sé qué pasó luego, porque, por esos extraños misterios que envuelven a los sueños, no logré recordarlo a pesar de mis intentos. Solo sé que a partir de entonces mi maestro y los libros dejaron de ser los únicos alicientes por los que acudiría al Museion cada mañana.

Pese a que el verano iba tocando a su fin, el intenso calor africano seguía hostigándome día y noche. A principios de boedromión, me encontraba buscando una sombra lo suficientemente grande como para permitirme estudiar bajo ella, cuando una visión más refrescante captó toda mi atención. A mi derecha, el traductor pasaba de largo. Desde mi angustioso sueño no lo había vuelto a ver, y de eso hacía ya dos semanas. Según Sefranio (al que por primera vez yo había atosigado a preguntas, y no al contrario), algunos traductores solían acompañar a los agentes del rey a donde los mandase Demetrio de Falero, responsable de la Biblioteca, en busca de nuevos manuscritos, y esa había sido la causa de su ausencia en el Museion durante este tiempo. Al volver a verlo después de tanto tiempo, sentí revivir ese gusano curioso que yo sabía que habitaba en mi estómago. En consecuencia, abandoné la idea de continuar con la lectura y comencé a seguir las pisadas del enigmático hombre.

Lo vi salir del jardín a paso vivo y encaminarse hacia el frescor del recinto interior; allí se detuvo unos segundos para hablar con un hombre y, tras despedirse secamente de él, salió a la calle. Me hubiese gustado seguir tras sus pasos, saber hacia dónde se dirigía, dónde vivía y con quién, pero mi tío subía los escalones en mi dirección en ese instante, y solo me dio tiempo a

percibir una cosa antes de perderlo de vista. El traductor parecía aguardar bajo las escaleras a alguien que no tardó en aparecer. Una joven de tez blanca, pelo color azabache y con una talla más propia de una niña que de una mujer se acercó a él. Llevaba una criatura de algo más de un año en brazos, que pronto pasó a los de Zarek, quien lo recibió de buen grado. Abrazó a la muchacha —que debía ser al menos diez años más joven que él— con el brazo que le quedaba libre, y se puso al niño sobre los anchos hombros. La feliz pareja y el pequeño giraron en dirección al barrio judío y desaparecieron entre la muchedumbre.

—¿Qué miras? ¿Ha pasado algo ahí abajo? —dijo mi tío, volviéndose hacia la plaza.

—No, no es eso... —mentí.

Sí, mentí. Y no porque realmente hubiese presenciado una hecatombe, sino porque, sin saber la causa, la escena que acababa de presenciar había hecho que mi cuerpo reaccionara como si algo realmente terrible acabase de suceder.

Sacudí la cabeza intentando cambiar mis pensamientos, y pregunté a mi tío qué hacía allí.

—He quedado con Demetrio de Falero —respondió, mientras me pasaba una mano por encima del hombro y entrábamos de nuevo en el recinto—. Hay algunos asuntos que debemos resolver con urgencia. ¡Ah, ahí está! —dijo, señalando al hombre enjuto que yo había visto en la sala de traducciones.

—¿Ese es el célebre Demetrio de Falero? Pensé que era uno de los traductores...

—No, ese hombre es mucho más que eso: es un gran literato, y tan sabio como cualquiera de los eruditos que te puedas encontrar por aquí, ¡tal vez más! Estudió con el mismísimo Aristóteles, en el Liceo, y llegaron a ser grandes amigos. Aparte de eso, y como bien sabrás, fue gobernador de Atenas durante muchos años. Hace diez que llegó a Alejandría. Es uno de los fundadores de la Biblioteca, junto con el rey, y el más interesado en que esta funcione a la perfección. Él gestiona los viajes de los agentes en busca de nuevos rollos y supervisa las traducciones en sí; también es él quien decide qué libros deben permanecer en el Museion y cuáles no merecen ese privilegio; en fin, no sería raro que la Biblioteca llevara su nombre. Pero no solo eso es lo que le ha dado la fama. ¿Sabes con qué sobrenombre se le conoce? —Al verme negar, contestó—. Se le conoce como: «El primero de los amigos del rey».

Dijo esto último susurrando en mi oído, pues ya habíamos llegado a la

altura del eminente hombrecillo, que se encontraba a los pies de la estatua, precisamente, de su amigo el rey.

Los hombres se saludaron con la efusividad con la que lo hacen dos amigos. Después de dedicarse unas amables palabras, mi tío me presentó al erudito. Demetrio me observó como si hiciese un gran esfuerzo por recordar de qué me conocía. No sé si cayó en la cuenta, y tampoco pareció preocuparle, pues se giró en redondo y comenzó a dialogar con Eurípides, ignorando mi presencia allí.

Juntos echaron a andar hacia la Biblioteca, y yo decidí regresar a la casa de mi tío. Tenía la sensación de que, al menos por ese día, ya había obtenido más información de la que podía asimilar.

Esa noche mi tío y yo decidimos buscarle una entretenida ocupación a Kissa. Sus hábiles manos y su refinada compostura la hacían digna de trabajar con las mujeres más nobles de la ciudad, a las que por suerte mi tío, gracias a su oficio, tenía acceso. Se dedicaría a maquillarlas y prepararlas para sus días comunes o sus eventos especiales. Al principio no parecía muy convencida, pero luego, tras meditar la idea, alentada por los detalles que mi tío iba contando y viendo que yo la apoyaba con entusiasmo, pareció sentirse encantada. Una semana después mi niñera estaba viajando en un carro solo para ella, con una lustrosa caja repleta de cosméticos sobre su falda y una sonrisa reluciente en su cara. Ahora, no solo era yo quién le contaba mis anécdotas; ella también disfrutaba relatándome sus experiencias vividas con las damas alejandrinas más elegantes. Tan contentas las dejaba, que volvían a requerir su trabajo días más tarde. De esta manera se había hecho con una gran cantidad de clientas que, pese a mantenerla todo el día ocupada, no hacían más que ensanchar su gesto alegre.

La tarde de mi diecinueve cumpleaños, mientras esperaba a que Kissa regresara de su nuevo oficio, encontré un papiro sellado sobre mi cama. Me emocioné al reconocer sobre la cera la figura de un mochuelo, característica propia del chatón del anillo de mi padre. Lo rompí y lo desenrollé en el acto. Las mujeres de la casa hablaban a través de él: mi abuela me describía las Panateneas, agradecida con los dioses por haberla dejado sobrevivir otro año más a su festejo predilecto, pero sin poder evitar la tristeza al ser el primero en el que yo no estaba a su lado; mi madre prefería reservar los mensajes cariñosos para el final, para antes advertirme de los peligros que mi situación entrañaba, pedirme que obedeciese en todo a Eurípides y que no anduviera

sola por la calle; para terminar, mi padre me pedía paciencia mientras él resolvía si cumplir o no con la petición que le había hecho la noche antes de partir. Volvía a repetirme que la espera se debía a que necesitaba tener la certeza de que mi carácter hubiese madurado lo suficiente, y solo así, decía, podría decidir si complacer o no mi deseo. Para terminar, me deseaba prosperidad.

Prosperidad..., ya era algo. Muchas veces había llegado a pensar que era todo lo contrario lo que él anhelaba para mí, porque de ese modo me vería obligada a regresar y cumplir con sus deseos. No obstante, y a pesar de que mis ambiciones iban en contra de las suyas, en su mensaje me había deseado buena fortuna. Traté de imaginarlos alrededor de la mesa mientras escribían los mensajes que acababa de leer, tal vez apesadumbrados por mi situación o puede que hasta ilusionados con mi nueva etapa. Me llevé el papiro a la nariz y aspiré con la intención de hallar algún olor que me transportase hasta ellos: el aroma a aceite de rosas de mi madre, el de canela de mi abuela, la vaharada a pan recién horneado que inundaba mi casa por las mañanas... Mas no lo conseguí. Entonces, y por primera vez desde que había llegado a la ciudad, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos, derramándose descontroladas durante más tiempo del que hubiese deseado. Finalmente, el cansancio doblegó a la congoja, y caí rendida sin darme cuenta.

Rincones escondidos

Los alumnos habíamos evolucionado mucho durante los meses que llevábamos acudiendo a la Escuela de Herófilo, y la seguridad con la que debatíamos acerca de los temas médicos que tanta fascinación nos causaban había aumentado considerablemente. Así, nos sentíamos algo más médicos y menos alumnos, pese a que todavía éramos los aprendices menos preparados del maestro. Absortos como estábamos ante las lecciones que nos enseñaba ese día, la mañana había resultado fugaz. Cuando su tiempo para nosotros expiró, nos dejó la tarde libre para que intercambiásemos pareceres. De nuestros avances en la Escuela hablábamos Sefranio y yo mientras paseábamos por las afueras del Museion. Estábamos tan concentrados en nuestra conversación, que no fuimos conscientes de que nos habíamos alejado demasiado, y ahora nos hallábamos en un callejón sin salida, dentro del barrio judío. Nos asaltó la risa floja, conscientes de nuestra torpeza, y decidimos dar la vuelta para desandar nuestros pasos. Pero algo nos lo impidió.

Justo al principio del callejón tres hombres se encontraban de pie, observándonos. Estaban parados, separados a cierta distancia unos de otros y, por alguna razón entonces incomprensible, las sombras que arrojaban sus cuerpos me resultaron amenazadoras. Enseguida los reconocí como a los molestos alumnos de la Escuela. La incertidumbre se apoderó de mí cuando caí en la cuenta de que era poco probable, si no imposible, que estuviesen allí por casualidad: claramente, era una situación intencionada.

Sefranio y yo nos miramos a la vez, y en nuestras pupilas se podía leer el mismo mensaje. Sabíamos que ninguno de los dos éramos del agrado de los muchachos y, por lo que conocíamos de ellos, que no sería fácil salir de allí si su intención era impedir que eso ocurriese. En los meses que llevaba en la Escuela había tenido tiempo de saber quiénes eran cada uno de los tres individuos que ahora nos miraban desde la distancia. Gracias a las

indagaciones de Sefranio, sabía que el líder se llamaba Rhodes y que era hijo de un político muy afamado en la ciudad, y que su madre era prima del mismísimo rey de Egipto. Estudiaba Medicina más bien porque podía, y no porque sintiese una fuerte vocación. De los dos restantes, el más bajito, egipcio de nacimiento, se llamaba Yazid, y al igual que el tercero de ellos — cuyo nombre nunca me molestó en memorizar—, estaba en la Escuela de Medicina gracias a las influencias de sus familias. Como solía decir mi tío cuando le comentaba alguna anécdota vivida ese día con ellos: «No todos los jóvenes que estudian en el Museion son concedores de la suerte que tienen; para muchos tan solo es un divertimento, una manera de pasar el tiempo en lo que sus padres logran colocarlos en algún puesto político relevante, o legarles sus grandes fortunas». Me entristecía escuchar eso, y también saber que habían pasado el filtro del maestro, como si de alguna manera el anciano se hubiese dejado influir por el poderoso linaje de sus alumnos. Con todo, en el fondo comprendía que no debía ser fácil para Herófilo rechazar a tan solemnes estudiantes, pues el Museion estaba mantenido gracias al rey, y tener a sus amistades contentas era una forma de que el monarca también lo estuviera.

Durante esos meses, y debido a lo poco interesantes que debían resultarles las lecciones, habían encontrado entretenimiento burlándose de nosotros, especialmente de Sefranio. Mi pobre amigo no ofrecía resistencia alguna a sus provocaciones, por lo que un día sí y otro también era objeto de sus burlas crueles, de su desprecio y de algún que otro empujón que más de una vez lo había dejado sobre el suelo tendido. Conmigo, sin embargo, eran más comedidos, pues mi fuerte temperamento y mis dos años mayor que todos ellos parecían refrenar sus impulsos dañinos, reservándome solo algunos motes crueles referentes a mi aspecto peculiar.

Estos tres elementos ahora se encontraban a varios metros de nosotros, y, sin escapatoria a la vista, solo nos quedaba esperar a que vomitasen sus burlas y regresaran por donde habían venido.

—Vaya, fijaros, ¡dos petunias en medio de un callejón! ¡Oh, pobres! ¿No os dan pena, tan solitas y abandonadas...? —dijo el líder del trío.

Los otros comenzaron a hablar en los mismos términos, y yo a ponerme nerviosa presintiendo los problemas que se avecinaban. Miré a mi compañero, luego a mí, y enseguida supe que ninguno de los dos podría ofrecer una buena defensa, y que, en caso de que nos violentaran, tan solo nos quedaría tratar de resistir. Y ese era el problema. Mi corazón golpeaba con fuerza la sangre en mis oídos, concedor del peligro que entrañaba que me encontrase a merced

de esos infames.

Los jóvenes, que ya casi estaban a nuestra altura, continuaban con sus provocaciones. Entonces Sefranio corrió a esconderse detrás de mí en busca de una seguridad que yo no podía ofrecerle.

—Dejadnos marchar, no queremos problemas.

—De aquí no se marcha nadie, eunuco. Dile a tu amigo que salga de detrás de ti o yo mismo lo sacaré por los carrillos.

Notaba a Sefranio temblar a mi espalda, e incluso me pareció oírlo gimotear. No podía reprocharle su cobardía, pues era joven, más joven que yo, y su carácter bonachón e infantil no le había permitido tener experiencia en el entrenamiento ni en la práctica de la lucha, al contrario que la mayoría de los jóvenes de su mismo sexo. Eché la mano hacia atrás y le impedí que obedeciese a los muchachos: si algo malo iba a ocurrir, yo sería la primera en comprobarlo.

—¡Que salgas de detrás te digo, bastardo pecosos! —gritó de nuevo Rhodes.

Al ver que no obedecía, ordenó a uno de sus secuaces que sacara al muchacho.

Al acercarse e intentar bordearme traté de refrenarlo con las manos, e iniciamos un forcejeo del que no acabé bien parada. En un intento de zafarse de mí, me golpeó en la cabeza con un gancho de pesca que llevaba en la mano y que había escapado a mi vista. La sangre comenzó a chorrear sobre mi hombro antes de que mis rodillas cayesen contra el suelo. Sefranio también se arrodilló y, antes de darnos cuenta, ya estábamos rodeados. Para nuestro asombro, Rhodes se levantó la túnica y tomó su miembro entre las manos; los otros, como siempre con idéntico proceder, lo imitaron.

—Bien, petunias —dijo con sus ojos de serpiente clavados en nosotros—, ha llegado la hora de regaros, no sea que os valláis a secar.

Los demás rompieron a reír tras la ocurrencia del joven, pero las risas fueron interrumpidas por una voz de misteriosa procedencia.

—¡Vosotros, pájaros, guardaos vuestras vergonzosas vergas dentro de las túnicas si no queréis que terminen siendo alimento para los peces!

Los cinco miramos a todos lados, pero no vimos a nadie ni al principio ni al final del callejón. Parecía como si una aparición invisible se hubiera colado entre nosotros para pronunciar esas palabras.

—¿Quién habla? ¡Da la cara, cobarde! —dijo el muchacho sin nombre.

En ese momento un tronco roído de manzana calló cerca de mis rodillas. Venía del cielo, y hacia allí dirigimos nuestras miradas. Tan nerviosa estaba

que no había podido reconocer la voz del que parecía ser nuestro salvador. Zarek se encontraba en lo alto del muro de la azotea de una casa cuya pared daba al callejón. Parecía relajado, como si le divirtiese la escena que tenía a sus pies.

—¿Es el bárbaro? —preguntó Yazid.

—Sí, eso parece. ¿Y a ti que te importan estos dos? —preguntó al cielo—. Entra en tu choza y déjanos en paz.

—No os lo repetiré otra vez: marchaos por donde habéis venido. No me obliguéis a bajar y a que os deje en evidencia frente a esos dos demostrando lo débiles que sois en realidad.

Se miraron los unos a los otros, sin hablar, hasta que Rhodes respondió.

—Bárbaro, ¿acaso sabes con quién estás hablando? ¿Sabes lo que te hará mi padre si llega a su oído una queja de su hijo con respecto a ti? Además, ¡pertenezco a la familia del rey! —dijo esto hinchando el pecho, como si de pronto se le hubiese llenado con todo el orgullo del que disponía.

El traductor se colocó en cuclillas sobre el muro de la azotea y empezó a hablar con un tono que indicaba que la calma que mostraba hasta entonces ya se había esfumado. Los muchachos también debieron captar la señal, pues dejaron caer sus túnicas en una imagen especular.

—No sé quién es tu padre, ni me interesa, pero para que tus lloriqueos lleguen a sus oídos primero debes salir de este callejón con las cuerdas vocales dentro de tu gástrico. Es aquí y ahora donde solucionaremos esto; uno de los dos saldrá ileso sin necesidad de recurrir a nada más que sus puños. Adivina cuál —dijo esto último flexionando los brazos sobre el muro, haciendo ademán de saltar.

Rhodes miró a los demás y estos parecieron entender su mudo mensaje. Por sus gestos, ninguno parecía poner en duda que el traductor fuese capaz de saltar y cumplir con su amenaza. Instantes después los tres se habían batido en retirada, dejándonos a mí y a mi compañero con las rodillas y la dignidad a ras del suelo.

La oreja izquierda demandaba mi atención. Al llevar la mano a ella noté que estaba ligeramente desgarrada por la parte superior, y de ahí la sangre que goteaba sobre mi chitón blanco. Me dolía y me escocía a partes iguales.

De pronto escuchamos una voz femenina. La muchacha que había visto junto a Zarek en el Museion, ahora se alongaba en el muro para llevarse después las manos a la boca, con una mueca de sorpresa dibujada en el rostro.

—¡Por Hestia!, ¿qué ha pasado aquí?

Zarek, que ya se había sentado para comenzar a comer otra manzana, contestó:

—Una pequeña escaramuza entre niños, nada grave. ¡Tranquilízate, mujer!

—¿Nada grave, dices? Ese de ahí está sangrando, ¿no lo ves? Salid del callejón y entrad en la casa, os esperaré en la puerta. ¡Vamos, deprisa!

El traductor miró con asombro a la mujer, pero esta ya había desaparecido de camino a nuestro encuentro.

Como bien dijo, nos esperaba a las puertas de la vivienda, que resultó ser tan humilde como acogedora. Nada más entrar, encontramos al pequeño con el que la había visto en brazos el primer día. El niño jugaba en el suelo e ignoró nuestra presencia, como si estuviese acostumbrado a recibir tantas visitas que la nuestra no llamase su atención.

—Este es mi hijo, Otis; espero que no os moleste —dijo, tomándome del brazo para llevarme cerca de una ventana donde ya había colocado unos trozos de tela y agua en una vasija. Me obligó a sentarme para observar mi herida a la luz—. Vaya, hay mucha sangre, pero no parece grave.

—Ya te lo dije, solo era un rasguño. Deja que se marchen.

—Por cierto —dijo, ignorando al traductor, que ya bajaba por unas estrechísimas escaleras laterales—, mi nombre es Eirene, y este ser tan gentil que ha hablado es mi...

—Sí, Jano y yo lo conocemos —interrumpió Sefranio, acercándose a nosotras con la vasija del agua—: es uno de los traductores de la Biblioteca.

—¿En serio?, ¿lo conocéis? Pues sois muy afortunados si ha permitido que eso ocurra. Yo he dedicado toda una vida a conseguirlo...

—Mi amigo Sefranio quiere decir que sabemos quién es —aclaré a la muchacha; luego me dirigí al hombre—. Te agradecemos la ayuda. No sé lo que hubiera pasado si no llegas a estar ahí...

Zarek soltó una carcajada estruendosa mientras se despojaba del chitón y se introducía de pie en la bañera que quedaba tras una cortina. Quedándose de espaldas y con sus posaderas a la vista de todos los que estábamos allí, contestó:

—Pues yo sí sé lo que hubiese pasado, créeme..., «petunia».

Eirene hizo un ademán para que ignorase su comentario, y se interesó por saber quiénes éramos y qué había pasado en el callejón. Cedí el privilegio de relatar la historia a Sefranio, quien ya se mordía los labios por la ansiedad de imaginar que fuese yo, y no él, el que tuviese que hablar.

Mientras escuchaba atenta, Eirene comenzó a curarme la herida,

limpiándola suavemente con una mano, a la vez que sujetaba con firmeza mi barbilla con la otra. Tan cerca como la tenía, observé el contorno y los rasgos de pequeña cara: era bonita. Tenía un perfil regio, con una nariz recta y una barbilla orgullosa, rasgos que siempre me habían parecido propias de personas con fuerte carácter. La suponía algo más joven que yo, no mucho, aunque sus grandes ojos oscuros parecían haber vivido más años que ella. Era menuda y su cuerpo era más parecido al de una niña que no ha terminado de crecer que al de una mujer en su plenitud.

Tras eso, mis ojos vagaron libres por la estancia. Pude advertir que era mucho más pequeña de lo que me había parecido en un principio. Cabían los muebles justos para el uso diario, ni más ni menos. Me sorprendió ver una cantidad ingente de figurillas de varios tamaños regadas por todos lados, en su mayoría con formas humanas, de dioses o de animales. En el centro había una mesa y un hogar de leña; bajo la escalera por la que había bajado el hombre minuto antes, una puerta daba a una minúscula habitación con un solo lecho, e imaginé que era ahí donde dormían la muchacha y el traductor; al fondo del todo, una cortina translúcida trataba de ocultar una segunda cama y una bañera mediana del resto de la casa.

Y fue ahí donde mi curiosidad decidió arrojar el ancla.

Mis ojos, esos órganos inquietos e ingobernables, comenzaron a orbitar alrededor del cuerpo del traductor. Deseaba no hacerlo; deseaba frenar mi curiosidad, cerrarlos y dejar que la muchacha me curara para poder regresar al Museion cuanto antes. Pero, como digo, dirigí la vista hacia la mitad del cuerpo que quedaba libre detrás de la cortina. El hombre, que silbaba una graciosa melodía, se echaba agua con una jarra sobre la cabeza. Luego, frotó con natrón su espalda baja y sus nalgas y, tras esto, se giró en mi dirección. En ese momento debería haber retirado la vista, lo sé, pero mis ojos, ¡los muy traicioneros!, se negaron a obedecer a la razón y continuaron con el escrutinio sensual. Así pues, no me quedó más remedio que verlo frotar con energía el pelo oscuro y ondulado que caía pesado sobre sus hombros; oponiéndose a mi voluntad, mis ojillos verdes siguieron la dirección que tomaron sus manos, esta vez, para acariciar unos brazos que parecían poder cargar con el peso del mundo; sin que fuese mi intención, lo vi acariciar su pecho robusto, dejando restos de natrón que descendían impacientes cuerpo abajo; vi como sus manos llegaban a su vientre marmóreo, también contra mis deseos, para continuar con su peligroso descenso...

—Que si te ha dolido, te digo —preguntó Eirene, girando mi mentón hacia

su cara.

Me sentí avergonzada, hasta que recordé que para ella yo era un muchacho, tal vez extraño, pero un hombre, al fin y al cabo, y nada presagiaba que sospechara lo contrario.

—Oh, no, ya no me duele. ¡Gracias por tu ayuda!

—No me las des. Pero deben coserte la herida, yo no puedo hacer eso... ¡Dioses! ¿Qué es esto? —preguntó mirando la tinta oscura entre sus dedos.

Al verla comprendí que se había manchado con la tinta de mis cejas.

—¿Tú también te la oscureces? —preguntó Sefranio—. Yo lo hago por recomendación de mi buena tía, pues dice que así parezco más viril; aunque reconozco que no me queda igual de tupida que a ti, ¡mira! —dijo, acercando su escasa barba pelirroja a nosotras.

—¡Hombres! A veces demostráis ser más presumidos que las mujeres...

Gracias a la naturalidad de Sefranio, notaba como la saliva regresaba a mi boca. Le di la razón a Eirene, avergonzada.

A todo esto, Zarek ya estaba vestido y terminando de atarse la segunda sandalia. Se puso de pie con energía, metió un pan y algo de fruta en una bolsa, y se acercó al pequeño. Lo cogió en brazos, lo levantó en el aire y comenzó a hacerle pedorretas en el cuello, consiguiendo que el crío se retorciera entre risas hasta quedarse sin aire. Lo puso en el suelo y se despidió de Eirene. En nosotros ni reparó.

No puedo negar que, pese a la bondad de la muchacha y a la calidez de su hogar, al salir él, la casa pareció perder todo su atractivo.

—Eres una mujer muy afortunada —expresé en un susurro involuntario, sin dejar de mirar la puerta por la que acaba de salir.

Eirene me miró sin comprender y luego se encogió de hombros.

—Supongo que los dioses me han dado una tregua; si debo llamarla fortuna, no lo sé. —Se acercó a la mesa y la señaló—. Comed algo antes de iros: tengo vino, dátiles y algo de pan, si es que Zarek no ha acabado con todo ello. Por las tardes, cuando regresa al Museion, se lleva comida como para veinte días...

Con una certera mirada a tiempo logré refrenar la respuesta afirmativa de Sefranio, quien ya se frotaba las manos imaginando el banquete.

—No, gracias. Creo que ya hemos abusado de tu bondad por esta tarde.

—Oh, como queráis...

Mientras me acercaba a la salida tropecé con una de las figurillas de madera que había por el suelo desparramadas. La cogí en mis manos y

comprobé el sorprendente parecido con la muchacha.

—Las hago yo para llevarlas al ágora, ya sabes, así me gano la vida: hago figurillas similares a personas conocidas, muchas veces por encargo, otras no, y luego las vendo allí. Esta se la doy a mi hijo cuando debo pasar alguna tarde alejada de él.

La muchacha se silenció cuando la puerta se abrió de par en par y por ella emergió otro hombre que nada más vernos allí frunció el ceño. Era rubio y de rasgos sencillos, sin nada que lo hiciera destacar ni para bien ni para mal entre ningún otro hombre conocido. En una mano llevaba una cesta a rebosar de peces, y varios aparejos de pesca en la otra. Se deshizo de ellos y se acercó a Eirene para besarla dulcemente en los labios. Luego llevó la vista a Sefranio, todavía cejijunto, y nos preguntó quiénes éramos.

Me quedé impactada ante la visión que acababa de contemplar; tanto, que no pude responder por mí misma.

—Ellos son Jano de Atenas y su amigo Sefranio de Lesbos, ambos estudiantes en la Escuela de Medicina. Han tenido un altercado en el callejón y mi hermano les ha ayudado.

—Vaya, como no, Zarek en medio de una disputa ajena —respondió el hombre.

—Este es mi esposo, Karsten. Es un pescador excelente. Si necesitáis comprar pescado fresco aquí, él es el que mejor podrá proveeros —Dicho esto, Eirene nos acompañó a la salida—. Bien, ya sabéis, muchachos, si queréis una figurita solo tenéis que decírmelo o acudir al ágora cualquier mañana y elegirla vosotros mismos. Estaré encantada de volver a veros. Tened cuidado de regreso a casa. ¡No os metáis en más enredos!

Esa noche, mientras mi tío cosía mi herida, tuve que dar una ristra de explicaciones en las que no omití ni un detalle, pues, para mi entender, todo había quedado en un desafortunado susto. Pero ni Kissa ni Eurípides —realmente alarmados por el aspecto de la ropa con la que llegué a la casa— parecieron entenderlo así. Les expliqué cómo eran los jóvenes con los que había estado y a qué se dedicaba la muchacha que me realizó la primera cura. No sé por qué me causó asombro descubrir que mi tío sabía quién era Zarek, pero así fue. Por lo que me contó, al dedicarse a traducir sobre todo papiros médicos, mi tío había tenido más trato con él que con ningún otro traductor del Museion. Por ello lo describía como un hombre reservado, pero de noble naturaleza, y como uno de los mejores traductores de la Biblioteca.

Pero me sorprendió saber que también era conocido por algo más. Al parecer, hacía años se había enfrentado a uno de los guardias de la ciudad, hiriéndolo de gravedad en ese altercado. Por ello y por su procedencia espartana, fuera de los muros del Museion era conocido como «el bárbaro». No obstante, la agresión no solo le había hecho merecedor de ese sobrenombre, sino que también fue encerrado en la prisión de Alejandría, donde había permanecido cerca de un año. Por lo visto, durante su estancia había destacado por su dominio de los idiomas, cualidad gracias a la cual no había tenido problemas para comunicarse con más de un preso extranjero, sirviendo de gran ayuda a los funcionarios de la prisión. Todo eso hizo correr la voz hasta llegar al Museion, y esta fue su salvación. Debido a la demanda de buenos traductores, el propio Demetrio de Falero había firmado una especie de tregua por la cual se le permitiría trabajar, a cambio de muy poca remuneración, como traductor de textos médicos más algunos filosóficos, y siempre bajo una estrecha vigilancia que él mismo se encargaba de llevar a cabo.

Dentro de la reconfortante bañera todavía podía escuchar las voces ahogadas que procedían del exterior. Tenía demasiado que asimilar después de todas las experiencias vividas aquella tarde. Tanto en tan poco tiempo: el miedo a ser agredida o descubierta, prefiriendo lo primero a lo segundo; los celos inconfesables que trataba de disimular, pese a notarlos crecer con fuerza en mi pecho; la extrañeza al comprobar que podía ocurrir una unión idílica sustentada en el amor, y no en el deber; el irrefrenable deseo de alejarme de todos ellos, presa de un miedo que no sabía definir, pero que me atenazaba por dentro; y, por último, la sensación de profundo alivio al conocer la verdadera relación que unía a la pareja. Era como adentrarme en rincones escondidos de mi alma por los que nunca había transitado. Analicé estas emociones una a una, con calma, pues eran algo novedoso y extraño para mí, quedando fuera de mi entendimiento el por qué iban y venían dominándome por completo, sin que mi voluntad de evitarlas tuviese ningún poder.

Pero, tras estas profundas meditaciones con las que no encontré la calma, fueron unas ensoñaciones de naturaleza más carnal las que lograron distraerme por completo de todo lo que había comenzado a perturbarme. La imagen del traductor en idéntica situación a la mía, bajo el agua y el natrón, se me representaba a cada instante. Necesitaba eliminar la tensión acumulada ese día, pero su imagen boicoteaba mis intentos, volviéndome más febril a cada palmo de piel suya que rememoraba.

Opté por buscar el descanso de mi alma sumergiéndome completamente bajo el agua tibia y perfumada; del descanso de mi cuerpo, se encargaron mis manos.

La espartana

Durante la semana que se ausentó el maestro, algunos de sus más aventajados antiguos alumnos (aquellos que ya habían finalizado sus estudios y ya podían presumir de ser médicos) se encargaron de realizarnos unas pruebas con las que evaluar los aprendizajes adquiridos hasta entonces. Por lo tanto, esa mañana no me extrañó ver a pequeños grupos de estudiosos saliendo de la clase detrás del examinador. Entré en el aula y vi a Sefranio junto a otros seis muchachos.

—¡Bien, ya has llegado! Estamos en el mismo grupo, pero no tengas prisa: todavía no ha llegado el maestro que nos examinará.

Nos sentamos en las gradas, unos nerviosos, aburridos otros, hasta que vimos entrar al joven maestro, casi media hora después de haberlo hecho yo. Parecía poseer la electricidad y la velocidad de un rayo en todos los movimientos que llevaba a cabo: colocó los rollos de papiro sobre la mesa, rápido; anduvo de un lado para otro como si tratase de recordar alguna cosa, rápido, y,

como no, habló con la misma celeridad con la que realizaba todo lo demás.

—Mi nombre es Erasítrato de Ceos, y yo mismo me encargaré de realizaros las pruebas elegidas por el maestro Herófilo. Como solo quedamos nosotros, no saldremos de esta aula.

Enseguida nos fue llamando uno por uno a su presencia y, alejados del grupo principal, nos realizó preguntas acerca de todo cuanto Herófilo nos había explicado meses atrás. Como yo no encontraba otro entretenimiento en la ciudad que no fuese el estudio y el repaso de las lecciones del anciano, pude responder con acierto a todas las cuestiones que me presentó. Me mostró dibujos de órganos alejados del cuerpo que debía albergarlos, y me pidió que dijese su nombre y su función, además de los males principales de los que

solían enfermar. A todo lo que él me iba preguntando, yo iba respondiendo sin demasiadas complicaciones. Estaba segura de mí misma, y el hombrecillo movía la cabeza apresuradamente de arriba abajo conforme yo hablaba, acrecentando mi seguridad.

Una vez hubimos terminado todos, el maestro comenzó a andar de un lado para otro, observándonos. Con un esfuerzo soberano por su parte, se quedó quieto en el centro, a los pies de la tribuna, y comenzó a decir nuestros nombres, todos menos dos.

—Vosotros —dijo, refiriéndose a los excluidos—: no habéis cumplido con lo esperado. Herófilo no da demasiadas oportunidades a los rezagados, debéis saberlo. Dentro de tres días volveréis a ser examinados. Si tampoco rebasáis las pruebas ese día, deberéis abandonar la Escuela.

Los jóvenes tragaron saliva con tanta vehemencia que los demás pudimos apreciar el sonido del acto. Sin apenas darnos cuenta, Erasítrato ya había recogido el material que había traído con él, y abandonaba la sala con el mismo apremio con el que había entrado en ella horas antes.

Una vez a solas, Sefranio y yo respiramos aliviados. Como no teníamos más quehaceres esa tarde, decidimos salir al jardín a pasear. Mientras lo hacíamos, rememorábamos la experiencia vivida con los tres alumnos, días atrás, y agradecíamos nuestra suerte desde entonces. Durante este tiempo, y como es natural, nos habíamos vuelto a topar con ellos; con todo, y pese a no haber cambiado su parecer hacia mi amigo y hacia mí, sí que se dejaba entrever cierta cautela en su modo de tratarnos, como si creyesen que contábamos con la protección del «Bárbaro». Pero se equivocaban. El traductor no se había vuelto a dirigir a nosotros desde aquella fatídica tarde. Pocas veces nos lo habíamos topado, y siempre mientras él trataba de entrar o salir del Museion. En ningún caso había vuelto a reparar en nuestra presencia, ni siquiera tras los intentos de Sefranio por iniciar cualquier tipo de conversación con él, obteniendo como respuesta un aspaviento nervioso en todos esos casos.

—¿Qué sabes del Bárbaro? —pregunté a Sefranio.

—Al parecer, él y su familia vienen de Esparta, y, ya sabes: para muchos griegos, sobre todo atenienses —y eso tú lo sabrás bien—, ellos representan la viva imagen de la hosquedad tan propia de los bárbaros. Aunque, a decir verdad, a mí no me ha parecido que tenga unos modales tan agrestes como para recibir ese sobrenombre, ¿no crees?

Medité unos segundos. Era cierto, parecía un personaje torvo, a lo que ayudaba muchos de los ademanes groseros que realizaba cuando alguien que

no era de su agrado se acercaba a él, como si el resto del mundo estuviese ahí para importunarlo. Su complexión tampoco encajaba con la de la mayoría de los eruditos y estudiantes que convivían en el Museion, pues parecía más propia de un soldado que de un entregado al estudio de cualquier materia. Su manera de andar, de moverse o de hablar revelaban su procedencia; sin embargo, como bien decía mi amigo, también había algo en él que resultaba diferente a lo que se esperaría de alguien propiamente bárbaro. Me desencajaban algunas cosas, como el hecho de que mi tío lo considerase un ser noble. Conociendo a Eurípides, sabía que jamás guardaría de alguien semejante opinión si no la mereciese. También me resultaba extraña la idea de que Demetrio lo hubiera requerido como uno de los traductores, algo que solo podía ser posible de tener algún motivo de peso —aparte de ser un mero traductor—, y entre ellos, pensaba yo, estaba el de poseer algún don interior hasta ahora oculto a los que solo podíamos contemplarlo desde afuera.

Y era eso, ese mundo interior desconocido, ese misterio insondable que lo envolvía a donde quiera que se dirigiese, el que mantenía en vilo mi curiosidad innata y acrecentaba mi ansiedad por desentrañarlo a como diera lugar.

Pero mis deseos de seguir indagando cayeron en balde cuando, muy a mi pesar, Sefranio tuvo que marcharse a casa pronto para cumplir con los requerimientos de su tía. Tras despedirnos a los pies de las escaleras del Museion, eché a andar rumbo al ágora. Imaginaba que Eirene debía de encontrarse allí a esa hora vendiendo su artesanía.

Un grupo de mujeres se apiñaba revisando minuciosamente las figuras talladas que tenían entre las manos. Una de ellas, complacida con lo que veía, sacó unas monedas con las que pagó a la joven, y se marchó junto a las demás. Eirene guardó el dinero en un pequeño saco de tela que tenía colgado, y se agachó a su izquierda. Solo entonces caí en la cuenta de que allí, en el interior de una gran cesta de mimbre, se encontraba Otis jugando con algunas figuritas de animales. Tras acicalarlo un poco, lo besó en la frente y se levantó de nuevo, encontrándose de frente conmigo.

—¡Vaya, estás aquí! ¿Vienes a revisar mi mercancía?

—Sí, claro; y veo que te va muy bien —dije señalando con la cabeza el camino por donde se habían marchado las mujeres.

—Hoy no me puedo quejar: las mujeres judías aprecian realmente mi trabajo, en cualquier caso, mucho más que las griegas o que las egipcias. Incluso así, no creo que tallar la madera me enriquezca, aunque al menos me

entretiene.

Parecía contenta de verme, así que durante un rato revisé una a una las figurillas esperando encontrar entre ellas al extraño animal que más me había sorprendido desde mi llegada a la ciudad. Al no encontrarla, miré a la muchacha y dibujé en el aire con mi dedo índice la forma singular de su columna.

—Lo siento, he vendido el último camello hace un rato, pero puedo traer más mañana. Tengo algunos en mi casa. —Pareció reflexionar unos segundos—. O mejor puedes ir tú mismo a buscarlo esta tarde.

—No quiero importunar...

—¡No seas necio! ¿Cómo crees que hago las figurillas personalizadas? La gente debe ir hasta mi casa para que yo dibuje sus rasgos sobre el papiro; créeme, estoy acostumbrada a las visitas. ¡Vamos, ven esta tarde!

La urgencia con la que insistía terminó por doblegar mi voluntad, y aquella tarde acudí a su casa.

La joven no tardó ni cinco segundos en abrirme la puerta. Llevaba al pequeño en brazos y este sostenía un biberón. Al verme, me recibió con entusiasmo y, después de poner al crío en el suelo, me pidió que la siguiese. Subimos por las estrechas escaleras que daban a la azotea, y, una vez allí, me llevó hasta un pequeño cuarto que le servía de taller. Había trozos de madera de pino por doquier y el agradable olor de la resina lo envolvía todo. Junto a las figuras inacabadas había espátulas y otros utensilios con forma afilada que la muchacha usaba como instrumental de trabajo.

—Toma —dijo, ofreciéndome el animal de mis deseos—, aquí lo tienes. Estaba a medio acabar, pero lo he terminado hace poco. ¡Es el más grande de todos los que he hecho!

Lo observé de cerca: lo había teñido de un color oscuro y, por el tacto, parecía recién encerado. Lucía un acabado impecable. Una miniatura idéntica a las bestias con las que me tropezaba cada día por las calles y que tanta fascinación me despertaban. Lo llevé a la nariz y aspiré el olor agradable de la madera. Luego, llevé una mano a mi bolsa y saqué unas monedas que ofrecí a Eirene. Ella negó con la cabeza, empujándolas de vuelta al interior de la bolsa.

—No, no es tu dinero lo que busco, sino algo más... Algo de naturaleza médica, no sé si me entiendes...

La entendí a la primera, pero simplemente me limité a obedecer cuando me pidió que bajase a la cocina para sentarme a su mesa. Sacó una bandeja con

algunos dulces de miel y manzana (que parecían reservados para la ocasión), y se sentó frente a mí. Tras servir dos jarras de cerveza, y acabar de un trago con la suya, comenzó a hablar.

—Sé que estudias para convertirte en médico, y es posible que tal vez no estés de acuerdo con lo que voy a pedirte, pero, no sé por qué, tengo más confianza en ti que en cualquiera de las hechiceras con las que me encuentro en el ágora cada día.

Volvió a servirse cerveza, mas esta vez solo tomó un sorbo. Bajo su nariz había empezado a aparecer una película húmeda que, junto a sus titubeos, me indicaba que se estaba poniendo nerviosa. Aunque intuía qué era lo que demandaba de mí, dejé que fuese ella misma quien lo verbalizase.

—Necesito un remedio para no concebir. —Dijo esto apresuradamente, como si las palabras le quemasen en la boca y necesitara expulsarlas de una vez—. Verás, ya tengo al pequeño Otis y no deseo parirle un hermano. Sin embargo, mi esposo, Karsten, el que te presenté el otro día, ansía otro hijo más que nada en el mundo. Sé que no me entenderás, pero yo deseo seguir como hasta ahora: creando mis figuritas, saliendo a la calle para venderlas; dedicarme a esto que, por poco que parezca, hace muy agradables mis días. Si pariese otro hijo y luego otro y otro... todo esto terminaría, y me vería encerrada entre estas cuatro paredes, dedicada a su crianza y sin ver la luz del sol por mucho tiempo. Sé que es egoísta por mi parte, pero... Es que...

Puse mi mano sobre la suya, pues empezaba a temblarle la voz.

—No te preocupes, no debes darme explicaciones. Si eso es lo que quieres, puedo conseguirte un remedio eficaz.

Eirene levantó la vista de la mesa poniendo de manifiesto cierto recelo. Su suspicacia duró algunos segundos más, durante los cuales, me pareció a mí, trató de encontrar en mi rostro alguna señal de falsedad. Sus ojos se notaban más grandes que nunca con esa expresión, y, por primera vez, la vi ensanchar una sonrisa sincera al no encontrar lo que buscaba en los míos.

—¿De verdad no vas a recriminarme nada? ¿Así, sin más?

—¡Por los dioses!, ¿qué voy a recriminarte si es algo que yo mismo he... recetado antes? Además, después de tus atenciones conmigo es lo mínimo que puedo hacer. Dame unos días para conseguir lo que me pides y lo pondré en tus manos, Eirene.

—Oh, Jano de Atenas, ¡sabía que Atenea te había traído a mí por alguna razón! ¡Te mereces el Olimpo!

Un fuerte golpe se oyó al fondo de la habitación. Tras la cortina, que se

encontraba medio abierta, vimos como Otis se llevaba la mano a la frente y comenzaba a berrear con fuerza. Nos levantamos apresuradamente y acudimos hacia él. Su madre intentó calmarlo, pero el berrinche fue aumentando pese a sus besos y atenciones. Me acerqué y revisé la frente del niño: solo tenía una rojez y una pequeña inflamación nada preocupantes. Su madre suspiró aliviada y me pidió que aguardase mientras ella trataba de tranquilizarlo.

De pronto me quedé a solas tras la cortina. Eché un rápido vistazo alrededor y supuse que la pequeña habitación donde me encontraba era la de Zarek. Me sentí intimidada por estar allí, en la guarida de aquel hombre, y solo me atreví a recorrer con la vista lo poco que había a mi alrededor. Frente a mí se hallaba la cama de la que el pequeño Otis acababa de resbalarse hacía un rato, y en la que el hombre descansaba cada noche. El lateral izquierdo daba a una bañera de barro —que yo recordaba muy bien—, y el derecho a una pared en la que había una pequeña estantería con al menos una docena de manuscritos y algunos frascos con tinta. Aparte de una silla y una lámpara de aceite sobre ella, no había más mobiliario en ese cuarto.

Me acerqué a la estantería con el sigilo de quien trata de quebrantar alguna ley sin ser descubierto. Mis dedos quisieron ser partícipes de la experiencia, así que se posaron sobre un papiro que estaba ligeramente sacado de su lugar. Lo cogí y lo desenrollé tratando de encontrar algún lenguaje extranjero en él. Pero no fue así. La tinta parecía antigua, como si llevase tiempo sobre el papiro, y las palabras escritas componían un poema de tristes versos que hablaban de amor y de pérdida. Estaba bellamente redactado, con una delicadeza infinita que hacía imposible que alguien dejara de leerlo una vez había empezado. La persona que lo había escrito debía sentirse muy desgraciado, pues describía a su amada con una veneración inusitada, y la sensación de su pérdida como una tragedia insuperable. Esa cantidad de dolor debía ser la fuerza motriz que ayudaba a las manos del poeta a redactar los descorazonadores versos que ahora yo leía. Con cada palabra sobre la que mis ojos pasaban, la angustia se iba apoderando un poco más de mí, hasta que, al terminar la última estrofa, el dolor del escritor ya me poseía por completo.

Miré en el colofón, pero no ponía el nombre de su autor ni tampoco un título, y de su pomo no colgaba ninguna etiqueta que lo identificara.

La voz de Eirene me llevó a cerrarlo. El pequeño ya se había calmado y ahora se relamía los dedos de una mano mientras sujetaba un dulce de miel con la otra, todavía en brazos de su madre.

—No le gustaría que lo leyeras; ni siquiera a mí me lo permite.

—Oh, lo siento, no pretendía hacerlo.

—Y sin embargo lo has hecho. En fin, ya no hay remedio. Dime, ¿qué opinas? —expresó en un tono que parecía exonerarme de toda culpa.

—Es hermoso. ¿Sabes quién lo ha escrito?

—Mi hermano: él lo ha hecho. Y si has entendido lo que dice ahí debe ser porque está escrito en griego. Puede que sea uno de los primeros que escribió. Los demás los ha redactado en otras lenguas que más parecen garabatos de Otis que un lenguaje verdadero. Creo que lo hace así para que yo no pueda leerlos —repuso, quitándome el manuscrito y devolviéndolo a su lugar.

Su respuesta me tomó por sorpresa. Mientras lo leía había llegado a pensar que era algún poema traducido por su hermano. Ahora que conocía la identidad del melancólico autor, ardía en deseos de volver a desenrollarlo y repasar su caligrafía, desentrañar el sentido de cada uno de los versos escritos, de ese y de todos los que lo acompañaban en la estantería.

—Tu hermano escribe muy bien, aunque sus palabras son tan tristes...

—Tan tristes como su historia. Tal vez algún día te la cuente, pero no ahora; debo seguir tallando en la azotea.

Entendí que sus palabras anunciaban una despedida y, tras acordar vernos nuevamente para entregarle su ansiado remedio, regresé a casa de mi tío.

Esa noche coloqué el camello junto a la mesilla que había al lado de mi cama. La lucecilla del candil reflejaba su llama mortecina y dorada sobre sus jorobas, y su sola contemplación me indujo al sueño. Cerré los ojos en busca de paz. Sabía que mi intención de acudir a casa de la joven talladora para resolver las intrigas que me consumían cada vez más había resultado un fiasco: no solo no había podido saber nada de Zarek por boca de Eirene, sino que lo poco que había dicho me había dejado con más dudas de las que llevé esa tarde a su casa. Me acurruqué tratando de recordar alguno de los versos del traductor, pero el cansancio era más poderoso que mi deseo. Al trasluz de mis parpados pude notar la oscuridad absoluta que trajo consigo la extinción de la llama, y tras eso me dormí.

La disección

Fue un alivio ver a Herófilo reincorporarse a su labor esa mañana. Entró sonriente y nos miró a todos antes de darnos una sincera enhorabuena por los buenos resultados en las primeras pruebas. Seguidamente, nos pidió que fuésemos tras él. No intuía entonces que el recuerdo de lo que acontecería ese día iba a quedar registrado en mi memoria como uno de los más emocionantes de mi estancia en la Escuela de Medicina. Cargados de intrigas —pues no nos había dado ninguna explicación—, seguimos el rastro de sus pasos. Cruzamos bajo las altas palmeras del jardín hasta una de las puertas laterales, y subimos por unas escaleras hasta llegar a una solana amplia. Allí, al fondo, habían colocado un toldo de lino que ofrecía una sombra suficiente para todos nosotros.

No estábamos solos en aquel lugar. Dos estudiantes avanzados esperaban recibir las órdenes de su maestro. Además, el cadáver de un hombre mayor se encontraba extendido sobre un tablón que llegaba a la altura de nuestras cinturas. Estaba completamente desnudo y en él destacaba un vientre tan abultado como el de una mujer en avanzado estado de gestación. Su cara reflejaba la expresión que debe dejar una muerte dolorosa y cruel, y me produjo una gran compasión. A su lado, una palangana con agua, un pequeño cuchillo y varios instrumentos quirúrgicos más se encontraban dispuestos en un alineamiento perfecto.

—Merecéis dar un nuevo paso en vuestro aprendizaje. Como podréis imaginar, hoy tendréis la oportunidad de ver el interior de un cuerpo humano. Todo lo que habéis aprendido sobre el papiro tomará su forma real ante vuestros ojos: hoy seréis testigo de una disección.

Nos miramos los unos a los otros y comenzamos a murmurar, emocionados y agradecidos por la noticia.

—Este es un cadáver de varón de unos cincuenta años. Ha muerto de forma natural en la prisión de la ciudad y nos lo han traído antes de salir el sol. Todavía está fresco, como podéis ver. —Levantó uno de sus brazos para que comprobásemos que la total rigidez aún no había aparecido—. Ahora procederé a abrirlo por el vientre. No me lavaré las manos para eso. En el caso de que fuese un ser vivo, y no uno muerto, ese paso sería imprescindible.

Dicho esto, extendió la mano y uno de sus ayudantes colocó un pequeño cuchillo de cobre sobre ella. El anciano puso la afilada punta del instrumento en el centro del tórax y presionó con fuerza. Muchos de nosotros esperábamos ver un torrente de sangre brotar, pero Herófilo nos explicó que eso no ocurría con los cadáveres, pues su sangre ya se había coagulado. Con movimientos diestros y certeros, fue rajando la piel y los músculos bajo ella hasta que el vientre quedó totalmente abierto. La imagen sorprendente se vio entorpecida cuando el fuerte olor que salía del interior del cuerpo llegó hasta nosotros, obligándonos a cubrirnos la nariz con nuestras túnicas, brazos o cualquier cosa que pudiésemos llevarnos a ella. Por el contrario, solo los antiguos alumnos y el mismo Herófilo permanecían sin alterar su posición.

—Lo que tanto os repugna es el olor característico de los órganos, del interior del cuerpo, pues todavía no ha tenido tiempo de suceder la putrefacción de la carne —dijo, mirándonos con cierta reprobación—. Haced el favor de acercaros, y ¡por los dioses, despejaos la nariz! No dejéis que el olfato os distraiga; son vuestros ojos los que tienen que apreciar lo que ahora tienen ante ellos.

Sus manos manchadas de sangre oscura sujetaron a ambos lados el tórax, y, con un esfuerzo que me pareció demasiado grande para alguien de su edad, hizo que las costillas se separaran, produciendo un crujido que nos erizó la piel.

—Observad con paciencia y utilizad vuestros conocimientos aprendidos. ¿Qué órganos distinguís ahí? ¡No pongáis vuestras cabezas a la vez o taparéis la luz! —dijo, atajándonos con la mano—. Mejor haced grupos de cinco.

De nuevo volvimos a obedecer. Yo me encontraba entre los primeros que pudimos ver de cerca la masa deforme y gelatinosa que había dentro del cuerpo. A simple vista, de entre todos ellos destacaba uno por su tamaño y su forma, y no precisamente porque fuese como el médico lo había descrito en sus explicaciones. Aun así, lo señalé con el dedo identificándolo como el hígado en voz alta y clara.

—¡Muy bien, joven! El hígado, que como os he dicho es donde reside una

de las cuatro fuerzas gobernantes: la alimenticia.

Los demás muchachos, después de oírme, se envalentonaron y comenzaron a nombrarlos uno a uno: los intestinos, los pulmones, el estómago y el corazón fueron enumerándose apresuradamente.

—¡Bien, bien, calma, neófitos! Es evidente que los conocéis muy bien. Pero ¿acaso no veis nada extraño?, ¿no llama algo vuestra atención?

Se separó del cuerpo y nos observó desde cierta distancia. Los ojos de los muchachos recorrían la hendidura y todo cuanto había dentro, muy de cerca, pues ya nos habíamos acostumbrado al olor. Todos intentaban resolver el misterio. Yo, sin embargo, no me acerqué; suponía que aquello que había advertido al principio era a lo que se refería Herófilo.

—El hígado, maestro; el hígado de este hombre es de color amarillento y su tamaño es menor del esperado; además, no es suave y brillante, como describiste en tus lecciones, sino rugoso.

El anciano asintió con asombro, y yo le brindé una sonrisa triunfal que hice extensible al resto del grupo.

—¡Excelente! ¿Todo eso lo has sabido sin acercarte siquiera?

—Nada nada más verlo, maestro. Me resultó evidente.

—Y es cierto: es demasiado evidente. Vuestro compañero ha acertado con bastante precisión. Como veis, la observación es muy importante en esta profesión, y de ella podemos sacar datos valiosísimos para la curación de los vivos o, al menos, para evitar una muerte tan cruel como la de este insensato que tenemos delante.

Se acercó con el mismo cuchillo y extrajo el órgano de su cavidad. Luego lo introdujo en la palangana con agua y, cuando estaba limpio, lo sacó y nos lo mostró. Mis descripciones habían sido precisas, a la vista de todos estaba. Para nuestra sorpresa, lo puso en las manos de Sefranio, que era el que se le encontraba más cerca, y este lo recibió con un gesto impaciente e infantil que provocó sonoras carcajadas entre los presentes. Después, y por deseos del maestro, nos lo fuimos pasando uno a uno, de mano en mano, sopesándolo y notando su tacto áspero y el olor desagradable que desprendía. Cuando terminamos, volvió a las manos del anciano. El hombre lo colocó sobre una mesa para realizarle varios cortes a lo ancho. El mal estado del hígado era evidente también en su interior.

—Y ahora la pregunta final: ¿qué creéis que le ha ocurrido a este hombre?

—¿Envenenamiento? —preguntó uno desde atrás.

—En cierto modo has acertado —respondió Herófilo—. Pero lo más

sorprendente es que no haya sido una mano malévola y malintencionada la que le haya procurado el veneno, sino este pobre desgraciado el que se haya estado intoxicando a sí mismo. La decadencia de su vida lo arrastraba de taberna en taberna, bebiendo sin medida tanto en la calle como en su casa. Esa vida también lo llevó a terminar sus días entre las paredes enmohecidas de la prisión, algo nada recomendable para la salud, desde luego.

—¿Y de eso murió este hombre, maestro?

—Digamos que su hígado murió antes que él. Oremos a Caronte para que sea benevolente y sepa guiarlo a una vida más amable que la que ha tenido en este mundo.

Tras decir esto, el maestro dio por finalizada la lección, ofreciéndonos el resto del día libre para reflexionar sobre lo aprendido.

El aire nunca me pareció más fresco y puro que el del jardín del Museion aquella mañana. Lo recorrí junto a Sefranio, quien, emocionado por lo arriba vivido, ya había comenzado a ofrecerme un discurso enardecedor del oficio de médico. En cuanto encontré un hueco libre y a la sombra en la exedra, lo agarré del codo y nos sentamos en ella. Todavía embriagados por la emoción de sentirnos, quizá por primera vez desde que comenzamos los estudios, más médicos que nunca, nos mirábamos las manos temblorosas. Éramos conscientes de que minutos antes habían sopesado un órgano humano, y también de que pocos de los que paseaban a nuestro alrededor lo habían hecho o lo harían, y eso nos llenaba de un orgullo inenarrable. Aunque los dos habíamos visto órganos animales, coincidíamos en nuestra opinión de considerar los del ser humano más magníficos en sí mismos. Y por las expresiones de nuestros compañeros de estudios, pues en cada esquina se les veía señalar con sus manos inquietas las partes corporales que acababan de examinar en el muerto, la fascinación era compartida.

Pero no todo lo que mis compañeros obtuvieron de ese día fueron observaciones provechosas. Como siempre que un individuo destaca de entre todos los demás, ya sea por alguna virtud excepcional o por el peor de los defectos, atrae con ello las miradas, sospechas y conspiraciones más burdas. Así que, bien por mi intervención de ese día, bien por las que le sucedieron, comencé a destacar como una luciérnaga en una noche sin luna.

Muchas veces, al finalizar las lecciones, el anciano me esperaba a la salida para mantener sugestivas conversaciones conmigo. Con las manos a la espalda, asentía al escucharme hablar mientras recorríamos los pasillos y

estancias del Museion. Solía preguntarme acerca de mi percepción y se interesaba por mi opinión. Ayudaba a eso el hecho de que fuese la persona que más veces respondía acertadamente a las cuestiones que él planteaba, o que más curiosidad mostrase ante todo lo que exponía. Y, aunque diese la impresión de que mi manera de proceder tenía como finalidad sobresalir, lo cierto es que lo único que me movía a hacer todo aquello era el deseo inmenso de seguir aprendiendo en una profesión que había logrado convertirse en el néctar de mi alma. Mi actitud complacía a mi maestro, era evidente, y muchas veces me ponía como ejemplo de tesón y entrega en los estudios médicos, alentando al resto —sobre todo a los que parecían más rezagados— a seguir mi ejemplo.

Pero, como bien digo, los parabienes de Herófilo hacia mí, más que beneficiarme, trajeron consigo algunos inconvenientes. Excepto Sefranio, que a veces también formaba parte de nuestras reflexiones, los demás comenzaron a mostrarse distantes y recelosos. Muchas mañanas mis saludos quedaban en el aire, como si este no fuese capaz de transportar las palabras hasta los oídos hacia los que iban dirigidos. Si me sentaba cerca de un grupo de jóvenes cuya conversación me interesaba, pronto les surgía algo que hacer y me dejaban sola. A veces no me hablaban durante días o silenciaban sus corrillos vivarachos a mi paso. En las siguientes disecciones, que cada vez eran más interesantes, apenas me dejaban espacio para poder observar, y en una ocasión hasta se atrevieron a cerrarme la puerta que conducía a la zona de disecciones.

Nunca supe cómo, pero todas estas intrigas llegaron a oídos de Herófilo. El buen maestro dedicó un día entero a aleccionarnos acerca de la generosidad de compartir el conocimiento y las enseñanzas. Según él, estas debían ser transmitidas sin censuras ni envidias de padres a hijos, de hermanos a hermanos, de manera que llegase cuanto más lejos mejor. Aunque la reprimenda del sabio pareció surtir efecto en ellos, a partir de ese día las puertas de la confianza que un día mantuvieron abiertas para mí permanecieron cerradas durante mucho tiempo.

Secretos de familia

Por fortuna, mi relación con Eirene sí que se vio fortalecida con el paso de los meses. Las conversaciones dedicadas a consultas de naturaleza médica pronto derivaron en otras de carácter más íntimo y profundo. Y aunque mi ficción poco me permitía contar acerca de mí, ella, siempre desde la cautela, abría algo más su corazón. Así pude descubrir que, si bien no era una muchacha propiamente culta, tampoco era una ignorante. Su mayor pasión era la escultura. Decía que le hubiese gustado ser hombre solo para poder aprender a esculpir el mármol como los más grandes maestros lo hacían. Sin embargo, se sentía muy afortunada por haber convertido su mayor entretenimiento, tallar la madera, en su profesión. Por otra parte, su percepción del mundo era interesante: creía que era un lugar temible y plagado de desventuras, pero que cualquier obstáculo podía ser salvado con la fortaleza suficiente. Y de eso yo había comprobado que ella poseía tanta como agua el mar. Se refería a sí misma como el carro que tiraba de su familia, y no le faltaba razón. En las noches que me había invitado a cenar al calor de su hogar, yo había podido comprobar cómo, aun siendo mujer, lograba que los dos hombres con los que vivía acatasen sus órdenes sin rechistar, tal como lo hacía el pequeño Otis. Ese hecho resultaba sorprendente para mí, pues en mi familia ninguna mujer había alcanzado jamás tal cuota de poder sobre un varón. Eirene, pese a ser la más joven de los adultos, se había convertido en la esposa, la hermana y la madre de todos los habitantes de esa pequeña familia. Cualquiera que no la conociese podría decir que la pequeña ninfa no tenía fuerza ni para sostener a su hijo en brazos; sin embargo, su espíritu parecía poder cargar con el peso de cien guerreros. Pero bajo esa evidente fortaleza a veces afloraba una vulnerabilidad escondida, solo perceptible a través del temblor de su voz o el brillo de sus ojos, sobre todo cuando su hermano era el

tema de conversación.

Tras dos meses de tibias conversaciones, una lluviosa tarde de antesterión pareció encontrar la confianza necesaria para desnudar su alma ante mis oídos incrédulos. Habíamos cruzado hasta la isla de Faros y nos detuvimos a descansar en una pequeña cala. El niño jugaba con la arena mojada de la orilla, y su madre lo observaba de cerca, regañándolo cada vez que intentaba llevarse un puñado a la boca. Cuando por fin le hizo entender las consecuencias que tendría su desobediencia, se sentó a mi lado.

—El pequeño es muy parecido a ti... y también a su tío; sin embargo, no se parece a su padre en absoluto —dije, sin imaginar que mi apreciación tenía su razón de ser.

—Eso es porque no es hijo de Karsten.

Su perfil orgulloso se dirigía al horizonte abarrotado de oscuros nubarrones, y no me miró en ningún momento, ni siquiera de reojo; de haber sido así, se habría encontrado con mi rostro estupefacto.

—Todo el mundo conoce mi historia, ¿acaso vas a fingir que tú no?

—Solo conozco la historia que tú me has permitido saber, y no es mucha.

—Eres un extraño ser, Jano de Atenas. Esta ciudad está llena de cotillas deseosos de encontrar unos oídos frescos que llenar con basura y calumnias; sin embargo, los tuyos continúan vacíos. ¿Acaso no frecuentas las tabernas llenas de rameras deslenguadas? No, claro, tú no...

—No, no lo hago. Sabes que no visito esos lugares; pero, para ser honesto contigo, aparte de lo que tú me has contado, te confieso que también sé que tu hermano estuvo en prisión por agredir a un hombre.

Ella sonrió amargamente, y al fin me miró.

—Entonces empezaré por ahí; mejor oír la verdad a través de mis labios que las mentiras engrandecidas que salen de las fauces ajenas. Sí, es cierto, mi hermano estuvo en prisión... por mi culpa. Llevábamos un año viviendo en Alejandría cuando una tarde, mientras regresaba de vender mi artesanía, unos guardias me atacaron en un callejón cercano a mi casa. Intenté defenderme, pero ellos eran dos, y muy grandes, y yo, ya me ves, soy un suspiro... Uno de ellos, el más viejo, consiguió reducirme sin apenas esfuerzo. Grité, lo arañé, intenté cerrar las piernas, pero no tuve opción. Tardó mucho rato, demasiado..., y cuando se dio por satisfecho y ya se estaba incorporando, apareció mi hermano. Desde el suelo, agazapada y aterrorizada como estaba, solo pude ver cómo Zarek saltaba sobre uno de ellos, rompiéndole el brazo al caer contra el suelo. Luego propinó una patada al malnacido que había

abusado de mí. El viejo fue a parar de cabeza contra un muro. Al principio creímos que había muerto, pues yacía inmóvil en el suelo; pero al poco tiempo comenzó a mover sus extremidades con una rapidez que me heló la sangre, y luego comenzó a expulsar una espuma blancuzca por la boca... ¡Una escena terrorífica! Aunque no murió, jamás logró recuperarse del todo. Ahora babea por ahí acompañado de su esposa. Ella lo acompaña a todas partes, pues no puede andar solo. ¿Sabes que te digo? ¡Tanto mejor!, así jamás volverá a hacer a otra mujer lo que a mí—. Escupió en la arena con asco, y luego prosiguió—. Lo que le ocurrió a mi hermano lo conoces bien, y..., en fin, yo me quedé embarazada y tuve a mi hijo. No te negaré que al principio pensé que era un castigo divino que me impediría encontrar un esposo. Pero, por suerte, conocí al ser más bondadoso de cuantos existen y que, no importándole mi situación, se casó conmigo: Karsten es el padre que conoce Otis y el que merece tener.

—¿Y por qué te culpas de lo que le sucedió a tu hermano?

—No sé si culpa es la palabra correcta, pero no encuentro otra que poner en su lugar. Lo que sí sé es que mi intención hasta esa tarde había sido la de favorecer a Zarek en todo lo posible, la de ayudarlo a superar el sufrimiento causado por el terrible destino que las Moiras se habían empeñado en reservarle. Pero solo fui el señuelo que lo atrajo a aquel callejón para seguir perpetuando su desdicha por más tiempo.

Tenía miedo de preguntar, como si no debiese hacerlo, como si me estuviese excediendo con mi curiosidad; pero Eirene, que ya parecía decidida a desahogarse del todo, comenzó a revelar también la historia de Zarek.

—Imagino que quieres saber lo que le ocurrió a mi hermano. Bueno, no me corresponde a mí contártelo; sin embargo, parte de su historia también es la mía y, puesto que te he dicho que conocerías la verdad de mis labios, te la relataré. Zarek contaba con toda la dicha de la que un griego puede enorgullecerse: se dedicaba a aquello para lo que había sido entrenado toda su vida, ser soldado, y era el tutor de una familia de la que decía sentirse bendecido. Vivíamos (ya que la casa de mis padres estaba al lado de la suya) en una aldea alejada del ágora y de todo lo que pudiésemos considerar civilizado. Yo contaba con catorce años por ese entonces; él tenía diez más. Presumía de estar casado con la mujer más impresionante de todas, pues doblegaba a cualquier otra que se le pusiera por delante, incluida a mí, por supuesto —rio sin ganas—. Como la mayoría de las espartanas, ella había recibido entrenamiento militar para, dado el caso de que nuestra aldea se viera atacada, y en ausencia de nuestros hombres, defender nuestras familias y

posesiones. Estaban hechos el uno para el otro, no había una pareja más bien asentada que la de mi hermano y su esposa. Sin embargo, de nada sirvió su fuerza ni su bravura cuando, una mañana tan lluviosa como la de hoy, la aldea se vio atacada por un grupo de mercenarios extranjeros que, aprovechando que la mayoría de los hombres se encontraban reunidos en las guarniciones de las afueras de la aldea, atacaron sin compasión a todo aquel que se les ponía por delante.

» Los dioses quisieron que yo escapase de la muerte ese día, no sé si para bien o para mal. Esa mañana, poco después de salir el sol, mis primas y yo acudimos a un olivar cercano para llenar nuestras cestas de frutos. Apenas habíamos empezado con nuestra tarea cuando escuchamos gritos de terror en la distancia. Enseguida supimos que la aldea estaba siendo asaltada. Nos subimos a las copas de los árboles y aguardamos allí, entre las ramas, hasta que a menos de tres estadios vimos pasar al grupo enemigo. Cantaban y reían, triunfales, como si masacrar a nuestra gente fuese el mejor motivo para hacerlo. También cargaban con nuestros animales y con todas las cosas valiosas con las que pudieron arramplar de nuestros hogares.

» Cuando regresamos no quedaba nada. Mi familia fue exterminada por completo: mi madre, mi padre, mis tíos... La esposa de Zarek murió intentando defender a sus pequeñas, que se encontraban escondidas debajo de la cama cuando los malditos entraron. Pero fue en balde. Las niñas yacían al lado de su madre cuando las encontramos. Y así fue en cada hogar, en cada rincón de la aldea que los pocos que habíamos logrado escapar visitábamos. No quedó casi nadie. Cuando mi hermano y el resto de los hombres regresaron, todos a los que alguna vez habían conocido y amado habían sido enterrados o incinerados.

Tras decir esto hizo una pausa que no me atreví a romper hasta mucho después.

—¿Y no continuó como soldado?

—No. La guerra no está hecha para los hombres que no tienen nada por lo que morir. Poco tiempo después decidió traerme a esta ciudad para dedicarse a la pesca, pero, ya ves, los dioses le tenían reservado otro porvenir.

La muchacha terminó de contar la historia con los ojos tan secos como cuando había empezado a narrarla. Y, a excepción de algún leve temblor en su voz al hablar de sus sobrinas o de su madre, no se vino abajo en ningún momento. La bravura de las espartanas era tan cierta como la de las olas que golpeaban contra la arena frente a nosotras, como si la historia de la muchacha

también las hubiese alterado a ellas.

Nos mantuvimos en silencio un largo rato; ella con la mirada perdida en el horizonte y yo rodeando mis piernas con los brazos, mientras trataba de asimilar su devastador relato.

—Bien; es hora de que regresemos. —Se incorporó y, sacudiendo la arena de su ropa, añadió—: Está empezando a lloviznar y no quiero que el niño se enferme. Conociendo la opinión que merezco a los dioses, no me extrañaría que ese fuese el próximo plan que me tuviesen reservado.

Nuevos lazos

Kissa me mostraba encantada un himatión de la seda más suave que habían tocado mis manos alguna vez. La vi colocárselo alrededor de la cabeza, dejando que cayese sobre sus hombros hasta la cintura: era de un color rojo muy vivo que hacía destacar su lustrosa y oscura piel. Agradecida por el regalo venido de Oriente que una de sus clientas le había hecho, lo dobló con esmero y lo colocó dentro del baúl, sabiendo yo que solo lo utilizaría para la mera contemplación. Después, se sentó a mi lado y observó mi maquillaje muy de cerca.

—Ya lo haces muy bien, de hecho, parece que te he maquillado yo misma — dijo, sujetando mi mentón.

—Más me vale que así sea, ya que mi niñera me tiene abandonada últimamente. Ahora se dedica a embellecer a las damas de la ciudad, mucho más refinadas que yo, obviamente.

Me miró con reprobación y, tras interpretar mi ironía, continuó con el juego.

—Tal vez sea su protegida la que no tenga tiempo para dedicar a su antigua niñera...; según tengo entendido, ahora se la ve muy bien acompañada de una nueva amiga...

—Y ¿te han dicho si eso causa celos a mi niñera?

—Su niñera, Agnódice, solo desea que sea feliz y que, busque lo que busque, sea consciente de las consecuencias de encontrarlo.

Guardé silencio. Su sagacidad anunciaba una ristra de preguntas que yo no me veía capaz de responder.

—Anda, corre a lavarte, no creo que esta noche te visiten tus amigos.

—No, ellos no me visitarán, pero yo a ellos sí. Eirene me ha invitado a cenar a su casa.

—¡Quién lo diría! Agnódice participando en simposios. Y bien, ¿estará ese hombre del que tanto hablas? ¿El hermano de tu amiga, el traductor?

La pregunta iba acompañada de unos ojos recelosos que se clavaron en los míos sin disimulo.

—No lo sé. Puede parecer extraño, pero últimamente, menos en su casa, lo encuentro en todas partes: en el ágora, en los jardines del Museion, alrededor de los puertos...

Dije esto mientras me ataba la segunda sandalia; luego, me puse de pie, me alisé el chitón y me dirigí hacia la puerta dando por finalizado el interrogatorio. Pero, al darme la vuelta para despedirme de ella, vi en sus ojos ceñudos un brillo fugaz, casi imperceptible, que yo supe interpretar muy bien; después, se acomodó en la cama para verme salir, mientras que en sus labios se curvaba una sonrisa pícaro. Finalmente, su voz sonó a mi espalda.

—Tal vez no sea tan raro encontrarnos con aquello que siempre andamos buscando, ¿no crees, Agnódice?

El olor de las especias me recibió antes incluso que los propios habitantes de la casa. Karsten había pescado una deliciosa perca en el lago Mareotis, a donde le gustaba ir a nadar algunas tardes, y esta aguardaba sobre una fuente a ser devorada. Junto a ella, pan de centeno, cebollas asadas y dátiles con miel. Todo un delicioso banquete. Cenamos y hablamos de todo un poco, favoreciendo la amistad que había empezado a cuajar, sobre todo, entre la muchacha y yo. Aunque la compañía del matrimonio y del pequeño Otis (que aparte de en mi falda parecía no hallar diversión en otro sitio) me había resultado muy agradable, no niego que me hubiese gustado ver la silla de frente ocupada por el traductor. Sin embargo, como muchas noches antes que esa, aún no había llegado, y no se le esperaba hasta el amanecer. Muchas veces, cuando el vino comenzaba a hacer efecto en la lengua de Karsten, este trataba de iniciar un alegato a favor de las bondades de la soltería, sosteniendo sus argumentos en las secretas confesiones que le hacía su cuñado. Por desgracia, los secretos nocturnos del traductor nunca terminaban de revelarse del todo, pues, en cuanto el hombre se envalentonaba y comenzaba a hablar, el veloz codo de Eirene iba a parar a uno de sus costados, haciéndolo callar de inmediato. De esta manera, solo me quedaba imaginarlo en brazos de otras mujeres a las que secretamente había empezado a envidiar.

Después de ayudar a la joven a recoger la mesa, satisfecha por la cálida velada, me dirigí a la salida. Justo en ese momento el traductor hizo su entrada

en la casa, saludó a los presentes con un gesto de su mano y se dirigió tras la cortina, donde se desplomó sobre el lecho. Entonces, suspiré con un alivio que no me pertenecía sentir, y regresé a mi hogar.

El médico de las mujeres

Con el tiempo Herófilo fue otorgando más confianza y mayores responsabilidades a quienes él consideraba sus más aventajados neófitos. Por ello, y a solo dos meses de cumplirse el primer año de mi ingreso en la Escuela, en vez de aleccionarnos más, nos enviaba a examinar pacientes junto a algún médico experto. Decía que solo en la práctica de la medicina podríamos hallar nuestros puntos fuertes, aquello en lo que éramos buenos de verdad. De esta manera, mis compañeros se turnaban los casos más impresionantes y acudían al templo de Serapis que había dentro del propio Museion. Allí solían llegar soldados con heridas tan llamativas que ni los menos escrupulosos se habían librado de la conmoción al toparse con ellos. Otros alumnos se peleaban por acompañar a Erasístrato a realizar la observación clínica de estos pacientes. Solían anotar las consecuencias de las lesiones que observaban —sobre todo las de la cabeza o la columna—, y luego explicarnos al resto de nosotros lo aprendido allí.

Yo encontraba más necesaria la atención a las mujeres, ya que, desde mi punto de vista, al ser sus males mucho menos interesantes para el resto de los médicos, estas se encontraban desprovistas muchas veces de la atención que requerían. Así, gracias a la observación y a la práctica, fui ganando soltura y confianza en mí misma, por lo que, pocos meses después, el maestro me permitió acudir sola a atender mis primeros casos sencillos, al principio, y mucho más complicados, después. Este hecho no pasaba desapercibido al resto de estudiantes, que lo consideraban ignominioso e incluso obsceno.

Pero, pese a la voluntad y la diligencia con la que acudía a las casas de las parturientas o enfermas, la mayoría de las veces debía salir tan pronto como llegaba, puesto que muchas rechazaban la asistencia, o bien sus esposos lo hacían por ellas. Las más ricas solo admitían la ayuda de médicos de renombre y amplia experiencia, como Herófilo o el mismo Erasístrato, y las

de recursos más discretos preferían ser atendidas por las mujeres de la familia, aun a riesgo de perder la vida. Por ello, mi labor con ellas se limitaba a curar pústulas, sacar muelas podridas o recetar remedios para los dolores, sin poder acceder a enfermedades de mayor envergadura. Harta del placer exiguo que me ofrecían esas tareas, me sentía frustrada, pues, ahora que tenía muchos más conocimientos y recursos para ayudarlas, seguía impedida para poder ejercer más allá de cómo lo haría un simple curandero.

Afortunadamente, mis cuitas no duraron mucho tiempo más. De entre todos los grupos de mujeres que poblaban la ciudad, uno de ellos aceptaba mi ayuda sin reparos: el de las prostitutas de los barrios cercanos a los puertos. Si bien eran las que mejor conocían los remedios para evitar concepciones indeseadas e incluso terminar con embarazos no esperados, el resto de las enfermedades, sobre todo aquellas propias de su profesión, hacían estragos entre ellas. Pronto empecé a ser conocida, o, mejor dicho, conocido, como «Jano, el médico de las mujeres», y esa fama recorrió los barrios más pobres hasta que prácticamente a diario mi presencia era reclamada por alguna mujer.

Aquella a la que visitaba esa mañana tenía parecidos rasgos a los de la prostituta ante la que me había llevado Penélope años atrás. Al observarla pude comprender que sus quejas eran producidas por el mismo mal que afectaba a aquella: la gonorrea. El recuerdo de mis manos temblorosas aquel día acudió a mi mente como un rayo en un cielo tormentoso. Pero ahora todo era diferente. La seguridad que me ofrecía mi aprendizaje me ayudaba a examinarla sin temor a equivocarme; así que, sin pensarlo dos veces, abrí la caja de médico que me había regalado mi tío y saqué los remedios y utensilios que iba a precisar. Mientras le explicaba lo que tenía y cómo pretendía mejorar su situación, eché un puñado de hojas de olivo, semillas de cilantro y miel en un mortero, y comencé a machacar sin compasión. Cuando terminé, repartí el emplaste por sus genitales externos y por el interior. Poco después, en cuanto el picor desapareció y aflojó el dolor, la mujer comenzó a bendecir a sus dioses extranjeros extendiendo sus manos hacia mí, agradecida. Una de las mujeres que estaban al lado de su cama le ofreció un té de hojas de olivo que yo misma había mandado a preparar. Cuando la vi tragar hasta la última gota, me ofrecí a visitarla al día siguiente, y salí de la casa y del pestilente callejón rumbo al Gran Puerto.

En cuanto llegué tomé asiento en uno de los muros del dique para dedicar unos minutos a la relajante contemplación del azul profundo de la bahía. Mi

mano rozaba la madera lustrosa de mi caja de médico. Recordé el día en que Eurípides me había hecho entrega de ella, justo antes de partir al viaje del que hoy regresaba, y esa evocación logró arrancarme una sonrisa. «Esta vez —me dijo entonces— espero no provocar tu ira como el día que cometí el infame error de regalarte la caja de cosméticos». Y acertó de lleno. Cuando la abrí y observé uno a uno los instrumentos médicos que él había ordenado en su interior, las lágrimas comenzaron a derramarse por mis mejillas. Desde entonces la lucía por el Museion y las calles, henchida de orgullo, y no me había separado de ella ni un momento.

Un barco hizo su entrada en la bahía. A los pocos minutos ya había llegado al fondeadero y, tras los amarres, algunos pasajeros comenzaron a descender apresuradamente. Mi tío fue de los primeros en aparecer. Llevaba más de dos meses fuera de la casa y, pese a que ardía en deseos de abrazarlo, dejé que la cautela me contuviese. El itinerario por toda la costa de Siria le había atezado la piel, y su rostro acreditaba los pormenores de un viaje tormentoso. Aun así, al verme esperando al filo de la plataforma, me dedicó una sonrisa nívea.

En las manos llevaba el peso de dos bolsas repletas de papiros que, afortunadamente, los guardias no requisaron.

—Tío, ¿trajiste las hojas de alholva, como te pedí?

—¡Cuánta impaciencia! Sí, aquí las tengo, en la bolsa. Por lo visto ahora no solo debo buscar remedios para mis pacientes, sino para los tuyos también. ¡Vaya, no había caído en que la cuenta de que tener un nuevo médico en la familia me supondría estos inconvenientes! Por suerte, dentro de poco podré cobrarme este trabajo extra haciéndote visitar a la mitad de mis pacientes.

De camino a casa comenzó a relatarme las interesantes vivencias de su viaje. Una vez llegamos, comió algo con rapidez, mientras yo revisaba los papiros que traía consigo. Hablaba emocionado de lo que parecían documentos muy interesantes y, a la luz de lo que veían mis ojos, debían serlo. En su interior había muchas ilustraciones con referencia a órganos corporales, entre ellos, el corazón y el cerebro. Ambos sentimos curiosidad por descubrir a qué se referían los extraños símbolos en arameo que había bajo algunos de los dibujos. Uno de ellos, pues eran tres, era muy extenso, e imaginé que supondría una traducción laboriosa. Coincidimos en que serían de un gran valor para el maestro, que siempre sacaba provecho de algún manuscrito médico de cuantos llegaban al puerto. Tras la comida, se apresuró a recoger todos los papiros de nuevo en su bolsa, y me la tendió.

—Agnódice, ahora debo ausentarme hasta la noche. ¿Puedes guardarlos en

mi habitación? Mañana los llevaré a la Biblioteca.

—Si quieres, puedo llevarlos yo: iba a pasar por allí de todos modos.

Su cara no mostraba un convencimiento inmediato. Por un momento llegué a pensar que iba a negarse, pero dos segundos después estaba moviendo la cabeza en señal afirmativa, antes de cubrirse con su himación y salir a la calle.

—Cuidado con ellos, tienen más valor que el suelo que pisas —lo oí decir, escaleras abajo.

La ayudante del traductor

Entré con cierto recelo en la sala de traductores, ya que ninguno de los alumnos solíamos ser bien recibidos allí. Al fondo, en el mismo lugar donde lo había visto por primera vez, estaba Zarek. Giró la cabeza en mi dirección al oír que me acercaba, y no apartó de mí su gesto ceñudo hasta que me quedé a su lado. Al verlo, antes incluso de decirle por qué había ido, me pregunté inquieta si su hermana le habría contado nuestra conversación en la playa.

—¿Qué quieres?

Le entregué los manuscritos a modo de respuesta. Los miró y los colocó en un montón a su derecha, junto a una docena de ellos más.

—Necesito que los traduzcas rápido. Mi tío los ha traído hoy y puede que sean importantes. Me gustaría que los viese Demetrio cuanto antes, para poder entregárselos a Herófilo.

—¿Importantes? En esa pila tengo como una docena de manuscritos importantes, seguramente tanto o más que los que traes tú. Y, puestos a hablar de lo que nos gustaría, a mí me gustaría no tener que pasar mis tardes enteras traduciendo cualquier cosa que se le antoje a los caprichosos estudiantes como tú.

—¡Eres un arrogante! —dije en un tono más agudo del que era permitido en ese lugar.

Me miró impresionado, pero, aun así, volvió a negar tajantemente.

—¡Y tú el estudiante más impertinente de cuantos conozco! ¿Acaso no está esta sala llena de copistas a los que atosigar? ¿Por qué siempre vienes a mí? —Algo debió de ver en mi semblante, tal vez el intenso color rojo del que se iban coloreando mis mejillas, pues suavizó el tono—. Yo no puedo hacerlo, estoy muy ocupado. Además, no solo debo traducir, sino también ordenar alfabéticamente todos los que ya he traducido antes, etiquetarlos, clasificarlos... Debes esperar, he dicho.

Realmente me hubiese dado igual esperar, pues, en honor a la verdad, yo sabía que acudir ese día hasta allí solo había sido un pretexto para intercalar unas palabras con él. En el fondo, yo misma me sorprendía por la curiosidad que ese sujeto había empezado a desatar en mí. Era un hombre más de entre los cientos con los que me tropezaba cada día; sin embargo, se había convertido en el único que parecían captar mis sentidos. Cuando los estudios me dejaban lugar para ordenar mis pensamientos, me dedicaba a profundizar en ese hecho tratando de encontrar una respuesta. Nunca habíamos conversado seriamente, pues apenas me dirigía la palabra, y las pocas veces que lo hacía era para contestar alguna pregunta poco relevante de cuantas solía hacerle en un intento por escuchar su voz. Y aunque era evidente que no carecía de atractivo, tampoco esas cualidades eran suficientes para hacer bullir la sangre por las venas de la manera en que lo hacía, o para agitar mi corazón cuando me dirigía algún saludo furtivo. Ahora que estaba ahí, tan cerca, no tenía intención de alejarme sin conocer algo más de él y puede que encontrar al fin la razón por la que ese hombre se había convertido en la causa de mis acalorados desvelos.

—Te echaré una mano; tú debes dictarme lo que lees y yo lo escribiré. De los tres rollos que te he traído, solo uno es extenso. Luego te ayudaré a ordenar todos esos de ahí y, si lo deseas, yo mismo haré las etiquetas. ¿Qué me dices?

Mi propuesta era demasiado tentadora para él, lo supe enseguida; así que, como era de esperar, cogió los documentos que le había entregado y los desenrolló uno a uno con sumo cuidado.

—Es arameo; no es de los idiomas más sencillos de traducir para mí... Y este de aquí está en hierático; tendré que dárselo a otro de los traductores. Aun así... —Suspiró profundamente, echando un vistazo al enorme montón que tenía a su lado—. ¡Ah, está bien! Trae esa lámpara.

El traductor se levantó, agarró una silla cercana a su mesa de trabajo y la colocó a su lado. Me ofreció papiro limpio, un cálamo de punta fina, tinta y un paño húmedo con el que borrar, y me hizo esperar unos minutos, en los que él se dedicó a estudiar el manuscrito más extenso. Ahora solo estábamos él y yo, tan cerca que podía notar el roce eléctrico de su brazo cada vez que lo movía para seguir desenrollando el documento. Mi olfato captó de inmediato el sutil aroma del aceite de almendras, e imaginé que venía de su pelo. Trataba de serenar mi corazón, que se movía inquieto en su cavidad protectora, cuando los pasos de un hombre me distrajeron.

Uno de los agentes del rey traía un saco con no menos de ocho rollos en

su interior. Tan pronto como llegó a la mesa, los sacó y los colocó sobre la gran pila que ya había allí. Se despidió saludando con la cabeza al traductor, quien miró el cúmulo de papiros, luego a mí, soltó un gruñido de disconformidad, y finalmente dijo:

—Lo siento, pero serán tres semanas de copias, no dos.

«¡Tanto mejor!», pensé triunfante.

El tiempo transcurría de forma curiosa a partir de entonces: mis mañanas eran interminables, mientras que mis tardes pasaban tan fugaces como el suspiro de una ninfa. Con el paso de los días me vi en una encrucijada en la que yo solita me había metido, por lo que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para conseguir atender las lecciones del maestro, aprender de las disecciones, acudir a visitar a los pacientes, y leer por la noche, guardando predilección por las horas de las tardes, aquellas que pasaba junto al traductor. De esta forma no era raro que al acabar la jornada mi cuerpo maltrecho cayera sobre la cama como un trozo de plomo en el agua, y que solo pudiese despertarme con los dulces zarandeos de Kissa.

Lo único que competía en interés con mis tardes de escriba eran las horas que dedicábamos a aprender de las disecciones del maestro. En la de esa tarde, Herófilo nos mostró otro corazón humano, esta vez, el de una mujer. Como siempre, nos dejó que lo palpásemos, que lo observásemos de cerca. La emoción que nos arrobaba era evidente en las expresiones de todos, y nuestros órganos palpitantes latían veloces cuando las manos sopesaban a su igual. No obstante, y pese a ser una experiencia extraordinaria, no fue la más fructífera para mí. En la disección, y aprovechando que pocas veces un cadáver de mujer llegaba a la Escuela para ser diseccionado, Herófilo nos enseñó los entresijos de la matriz. Los muchachos lo observaban desde cierta distancia, como si fuesen a contaminarse estando cerca; sin embargo, yo, que no podía disimular mi entusiasmo, me acerqué lo más que pude.

—¡Dioses, maestro! —dije señalando el conducto uterino— ¡Por ahí es por donde sale una criatura! —Me llevé las manos a la boca, ya que, aunque lo había visto muchas veces sobre el papiro, jamás me lo hubiese imaginado tan minúsculo en su contexto real.

—Así es, y, viéndolo de cerca, no debemos extrañarnos del sufrimiento enorme por el que pasan las mujeres en su intento de parir al mundo a sus vástagos.

Mis manos pasaron de mi cara al vientre de manera instintiva. Uno de los muchachos, al darse cuenta, golpeó mi espalda.

—Vamos, Jano, ¿tanto te obsesionan las mujeres a las que atiendes que ya hasta sientes su dolor?

Los demás compañeros comenzaron a reír tras su ocurrencia, pero el maestro los mandó a callar con un tono autoritario impropio de él.

—Estamos ante un cuerpo humano, ¡mostrad más respeto! Puede que no albergue su alma ya, pero lo que aprendamos de su cuerpo servirá para intentar salvar la vida de sus congéneres. Y, sí, por supuesto que debemos sentir su dolor, pese a no tener que pasar nunca por un sufrimiento similar. Un médico no puede permitir que la arrogancia o el despotismo nuble su visión ni su juicio, pues eso no le permitiría ponerse en el lugar de aquellos dolientes a los que debe atender. Nada puede ser más peligroso que un médico que rehúye de sus pacientes, y ninguna razón puede justificar esa actitud. Aprended eso también. Tú, joven —dijo, refiriéndose a Sefranio—, mañana acudirás con Jano a atender a una parturienta en el primer distrito. Y a partir de mañana cada uno de vosotros se encargará de atender, al menos, una mujer a la semana.

Solo se escuchó algún carraspeo tras el rapapolvo moralizante del sabio. Tras eso, el hombre comenzó a hacer su trabajo y a señalar los lugares donde afectaban la mayoría de las enfermedades relativas a la mujer. Todo lo que vi y aprendí esa mañana hizo que sintiera cierta reverencia por mis iguales, un respeto mayor incluso que el que ya sentía. Después de aquella experiencia, mi admiración por la profesión llegó a su paroxismo, y yo confirmé que no podía dedicar mi vida a otra cosa que no fuese el ejercicio de la Medicina.

Demetrio no permitía que nadie subiese a la sala de traducciones, a no ser que fuese en presencia de un responsable. Por lo tanto, como cada tarde desde hacía dos semanas, me encontraba sentada en uno de los escalones que subían a ella, esperando la llegada del traductor. Puntual como de costumbre, lo vi aproximarse con el pelo húmedo y su bolsa con alimentos colgada al hombro. Subí detrás de él hasta la cálida estancia y ocupé mi lugar. Pese al trabajo intenso que suponían los dictados y la clasificación de los documentos, no recuerdo una labor cuya dureza se equiparara a la satisfacción que me producía realizarla.

—Toma, coge este cálamo y comienza a escribir lo que te digo. Está en persa, ¡que Hestia se apiade de mí! —dijo, apretando su entrecejo con los dedos índice y pulgar.

Al principio de nuestro trabajo juntos, él dictaba con demasiada rapidez, de

modo que muchas veces me veía obligada a detenerlo para igualar nuestros ritmos. Ahora, antes de dirigirse a mí, tenía la deferencia de leer para sí mismo el mensaje escrito; entretanto, yo esperaba, cálamo en mano, escuchando con atención el seseo extranjero que salía de sus labios y que llegaba a mí como un efluvio agradable y sensual.

—¡Qué miras! Haz el favor de seguir escribiendo o no acabaremos nunca. Sé que te arrepientes de haber aceptado este trabajo, pero es el precio que debes pagar por tus escasas reservas de paciencia.

Continué escribiendo sus dictados durante una hora más, hasta que la mano me dolió tanto que tuve que obligarlo a detenerse. Accedió a regañadientes, y, tomando el manuscrito en sus manos, comenzó a repasar mis escritos.

—¡Por los dioses, que letra tan complicada tenéis los estudiantes de Medicina! Ya te dije que debes mejorarla o me obligarán a repetirlo de nuevo... En fin, aparta todo eso de encima de la mesa.

Colocó a un lado el papiro y cogió la bolsa con el refrigerio que colgaban de su silla. Sacó dos tortas, queso y nueces, y lo dispuso todo sobre un pequeño mantel, dándome la mitad de todo a mí.

—¿Me has traído la merienda?

—No me lo agradezcas a mí, sino a mi hermana. Por algún motivo siente compasión por ti e intenta complacerte cebándote con golosinas. Ella piensa que te retengo y exploto en contra de tus deseos. ¡Ya ves tú!

—¿Lo dices en serio? Recuerdo haberle dicho que había accedido a ayudarte por propia voluntad...

—Ya, ya; pero ella dice que es imposible, que no cree que nadie accediese por propio deseo a pasar tres semanas de su vida trabajando a mi lado. ¡Ninfa cínica! —exclamó con la boca llena.

—Pues agradéceselo a ella, entonces. A la Ninfa, digo.

—Hazlo tú. Se ha empeñado en que te invite a cenar a nuestra casa dentro de dos noches. Conociéndola..., yo no me negaría.

—Claro que iré; es mi amiga y la extraño.

Enseguida imaginé lo raro que debía sonar eso dicho por mí, un hombre a los ojos del traductor, y traté de rectificar.

—Me refiero a que extraño su amistad...; Karsten no debe preocuparse por nuestra relación.

El hombre empezó a emitir un extraño sonido, algo difícil de determinar simplemente por no haberlo escuchado nunca en él. Al fin liberó la carcajada que trataba de reprimir, y el fuerte sonido terminó por alertar al resto de

copistas.

—¿Se puede saber de qué te ríes? ¡Pareces un camello escandaloso! — pregunté furiosa, al sospechar su respuesta.

—Jano de Atenas, hay que reconocer que a veces tienes tu gracia —repuso, todavía en medio del esfuerzo por tomar resuello—. ¿De verdad crees que en algún momento voy a sospechar de tus intenciones con Eirene? O, peor aún, ¿crees que mi cuñado tendría celos de ti?

Contra todo pronóstico, aquellas palabras consiguieron ofenderme. Sabía que la virilidad no iba incluida en mi disfraz, que este era solo una distracción para ocultar mi verdadera naturaleza; pero el hecho de saber que causaba risa era demasiado para un orgullo que ahora estaba herido de muerte.

Se enjugó las lágrimas y, tras aclararse la garganta, posó una de sus manos sobre mi hombro desnudo. El enfado desapareció sobre la marcha y el estremecimiento corrió a ocupar su lugar.

—No pretendía humillarte, lo siento; sabes que a veces soy un bruto. Solo quiero que entiendas que tu amistad con mi hermana no preocupa a ninguno de los hombres que la rodeamos. Créeme, no debes angustiarte, pues en absoluto te consideramos un peligro en los términos a los que te refieres.

—Y ¿qué me consideráis? —dije, consciente de que compartía con su hermana una sinceridad tajante y sin cortapisas.

Apretó mi hombro suavemente y luego retiró la mano.

—Bueno, mi hermana dice que...

Titubeó un rato lo suficientemente largo como para entender que trataba de encontrar las palabras adecuadas para no herirme. Su gesto me enterneció y sorprendió a partes iguales, y decidí sacarlo del apuro.

—¿Sabes qué dice tu hermana de ti? Ella dice que eres un hombre valiente y decidido; sin embargo, ahora mismo no te atreves a decir algo tan sencillo como que crees que no siento atracción física por ninguna mujer. ¿Es eso?

Me miraba muy serio en ese momento. Puse los ojos en blanco; después de todo, no sabía cómo había girado el rumbo de la conversación hasta encontrarnos en ese punto concreto. Era consciente de que no podía mentirle, ya que no me creería si lo hiciera. En vista de la ficción que me envolvía, de todos los engaños a los que lo sometía a él y a todo el mundo, me pareció que decir la verdad por una vez podía ser ligeramente liberador.

Imaginas bien —proseguí—. No está en mi naturaleza el amar a ninguna mujer, al menos como tú lo haces, ni siento deseo alguno por sus cuerpos.

Asintió con gesto solemne y luego se llevó un puñado de nueces a la boca.

Antes de empezar a masticarlas con fruición, exclamó:
—¡Pues no sabes lo que te pierdes, amigo!

La tormenta

A la mañana siguiente —tal y como había exigido el maestro— Sefranio me acompañó a atender a una joven parturienta en el primer distrito. Recorrimos a pie el trayecto, distancia más que suficiente para confesar una y otra vez la vergüenza que le producía tener que explorar los genitales femeninos, y su frustración al no entender las razones que habían llevado al maestro a castigarlo de esa forma. Cuando ya no pude aguantar más su perorata, lo detuve y traté de hacerle entender que, si consideraba un castigo tener que atender a otro ser humano por su género, tal vez se hubiese equivocado de profesión. Durante un buen rato siguió mis pasos, cabizbajo y en silencio, silencio que agradecí en el alma.

Tal vez fui demasiado dura con mi buen amigo, lo sé, pero sus quejas infantiles no habían hecho más que crearme un malhumor que había ido en aumento a cada pisada que daba. Me preguntaba si el verdadero castigo me había sido impuesto a mí por tener que soportar los lloros de los infames alumnos cada vez que tuviese que realizar esos servicios. Mientras intentaba serenarme, traté de hacer memoria. Todavía no conocía del todo cada rincón de la ciudad, y mucho menos los barrios alejados del Museion, y la posibilidad de perdernos era muy grande. Pero conseguimos llegar al distrito indicado y, una vez allí, confirmar la ubicación exacta.

Frente a nosotros teníamos una casucha baja y maltrecha. La puerta se encontraba abierta en ese momento. Desde el interior, un niño de unos ocho años nos revisó de arriba abajo antes de anunciarnos a gritos.

—¡Madre, dos personas muy raras acaban de entrar en la casa!

Eché un vistazo al aspecto de mi compañero y luego al mío, y no pude quitarle la razón al crío.

Una mujer salió a recibirnos casi sin aliento.

—¡Menos mal que habéis venido! —dijo mientras nos hacía seguirla a una habitación que resultó ser el baño—. Ha roto aguas hace una hora, lleva desde ayer por la mañana así y sufre mucho. El otro médico, el anciano que la visitó, dijo que podía llevarle días y que hoy enviaría a un médico para asegurarse de que todo marchara bien. Pero, vosotros dos, ¿no sois muy jóvenes para esto?

—Debes estar tranquila, mujer; sabemos lo que tenemos entre manos. Además, por lo que puedo ver, superamos por unos años la edad de la futura madre. Ahora debes ayudarnos: trae trapos limpios y cambia esa agua insalubre que hay ahí. Sefranio, tómale la temperatura a la joven y comprueba su sudor.

El muchacho, que había demudado su habitual rojo intenso por una palidez mortecina, asintió casi fuera de sí, e hizo lo que le pedí.

—No tiene fiebre y su sudor está tibio, Jano —balbuceó al pie de la joven.

Cuando la mujer trajo lo que le había solicitado, me lavé las manos y aproveché para presentarnos a la muchacha.

—Mi compañero es Sefranio de Lesbos y yo soy Jano de Atenas. Somos médicos y venimos a ayudarte. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Catorce, tengo catorce —la vocecilla respondió con indudables muestras de dolor.

Suspiré llena de preocupación, pues en los meses que llevaba atendiendo partos jamás me había topado con una muchacha tan joven y de aspecto tan frágil como aquella. Intenté que la lástima no consiguiera restarme aplomo, y comencé con mi trabajo.

Le informé de que iba a introducir los dedos en su vagina para comprobar la anchura de su cuello uterino, y eso hice. Sin dilación, limpié sus genitales, pedí a Sefranio que se hiciera cargo de mi caja de médico y comencé con mi trabajo.

—La cabeza del niño está cerca de la salida. Ya estás preparada. Ahora, dime: ¿sientes la necesidad de empujar?

—¡Sí! —dijo esto dejando escapar un grito de dolor que logró que su madre corriera a ella para tratar de apaciguarla con caricias.

La niña comenzó a gritar en cuanto le pedí que empezara a empujar. Tras un cuarto de hora haciendo lo mismo, y viendo que el niño apenas había sacado la cabeza, traté de realizar la misma maniobra que a mi prima Maia, años atrás. Pero no funcionó. La joven estaba exhausta, y por un momento temí por su vida y por la del pequeño que venía en camino.

—Sefranio, dale a la madre de la muchacha semillas de cilantro y hojas de

alholva para que prepare una infusión con ellas, la necesitará luego. Tú debes preparar una plasta con miel y semillas de cilantro.

—¿Vas a cortarla? —dijo mi ayudante, sujetándome por el brazo al ver que cogía el pequeño escalpelo de mi caja.

—Sí, es la única opción. Sus caderas son aún demasiado estrechas.

Al decir esto, mi pulso comenzó a temblar. Era consciente del reto al que tenía que hacer frente. Había visto a Herófilo realizar ese corte entre el ano y la vagina muchas veces. Había explicado minuciosamente el procedimiento, resolviendo en todos los casos las dudas que cualquiera de nosotros, y en especial yo, habíamos planteado. Pero no miento si digo que la soltura de la que presumía hasta entonces desapareció al ver el instrumento de corte sobre la palma de mi mano.

—Pero, Jano, ¿no sería mejor que la sedases con una esponja soporífera?

Me liberé de su brazo y lo agarré a él del suyo para llevarlo a uno de los rincones más alejados de la muchacha, bajo la sorprendida mirada de todos los allí presentes.

—No vuelvas a decir una impertinencia como esa delante de la paciente. ¿Se te ha pasado por la cabeza pensar cómo haríamos para sacar a la criatura si la madre está dormida? ¿Empujarás tú por ella, acaso? ¿No sabes lo grave que puede ser que no sea capaz de informarnos de su estado, si es que algo se complica?

El muchacho se fue alejando cada vez más, hasta casi hacerse un ovillo arrimado a la pared. Jamás había visto en él esos ojos aterrorizados, y me percaté de que estaban fijos en mi mano.

—¿Qué te pasa? ¿Crees que voy a hacerte daño con esto? —dije levantando el escalpelo. Al ver que no lo negaba, intenté serenarlo—. Lo siento, Sefranio; sé que lo dijiste con buena intención, pero debes saber que no sería lo correcto. Volvamos, todavía tenemos trabajo.

Al acercarme a la niña vi que ya se había sobrepuesto un poco. Ahora parecía lista para continuar.

—Debo realizar un pequeño corte para que el niño pueda salir sin problemas. Te dolerá, pero debes aguantar. La infusión que están preparando es un analgésico que te aliviará después, cuando te cierre la herida. Muerde la toalla, si lo deseas, te ayudará a destensar. ¿Estás lista?

La muchacha miró a su madre y a su hermana, como si necesitase su permiso, y luego asintió temerosa.

Realicé el corte tal y como recordaba que se hacía. La sangre más roja que

había visto nunca comenzó a manar, empapando el colchón y las sábanas. Con el corte había ganado los centímetros justos para que la diminuta cabeza atravesara el conducto sin problemas. La muchacha tenía la cara cubierta de lágrimas y sudor cuando la miré. Pese a su corta edad, sus facciones y su sufrimiento eran idénticos al de todas las mujeres a las que había visto en esa tesitura: miedo y fortaleza. La admiré profundamente.

—Bien, ahora debes empujar de nuevo. Pronto estará afuera y el dolor habrá quedado atrás.

Sus oídos parecieron recibir las palabras que estaban necesitando, y sus ojillos jóvenes sonrieron por un segundo. Enseguida obedeció a mi petición.

La expulsión fue rápida. Media hora después, el niño, sano y hermoso, ya mamaba con fruición del pecho de su madre. Pero, cuando iba a pedirle a Sefranio que me preparase el hilo de lino y la aguja para suturar, vi que la mujer que nos había atendido al principio se encontraba abanicándolo en una de las esquinas del minúsculo baño. Mi compañero más parecía un cadáver que un ser viviente sobre el suelo tendido. Sin más opción que hacerlo yo misma, cogí un largo y fino tendón de mi caja de médico, enhebré la aguja curvada y comencé a dar los siete puntos que cerraron la herida, procurando ser lo más cuidadosa y breve posible.

Cuando, al fin, su madre trajo la infusión, se la ofrecí y no le retiré la copa hasta que había tragado del todo.

—Con la mezcla de plantas que hay aquí se te calmará el dolor y te subirá la leche. Dejaré algunas más para que las tomes esta semana. Te pondrás bien.

La niña me ofreció una dulce sonrisa en la que se reflejaba todo el agradecimiento del que era capaz, y yo, dándome por satisfecha, y tras comprobar que Sefranio se encontraba repuesto, me despedí y salí de la casa.

Ya nos habíamos alejado algunos pasos de la entrada cuando un hombre gritó a nuestra espalda. Sefranio dio un brinco del susto y por un momento pensé que se iba a echar a correr. Cuando nos giramos, un hombre de unos treinta y cinco años —que presumiblemente era el padre del recién nacido— se acercó a nosotros.

—Tomad, esto os pertenece. No es mucho, pero espero que pueda pagar vuestros servicios.

—No podemos aceptar dinero —dije apartando la bolsa que me ofrecía—, todavía estamos en prácticas y nuestro maestro no nos lo permite.

—En ese caso estoy seguro de que los dioses os lo recompensarán de otro modo.

—Que así sea.

Durante la mitad del camino de regreso no hablamos de nada, algo extraño cuando se estaba en compañía de Sefranio; pero al llegar a la vía Canópica mi compañero se acercó a una de las cisternas, tomo agua, y segundos después la vomitó. En sus pálidos brazos apoyados en la pared pude ver unos hematomas que hasta entonces me habían pasado desapercibidos. Poco después se sentó al borde de uno de los bebederos del centro de la vía; aunque el calor de la primavera barruntaba un verano canicular, yo sabía que el sofoco de mi amigo no había sido por eso. Me acerqué a él con preocupación y le humedecí la nuca tratando de devolverle el color a sus mejillas y labios.

—Sefranio, ¿qué te ha pasado?

—Sí, lo sé, ¡no sirvo para este oficio! ¡Soy un total inepto! Pero ya te dije que me impresionaba mucho ver estas cosas. No me asustan el resto de las heridas, pues he visto cosas peores, y siempre me he mantenido en pie. ¡Sin embargo, ver esto...!

Me senté a su lado y comencé a abanarlo con la palma de mi mano, sabedora de que, si la supervivencia de las parturientas dependiese de médicos como mi impresionable amigo, no tardaríamos mucho en extinguirnos.

—No me refería a eso, sino a esto —dije señalando sus brazos.

Enseguida se irguió y se bajó el himatión hasta cubrir la zona amoratada.

—No es nada. Me he dado un golpe, ya sabes que soy muy torpe.

Tras decir esto, echó a andar calle abajo y me dejó atrás. Apuré el paso y me puse a su altura.

—Han sido ellos, ¿verdad?, Rhodes y sus acólitos. ¡Han vuelto a molestarte!

—Te he dicho que me he golpeado solo, no insistas.

Siguió andando a mucha velocidad hasta que sus pasos se convirtieron en una frenética carrera. Y así logró escabullirse de mi vista y de mis preguntas.

Durante la semana siguiente recibí muchas atenciones de los maestros y estudiosos, que, enterados de mi actuación, no paraban de felicitarme cada vez que tenían la posibilidad. Continué con acompañantes por decisión expresa de Herófilo durante mucho tiempo más. Por suerte para mí, no todos resultaron ser tan temerosos de la naturaleza femenina como mi buen amigo. Sefranio, por su parte, se dedicó a huir de mí sin disimulo. Las burlas del resto de compañeros al enterarse de lo ocurrido ese día no hicieron más que aumentar su azoramiento. Y, ya sea por evitar una reprobación, o por escapar de las

preguntas incómodas a las que no tenía ganas de responder, decidió hacer algo que sí me preocupó seriamente: no hablar.

—Pensé que habías decidido tomarte la última tarde libre —dijo Zarek cuando me senté a su lado.

—Lo siento, tuve que atender a dos personas esta tarde —respondí, aún jadeante.

—Tu fama te precede, amigo mío. Sé que estás muy ocupado, por eso deberías haberte ido a casa a descansar. Hoy es nuestra última tarde, ya poco queda por hacer. Hemos trabajado mucho más rápido de lo que me imaginaba en un principio. ¡No sé por qué no me dejan tener un ayudante!

Solo quedaban algunos renglones que traducir, según él, los más complicados hasta el momento. Pero más difícil resultaba para mí dejar de acudir junto a él todas las tardes. Tres semanas habían sido tiempo más que suficiente para empezar a conocerlo. Así, codo con codo, aprendí a interpretar sus gestos y manías. Supe que en su trabajo era metódico, responsable y muy práctico, y que, como presentía, el mote de bárbaro no le hacía justicia, pues era más culto y resuelto de lo que nadie imaginaba. Me impresioné cuando me dijo que era capaz de entender, hablar, leer y escribir a la perfección ocho lenguas diferentes, y me enterneció cuando me hablaba de su sobrino con el orgullo de un padre. A veces, al terminar el trabajo, andábamos hasta que nuestros caminos se dividían, y entonces yo me quedaba hasta ver como se perdía en algún callejón. Tal vez porque fui cayéndole en gracia, con el paso de los días fue perdiendo su hosquedad habitual y comenzó a sacar un lado más afable conmigo. Si bien lo que teníamos no podía llamarse amistad, era innegable que sentíamos cierto afecto el uno por el otro.

—¿Estás aquí, Jano? —dijo, sacándome de mis abstracciones—. No escribas nada hasta que yo te lo diga, debo interpretar el texto primero.

Tras decir eso, recogió su media melena ondulada en una cola alta y la anudó con un trozo de cinta roja, dejando sus facciones a la altura de mis ojos, libres ya de todo obstáculo. Entonces, poseída por el hechizo de su lectura cadenciosa, decidí repasarlas lentamente en un intento de guardar en mi memoria los trazos de su rostro formidable.

La llama del candil se reflejaba en sus ojos negros; sobre estos, unas largas pestañas batían rápidamente cuando alguna palabra se le atascaba en la memoria. Su nariz recta se arrugaba según la dificultad del texto que leyera, gesto que me divertía muchas veces y que ahora realizaba. Viéndolos bajo la

luz rojiza del candil, sus labios jamás me parecieron más apetecibles como entonces. Ahora los mordía con fruición y, tras dejar de hacerlo, quedaron rosados y húmedos. Bajo su barba oscura se movía una mandíbula fuerte, y las palabras que pronunciaba comenzaron a aumentar en intensidad.

—¿No has escrito nada? ¿Te encuentras bien?

—Me dijiste que primero leerías...

—Y eso hice. ¡Llevo cinco minutos dictándote y no has trazado ni una letra!

—Lo siento; estaba pensando en otra cosa.

Obedecí a sus deseos y comencé con mi trabajo de escriba. Cuando finalicé la tarea, lo ayudé a ordenar lo que quedaba en las estanterías. Luego, de pie frente a su mesa, comprobamos el fruto de un trabajo bien realizado: cada rollo perfectamente ordenado junto a los demás, cada etiqueta puesta en orden y a la vista, la mesa limpia de papiros. El rostro del traductor nunca había estado tan relajado, algo evidente por la amplia sonrisa que lucía en él.

—Formamos un buen equipo tú y yo, ¿no crees? ¡Vamos! —dijo, golpeándome entre los omóplatos—, bajemos a la calle y tomemos algo en alguna taberna, ¿nos lo merecemos!

Al salir fuimos conscientes de la tormenta primaveral que se avecinaba. El viento había comenzado a soplar con fuerza, lo que nos obligó a apurar el paso hacia el Gran Puerto. A pocos pasos de uno de sus muelles, entramos en una taberna regentada por una mujer que nada más ver a Zarek se abalanzó y lo besuqueó por el cuello y la cara. Luego, llevó sus labios melosos a su oído y susurró algo que lo hizo negar vehementemente con la cabeza. Rotas sus expectativas, la mujer regresó tras la barra y siguió sirviendo a los demás.

El peculiar lugar llamó mi atención, pues había muchos trabajadores comprando comida caliente que luego se llevaban en vasijas de barro a sus hogares. El olor a pescado frito predominaba sobre cualquier otro. La comida aguardaba en hondos agujeros que estaban en la barra de piedra. Tras esta, unas jarras colocadas en estantes de madera iban y venían a las pocas mesas que había en el local. En la pared del fondo se adivinaba una escalera que subía a lo que luego supe que era una planta superior donde los viajeros cansados podían hospedarse. Con la información que había obtenido en tan solo dos minutos allí, me quedó claro que ese era el sitio en el que el traductor pasaba tantas noches fuera de su casa, y la identidad de aquella que solía acompañarlo.

Nos acomodamos en unas banquetas de piedra que estaban junto a una ventana que daba a la bahía: desde nuestra posición se divisaba cuatro

pequeñas embarcaciones pesqueras que ya regresaban a tierra, vaticinando la tormenta que se les venía encima; entre nosotros quedaba una mesita redonda donde, sin necesidad de preguntar, la tabernera ya colocaba una cratera con vino y dos copas de barro cocido. Fuera, en la avenida, la gente corría a guarecerse de la intensa lluvia que había comenzado a caer.

Zarek llenó una copa, me la ofreció y luego se sirvió él.

—Bebe— me dijo—. Hoy parece que no perteneces a este mundo. Esto avivará tu espíritu, ya verás. No sé si el anciano te lo ha recomendado alguna vez, pero comprobarás que lo que te digo es cierto.

Era vino blanco, sin rebajar, y su intenso amargor no me agradó. Tras el primer sorbo aparté la copa, pero, inmediatamente, mi lengua áspera y sedienta reclamó el veneno, exigiéndome dar un largo trago que dejó el recipiente a la mitad. Zarek me miraba divertido y, tras ver cómo me limpiaba la boca con la mano, ensanchó una sonrisa nívea y comenzó a beber él también.

—Por un momento pensé que resultarías un estorbo más que una ayuda, he de admitir. Pero trabajas bien y eres responsable. Reconocerás que nuestro primer encuentro no fue acertado; por suerte, tu manera de comportarte habitualmente no hace justicia a ese día.

—¿Acaso pensabas que estaría corriendo por el muelle toda la vida?

Rompió a reír con ganas y brindó a mi salud.

—Vaya, me escuece la garganta de tanto leer. Pediré otra jarra para ambos.

Negué tajantemente, mientras agarraba mi copa con las manos.

—¿Cómo haces para conocer tantas lenguas extranjeras? A veces, si no fuera por la coherencia de tus dictados, diría que inventas todo lo que me pides que escriba...

En su cara volvió a aparecer una ancha sonrisa, y procedió a explicarme.

—Lo aprendí cuando niño y lo puse en práctica en mis viajes. La guerra hace que conozcas tierras lejanas, idiomas nuevos, gente de todo tipo...

—Ya, pero muchos hombres van a la guerra o viajan por muchos lugares sin que eso los convierta en traductores. Lo tuyo es... increíble.

—Sé que para los que lo ven desde afuera no es fácil de asimilar; pero, ya desde muy pequeño, siempre he tenido esta habilidad. Mi madre decía que era un don de los dioses, que me habían hecho entender las lenguas de los forasteros que visitaban la aldea para enterarme de sus planes. Si tramaban algo malo, decía, yo sería el primero en saberlo. No sé cómo trabaja mi

cabeza, lo confieso, pero, cuando los escuchaba hablar, yo memorizaba sus palabras y las asimilaba del mismo modo en el que lo hacemos con nuestra propia lengua. Con el tiempo fui capaz de reproducirlas de una en una hasta llegar a formar largas frases con ellas. Aprendí el arameo de una esclava persa que conocí en mi juventud; el hebreo, de un amigo judío; el latín, de una tabernera romana... y con otras lenguas más vulgares ha sucedido de igual manera. Pero es el hebreo la lengua que mejor domino, tal vez por vivir en el barrio judío, y el que más me demandan las traducciones.

—Y ese don te ha llevado a trabajar en el Museion...

—No, en el Museion trabajan sobre todo los copistas. Los traductores lo hacen en la isla de Faros por orden del rey. Yo soy una de las excepciones, porque así Demetrio me tiene bajo sus ojos de halcón.

Me hizo reír con su comentario y con el gesto que lo acompañó.

—¿Y por qué textos médicos, sobre todo?

—Oh, eso es por mi madre. Ella era matrona en Esparta; la única de la aldea, en realidad. Siempre hablaba de su labor en casa: de medicinas, de hierbas, de parturientas y niños... ¡Qué te voy a decir! De alguna manera estoy familiarizado con esos términos, no son difíciles de comprender ni, por tanto, de traducir.

Asentí, intentando asimilar lo que escuchaba. De repente, el fognazo de un relámpago nos distrajo, y muchos de los que allí estaban comenzaron a aplaudir y a silbar entusiasmados al escuchar el estampido que le siguió. Los vapores de los alimentos calientes y la acumulación de gente en el local enrarecían el ambiente. Me sentía extrañamente mareada, e imaginé que era porque la bebida ya empezaba a hacer su efecto en mí. Di otro sorbo al vino, y seguí escuchando al traductor, que ya había retomado la conversación.

—Preguntaría por tu historia, pero veo que eres un muchacho de muchas preguntas, pero muy pocas respuestas. De todos modos, mi hermana ya me ha contado algunas cosas sobre ti, las suficientes. Conociendo su juicio estricto sobre las personas, deberías sentirte bendecido por el aprecio que te tiene. Te considera su único amigo en la ciudad, y eso es muy importante para ella..., y, como su hermano que soy, también lo es para mí.

—Es halagador. Yo la estimo a ella de igual modo; es una mujer fuerte y valiente, y su compañía me agrada mucho.

Me dio la razón antes de volver a pedir otra jarra. A pesar de que yo lo veía pasar por su gástrico, parecía que el vino no surtiera ningún efecto sobre su organismo. Pronto estaba contando anécdotas de su juventud, de cuando

conoció a su cuñado, de cuando vio por primera vez a su sobrino, de cuando comenzó a trabajar en la Biblioteca... Yo sabía que estaba evitando recrear los momentos duros y que, deliberadamente, decidía dejarlos atrás, muy lejos en su memoria. Reía y gesticulaba, pero sus ojos, a veces, se mostraban tan hondos y apesadumbrados como siempre, como los de su hermana, como si, a pesar de la tranquilidad que Alejandría había traído a sus vidas, no lograsen dejar atrás el pasado estremecedor que ambos compartían. Debió leer mis pensamientos, pues yo lo miraba absorta con la mandíbula apoyada sobre la mano, debilitada por el alcohol o tal vez por su presencia frente a mí. Fue entonces cuando empecé a vislumbrar el dolor que luchaba por salir a pesar de sus esfuerzos por retenerlo dentro.

—Dime, Jano de Atenas, ¿por qué parece como si no me creyeras cuando te hablo? ¿Acaso no crees que haya sido un hombre dichoso, como lo has sido tú...? ¡Oh, qué vida la tuya! Con tu plácida existencia en Atenas rodeado de la libertad y los lujos que una noble familia puede brindar, con un tío bondadoso que te provee y te cuida en Alejandría, ¡y hasta tu propia esclava! Por si fuera poco, cuentas con el amparo de unos dioses que no han olvidado que existes y que aún se preocupan por ti... Todo el cosmos a tu alcance, mientras que, para mí, todo el caos

Tragó de golpe otro sorbo y, agarrando la jarra con ambas manos, miró a través de la ventana la calle ya desierta.

—Sé que mi hermana te ha contado mi historia, pero hace tiempo que decidí no recordar el dolor de esos días y no tengo intención de hacerlo ahora...

—Todos hemos sufrido las injusticias de los dioses, aunque te cueste creerlo.

Me miró, esta vez furioso, como si en el fondo deseara encontrar un culpable para sus desdichas y los dioses y el resto de los hombres no fuesen suficientes.

—¿Todos? Dime, Jano de Atenas, ¿cuál ha sido tu mayor problema? ¿No encontrar el chitón adecuado para acudir a la Escuela?, ¿quedarte sin papiro, tal vez?, ¿que tu esclava no te tuviese la bañera llena de agua caliente al llegar del Museion? ¡Oh, qué pesares! ¿Conoces la guerra, acaso? ¿Has vivido el hambre, el miedo y la desesperación que se pasa en una de ellas? ¿Has sentido el terror atezar tus músculos cuando ves una daga acercarse a tu cuello y no sabes si tu cuerpo desmembrado será devuelto a tu familia? Peor aún, ¿has visto sufrir a tus seres queridos las injusticias más atroces...? ¿Has vivido la ausencia anticipada de aquellos a quien más amas?, ¿el dolor que causa su

partida de este mundo? ¡Qué sabrás tú del sufrimiento!

Me temblaba el mentón como anuncio de un torrente de lágrimas que me negaba a derramar. Intenté llevarme a la boca la jarra para ocultar el dolor que me producía la dureza de su alegato. Sabía que no me atacaba para hacerme daño, que solo era un bulto con el que se desahogaba; poco conocía de mí, o nada, más bien. Si lo hiciera, si supiese quién era y qué hacía para poder estar ahí, frente a él, en esta ciudad, lo que había tenido que vivir para conseguirlo, tal vez hubiese sido más comedido y menos hiriente. Pero ese tipo de ataques era parte del precio que debía pagar por mis ardidés, y, como el resto de las desventajas, debía aceptarlos tal cual.

Logré refrenar las lágrimas delatorias a tiempo. Zarek dio un largo suspiro y echó la cabeza para atrás, dejando ante mis ojos su cuello fuerte y desnudo, tan vulnerable como lo estaba su alma a esas alturas. Rápidamente, volvió su vista a mí.

—Perdóname. No he debido hablarte así. Tú no tienes la culpa de mis desgracias, en realidad, nadie la tiene.

—Ya me has pedido perdón dos veces en una tarde. ¿Con quién te desahogaras ahora que ya no trabajaremos juntos, Bárbaro?

Me miró hierático, como si esperase una defensa agresiva por mi parte; pero no la obtuvo. Sonreí tratando de indicarle que no le guardaba ningún rencor.

Cuando nos levantamos para salir, la tabernera se acercó a él de nuevo y desde atrás trató de sujetarlo por debajo de los brazos.

—Quédate esta noche —le oí susurrar a su oído.

Pero él hizo una mueca de desagrado y la apartó con suavidad.

—No, esta noche no. Hoy quiero dormir solo.

El frío de la calle nos obligó a cubrirnos con nuestros himatión hasta la cabeza. Yo, apenas mareada por el vino, no tuve problemas en poner mis pasos sobre el suelo marmolado; pero él, bastante más perjudicado, apenas podía tenerse en pie. Se apoyó en mi hombro y juntos anduvimos a paso lento hasta su casa, evitando escalinatas. No habló en todo el camino, ni si quiera para quejarse de la intensidad de la lluvia que nos caía encima. Al llegar, no acertó a encontrar la llave en su bolsa, lo que me obligó a mí a tener que rebuscar hasta dar con ella. Abrí la puerta: la casa estaba vacía. Tuve que apartar con el pie varias figurillas de madera para no tropezar con ellas, y lo llevé hasta su lecho, donde se dejó caer boca arriba.

—Gracias por traerme, Jano. Mi hermana tiene razón: eres un verdadero

amigo... —murmuró antes de cerrar los ojos y comenzar a roncar con suavidad.

Me senté al borde de la cama y lo contemplé en silencio. Retiré la humedad que había dejado la lluvia en su frente y su cara, y lo cubrí con el cobertor.

Así, con las facciones relajadas, parecía un ser tan hermoso como cualquiera de los héroes tallados en mármol que podían apreciarse en cada rincón de la ciudad. Con mucha suavidad posé mis dedos sobre su frente y comencé a repasar con ellos sus párpados, su nariz, sus pómulos altos, y sobre su boca me detuve. Por primera vez en mi vida deseé llevar mis labios a los de otro ser, lo que me resultó sumamente extraño. Pese a mi intenso deseo, me limité a contemplarlos desde la corta distancia que nos separaba; luego, mis dedos viajaron desde sus labios a los míos, sabiendo que era lo más cerca que estarían de probar el néctar de los dioses.

Entonces, un sutil carraspeo a mi espalda me distrajo, haciendo que mi corazón comenzase a palpar más fuerte de lo que ya lo hacía.

—Estaba trabajando arriba. No os oí llegar.

Me puse de pie de un salto y me coloqué el chitón sobre la cabeza, deseando poder esconder mi turbación de los ojos atónitos de Eirene. Balbuceé alguna excusa y salí apresuradamente de la casa, pues sabía que la escena, cuanto menos, requería alguna explicación que ella no dudaría en pedirme y que yo no deseaba ofrecerle.

Nada más salir de la casa y echar a correr, un Zeus enfurecido descargó los rayos más potentes, aquellos que había reservado solo para mi ignominiosa persona.

Pero yo sabía que la verdadera tormenta acababa de comenzar en mi interior, y mucho me temía, sería más catastrófica que aquella que caía del cielo en ese momento.

A la orilla de Mareotis

El escalpelo calló al piso justo en el momento en el que Herófilo se disponía a hacer uso de él. Estaba ansioso, más que de costumbre, y sus dedos ancianos lo traicionaban. Lo cogió sin remilgos y procedió a desprender el cerebro del cráneo abierto del individuo que teníamos delante.

—Bien, quiero que observéis atentamente todo cuanto os voy a mostrar, pues es un mundo fascinante en el que pretendo adentraros.

No sin esfuerzo, sacó el órgano de su recoveco protector, lo colocó sobre una pequeña mesilla y nos pidió que nos acercásemos por grupos. Pero esta vez no pudimos obedecer; como siempre que teníamos un cerebro delante, nos agolpamos todos a la vez, contagiados por la emoción del maestro, que ya se limpiaba las manos con un paño. Nos dejó ojear el magnífico órgano, palparlo e incluso olerlo, hasta que uno de los muchachos preguntó:

—Ya nos mostraste el cuarto ventrículo hace meses, maestro, donde, como afirmaste, reside el alma humana. ¿Qué es lo que quieres que veamos ahora?

Entonces, como si estuviese deseando que le hicieran esa pregunta, se acercó de nuevo a la mesilla.

—Como os he dicho en muchas ocasiones, lo que tenéis delante no es un órgano común, como lo son el estómago o el intestino, sino el verdadero artífice de los pensamientos humanos: aquí reside la inteligencia.

Los muchachos se miraron con asombro unos a otros, yo incluida.

—Pero, maestro —pregunté—, Aristóteles decía que la inteligencia reside en el corazón, ¿no es cierto?

—Lo es, eso decía el excelso sabio. Pero yo he podido comprobar con mis propios ojos que se equivocaba en sus consideraciones. Es en este órgano donde habita el saber supremo, el pozo donde se almacena toda la sabiduría que un hombre puede albergar a lo largo de su existencia, y la maquinaria que produce sus pensamientos, acertados o no.

Los alumnos miraban ceñudos la masa grisácea y llena de pliegues a la que el maestro se refería. Finalmente, uno de ellos le preguntó que en qué se basaba para afirmar con tanta rotundidad algo así.

—Mirad aquí. —El sabio señaló un hematoma en la parte frontal del hemisferio izquierdo—. Este hombre fue agredido hace dos días. Uno de los presos le golpeó con una barra de metal, justo aquí —llevó su índice al lado izquierdo de su propia cabeza—. Y, ¿qué creéis que pasó? Pues nada. Según los funcionarios, solo se balanceó aturdido hasta que pudo sentarse. Esa noche cenó con normalidad y descansó como de costumbre. Pero las consecuencias aguardaron hasta el día siguiente, pues, cuando despertó, apenas acertaba a balbucear alguna palabra suelta y se quejaba de intensos dolores que procedían del interior de su cabeza. Por la tarde ya no recordaba su nombre ni cómo había llegado allí. Por la noche, ya estaba muerto.

El maestro procedió a dividir el órgano en dos mitades para conocer el alcance de las lesiones, que llegaban a más profundidad de lo que podría apreciarse desde la superficie.

—Pero no creáis que esto que os digo lo he sabido únicamente por el caso de este pobre insensato. Muchas veces hemos tenido que atender casos de soldados heridos de muerte en la batalla, con síntomas parecidos y con idéntico desenlace fatal. Pocos logran sobrevivir y los que lo consiguen lo hacen con las capacidades intelectuales perjudicadas para siempre. Tenemos el caso del Hassim, el guardia anciano que vive sin saber ni el día que es desde que le asestaron un golpe certero justo aquí —dijo, señalando el centro de la cabeza de Sefranio, que estaba a su lado—. Sin embargo, las lesiones en el corazón no merman la inteligencia, mas, al contrario, el miedo a perder la vida por causas relacionadas con el órgano palpitante agudiza el ingenio y hace al enfermo más lúcido si cabe. Por tanto, este amasijo de pliegues y recovecos que os enseño es el responsable de que Sefranio hable tanto y nunca abandone una duda sin resolver, de que Darío pregunte todo dos veces o de que Jano se adelante siempre a las respuestas.

Los aludidos nos echamos a reír hasta que el maestro nos atrajo de nuevo con su explicación.

—Mirad aquí: estos senos alimentan al órgano pensador—dijo, señalando unas confluencias venosas con forma de cruz en la parte posterior del cerebro—. Son como alargadas cubas que nutren los pensamientos repartiendo el precioso tesoro de la sangre por todos los rincones que lo conforman.

—Y ¿con qué nombre debemos llamarlo, maestro? —preguntó Sefranio.

—Prensa: eso es a lo que se me asemeja y así lo llamo yo desde que comprendo su función.

—Es un órgano demasiado importante como para que una de sus partes tenga un nombre tan vulgar, ¿no crees, maestro? Además, ¿cuántas prensas puede haber? —respondí.

El hombre pareció meditar unos segundos antes de responderme.

—Tienes razón; lo llamaréis prensa cerebral.

—No me gusta —dijo uno de los alumnos—. Sigue sonando vacío.

Los demás asentimos de acuerdo con él.

—Pues... no lo sé —continuó el maestro—. ¿Qué tal prensa de...?

—¿Herófilo? —dije yo.

—Prensa de Herófilo..., ¡no suena mal! ¿Qué decís los demás? ¿Estáis de acuerdo con que es el nombre de este anciano que os habla el que debe llevar?

—Sí maestro, ¡ese es perfecto! —se oyó en unisonancia.

Y a partir de ese día, así lo llamamos.

Durante esos días algo insólito ocurrió con algunos de los alumnos de la Escuela de Medicina. Según nuestro juicio, habíamos empezado a enfermar de males extraños y variopintos que solían afectarnos, casualmente, después de visitar a algún paciente con la misma dolencia o tras la explicación pormenorizada de Herófilo de los síntomas de alguna enfermedad. Si hablábamos de Tifus, la mayoría de nosotros comenzaba a sentir dolor de cabeza; si visitábamos a algún enfermo de gripe, las dolencias generales del cuerpo y hasta la fiebre aparecían a las pocas horas, e incluso muchos creyeron tener la peste cada vez que alguna pústula brotaba sobre su piel. Por lo general, el maestro les restaba importancia; decía que era el propio cuerpo quien generaba esos síntomas imaginarios y que el mismo cuerpo se desharía de ellos sin mayor problema.

Pero en mi caso todo era muy distinto.

El dolor de estómago comenzó una noche, después de uno de mis paseos junto a Eirene bajo la luz de las antorchas que alumbraban la avenida del Gran Puerto. Para mi sorpresa, la muchacha no me había comentado nada de lo ocurrido nueve meses antes, cuando me encontró en una posición incómoda junto a su hermano. Tampoco lo hice yo, lo que favoreció que ese hecho se fuese escurriendo en el tiempo, hasta ser solo un recuerdo bochornoso para mí y un misterio indescifrable para ella. De modo que, con ese pacto mudo entre nosotras, paseábamos poniéndonos al día de todos los pormenores de nuestras

vidas en el transcurso de las tres semanas que llevábamos sin vernos. Me hablaba de los abultados encargos que le habían hecho y de lo bien que le vendrían esos ingresos a su apretada economía familiar; de la suerte que tenía Karsten con la pesca abundante de los últimos días; y de la nueva relación del traductor con una joven judía. Decía esto último en voz queda, como si temiese que se enteraran las paredes de las viviendas colindantes.

Me detuve sin saber por qué, o, mejor dicho, a sabiendas de que la noticia había detenido mi pulso por un segundo para luego reiniciarlo con renovada potencia.

—¿Estás bien, Jano? ¿Por qué te has parado?

—Necesito descansar.

Entornó los ojos, pero no dijo nada. Aguardó a mi lado hasta que pude sacar pecho y reanudar mis pasos.

—Y dime, Eirene, ¿conoces tú a esa mujer? ¿Es la tabernera?

—¿La romana?, ¡dioses, no! Esa es una mujer sin escrúpulos que lo mismo duerme con mi hermano que con cualquiera que le caiga en gracia. ¡Hasta con mi esposo lo haría, si le riera las gracias, la muy...! No está casada y presume de que jamás lo estará. Así que ¡vive como quiere! ¡Habrás visto! Para que esa mujer entrase en mi casa, yo tendría que salir de ella primero...

—¿Y, entonces, no sabes quién es?

—En realidad no debería saberlo, pues él no me ha dado explicaciones y, cuando Karsten le pregunta, tampoco a él parece querer confesarle sus misterios. Pero una tarde, cuando yo llegaba a casa, vi salir a una joven muy bonita de ella; y otro día, mientras trabajaba en la azotea, los oí hablar en la cocina. Me asomé a la escalera y allí estaban, balbuceando algo en el extraño lenguaje en el que ella habla. Ninguno de los dos me vio, y, como no entendía ni una palabra, volví a mis quehaceres enseguida. Pero la vi lo suficientemente cerca como para reconocerla. Sé que es judía y que se llama Sarah; su madre es una de las mujeres que me compra figurillas en el ágora. Pertenece a una familia humilde pero honrada que se acaba de mudar a un par de callejones de nosotros y que apenas habla griego. Tal vez la próxima vez que la vea me presente a ella. Si espero por mi hermano ¡jamás lo hará!

Era cuestión de tiempo que eso sucediese. El atractivo del espartano no pasaría desapercibido para cualquier muchacha casadera, ilusa y llena de esperanzas de encontrar un padre así para sus hijos. Me preguntaba si esa niña valoraría realmente las aptitudes del traductor, si sabría ganarse su amistad y su respeto, como lo hacía yo, o si tan solo compartirían el goce mutuo de sus

cuerpos. El nudo de mi estómago comenzó a crecer junto con mi ira a medida que me imaginaba la escena. Eirene hablaba ya de las gracias de su hijo, pero hacía rato que había dejado de escucharla. Mi cabeza giraba en torno a la mujer que pretendía quitarme el corazón del traductor, como si le fuese posible arrebatarme lo que no era mío.

Como bien dije, fue esa noche cuando empecé a sufrir los primeros síntomas de mi terrible enfermedad. Al llegar a casa y caer en mi lecho, los temblores aparecieron de inmediato; luego llegaron el insomnio y la fiebre; al tercer día apenas podía ponerme en pie.

Pero el trabajo no parecía aguardar por mi recuperación. Esa tarde tenía previstas dos visitas a mujeres que necesitaban mi atención, y la preparación de algunos remedios Medicinales en el laboratorio de la Escuela. No sabía si tendría fuerzas para ello, pero confiaba en que mi malestar desapareciese poco a poco, como veía que ocurría con el resto de mis compañeros. Por todo eso, decidí no decir nada a mi tío, ni mucho menos a Kissa, y, obligando a mi cuerpo a erguirse con toda la dignidad de la que era capaz, eché a andar hasta el Museion.

De regreso a casa me topé con Eirene. «Estás horrible», fue su saludo al verme. Luego me invitó a acompañarla al lago, donde pescaba Karsten. Las tardes en las que el tiempo se prestaba a ello solían ir allí, y más de una vez había insistido en que yo fuese con ellos. El trayecto era largo y yo me sentía demasiado cansada como para seguirla, pero su habitual insistencia no dejó lugar para una negativa, y terminé accediendo.

Al llegar a la orilla cristalina, justo a la altura de donde pescaba el esposo de la Eirene, nos detuvimos. Agradecida por ver que nuestro interminable paseo había llegado a su fin, me dejé caer bajo una palma datilera, derrengada. Ella, sin embargo, estaba resplandeciente.

—Karsten se ha comprometido a entregar mañana tres cestas de percas en el ágora, pero, por lo que veo, no lleva ni dos. Pensé que mi hermano ya estaría aquí, le prometió su ayuda —dijo, mirando en torno suya.

Karsten estaba de pie en uno de los farallones del lago. Con una red pequeña iba sacando algunos peces que luchaban enérgicamente por regresar bajo el líquido elemento. Me tumbé boca arriba, consciente de que aún estaríamos un buen rato ahí. De forma inmediata, las sombras de las hojas de palma que caían sobre mi cuerpo fatigado causaron un efecto balsámico; el arrullo de las plantas de papiro, a las que el viento mecía en la orilla, contribuyó a relajarme del todo, y hasta me pareció que no había sido una idea

tan mala haber ido hasta allí. Pero esa ilusión duró poco más.

—¡Mira, ahí viene Zarek! ¡Vaya, trae a esa muchacha, la que te dije!

Me senté sobre la marcha tras oír eso. En la distancia se divisaban dos figuras acercándose. Efectivamente, una de ellas pertenecía al traductor y la otra a una joven menuda que caminaba muy cerca de él. Cuando llegaron a nuestra altura, Eirene se presentó a la muchacha, sin esperar a que su hermano lo hiciera por ella. La joven, tímida, bajó la cabeza.

—Bien; ¿quién se anima a darse un baño? —dijo Zarek bajándose el himatión hasta la cintura.

—¿Has venido aquí para eso, acaso? Debes ayudar a mi esposo a rellenar esas cestas antes de que caiga el sol o no podrá entregarlas mañana. ¡Déjate de baños!

Pero las palabras de Eirene quedaron en el aire cuando él se lanzó al agua salpicándonos a las tres que quedamos fuera.

—¡Oh, mi hermano es un fanfarrón y un bruto!

Eirene se sentó a mi lado y pidió a la joven que hiciera lo mismo, pero ella rechazó la invitación y prefirió quedarse de pie a unos metros de nosotras. La observé con detenimiento y Eirene pareció imitarme. A la luz del sol su pelo lacio brillaba como el oro. Lo llevaba recogido en una simple trenza que caía a su espalda. Sus facciones eran sencillas, sin rastro de maquillaje, lo que no le restaba belleza. Miraba al frente con una mano interpuesta entre su rostro y el sol, y, tal vez por notar que nuestros ojos estaban fijos en ella, nos dirigió una fugaz mirada que nos llevó a finalizar escrutinio.

—No parece muy habladora, ¿no crees? —me susurró Eirene—. Oye, muchacha, mi hermano no nos ha dicho tu nombre. ¿Cómo te llamas?

La miré extrañada, pues sabía que mi amiga conocía perfectamente quien era.

—Sarah.

—Bien, Sarah, ven y siéntate con nosotros aquí si no quieres que el sol te chamusque esa piel tan fina.

La muchacha obedeció a regañadientes. Se sentó a cierta distancia de donde nos encontrábamos, rodeando sus rodillas con sus niveos brazos. Entonces, Eirene comenzó a hablar con ella: habló de que conocía a sus padres, de las figurillas que su madre le compraba en la plaza, de lo encantador que era su hermano menor..., a lo que la muchacha tan solo asentía y sonreía tímidamente.

Visto lo poco interesante de la charla, pues solo iba en una dirección, decidí

mirar al frente. Zarek ya se encontraba de pie en la roca, al lado del pescador. De una vez elevaron una red cargada de peces, que pronto dejó llena la segunda de las cestas, y después la lanzaron de nuevo al agua. El traductor, con las manos apoyadas en la cintura, comenzó a hablar con Karsten a la espera de nuevas capturas. El sol reclamaba de su piel las gotitas plateadas que aún le quedaban encima. Visto así, con el torso desnudo bajo el astro rey, parecía un verdadero guerrero. La intensa luz revelaba algunas viejas heridas en sus costados, como le había visto a muchos de los soldados que habían llegado a la Escuela en busca de cuidados médicos. Mis ojos de médica se situaron en esos puntos y traspasaron su piel hasta llegar a los órganos que había debajo: el estómago, los riñones, los intestinos... que afortunadamente habían escapado ilesos de la lanza enemiga. De no ser así, imaginé compungida, podría haber sido uno de los cadáveres de Herófilo. Intenté eliminar esos pensamientos de mi cabeza sacudiéndola con fuerza. No obstante, acostumbrada como estaba a observar la enfermedad y la decadencia en el cuerpo humano, me pareció un regalo divino poder tener ante mis ojos a un hombre con un aspecto tan sano y robusto. Su perfecta anatomía quedaba expuesta ante mí, para mi deleite y disfrute, y me pareció que cada uno de los atributos corporales de ese hermoso individuo habían sido situados estratégicamente en su cuerpo con objeto de seducirme.

Miré a la muchacha de refilón. No tenía nada que ver con él. Su sencillez desmedida me parecía que la hacía poco merecedora de semejante héroe griego. Luego me miré a mí y me entró una risa muda. Era una risa dolorosa y punzante, y me hubiese dolido menos la picadura de un insecto venenoso que la comicidad que me provocaba mi aspecto. Mi aspecto... ¡Oh!, ¡cómo había empezado a odiarlo! Desde que conocía al traductor, desde que habíamos trabajado juntos en la Biblioteca, algo extraño había comenzado a sucederme. Cuando estaba frente a él y lo veía hablar con esa comodidad que poco a poco iba naciendo entre los dos, me imaginaba cómo reaccionaría si, en lugar de a Jano, tuviese en frente a Agnódice luciendo todo el esplendor y feminidad que poseía bajo sus malditos tapujos. De pronto había empezado a extrañar mi caja de cosméticos, aquella que con tanta rabia había despreciado en un principio. Echaba de menos la caricia de los pinceles con los que Kissa repasaba mi rostro; añoraba el reflejo de mi imagen de mujer; mis ojos rasgados, mi melena larga, mis mejillas sonrosadas; extrañaba mi cintura estrecha, elegantemente anudada, dejando entrever mi silueta. Muchas veces, cuando él me miraba, había sentido la necesidad de acariciar mi larga trenza,

hasta que recordaba que ya no estaba ahí; otras, ansiaba humectar mis labios con deliberada sensualidad, en un intento de reclamar los suyos, pero ya no eran los mismos, ahora envueltos en mi barba simulada. Como nunca me había ocurrido antes, empecé a conocer y entender mi verdadera naturaleza femenina, en este instante recluida tras la prisión de mi detestable disfraz.

Yo misma me había llevado a un rincón oscuro de mi alma, y ahora sentía deseos de llorar y de gritar muy fuerte, a ver si los dioses lograban explicarme por qué para conseguir mis aspiraciones siempre debía renunciar a otras antes.

Entonces noté la boca de Eirene cerca de mi oído.

—No habla ni una palabra de griego, por eso está tan cohibida. Pobrecilla...

—Con quien tiene que entenderse es con tu hermano. ¡Qué más da!

Eirene me miró extrañada y luego se encogió de hombros.

Me encontraba de pésimo humor y no tenía ganas de hablar ni de conocer a la muchacha. Lo único que deseaba era levantarme y regresar a mi casa en ese momento. Al mirar de nuevo al frente, observé el modo en que los hombres, que ya habían llenado las tres cestas, miraban hacia nosotras. Se me heló la sangre en las venas cuando, al presenciar una risa infantil y pícara entre los dos amigos, supe lo que tramaban. Me puse en pie de inmediato.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas?

—Debo regresar a mi casa. Acabo de recordar que tengo que terminar una cosa importante...

Miré de nuevo y vi que sobre el farallón solo estaba Karsten: Zarek debía estar bajo el agua, rumbo a la orilla.

El corazón comenzó a palpitarme con fuerza y empecé a andar apresuradamente en dirección al camino por el que había llegado hasta allí, donde eché a correr a toda velocidad. Avancé con tanta urgencia que una de mis sandalias se rompió y quedó muy lejos en el camino. Sabía que Zarek corría detrás de mí. Podía escuchar sus pasos y su fuerte respiración. No quería mirar atrás, pues eso podría restarme velocidad. Sin apenas aliento, el miedo me atenazaba y me impulsaba a la vez a seguir corriendo. Si me daba alcance estaría perdida. En mi mente solo podía ver la imagen de mi cuerpo al salir del agua, de mi anatomía al descubierto, de mi maquillaje desecho ante los ojos atónitos de mis amigos... A lo lejos oí los gritos de Eirene y supuse que ya había sido víctima de las ahogadillas de su esposo. Entonces la voz de Zarek sonó a una distancia lo suficientemente segura como para poder reducir mi velocidad.

—¡Eres un cobarde, Jano de Atenas, ya te pillaré otro día!

Me aferré a una de las palmas que bordeaban el camino del lago, exhausta. Mis pulmones luchaban ansiosos por obtener el aire, me zumbaban los oídos y el corazón golpeaba en mi garganta con violencia. Me miré el pie y vi que estaba herido; debía de haber pisado alguna piedra y ahora comenzaba a notar el escozor. Miré a lo lejos para comprobar cómo el traductor se apartaba del camino para regresar junto al resto del grupo. Entonces me dejé caer y comencé a reír nerviosa por la suerte de haberme librado de mi fatal desenmascaramiento. Luego, cuando la risa desapareció, otras sensaciones corrieron a ocupar diferentes lugares: el dolor y la pesadumbre se apoderaron de mi cuerpo primero; la rabia y el miedo llegaron a mi alma después y, en último lugar, un torrente de lágrimas amargas corrió por mi cara y mi cuello aún palpitante.

La extraña enfermedad

Los síntomas comenzaron a agravarse a partir de ese día. Mis noches eran febriles y mis mañanas frías. Sudaba y temblaba, seguía sin comer y, para colmo de males, el sueño se negaba a aparecer por las noches. La preocupación de mis seres queridos se hizo presente cuando me vi incapaz de seguir ocultando mi malestar, y creció hasta tal punto que una mañana mi tío tuvo que salir en busca de otro médico que pudiese encontrar lo que a él parecía escapársele.

Kissa —quien había decidido ausentarse de sus labores para dedicarse a mi cuidado durante esos días— terminaba de arreglar mi maquillaje mientras esperábamos su regreso. Así, tumbada en mi cama y bajo las caricias de los pinceles de mi niñera, caí en una especie de duermevela de la que una terrible pesadilla me hizo desear despertar de inmediato. Cuando por fin lo hice, encontré a Eirene al borde del lecho sentada.

—Estas peor que horrible.

—Gracias...

Ella rio, consciente de su brusquedad, y luego señaló a Kissa, quien llevaba una cesta en la mano.

—Te he traído unos bollos calientes, o al menos lo estaban cuando salí de casa.

—Te lo agradezco, aunque no creo que pueda comerlos.

Sus facciones se agravaron cuando me oyó hablar.

—¿Tan grave estás, Jano? —preguntó, apoyando su mano sobre mis rodillas.

—No lo sé. Todo depende de lo que diga el médico que vendrá con mi tío ahora.

—Entiendo. Toma, te la dejaste atrás —dijo, ofreciéndome la sandalia perdida en el camino—. La he arreglado. A veces son como críos, ¡qué digo,

hasta Otis tiene más madurez que ese par de brutos!

No había terminado de hablar y ya estaba de pie, merodeando por la habitación sin que pareciese buscar nada en concreto. Se detuvo un instante a mirar hacia el balcón, y luego preguntó:

—¿Quién es Agnódice?

El modo en que Kissa envaró su cuerpo debió llamar su atención, pues dirigió su mirada hacia ella antes que a mí.

—¿Por qué lo preguntas, Eirene? —repuse en un hilo de voz.

—La llamabas hace un rato... en sueños.

Suspiré con alivio, pues ya había empezado a preocuparme por las averiguaciones que la muchacha pudiese haber hecho. Otro profundo suspiro acompañó a Kissa mientras salía de la habitación para dejarnos a solas.

—Agnódice es una mujer que pertenece a mis sueños, solo eso.

—¿Quieres decir que no es real?

—Ya no...

—Oh, entiendo... Entonces, ¿murió?

—Sí, Eirene, desapareció.

—¿Pero no está...?

La curiosidad de la muchacha tuvo que refrenarse cuando mi tío entró en la habitación con Erasítrato tras él. El discípulo de Herófilo tenía su propia escuela en la ciudad y, gracias a los conocimientos que había adquirido del maestro, podía presumir de ser uno de los más grandes médicos alejandrinos. Mi tío hablaba de él con veneración y Herófilo con orgullo. Pese a ser bastante más joven que su mentor, tenía conocimientos profundos sobre Medicina y, sobre todo, instinto para los diagnósticos. Y fue por esto último por lo que ahora lo tenía agachado frente a mí, con sus ojos clínicos observándome muy de cerca.

Me abrió los ojos sujetando los párpados con los dedos y observó con detalle mis pupilas. Cogió mis brazos, los dejó caer y lo mismo hizo con mis piernas. Olió mi sudor e incluso probó su sabor. Tomó mi pulso y, finalmente, asintió para él mismo.

—Tu tío ya me ha explicado tus síntomas y yo mismo he accedido gustoso a venir a verte.

—Eso no es todo, Erasítrato: esta mañana ha aparecido otro nuevo —dije, mostrándole unas ampollas que habían salido en la cara interna de mis brazos y en el cuello—. Pican y escuecen muchísimo.

—Sí, ya las he visto, joven. Es evidente que padeces un terrible mal.

Al escuchar esto tuve que tumbarme de nuevo, aterrada por lo que yo sabía que debía ser mi último y fatal diagnóstico.

—¿Y cuál es la solución? ¡Por los dioses!, ¿qué podemos hacer? —preguntó Kissa a su espalda.

—Oh, su curación no es sencilla; a veces, ni siquiera posible. Pero en su caso..., sabiendo que aún es joven e inteligente, tal vez haya una esperanza.

Me dirigió una mirada extraña que no supe interpretar.

—Y ¿qué puedo hacer yo para curarme, Erasítrato?

—De momento incorporarte del lecho, asearte y vestirme con tu mejor chitón: esta tarde me acompañarás a visitar a un paciente que se aqueja de tu misma enfermedad. Tú serás el encargado de diagnosticarlo y, en consecuencia, también te diagnosticarás a ti. ¡Vamos, levántate!

Me pareció que se burlaba de mí, pero al mirar su cara supe que hablaba en serio. No dejando lugar para una negativa, me plegué a sus deseos. Kissa gimoteaba y Eirene, a su lado, estaba atónita. Abracé a mi niñera con objeto de restar importancia a las palabras del médico, pero solo conseguí que comenzase a llorar con más intensidad.

Una hora después Erasítrato y yo ya habíamos puesto rumbo a mi desconocido destino de esa mañana. Rodeamos el Museion por el lado occidental para llegar a un edificio anexo. Lo reconocí de inmediato; anteriormente ya había paseado por sus alrededores, bien con Kissa, bien con Eirene. Un inmenso jardín lleno de exóticas especies vegetales adelantaba el esplendor de lo que encerraban los muros del fastuoso edificio al que daba paso. Para mi asombro, el maestro se detuvo allí.

—¿El palacio Real? ¿Es aquí donde está tu paciente, Erasítrato?

—Aquí es —repuso, haciendo una señal a los guardias reales de la entrada.

Recorrimos el camino ancho del jardín escoltados por los dos guardias y, mientras lo hacíamos, pude disfrutar del placer visual que ofrecía el verdor que lo envolvía todo. En un momento dado, una extraña ave decidió salir de detrás de un arbusto y desplegar un abanico de plumas de vivos y brillantes colores. Al pasar por su lado comenzó a vibrar con una enérgica danza que captó todos mis sentidos, consiguiendo que tropezase con uno de los guardias y obteniendo un gruñido de reprobación en consecuencia. En la base de las escaleras que subían hasta los propileos, los guardias se despidieron de nosotros. Atravesamos las amplias puertas del palacio e inmediatamente la magnificencia del recinto nos dio la bienvenida.

—Bien, ahora van a anunciar mi presencia. No debes preocuparte. No es Tolomeo Sóter el destinatario de nuestra visita, ni tampoco ningún miembro de su familia, sino el hijo del rey sirio, Antíoco. Por lo visto, la familia al completo ha venido a la ciudad en una visita de cortesía y ahora se aloja aquí. Su hijo ha enfermado gravemente y, por expreso deseo de Tolomeo, al que ya he atendido en varias ocasiones, desea que sea yo el que observe al joven príncipe. Aguarda aquí —ordenó antes de entrar en una sala de altísimas puertas que quedaba a nuestra derecha.

A solas, bajo la atenta mirada de otros dos guardias que custodiaban la antecámara, pude comprobar la mayor muestra de opulencia que jamás habían visto mis inexpertos ojos. El suelo pulido y lustroso reflejaba las luces de las altas lámparas de cobre que pendían del techo; palmeras frondosas plantadas en macetones decorados con brillantes barnices por doquier; el busto dorado del rey me miraba, regio, desde el centro de la sala; altas y gruesas columnas de mármol sostenían la estancia superior, a la que había que ascender por unas escaleras majestuosas y tan anchas como una calle cualquiera de Atenas.

El médico salió de la sala por la que había entrado seguido de un séquito de sirvientas, y tuve que apresurar el paso para alcanzarlo escaleras arriba. Al traspasar el portalón que daba a la habitación donde se alojaba el príncipe extranjero, lo vislumbré tendido sobre un gran lecho. Al ver que Erasítrato se acercaba, el joven cogió sus manos como el que prevé que se hunde en un lodazal y se aferra a la única rama que ve. No reparó en mí; solo miraba con desesperación a la cara del médico, quien comenzó a tranquilizarlo.

Un anciano apareció detrás de mí y me asustó al preguntarme quién era.

—¡Oh, majestad!, es mi ayudante, el joven del que te hablé antes. Jano de Atenas, tienes a tu lado al rey sirio, Seleuco.

El monarca se dio por satisfecho con la explicación del médico, y luego corrió a ponerse a los pies de la cama de su hijo.

—Jano, ponte al otro lado y agarra el brazo izquierdo del príncipe Antíoco; no tenemos una clepsidra para medir el ritmo de las pulsaciones, pero podrás comprobar su velocidad, al menos.

Obedecí al maestro. El muchacho, que parecía realmente enfermo, incluso más que yo, no opuso resistencia. Presioné su muñeca con mis dedos. El pulso era rápido, pero no tanto como para causar alarma, así que eso le dije al buen médico.

—Ahora tómale la temperatura y observa sus facciones.

Lo hice: estaba ojeroso y escuálido, pero su temperatura era normal.

—Bien, príncipe Antíoco, ¿puedes describir los síntomas de la enfermedad que te atenaza? Tal vez nuestro joven aprendiz entienda mejor que yo tu malestar.

—¡Oh, es terrible! ¡Terrible! Por las noches apenas puedo descansar, doy vueltas, febril, e incluso hablo en sueños, según dicen. Después está esta maldita sequedad en la boca y esta inapetencia que consigue que ningún manjar me resulte apetecible. Estoy débil, como ves, y a veces los síntomas se agravan haciendo que tema realmente por mi vida. Me palpita el corazón con una fuerza inusitada, como si quisiera escapar, salirse del pecho... Dime, Erasítrato: ¿piensas que he sido víctima de un envenenamiento, como creen todos?

El rey se irguió a los pies de su hijo y apretó los barrotes de la cama con tanta fuerza que sus nudillos se quedaron blancos. Por suerte, al escuchar la respuesta del médico pareció sosegar.

—No, descuida. Si fuera eso lo que te hubiese sucedido ya estarías en la otra orilla: tu enfermedad tiene causas más dulces que el veneno que crees haber tomado.

—Y ¿cuál es? ¡Dímelo, por los dioses, te lo ruego! Dime la causa o tan solo el remedio, con eso me conformo, pero consigue que cese este malestar que me aflige, médico. ¡Y hazlo ya!

Erasítrato trató de calmarlo otra vez, ya que intentaba incorporarse. De nuevo me pidió que me fijase en las facciones del príncipe y que colocase mis dedos sobre su muñeca. Apreté para comprobar el bombeo, que seguía siendo regular, y confirmé el mismo pálido color, en vista de lo cual el médico pidió una a una a las cinco sirvientas que habían subido con nosotros que realizasen alguna tarea sencilla. No negaré que su petición me dejó desconcertada, pues, a mi parecer, perfectamente podría haberlo hecho todo solo una de ellas. De este modo, una limpió su sudor, otra acicaló los almohadones bajo su espalda, otra recolocó su cobertor, y así hasta que quedaron un lecho y un hombre con idéntica pulcritud. Con la mirada perdida en el alto techo labrado, el príncipe no manifestaba la menor muestra de atención. Cuando las jóvenes hubieron terminado, Erasítrato las hizo salir de la habitación; después me preguntó si había notado algún cambio en las constantes de Antíoco.

—No, maestro; sus constantes siguen igual que al principio.

—Bien, Jano, continúa midiéndolas; no quites tus ojos de su cara ni tus dedos de su muñeca. —Se giró hacia el rey y le habló a él—. Majestad, como te dije antes, puedes hacer pasar a la Reina.

El viejo monarca se acercó a la puerta y llamó a alguien que, por la rapidez con la que entró, debía encontrarse afuera esperando. Una joven de belleza sin igual emergió por ella, y toda la luz que había en la habitación se concentró en su nívea piel. Llevaba una simple túnica blanca bordada con hilo de oro, que arrastraba a su paso, y una melena medio recogida que dejaba caer sus doradas ondulaciones hasta más abajo de su espalda. Su rostro acaudalaba toda la dulzura y la jugosidad de la juventud. Al acercarse al lecho sonrió a los presentes con una gentileza que hasta a mí me hizo enternecer.

Pero, pese a poseer todos los dones de Afrodita, no fue esto lo que más llamó mi atención, sino el efecto que su entrada causó en el paciente: su pulso comenzó a palpar con fuerza bajo mis dedos; su rostro, antes pálido, se cubrió de un rojo fuego y de su frente comenzaron a rezumar unas gotitas de sudor que, al tocarlas, resultaron frías. Erasítrato no lo miraba a él, sino a mí. Comprendí entonces que la enfermedad del joven príncipe (como ya había adelantado el médico) era idéntica a la mía. Y entendí, también, que el remedio para ambos era quimérico: para Antíoco, la joven esposa de su padre, tan perfecta como imposible; para mí, Zarek, ajeno a mi condición de mujer.

Solté la muñeca del príncipe y asentí lentamente al maestro: la lección había sido aprendida.

De nuevo en la calle, Erasítrato decidió que sería bueno para mi decadente estado de ánimo que diésemos un paseo por los alrededores del puerto. Andamos a paso lento hasta uno de los muelles, mientras comentábamos lo acontecido con el joven y su padre. Para nuestra sorpresa, el rey parecía haberse sentido aliviado al conocer que el mal que atormentaba a su hijo no era otro que el “mal de amores”. Sus estrepitosas carcajadas y los abrazos que no tardó en dar a su hijo evidenciaban el alivio que había sentido al comprobar que no era veneno lo que corría por las venas del príncipe, y que, como él se apuró a decir, «de amor nadie se muere».

El cielo violeta del oeste anunciaba una noche serena. Nos sentamos a contemplarlo en silencio unos minutos.

—Dime, Jano, sobrino de Eurípides, ¿crees que la enfermedad del príncipe tendrá remedio?

Lo miré tratando de que la desazón no se viera reflejada en mi rostro.

—No creo, maestro. Tendrá que buscar la manera de superar su enfermedad sin tratamiento alguno.

—Pues te equivocas. Según cuentan, es tal el amor que ese rey siente por su

hijo que sería capaz de renunciar a su esposa y entregársela en matrimonio si con eso consiguiese que recobrarla la salud. No deberíamos extrañarnos, por tanto, si nos enterásemos de que eso sucede en las próximas semanas. ¿Y qué me dices de la tuya, joven aprendiz de médico? ¿Tiene curación?

—No, la mía no la tiene, me temo.

—Pues sí, como dices, no hay cura para tu mal, tal vez el hecho de aceptar esa verdad sea suficiente para que desaparezca. Cabe la posibilidad de que no debas tomar algo que cure tu enfermedad, sino quitarlo...

—¿A qué te refieres con eso?

—Sea lo que sea que te produce ese malestar, debe ser suprimido de tu vida. Si alguien abusa del vino y esa bebida le hace mal, como médico, ¿qué le aconsejarías?

—Le recomendaría que eliminase el vino de su dieta.

—Exacto; eso haría un buen médico. Luego, no se trata de darle un remedio, sino de quitarle aquello que le perjudica. Como ves, no todas las enfermedades tienen una cura tan sencilla como la tuya. ¡Vaya! —exclamó, poniéndose en pie con los brazos en jarras—. Mira, por ahí se acerca un barco. Debe apresurarse porque en cuanto caiga la noche tendrá que esperar a que amanezca para atracar con seguridad. ¿Sabes? Dicen que dentro de poco comenzarán a construir una antorcha gigante justo ahí, en la isla de Faros. De esa manera los barcos sabrán siempre donde está la Alejandría y podrán atracar sin problemas, incluso en una noche sin luna. ¿No sería maravilloso verlo?

—Sí maestro, lo sería —repuse, sin entender muy bien a que venía aquella digresión.

—Porque debe ser horrible perder el rumbo —continuó diciendo—, ver que aquello hacia lo que te diriges con tanta vehemencia se va nublando ante ti. Ver que un día estas en medio de la nada y que la orilla a la que pretendías llegar cuando saliste no aparece ante tus ojos. Eso suele pasar cuando sigues a la estrella equivocada. ¿No crees, joven médico? —No me dejó contestar, pues se sentó a mi lado de nuevo y prosiguió con su soliloquio—. Lo que trato de decirte es que jamás debes perder tu estrella, tu guía, tu gran antorcha. Recuerda siempre por qué viniste a Alejandría. ¿Qué es lo que te trajo a esta orilla del mundo? ¿Qué es lo que hizo que te alejaras de tu familia y amigos? No debe ser una pasión mediocre la que te moviera a hacerlo. Muchacho, he visto a muchos buenos estudiantes perder el entusiasmo y abandonar los estudios por causas parecidas a la tuya. Jóvenes que hubiesen llegado lejos

con sus manos y mentes en este mundo enfermo que tan buenos médicos precisa. Tengo entendido que eres experto en los males de las mujeres, ¡tanto mejor! Elimina de tu vida aquello que te distrae si, como dices, es un objetivo imposible, y continua con tus estudios a pleno rendimiento. No quieras verte a la deriva, Jano.

No quise mirarlo a la cara. Tenía los ojos anegados por las lágrimas y temía que deshicieran mi maquillaje si corrían en cascada rostro abajo. Un rato después, reuní el valor para responder.

—Lo entiendo, maestro, y te prometo que eso haré: me desprenderé de aquello que se entorpece entre mi trabajo y mi deseo de realizarlo.

Se puso de pie listo para marcharse por el camino contrario al que yo tomaría luego.

—Eso espero, porque deseo verte triunfar. Ya solo quedan seis meses para que acabes tus estudios principales; después podrás seguir aprendiendo por tu cuenta y trabajar en esta o en otras ciudades. No dejes que la oscuridad te desvíe del camino correcto antes de ese día, Jano de Atenas.

Y echó a andar despidiéndose de espaldas con la mano alzada. Yo también abandoné el puerto, sopesando cada una de las palabras del buen médico, y cuando llegué a casa de mi tío ya había concluido cuál sería la cura de mi extraña enfermedad.

Tres noches después, me encontraba sentada a la mesa del involuntario causante de mi malestar. Había decidido despedirme de él y de su familia. Ellos pensarían que por un tiempo; yo sabía que para siempre. Pese a las sencillas delicias que tenía ante mí, pocos alimentos lograron entrar en mi estómago esa noche. Sus conversaciones animadas no lograron aliviar la pena que sentía al verlos a mi alrededor sabiendo que no volvería a cenar ni a pasear ni a conversar con ellos como lo venía haciendo los últimos meses. Mi relación con Eirene se había afianzado tanto como la que algún día llegué a tener con Penélope; su hijo era la viva imagen de la inteligencia y la ternura, sin duda lo extrañaría tanto como a los adultos; Karsten era como el hermano mayor que nunca tuve; y mi traductor..., ¡oh, mi traductor! Por fin se podía decir que éramos amigos.

Eirene había confesado su felicidad al ver cómo su hermano se había estabilizado con el paso del tiempo. Decía que había dejado de lado las amistades insanas, aquellas que lo arrastraban a la perdición de las apuestas en las tabernas, para participar en los encuentros de nuestro pintoresco grupo.

Ahora se unía a nuestros paseos muchas veces y, entonces, dejando a los esposos de la mano tras nosotros, él y yo conversábamos sobre libros, poemas y Medicina. Aunque en apariencia nada nos unía, en lo más profundo de nuestro ser coincidíamos en nuestras pasiones, valores y creencias acerca de la vida y del mundo en el que nos movíamos. Así, pues, me sentí verdaderamente dichosa cuando una tarde, y sin que yo pudiese preverlo, me permitió leer uno de sus más íntimos poemas. De nuevo un texto que dejaba un regusto amargo en los labios y en el pecho tras leerlo; de nuevo dedicado a la misma persona, ahora sabía que a su esposa fallecida. Me sentí afortunada al ser merecedora de poder entrar en su pequeño reducto, sabiéndome su amiga... o su amigo.

Una afable amistad: eso era a lo máximo a lo que yo podría aspirar con él. Sin embargo, mi cosmos y también mi caos: eso era Zarek para mí. Pero en ese momento todo debía terminar. Ahora que mi enfermedad tenía nombre, que aquello que la causaba había sido descubierto, sabía que el amor no correspondido podía ser un potente destructor.

Como digo, el origen de mis males y mi remedio a la vez se encontraba frente a mí, bromeando con Otis sobre su regazo y ensanchando esa sonrisa que muchas veces, si tenía suerte, lograba arrastrar hasta alguno de mis sueños.

—Entonces, ¿te enfrascarás en tus libros y pacientes y rechazarás las invitaciones de mi hermana cuando te insista para que os veáis? —me preguntó.

—Debo hacerlo. Quedan seis meses para que termine mis estudios; esta es la fase preparatoria, la más complicada...

—¿Y qué haremos con ella cuando no nos quede más remedio que aguantarla todo el día en casa aburrida?

—Cuando termine, volveré alguna vez y os rescataré de sus arrebatos.

Karsten comenzó a reír, pero el traductor no parecía divertido. Eirene, que estaba a mi lado, se cruzó de brazos sobre la mesa y, con ese tono autoritario que tanto la caracterizaba, comenzó a hablar.

—Luego ¿cuándo? Si no me equivoco, tú mismo has dicho que regresarás a Atenas en cuanto realices la prueba final y te conviertas en médico.

—Tendremos tiempo de pasear y hablar entre medias, amiga, no te preocupes. Y, cuando regrese a mi ciudad, siempre nos quedarán las cartas.

—¿Y con quién hablará mi hermano ahora que no te tendrá a ti para entretenerlo con esos aburridos temas de filosofía?

—Pues hablará con la joven Sarah, supongo —respondió Karsten, volviéndose hacia su cuñado—. Pese a que la ves todos los días, todavía no nos has hecho una presentación formal. ¿Se puede saber a qué estás esperando? ¿Al día de la boda?

—La boda será en breve, si es eso lo que queréis saber.

Las copas quedaron posadas en los labios, las manos inmóviles en el aire, y hasta el pequeño Otis dejó de jugar con su comida, como si también se hubiese visto impactado por las palabras de su tío.

—¿Os casáis?! —gritó Eirene—. ¿Y cuándo nos lo ibas a decir? ¿Y dónde viviréis? Porque aquí no cabéis... ¿Será un ritual judío o griego? ¡Dioses! ¿Cómo hablaremos con ella si es tan tímida que nunca contesta a nada o si lo hace es en esa lengua extranjera que nadie entiende salvo tú?

—¡Calla mujer, te vas a asfixiar como sigas hablando así!

La muchacha tuvo que tomar aire varias veces, ya que, efectivamente, se había quedado sin aliento.

Me llevé las manos al pecho por instinto. Me dolía. Mi despedida estaba siendo más dura de lo que imaginaba en un principio. Eirene me miró de refilón y con la mano arrastró hacia mí su copa de vino. En aquel momento Zarek comenzó a reír. Al principio era una risa leve, sardónica, pero luego fue volviéndose más potente, llegando a mis oídos con dolorosa reverberación. Cuando ya no pudo más, volvió a hablar.

—Sarah se casará, ¡pero no conmigo, necia!

—Necio tú, ¡descarado! ¡Que Zeus te fulmine con un rayo si es cierto lo que dices!

—Lo es.

—¿Y por qué nos has mentado?!

—Karsten estaba al tanto de mi broma, pero tú ... ¡Oh!, tú te la merecías. Llevas meses atosigándome a preguntas, incluso a la joven judía, que ni siquiera era capaz de entenderte bien... ¡Por Zeus, si hasta le preguntaste a su madre en el ágora por nuestra relación! ¡Pobre muchacha! ¡Pobre mujer!

—Y entonces..., ¿a qué venía pasar tanto tiempo juntos?

—Sarah vino a mí hace meses porque necesitaba aprender arameo. Está entusiasmada con uno de los copistas de la Biblioteca, un joven judío sirio al que conoció en el ágora tiempo atrás. Como no se entienden, pues me ofrecí a ayudarla con el idioma.

La mano de Karsten fue a parar a la espalda del que hablaba.

—¡Ya decía yo que esa no era mujer para mi cuñado! Demasiado...

delicada.

—No existe mujer para mí, ni ella ni ninguna otra. La dulzura de Sarah debe ser para un hombre que merezca y corresponda a su aprecio, y ese no soy yo.

Eirene dio un prodigioso golpe sobre la mesa, haciendo que todos girásemos nuestras cabezas en su dirección.

—¡Eres un bruto! Esta noche era para despedir a nuestro amigo y, ya ves, ahora llevamos media hora hablando de tus embustes. ¡Que un rayo te convierta polvo!

Se levantó de un brinco eléctrico y comenzó a subir por las escaleras que llevaban a la azotea, a riesgo de quebrar la madera de los escalones con cada pisada.

—Jano, ¡acompañame arriba!

Las risas de los hombres desaparecieron de súbito y en sus caras solo se podía ver la huella de la culpabilidad. Al escuchar cómo Eirene me llamaba, me ofrecieron una mirada suplicante que parecía decirme: «sálvate y no subas». En realidad, quería irme, mejor dicho, huir, meterme debajo de mi cobertor y olvidar ese día y, sobre todo, esa noche. Pero, viendo la impaciencia con la que me reclamaba, no tuve valor para negar lo que me pedía la pequeña ninfa, y la seguí.

Arriba el frío del invierno era cortante. Me cubrí hasta la cabeza con mi túnica y Eirene hizo lo mismo. No se vislumbraba una estrella en el cielo anubarrado que teníamos encima. Encendió un candil en su taller, llenó dos copas, salió, me ofreció una, y nos sentamos en el muro que daba al callejón.

—Siento haber perdido los nervios abajo, no quiero que te vayas con esa imagen de mí. Es que... ¡siempre consiguen enfadarme con sus chocarrerías!

—No pasa nada. Sé cómo son ellos y también a ti te conozco.

—Sin embargo, a mí me da la sensación de que nosotros apenas te conocemos a ti.

—Conocéis lo justo y necesario de mí, Eirene.

Estiró el cuello hacia atrás, tomó aire y lo dejó escapar muy lentamente antes de volver a hablar.

—¿Te ha dolido?

—¿El qué?

—Lo que ha dicho mi hermano abajo, lo de la boda, ¿te ha hecho daño creer que se casaba?

—¿Por qué dices eso? No sé qué tiene que ver...

—Tal vez quieras hacerte el misterioso conmigo, pero no te funcionará. Sé

lo que sientes por Zarek, Jano. Puede que ese bobo no pueda reconocer a un elefante a un palmo de distancia, pero yo sí. Te vi aquella tarde: la manera en la que lo tocabas, la forma en la que lo mirabas... No me lo puedes negar, no te atrevas.

—Creo que te equivocas. Tan solo es un buen amigo, al igual que lo eres tú o que....

Dejó la copa a un lado con tanta vehemencia que estuvo a punto de quebrarla.

—¡Ya estoy harta de que me tomen por una necia! ¿Tú también lo vas a hacer? No confías en mí, mientras que yo te he confiado mis secretos más profundos, o ¿ya no lo recuerdas?

Bajé la mirada, derrotada. No tenía fuerzas para seguir con una lucha verbal que sin duda ella ganaría. Uno de los momentos más temidos por mí había llegado: debía confesar lo que sentía por Zarek a alguien. Ya no había retorno.

—No puedo definir lo que siento por él, solo sé que disfruto mucho estando a su lado, más que con cualquier otro hombre que conozca. Sé que puede parecer extraño que así sea, pero no puedo evitarlo. Y me gustaría no tener que seguir dando explicaciones, Eirene. Lo único que te pido es que no se lo digas a nadie, ya es demasiado duro experimentar esto, como para tener que sentir su rechazo también.

—Pero no lo conoces en absoluto si piensas así. Él no rechazaría tu amistad ni conociendo tus sentimientos. Te aprecia de verdad, te considera su amigo, su amigo verdadero... Aun así, tienes mi palabra de que no se lo diré. Debe ser terrible para ti, Jano, saber que mi hermano jamás corresponderá a tus sentimientos, pues no siente el más mínimo deseo por los hombres. En realidad, creo que jamás corresponderá a los sentimientos de nadie, ni aun siendo una mujer. Su corazón se rompió en mil pedazos hace tiempo y nada ni nadie podrá reconstruirlo, puesto que ha decidido encerrarlo en cajones atrancados con diez llaves. Pero tu amistad, sin embargo, ha logrado sacar de ahí algo que hacía tiempo llevaba guardado. Ya no trasnocha, apenas sale de la casa para otra cosa que no sea el Museion o los gimnasios. Ahora pasa largas horas hablando contigo, y muchas veces se queja de que no acudes a la Escuela y se entristece, como si la ausencia de su amigo hubiese hecho que el día pareciese menos interesante, menos bueno. Habla de lo agradable que resulta hablar contigo de todos sus temas preferidos, que por primera vez no son la guerra o la política, y de cuánto aprende de tu manera de ver el mundo.

Has cambiado algo en él con tu amistad, mas sé que lo que digo no es suficiente para ti. ¿A que no? Tú deseas más que eso: tu deseas su amor.

—Ya no sé lo que deseo, Eirene.

La muchacha se levantó y se acercó a mí, colocó la palma de su mano sobre mi pecho aprisionado y lo dejó ahí unos minutos, como hacía yo cuando lo requería un paciente.

—Jano de Atenas, tu corazón cabalga con miedo, pero sin dudas: tú lo amas de verdad.

La miré, totalmente vencida, sin fuerzas para negarlo. Esa maldita palabra, esa que rechazaba pronunciar en alto, e incluso en el silencio de mis noches, había salido de los labios de otra persona. ¡Ninfa astuta! Las lágrimas comenzaron a brotar, luchando por salir todas a la vez. Eirene me abrazó con fuerza, en un intento por darme consuelo que no resultó eficaz.

Sabía que había llegado el momento de separarme definitivamente de ellos. Ella era una mujer muy observadora y tarde o temprano yo cometería algún error; de hecho, ya lo había cometido bajando la guardia hasta el extremo de dejar que entrase en mi corazón y en mi alma para husmear entre mis emociones ocultas. Conociendo el secreto maleficio que causaba mi enfermedad, en cualquier instante Eirene podría conocer también mi verdadero sexo, pues, como decía Kissa, no es difícil que uno encuentre aquello que anda buscando, y Eirene ya sabía qué buscar. Enjuagué mis lágrimas una a una, y me levanté. Mi voz afectada amenazaba con traicionarme, así que agradecí su gesto con un movimiento de mis manos y comencé a descender por las escaleras.

La casa ya estaba en silencio. Karsten debía encontrarse reposando en su lecho con la puerta atrancada. Al fondo, al trasluz de la cortina, podía ver la figura de Zarek. Leía recostado sobre su cama, totalmente absorto en lo que tenía entre las manos. Lo contemplé unos segundos, a sabiendas de que sería la última vez que lo vería ahí, en su casa, en su templo personal, y me pareció la imagen más hermosa que podía llevarme de él como recuerdo.

Salí sin hacer ruido y con la intención de regresar a los brazos del único amor que aún podría corresponderme en la vida, aquella a quien le dedicaría hasta el último segundo de mis atenciones y mi tiempo en recompensa: la Medicina.

La respuesta de Tersipo

Mis sandalias golpeaban con urgencia el suelo del camino que llevaba al templo de Serapis, dentro del Museion. Durante esa semana, la mayoría de los estudiantes más avanzados habían intervenido en alguna operación sencilla allí. Varios pacientes con diferentes padecimientos esperaban a ser atendidos por los últimos de nosotros que todavía no habíamos participado en una intervención de esas características. Aparte de nuestro maestro, tres médicos expertos nos supervisarían. La teoría estaba aprendida, ahora mis manos debían demostrar que conocían el camino igual de bien que la mente que las movía.

Entré en la sala destinada para la operación; Herófilo esperaba por mí junto a otro médico al que no había visto antes. Tras las presentaciones oportunas, guardó silencio sin apartar sus ojos ancianos de mí. Entendí, entonces, que esperaba a que yo misma me informase de la situación del paciente a través de él.

—Soy Jano de Atenas y en breves momentos voy a operarte. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me caí de un caballo mientras lo montaba y ahora no puedo andar... ¡Este dolor me está matando!

Miré la herida: era muy reciente. El hueso roto asomaba a través de la piel, pero la sangre había dejado de manar. Apreté ligeramente, tratando de encontrar el alcance de la lesión, pero los gritos del joven me hicieron apartar la mano. Eran ensordecedores, sin embargo, acostumbrada a presenciar el dolor agudo de las mujeres en sus partos, no logaron refrenarme por mucho tiempo. Volví a apretar y esta vez conseguí saber dónde estaba el extremo del que se había separado. Miré a mi derecha para comprobar que el instrumental ya estaba listo: tres frascos y una esponja, una tablilla, espátula, escalpelo, un pequeño cuchillo de cobre..., correctamente ordenados y limpios.

—¿Cómo tienes pensado proceder? —preguntó Herófilo.

—La herida está fresca, no hay putrefacción de la carne y no parece que sea necesario amputar. Intentaré unir el hueso y luego lo inmovilizaré con una tablilla, cerraré y uniré la piel, sin puntos, y aplicaré un emplaste de miel; finalmente, vendaré la herida.

El médico solo asintió, muy serio, y tras esto salió de la sala y me dejó a solas con el otro cirujano. Sabía que, en caso de meter la pata, ese hombre que ahora me miraba sin pestañear y con las manos a la espalda sería la salvación del malherido paciente.

—Está bien; ahora voy a limpiarte la herida. Aunque lo haré con mucho cuidado, te va a doler. Debes aguantar el dolor lo más posible, pero, en caso de que sea insoportable, procederé a dormirte. ¿Lo has entendido?

—¡Dioses, no esperes más! ¡Duérmeme ya, me duele demasiado!

Eché la mezcla de opio, beleño y mandrágora sobre la esponja con cuidado de que sus emanaciones no llegasen a mí, sino al muchacho. La situé bajo su nariz mientras sujetaba su cabeza con la otra mano. Él aspiró con tanta ansia que apenas dos minutos después ya estaba cerrando los ojos, adormecido. Cuando ya no mostraba signos de dolor, comencé a limpiar la herida.

—¿Solo vas a mirar o también piensas participar en esto? —pregunté al médico, que ahora me miraba estupefacto.

Liberó sus manos de detrás de su cuerpo con celeridad y se acercó a la mesa donde yacía inmóvil el paciente

—Mejor así —le dije—. Sujeta con firmeza la pierna mientras yo preparo el instrumental.

Y eso me encargué de hacer: la tablilla, los vendajes, la cera y todo lo que el maestro había puesto a mi alcance fue separado del resto por el orden en que pretendía usarlo. Me sudaban las manos y también me temblaban bajo la mirada inquisitiva de mi ayudante. Aun así, continué. Me las lavé y, después de secarlas bien, volví a comprobar que el joven dormitaba. Entonces realicé un pequeño corte donde tenía la herida. El hueso estaba ligeramente astillado, pero no tanto como para tener que limarlo. Al llevarlo a su lugar original encajó sin mayor problema. Había tenido suerte, pues, por lo que había podido comprobar en otras ocasiones en las que Herófilo realizaba alguna intervención similar, eso no era lo normal. Mi suspiro de alivio no escapó al médico, que todavía sujetaba la pierna del muchacho. Junté los extremos de la herida y la limpié con agua caliente. Extendí un emplaste y, cuando se había

secado, tal y como me había explicado mi maestro muchas veces, envolví las vendas de lino, sin apretarlas, alrededor de la herida. Cubrí con cera el vendaje y, después de un buen rato, y tras asegurarme de que estaba seco y rígido, di por finalizada mi labor.

Sacudí las manos para liberarlas de la tensión y luego comencé a deambular por la sala con la misma sana intención. Un rato después, el paciente se despertó, aturdido y quejicoso. Al principio no recordaba dónde estaba; luego se quejó del dolor, pero decía que ya no era tan insoportable como antes.

—Debes dar tu dirección en la Escuela de Medicina. Te visitaré en unos días para cambiar el apósito y los vendajes, y para cerciorarme de que todo funciona correctamente. En treinta días te lo retiraré y deberás andar. Tal vez cojees por un tiempo, o tal vez toda la vida, pero al menos caminarás.

El cirujano asentía mientras observaba el resultado, y yo me di por satisfecha.

Cuando esa tarde mi tío entró en la habitación, yo estaba leyendo en voz alta. Tras dos horas ininterrumpidas realizando el mismo trabajo, ya me ardía la garganta, así que su visita fue bien recibida.

—¿Qué tal tu primera cirugía esta mañana? ¿Ha salido con éxito?

Sabía que ya conocía la respuesta, pues acostumbraba a preguntar al maestro por mis avances antes que a mí.

—El paciente ha muerto. No me di cuenta y dejé el escalpelo, las tijeras y un manojo de hilo de lino dentro de la herida, lo que favoreció el fatal desenlace, me temo —respondí, volviendo a mi lectura.

—¡Oh, médica insolente! Vengo a darte la enhorabuena y a traerte un regalo, y mira cómo me recibes.

—¿Un regalo, dices?

—Sí, vamos, tómate un ratito para descansar. Dedicas demasiado tiempo al estudio y eso está bien, siempre y cuando reserves algún momento para el ocio. La ciudad está llena de distracciones maravillosas y tú apenas sales de esta casa...

—Sí que salgo..., hoy he ido a la Escuela.

—En fin... Dentro de dos semanas será el aniversario de Kissa y quería hacerle un pequeño homenaje, nada exagerado, porque sé que es muy reservada. ¿Estás de acuerdo?

¡Dioses, el cumpleaños de Kissa! Tan ocupada estaba entre mis libros que se me había pasado por alto esa fecha.

—Por supuesto, tío, ¡será estupendo!

Se sentó a mi lado y me agarró la mano, como hacía siempre que tenía algo que decirme y no sabía por dónde empezar.

—Te echaré mucho de menos cuando regreses a Atenas, Agnódice. Tanto como si mi propia hija me fuese arrebatada de entre mis brazos.

—Y yo a ti, tío. Pero no quiero pensar en eso ahora, no quiero pensar en cosas tristes.

—La tristeza ha sido tu fiel compañera desde hace tiempo, sospecho. Y yo, pese a conocerte, por primera vez no he podido llegar hasta este órgano que ahora conoces tan bien como yo —dijo, posando la mano sobre mi corazón—, y tampoco ayudarte. Es curioso cómo, encontrándonos tan cerca el uno del otro, es ahora cuando más lejos hemos estado.

Decía la verdad. Y también me había sucedido lo mismo con Kissa, a la que apenas veía. Había apartado de mi vida a mi familia y a mis amigos para cumplir con mi objetivo último. Me pregunté si todo ese esfuerzo merecería la pena alguna vez; si para ayudar a los demás no tendría que destruirme yo antes.

—Has madurado, Agnódice, qué duda cabe. Y tu padre ha sido informado de tus avances, no solo a nivel académico, que por lo que el maestro cuenta han sido excelentes, sino también como mujer. Ahora, por primera vez en la vida, siento que puedo hablar con una adulta, como si algo que no alcanzo a adivinar hubiese hecho que hayas crecido de pronto muchos años. Toma, esto es para ti.

Cogí el manuscrito sellado del que me hacía entrega: era de mi padre. Hacía al menos dos meses que no recibía ningún mensaje de mi familia y al ver el sello del mochuelo sobre la cera fundida sentí una dicha inenarrable. Lo desenrollé con premura, pero esta vez mi tío no abandonó la habitación, sino que continuó a mi lado hasta que terminé de leerlo. Cuando el papiro se volvió a enrollar, una lágrima plateada se resbalaba por mi mejilla.

—¿Es cierto lo que leen mis ojos, tío? ¿Mi padre ha accedido a lo que le pedí antes de salir de Atenas?

Agarró mis manos para que dejasen de temblar y puso otro rollo sobre mi regazo. No necesité abrir este segundo papiro para saber el tesoro que encerraba. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, vi que estaba tan emocionado como yo.

—Tan cierto como que el sol amanece por el Este, Agnódice.

La llegada de ese mensaje fue como un brebaje que consiguió revitalizar mi

decadente estado de ánimo. Durante algún tiempo había olvidado lo que se sentía al estar jovial y llena de energía, pero, tras leerlo, esas gratas sensaciones regresaron a mí con renovada fuerza. A los habitantes de la casa no se les había escapado mi cambio, y me preguntaban, curiosos, qué es lo que había ocurrido en mi vida para llevarme a estar así. El mensaje del papiro transmitía una buena noticia, les decía, la más feliz que había recibido en mis veinte años de existencia. Y no podía llegar en mejor momento.

Un hombre solo

Esa mañana dejé que el sol del balcón acariciase mi rostro un rato más largo del acostumbrado; a su vez, Kissa se afanaba por rellenar los frasquitos de cosméticos, dentro de la habitación.

—Estas de buen humor estos días. ¿Acaso has vuelto a ver a tus amigos?

—No desde hace dos meses.

—Y, si tanto disfrutabas de vuestros encuentros, ¿por qué te has alejado de ellos?

—Porque ahora es eso lo que necesito: soledad y reclusión. Ya solo quedan cuatro meses para el examen final, no puedo distraerme con cenas y largas conversaciones...

—Bueno, al menos podrías salir a dar un paseo y tomar el aire. Estás muy pálida y vuelves a parecer enferma.

—¿Vendrías conmigo?

—Ahora no puedo, Agnódice, debo preparar a una novia para su gran día. Pero mañana sí. Si lo deseas, dejaré de ir a mis labores y pasearemos juntas.

Me abrazó y salió por la puerta como una exhalación. Desde el balcón la vi subir al carro y alejarse despidiéndose de mí con una mano. Entonces, entré en la habitación y cogí el espejo de cobre que había quedado sobre la cama. Jano se veía reflejado en él, pálido, como bien decía mi amada niñera, y listo para enfrentarse a las miradas de los ciudadanos de Alejandría. Obedecí los deseos de Kissa y salí a la calle.

Un grupo de personas se arremolinaba a la altura del Gran Puerto. En la distancia, un barco se encontraba detenido y, pese a que el mar favorecía su entrada al puerto, no parecía tener intención de hacerlo.

—¿Qué ocurre? Pregunté a un individuo que curioseaba a mi lado.

—Dicen que los marineros están enfermos y que hasta que no se aseguren de

que no es nada grave no tomará tierra.

—¿De dónde viene?

—Atenas, creo. Trae mercancía, como casi todos los que llegan aquí. Pero, excepto por los agentes del rey, no creo que haya un solo alejandrino a bordo...

Siguió hablando, pero yo ya había dejado de escucharlo. En mi cabeza se agolpaban las imágenes del traductor a bordo, enfermo, tal vez agonizante, mientras yo lo observaba impasible desde la orilla. No sé qué entidad se apoderó de mí, pero yo, que siempre trataba de pasar desapercibida, ahora me encontraba dando voces a todos aquellos extraños en busca de su atención.

—¿Alguien sabe con exactitud de qué mal se aquejan los tripulantes y pasajeros de esa embarcación?

—¿Por qué lo vamos a saber, hombrecillo? —dijo un anciano detrás de mí.

—Ya hace un rato que una barcaza se ha acercado hasta allí con alimentos y agua dulce. Un médico llevó algunos remedios para los más aquejados. Solo sabemos eso —contestó una mujer a lo lejos.

—Y, si nada funciona, ¿dejarán que mueran a bordo? ¡Eso es inhumano!

—¡Lo inhumano sería que pisaran tierra y nos matasen a todos!

La gente no tardó en comenzar a discutir entre sí, por lo que sonido de sus voces ahogó inevitablemente la mía. Miré de nuevo a la embarcación: si Zarek estaba allí, yo debía saberlo de inmediato. En derredor había al menos cien personas, hombres, mujeres y niños, nadie conocido entre ellos. Eché a andar hacia el ágora en busca de Eirene, quien para mi desgracia no estaba allí. Corrí hasta su casa, nadie contestó.

No me quedó más remedio que regresar al Museion y, cuando lo hice, comprobé que los estudiosos no hablaban de otra cosa que no fuese el condenado buque. Sabía hacia donde debía encaminarme, así que dirigí mis pies hasta el laboratorio donde los expertos en farmacopea ya se apuraban preparando remedios para favorecer la purga, mientras otros lo hacían para evitarla. Analgésicos, apósitos y potentes ungüentos que serían llevados hasta el buque para servir a los hombres de a bordo, sin que ninguno de los que los preparaba supiese muy bien cuál de ellos sería el adecuado, o si lo sería alguno.

—No vienen de Atenas —decía uno—, sino de Iberia. Es un barco mercante repleto de bronce. Por lo que he oído, llevan meses a bordo sin comer bien, y el agua dulce se les acabó hace muchos días. Deben estar malnutridos y deshidratados. Mejor sería si les enviásemos alimentos y agua en vez de estar

con estas cosas.

—¡Pues hagámoslo! —apremié—. Aprovechemos toda la comida que podamos y hagamos que se la lleven a bordo. Si comen y mejoran estarán salvados; si no, tal vez no fuese eso lo que les ocurría y debamos recurrir a otros remedios.

Mientras unos seguían preparando sus pócimas, otros comenzamos a coger alimentos del comedor del Museion, algunos salieron a conseguirla al ágora, muchos incluso a sus casas. Yo iba metiendo en una gran cesta toda la fruta fresca que encontraba a mi alrededor. En ese momento me pregunté dónde estaría Sefranio, pues su ayuda hubiese sido muy valiosa, e intenté buscarlo entre el tumulto de estudiantes y sabios que corrían de un lado para otro. Pero fue en vano.

Con los que sí me tropecé fue con Rhodes y sus amigos, que se encontraban sentados en el gran comedor común cuando pasé corriendo por su lado.

—Oye, tú, eunuco, ¿a dónde te llevas esos alimentos? ¿Son tuyos, acaso?

—Es comida para los enfermos del barco.

—¿A quién has pedido permiso para sacarlos de aquí? ¿Quién te ha dado la orden?

No quería comenzar a discutir en ese momento, solo salir de allí y llevar la fruta hasta el muelle. Y eso trataba de hacer cuando uno de ellos me sujetó del brazo e hizo que la cesta con toda la fruta cayera al suelo.

—Necio, ¡mira lo que has hecho! Ya te he dicho que es para los enfermos del barco... ¡Recógela!

El muchacho comenzó a reír con arrogancia, y pronto el comedor se transformó en una algazara a mi consta.

—¡Obedeced! —gritó alguien desde la puerta principal. El maestro Herófilo hablaba desde la distancia, pero su voz sonaba fuerte y clara—. Estos estudiosos han tenido una idea brillante. Si vosotros estuvieseis ocupados en buscar soluciones, en vez de estar llenando vuestros estómagos a deshora, lo sabríais. Recoged la fruta, pues ya no nos pertenece.

La mirada que Rhodes me echó en ese momento consiguió restar todo el aplomo que aún guardaba. Sabía que era peligroso, más de lo que me habían dicho en un principio. Pese a que hacía tiempo que había finalizado sus estudios de Medicina, no se dedicaba a su ejercicio. Los rumores decían que se entretenía con las apuestas e incluso con el contrabando de minerales y piedras preciosas de las embarcaciones del puerto. Para ello contaba con la

ayuda de algunos acólitos que también se beneficiaban de sus contubernios, como los guardias del puerto o con sus fieles secuaces de siempre. Su cara no dejaba de seguirme con las mandíbulas contraídas por la ira. Mientras, los demás ya habían recogido la fruta y la ponían en mi cesta de nuevo, bajo la severa mirada del maestro. Me fui, sin más, y sé que hasta que no salí de allí sus ojos permanecieron en mi espalda clavados como dos puñales envenenados.

Artesanos, médicos, taberneros, pescadores, mujeres, niños, jóvenes, ancianos...: todos a una íbamos metiendo las cestas de alimentos dentro de la barcaza. Cuando la vimos acercarse al buque, cruzamos las manos sobre el pecho. Desgraciadamente, nada más se podía hacer.

Esa misma noche, cuando salía de atender un parto complicado en el barrio judío, el eco de una voz retumbó en la pared del callejón que abandonaba. Al oírla, la sangre retornó su circuito de nuevo, el oxígeno volvió a penetrar en mis pulmones, y yo corrí a sujetarme las rodillas, que ya anunciaban un desplome inminente.

—Un hombre solitario es una bestia o un dios.

—¿Aristóteles ha regresado al mundo de los vivos y ahora me habla? — dije, al reconocer la voz del traductor.

—Bueno; soy igual de sabio, pero mucho más apuesto.

—Y bastante más presuntuoso también.

—Y sin embargo te preocupas por mí, como un buen amigo lo haría. Me han dicho que andabas preguntando por mí en el ágora. No he estado por aquí en toda la mañana, siento haberte asustado, pero ¡aquí estoy, sano y salvo! De todos modos..., no soy yo el que se anda escondiendo de sus amigos por ahí.

Y no le faltaba razón De hecho, mi estrategia era simple: si lo veía cruzar la plaza, yo echaba por el camino contrario; si lo veía entrar en el Museion, yo salía de él; si, por algún motivo, me tropezaba con él en un pasillo, inmediatamente comenzaba a hablar con algún maestro o compañero hasta que desaparecía de mi vista. Nuestras escasas conversaciones eran cortas y sencillas, lo suficiente como para no dolerme demasiado verlo marchar..., o algo parecido a no doler. Hasta ese momento, había funcionado.

—Pensaba que ibas en el barco. Estaba muy preocupado, no te lo niego.

—¿Morir a causa de las diarreas? ¡Por Zeus! No creo que los dioses me hayan hecho escapar de muertes mucho más nobles para luego llevarme a perecer por una causa tan inelegante como esa.

Traté de responderle, pero un picor insoportable comenzaba a recorrerme el

cuerpo y no me lo permitía. El traductor comenzó a reír al verme.

—¿Qué te hace tanta gracia? —dije, contorsionada por la picazón.

—Que lleves dos años en esta ciudad y todavía no sepas que jamás se debe echar por ese callejón.

—¿Qué pasa?, ¡dioses!, ¿por qué me pica todo?

—Es el callejón de las pulgas.

—Pero si tú también has echado por ahí...

—Exacto, pero, por algún motivo que solo los dioses conocen, a mí no me pican. Debo resultarles repugnante.

—Insensatas —murmuré para mí, sin dejar de rascarme.

—Ratas, eso es. Pero también puede ser por los gatos y los desperdicios que dejan ahí los pescadores. Son una plaga. Quema la ropa y échate natrón, se te aliviará. A veces suelo mandar aquí a los que me deben dinero de las apuestas y no encuentran el momento de pagarme y, al igual que ahora, me río mucho viendo cómo se desuellan rascándose.

—¡Eres perverso, Bárbaro! —dije, dándome la vuelta para regresar.

No veía la hora de llegar, coger el natrón y obedecer sus consejos; pero lo siguiente que dijo captó mi atención por encima del picor inaguantable.

—Y no deberías andar solo por la noche; la oscuridad en esta ciudad es peligrosa para los jóvenes como tú. Mira lo que le ha pasado a tu amigo...

—¿Qué amigo?

—Ese pelirrojo gordito con el que siempre andas.

Sefranio. Su imagen vino a mi cabeza como un rayo a la tormenta. Esa noche debería haberme acompañado por orden expresa del buen médico, pero, para no variar, había faltado de nuevo a su cita. Yo pensaba que evitaba estas ocasiones por el miedo que aún le atosigaba al verse entre las piernas de una mujer; sin embargo, mi inquietud cambió de dirección.

—¿Qué le ha pasado?, ¿dónde está?, ¿qué sabes?

—Tranquilízate. Debe estar en su casa. Por lo que me han comentado se mete donde no lo llaman y alguien le ha hecho pagar por eso.

—Eso es mentira, ¡imposible! Sefranio no tiene maldad, es un ser bondadoso y noble. ¿Quién querría hacerle daño?

—No lo sé, pero lo han tirado al agua, o eso he escuchado, y casi se ahoga...

—¡Él no sabe nadar...! ¡Dioses!

Movida por el miedo, me llevé las manos a la boca y mi caja de médico calló al suelo. Todos mis instrumentos quedaron desparramados por el polvo.

Al ver que yo todavía no reaccionaba, Zarek se agachó y comenzó a recogerlos. La puso en mis manos y, por fin, pude recuperar la movilidad de mis extremidades. Farfullé una despedida y eché a correr hasta la casa de mi buen amigo.

Tuve que tocar durante al menos diez minutos antes de que su tía accediera a abrirme.

—¿Quién eres y qué haces aquí a esta hora?

—Soy Jano, un amigo de tu sobrino.

—Él está durmiendo.

—Por favor, necesito verlo, saber que está bien...

—¿Eres médico? —preguntó, señalando mi caja.

—Estudiamos juntos, sí.

Abrió de par en par y me dejó pasar. Al verla de cuerpo entero no podía negar su parentesco con mi noble amigo: las mismas facciones y constitución, el mismo pelo anaranjado. Hizo que la siguiera hasta la habitación del muchacho, que estaba en la azotea, y en la que Sefranio leía algo bajo la luz de un candil. Estaba cubierto con una sábana y no se había percatado de mi presencia en el umbral de la puerta. Cuando me vio, dio un respingo que casi lo hace tirar el candil al suelo.

—Tu amigo quiere verte, pero si quieres dormir le digo que se vaya —dijo la mujer, como si yo no estuviera allí.

—No, déjalo pasar, tía.

Me senté en una banqueta que estaba junto a su lecho. Él dejó el rollo que leía a un lado y cruzó las manos sobre su regazo con los ojos posados en ellas.

—¿Qué te ha ocurrido, Sefranio?

—Me caí al agua; soy muy torpe, ya lo sabes.

Sabía que esa iba a ser su respuesta; llevaba todo el camino hacia su casa adelantándome a ella, así que supe qué responder.

—Muy bien —dije poniéndome en pie—, hablaré con el buen maestro, pues. Él mismo me ha mandado a preguntar por ti, quería saber si era cierto que eres tan torpe como dicen. Alguien que continuamente va tropezándose con las paredes, golpeándose con las puertas, aplastándose los dedos con cualquier objeto que tiene cerca, incluso cayendo al agua por descuido, jamás podrá tener el pulso firme que necesita un médico. Me voy, espero que te recuperes.

—¡No! —gritó antes de que pudiera dar un paso hacia la salida—. Cierra la puerta, a mi tía le gusta escuchar. —Esto último lo dijo en un susurro—. Te contaré la verdad.

Le hice caso mientras veía cómo retorció un trozo de sábana con sus manos nerviosas. Tras unos minutos, en los que supe que estaba organizando sus pensamientos, comenzó a barbotear.

—Llevan dos años molestándome..., Rhodes y los demás. Primero eran insultos, incluso algún empujón; luego pasaron a las amenazas. Pero el último año han ido a más. Me usan como instrumento para que reclame el dinero de sus apuestas o para que lleve tal o cual mercancía a donde ellos me dicen. Yo sé que es mercancía robada y me niego, pero, cuando lo hago, me siguen por las calles y me presionan hasta que accedo. Hace dos semanas me pidieron que acarrease un saco enorme a casa de un mercenario que vive en la isla de Faros. No quería, pues sé que allí hay muchos guardias, y tenía miedo. Me negué, fingí estar enfermo, incluso falté a la Escuela... Una tarde, cuando llegaba de hacer uno de los recados de mi tía, encontré a dos de ellos, el egipcio y el otro, frente a mi casa. Tenían a mi gata agarrada por el pellejo...

Se quedó callado un rato, refrenando el llanto, o eso me pareció a mí. Le ofrecí un vaso con agua que tenía al lado y, tras beber, continuó con su historia.

—Como digo, tenían a mi gata en sus manos. Me amenazaron y, aun así, me negué en rotundo, ¡lo juro! Pero, entonces, la tiraron al agua. Estaba oscuro, yo apenas veía nada, y no sé qué me poseyó para que, sin saber nadar, me lanzase a por ella. Lo demás ya lo debes saber: mi gata se hundió, no logré cogerla, y yo casi la acompañé en su fatal destino. Uno de los marineros que se encontraba terminando de faenar a no mucha distancia saltó desde su barca y me cogió justo antes de irme al fondo. ¡Casi me ahogo!

Me senté a su lado, sobre la cama; temblaba y había comenzado a llorar, un llanto atragantado y amargo que me heló el alma.

—Lo siento, amigo. Siento no haber estado para ayudarte estos meses. Últimamente no te he prestado atención.

—Tú no hubieses podido hacer nada. Ellos no te respetarían ni a ti ni a nadie. Solo a esos hombres extranjeros que negocian con ellos... Ahora no puedo salir de mi casa porque sé que en cuanto me vean querrán terminar lo que empezaron. Y estamos a punto de examinarnos, ¡ya nunca podré ser médico...!

—Eso no va a pasar, Sefranio. Te lo aseguro. Confía en mí. Voy a dejar mi

caja de médico aquí, sobre la banqueta. Tú mismo me la devolverás en la Escuela mañana.

—¿Qué vas a hacer? ¿Estás loco? ¡Ni se te ocurra, son muy peligrosos...! —repuso mi buen amigo, adivinando mis intenciones.

Salía de la puerta justo en el momento en el que su tía entraba con una bandeja de galletas. La dejé atrás sin dar ni una explicación, y me encaminé a casa de Rhodes. No sabía qué es lo que iba a hacer una vez allí, ni con quién hablar, solo tenía un fuerte deseo de venganza que me consumía las entrañas, y la imagen temblorosa de mi amigo no hacía más que acrecentarlo. La boca me sabía a bilis. Apreté los puños y apuré el paso.

Ajuste de cuentas

Rhodes vivía cerca del palacio, en una gran casa que su adinerada familia había erigido gracias a su buena posición en los negocios de la ciudad y a que su madre era familiar del rey. Poco me importaba en ese momento.

Cada una de mis pisadas amenazaba con romper el mármol del que estaban hechos los escalones que subían a la entrada. Justo cuando la palma de mi mano iba a terminar de descargar mi rabia sobre la madera de la puerta, Rhodes llamó a mi espalda.

—¿Qué haces aquí, insecto?

Me giré para ver si lograba vislumbrar la figura de ese malnacido, pero no vi nada. Un movimiento cerca de uno de los arbolitos que había al lado del primer escalón atrajo mi atención. Se incorporó y subió dos peldaños, quedando casi a mi altura. La luz de las antorchas que había sobre nuestras cabezas incidía directamente en sus pupilas y les conferían un aspecto amenazador.

—¿Qué le has hecho a mi amigo?

—Yo no le he hecho nada, fueron los otros. Y, para tu información, yo ya no mando en ellos. Tienen otros amigos más importantes que yo a los que obedecer. —Subió un escalón, ahora estaba a mi altura—. ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Acaso quieres enfrentarte a mí?

Apreté los puños con la decidida intención de golpearle la cara, cuando algo que vi me hizo relajarlos. Era un gesto infrecuente en él, una evidencia sutil, un brillo en los ojos de esos que solo unos pocos podemos reconocer cuando lo tenemos tan cerca: había estado llorando.

Se agarró la frente con los dedos, adoptando un gesto de impaciencia, y continuó hablando:

—Si fuera otro día, y no hoy, te golpearía hasta hacerte polvo por tu atrevimiento. Pero esta noche estas de suerte. Lárgate y déjame solo.

Bajó los escalones y volvió a sentarse junto al arbolito. Yo lo seguí muy despacio hasta quedarme a su lado.

—¿Estás bien?

Sorbió fuertemente por la nariz y, sin mirarme, dijo:

—Sí, vete.

Pese a querer mantenerse hierático ante mí, su tono lastimero lo delataba. Estaba abatido, pero no quise seguir preguntando, así que acepté su mentira con un leve asentimiento. Toda la ira que me había llevado a las puertas de su casa se había esfumado como por arte de magia. Me giré para irme y dejar atrás ese nefasto día, pero una pregunta suya detuvo mis pasos.

—Oye, tú, vuelve aquí y dime: ¿por qué te llaman el médico de las mujeres?

—¿De verdad necesitas que te responda a eso?

—No, claro. Puede que te parezca raro, pero necesito pedirte un favor.

Entramos en la casa. Tal como se podía adivinar desde el exterior, era enorme y con una decoración suntuosa que reclamaba la atención en cada esquina. Había dos guardas en medio del patio principal que lo saludaron bajando la cabeza cuando pasamos por su lado. Subimos por unas escaleras y cruzamos el corredor dejando atrás tres puertas. Delante de la cuarta, se detuvo, y yo tras él.

—Esta es la habitación de mi madre. No quiere ser atendida por nadie, ni por Herófilo ni, mucho menos, por mí. Tiene problemas ahí, en eso, en esa parte de las mujeres...

—En la vagina.

—Sí, ahí. Solo su criada de confianza la ha visto. Dice que tiene llagas que parecen quemaduras muy severas. Se queja de un dolor agudo, sobre todo al orinar, pero no permite que nadie la observe, como te digo. Lleva semanas sin comer; está muy débil y tememos por su vida. Tal vez tú seas su última esperanza.

Cuando fue a abrir la puerta, lo detuve.

—Intentaré hacer lo que pueda para ganarme su confianza y poder atenderla como se merece, pero a cambio debes prometerme que no volveréis a molestar a mi amigo. Tal vez vosotros no sintáis el menor aprecio por la Medicina, pero él es un muchacho gentil y honrado, y será un buen médico algún día. No lo estropeéis.

Me observó como si nadie en la vida se hubiera atrevido a hablarle así antes, pero cómo de grande sería su turbación que tan solo dijo:

—Está bien, tienes mi promesa.

La habitación estaba bien ventilada e iluminada. Dos doncellas cuidaban de la mujer, que se quejaba retorciéndose entre sus sábanas. Su piel estaba cetrina y tenía los ojos cerrados, imaginé yo, por el malestar del que era presa.

—Madre, te traigo a un... amigo. Es médico y quiere verte.

—¡Que se vaya! Ya os he dicho que prefiero morirme a dejar que ningún hombre husmee en mi entrepierna.

—Pero madre...

—¡Que se marche he dicho!

Me acerqué a su lado y traté de hablar con ella, pero al darse cuenta giró su cabeza hacia mí y, apuntando con su dedo índice, me amenazó.

—Maldito comedor de excrementos, si te atreves a poner un solo dedo encima de mi cuerpo me levantaré del lecho y, aunque sea la última cosa que haga en este asqueroso mundo, te asesinaré con mis manos. ¿Me has entendido?

Tragué saliva, pues en menos de diez minutos ya había recibido dos graves amenazas por miembros de la misma familia. Rhodes me miraba sin alarma, aunque descorazonado, al igual que las criadas. Dirigí de nuevo mi atención a la mujer y entonces me di cuenta de una cosa que por el fragor de su amenaza había pasado por alto: sus ojos no tenían pupila y eran de un gris azulado muy pálido.

—Tracoma. No pudimos hacer nada para salvarle la visión —dijo su hijo a los pies de la cama, al ver que me había dado cuenta de la ceguera de su madre.

Una vez salimos al corredor, me detuve antes de que Rhodes comenzara a descender al piso inferior.

—Tráeme miel, natrón y flor de plata.

—¿Para qué? No tenemos flor de plata en esta casa. Y, aunque lo tuviéramos, ¿no has oído lo que ha dicho? No se dejará atender...

—Manda a alguien a la Escuela a por ese remedio; de lo demás me encargo yo. —Volví a entrar y me dirigí, esta vez, a las criadas—. Salid de aquí y cerrad la puerta si queréis que haga algo por vuestra ama.

Las mujeres obedecieron sin rechistar. Cuando atrancaron la puerta, la mujer se incorporó en la cama con la intención de cumplir con su amenaza anterior, pero la detuve al dirigirme a ella con mi voz real, sin forzarla ni agravarla, aquella que ya solo usaba en la intimidad de mi cuarto por las

noches, cuando únicamente los habitantes de casa de mi tío podían oírla.

—Déjame ver qué te ocurre, yo puedo ayudarte.

—¿Quién eres tú?

—Soy el mismo de antes.

—¿Finges ser una mujer, acaso?

Puse mis manos en las suyas. Las palpó por el dorso y por el reverso, y luego uno a uno mis dedos.

—¡Sí, eres una mujer! ¿Y por qué tus tapujos?

—Porque es la única manera de poder atender a mujeres que, como tú, se niegan a que las vea un hombre. Dime, ¿quieres que te trate o no?

Volvió a cogerme las manos para palparlas, y subió por mis brazos hasta llegar a los codos.

—Está bien, sí, lo deseo, lo deseo más que nada en este maldito mundo.

—Haré todo lo posible porque deje de dolerte. Prométeme que no le dirás a nadie lo que te acabo de revelar. Si lo haces, habrá terribles consecuencias para mí. ¿Lo prometes?

—Sí, te doy mi palabra.

—Dime tu nombre.

—Tarsicia, ese es mi nombre. Ahora hazlo, ¡cúrame!

Bajó las sábanas, se subió la sencilla túnica y abrió las piernas. Tal y como suponía, había unos chancros que dolían solo con verlos y que se extendían por los labios exteriores de la vagina y se introducían dentro de ella sin compasión. La cubrí de nuevo y salí al pasillo.

Rhodes ya esperaba afuera con lo que le había pedido. Además, traía lino, un mortero y demás instrumental que, como médico, sabía que iba a necesitar. Cogí la bandeja que me ofreció y cerré de nuevo. Hice una mezcla y, cuando vi que tenía la consistencia precisa, empapé un trozo de lino en ella. Luego unté la zona afectada ante las muestras de dolor de la mujer, que no paraba de maldecirme a mí y al resto del mundo conocido.

—Esperaré aquí un rato, hasta que te sientas mejor —le dije al terminar.

—Te veo muy confiada. ¿En serio crees que esto calmará mi sufrimiento?
—preguntó, presionando una almohada sobre su cara.

—Sí, Tarsicia, lo creo. Y, si te hubieses dejado tratar antes, hace tiempo que te abrías recuperado.

—Que fácil lo ves tú. Por tu voz debes ser joven, de la edad de mi hijo, intuyo. Todavía tienes mucho por vivir y, entonces, las decisiones como la que yo acabo de tomar no te parecerán tan sencillas. Sé que lo que tengo me lo ha

contagiado mi esposo. Es una enfermedad venérea que habrá contraído revolcándose con alguna insignificante ramera de aspecto pueril, de esas a las que mi buen amado rey suele invitar a sus festejos. ¡Malditos ambos!

Sus gritos consiguieron alarmar a su hijo, quien asomó la cabeza por la puerta en ese instante. La mujer —que era evidente que había desarrollado asombrosamente sus otros sentidos en ausencia de la vista— se dio cuenta antes que yo.

—¿Alguien te ha pedido que entres, Rhodes? Sal de aquí de inmediato, estoy hablando con el médico.

Cuando el muchacho obedeció, ella continuó diciendo:

—Me tratan como a una niña; como a una inútil que no puede valerse por sí misma. No respetan mi voluntad a menos que me muestre implacable, a lo que ayuda este malestar. Sé que mi carácter se ha agriado con el transcurso de mi enfermedad, pero no puedo evitarlo. Supongo que es el castigo que merece mi esposo por habérmela contagiado. ¿No crees?

—Sigo sin entender por qué no quisiste tratarte antes.

—¿Y que todos en esta casa sepan que mi enfermedad ha sido contagiada por un acto ignominioso de mi esposo? ¡Jamás! Sé que estas esclavas descaradas andan chismoseando por ahí, por eso ni siquiera a ellas he querido mostrarles mis laceraciones. Y ¿a un hombre? No, nunca. Al único hombre al que le he mostrado mi entrepierna ha sido a mi esposo, y mira lo que ha hecho con ella... Sí, prefiero el sufrimiento físico que el escarnio público. Sin embargo, mi secreto estará a salvo con alguien a quién yo deba corresponder de igual manera: mi secreto por tu secreto. Sé que los dioses te han enviado aquí por eso, no puede ser otra la causa.

—De todos modos, no le hubiese contado nada a nadie. Puedes estar tranquila.

Mientras hablábamos, sus quejas y muestras de dolor se fueron atenuando. Sus constantes gestos adustos y su tono severo también fueron desapareciendo a medida que transcurría el tiempo. Tanto así, que poco después comenzó a relatarme sus viajes a las fiestas atenienses y lo mucho que disfrutaba acudiendo con su familia a mi espléndida ciudad. En un momento dado, hasta se echó a reír recordando estas vivencias.

Cuando había pasado una hora desde que le había colocado el emplaste, se recolocó sobre la cama, se apartó el pelo húmedo de la frente y buscó a tientas mis manos. La que me hablaba era ahora una mujer diferente, y sus ojos sin vida brillaban con una luz nueva.

—Todavía me duele, pero mucho menos que antes. ¡Se me ha aliviado! Llevaba muchas semanas así, retorciéndome, y ahora la causa de mi terrible sufrimiento solo es una leve molestia entre mis piernas ¿Quién eres? Dime tu nombre, ¡dímelo, por favor!

—Nadie sabe mi verdadera identidad, y mucho menos tu hijo. Si te lo digo correré peligro... de muerte.

Se sentó sobre la cama como un resorte. Volvió su rostro hacia mí, como si realmente pudiera verme, y, reptando por mis brazos con sus dedos, buscó mis hombros y me sujetó por ellos.

—Créeme, muchacha, juro por los doce dioses que lo que has hecho hoy por mí no será castigado, sino al contrario. Haré que te cubran de oro, si es lo que deseas, haré que veneren tus manos como yo lo hago, porque hoy me has devuelto la vida que ya creía perdida por esta repulsiva enfermedad.

Lo dijo muy seria, con una rotundidad que no dejaba lugar a duda, y supe que la implacable mujer decía la verdad.

—No es oro lo que busco de ti, sino tu lealtad. Si es cierto lo que dices, me doy por pagada.

—¿Sabes quién soy? —preguntó sujetándome del brazo cuando notó que me iba a incorporar.

—Sí, lo sé.

—Soy la prima del rey; puedo ser tu bendición o la peor de tus suertes ahora mismo.

—Mi nombre es Agnódice de Atenas.

La mujer asintió y tiró de mi cabeza hasta que su boca besó mi frente.

—Agnódice, te he prometido el Olimpo y eso te daré. Haré que mi primo pague tus servicios. Eso también te lo prometo. Nos lo debe a las dos.

Rhodes estaba en el pasillo, sentado junto a la puerta y con la cabeza apoyada sobre sus rodillas. Al verme salir, entró sin intercambiar ni una palabra conmigo. Encontró a su madre sentada sobre la cama y con una ancha sonrisa en el rostro.

—Tu amigo ha hecho magia en el cuerpo de tu madre, Rhodes. Mírame, ahora puedo moverme sin apenas dolor. ¡Ya no me quema!

Lloraba y reía a la vez cuando su hijo besó su frente con profusión. La imagen me resultó enternecedora.

«Todos tenemos una debilidad —pensé mirando al muchacho—. Quién iba a decir que la tuya tenía forma humana y el temperamento de un titán».

Una vez en la calle, antes de irme, Rhodes me sujetó del brazo para hablarme.

—¿Qué has hecho para que confiase en ti?

—Ser yo mismo.

—¿Qué respuesta es esa? ¡Qué absurdez! Ya has visto cómo es, tiene un temperamento muy fuerte. Algo has debido hacer para...

—Eso es lo de menos. Yo he cumplido con mi parte; tú solo cumple lo que me has prometido arriba y estaremos en paz.

Aguardó un rato más, todavía sujetándome, como si se negara a aceptar una respuesta tan vulgar para una incertidumbre tan grande. Finalmente, para mi asombro, me liberó el brazo y dijo:

—Gracias.

Fue un susurro, casi inaudible, y yo supe que esas palabras salidas de su boca cobraban un doble valor. Tal vez ni siquiera las hubiera pronunciado antes. Asentí, y me despedí de él.

Pero el miedo y la turbación se adueñaron de mi cabeza justo cuando caí en el lecho. De madrugada aún luchaba contra esas emociones con la intención de aniquilarlas y poder conciliar el sueño. El miedo me hablaba: ¿y si la mujer no cumple lo prometido? La turbación preguntaba: ¿y si en medio del delirio cuenta la verdad?, ¿y si el dolor regresa y, movida por la venganza, cuenta a todos lo ocurrido? No me quedó más opción que incorporarme y recurrir al jugo de adormidera. El amargo remedio logró aplacar mis miedos y me llevó a un sueño turbio y poco reparador con el que logré dejar atrás mis temores... por esa noche.

Poco después de aquel día llegó un papiro a mi casa. Cuando Rashidi me avisó, vi en su rostro la imagen del asombro más absoluto. Durante los escasos segundos que tardé en llegar hasta la puerta, todo tipo de imágenes angustiosas comenzaron a sucederse en mi imaginación, y la cosa no fue a mejor cuando vi que un heraldo real se encontraba allí plantado.

—¿Eres Jano de Atenas?

Sacudí la cabeza en señal afirmativa, mientras a mi mente venía la idea de un arresto inmediato porque, tal vez, la prima del rey ya había dicho algo de lo ocurrido dos noches atrás. El hombre puso un papiro sellado en mis manos: tenía el sello real de Tolomeo Sóter. Los ojos de Rashidi y los de todos los esclavos que se agolpaban en la puerta miraban hacia el rollo que tenía entre las manos, así que corrí a abrirlo. Lo desenrollé y pude leer el contenido del

mensaje: era una invitación para la fiesta de abdicación del rey.

—Necesito una respuesta —dijo el mensajero, que ya empezaba a impacientarse.

—Por supuesto que irá —se apresuró a responder Rashidi.

—Debe contestar él.

Rashidi me dio un empujoncito que logró restablecerme el habla.

—Sí..., sí, allí estaré, por supuesto.

No sé cómo el balcón logró sujetar todo el peso de cuantos criados tenía encima. Todos miraban el corcel blanco en el que el heraldo puso rumbo al palacio. Luego, cuando entraron, todo eran preguntas atropelladas llenas de admiración.

—Hace días ayudé a Tarsicia, la prima del rey. Estaba enferma y yo hice mi trabajo: eso es todo.

—Pues debe haber sido muy importante, porque el rey jamás invita a nadie extraño a sus festejos. ¡Y mucho menos a uno tan importante como este! Y, ¿puedes llevar acompañantes? —preguntó Rashidi con los ojos muy abiertos.

—Sí, eso decía la misiva. Y sé perfectamente a quiénes llevar conmigo.

Regalo de cumpleaños

La mañana del aniversario de Kissa, ella y yo decidimos dar un paseo.

—Muy bien, ¿y a dónde iremos? —me preguntó cuándo ya estaba lista.

—Tú decides: hoy es tu día especial.

—Entonces al río, ¡vayamos allí, por favor! Creo que si vamos en carro tardaremos lo suficiente como para que Eurípides pueda preparar la cena sorpresa que pretende darme, ¿no crees?

No pude evitar echarme a reír ante su suspicacia.

Atravesamos el ágora, rumbo al puerto, y continuamos andando hasta que el Heptastadion quedó atrás. Recorrimos la rúa Canópica hasta llegar al final, y tras cruzar la puerta de Canopo, y más allá de las fortalezas de la ciudad, continuamos nuestro agradable paseo. Una hora después llegamos a Canopo, lugar donde desembocaba uno de los brazos del Nilo, y uno de los preferidos de mi niñera.

No había habido ni una sola ocasión en la que ella, al pasear por el mismo sitio por donde ahora lo hacíamos, no mencionase a su familia. Y ese día no iba a ser una excepción. Caminado a su espalda la veía gesticular, emocionada, como si su mensaje fuese para mí, pero también para cien personas más a nuestro alrededor. Me hablaba con veneración de su madre y con admiración de su hermana gemela, a las que no había visto desde hacía más de quince años. La tristeza se hacía notoria en su voz cuando se refería a sus abuelos o tíos y, sobre todo, al acordarse de su padre, por cuya alma oraba todos los días desde que la conocía.

Nos sentamos al borde del río sobre unas rocas elevadas.

La corriente era suave por esa época del año, así que no reprimimos el deseo de remojar nuestros pies en sus aguas tibias.

—Siempre que toco el agua del Nilo me pregunto si no será la misma que mi hermana o mi madre tocaron ayer. Si así fuera, sería como si me

estuviesen acariciando, o algo así... ¿no crees?

—Las extrañas mucho, ¿no es cierto?

—¿No extrañas tú a tu familia, Agnódice?

—Cada día desde que pisé esta ciudad por primera vez.

—Pues imagínate lo que puedo extrañar yo a la mía. ¡Muchísimo! Solo espero que estén bien.

—Y muy pronto lo comprobarás.

Kissa me miró, y sus pies, que hasta ahora jugueteaban con un junco sumergido, se detuvieron a la expectativa de mis próximas palabras.

—Mi padre ha accedido a que viajemos hasta Menfis, tú y yo solas.

Sus ojos estaban tan abiertos que parecía que fuesen a escapar de sus cuencas.

—Agnódice, ¿lo dices en serio?

—Sí; por lo visto ya soy lo suficientemente madura como para poder realizar ese viaje contigo a mi cargo. Hace unas semanas que la misiva llegó a mis manos; estaba esperando a ofrecértelo como regalo de aniversario. Aunque, en realidad, es un regalo para ambas.

Se llevó las manos a la cara, emocionada, y luego me abrazó con tanta fuerza que casi me tira al agua.

—¡Oh, Agnódice, es el regalo más maravilloso que me han hecho nunca! ¿Tú se lo has pedido a Tersipo?

—Hace mucho tiempo que lo hice. Ahora es cuando ha accedido.

—No te imaginas cuánto significa para mí.

—Sí que lo sé, por eso lo he hecho. Feliz aniversario, Kissa.

La fiesta del rey

Dentro del *Museion* no se hablaba de otra cosa que no fuese la fiesta de abdicación del rey Tolomeo Sóter. A ella acudirían lo más granado de la sociedad alejandrina, en particular, y helénica, en general. Cualquier mandatario valioso o apreciado por su majestad también estaría allí, lo que me hacía cuestionarme qué es lo que pintaba yo, un simple estudiante de la Escuela, en medio de tan ilustres invitados. Pese a mis dudas, no podía negarme a ir, pues no tenía ningún interés en llamar la atención siendo el único individuo que había rechazado tan honorable invitación.

—¿Has oído lo de la fiesta? La mayoría de los eruditos están invitados a ella. Y tu tío, ¿acudirá también? Imagino que sí, porque es muy conocido. Y el maestro, ¿crees que Herófilo irá...?

—No, Sefranio, mi tío no podrá asistir esa noche porque debe encargarse de otros asuntos. ¿El maestro? No lo sé... Sin embargo, yo sí que acudiré.

El muchacho se quedó a mi espalda mientras yo seguía andando con una sonrisa pícara, pues sabía que había dado en el clavo con mi respuesta. Cogió carrerilla hasta alcanzarme, y las preguntas fueron incesantes a partir de entonces, tanto así, que tuvo que pararse a coger aire en dos ocasiones para poder llegar hasta la entrada de la Escuela. Allí nos encontramos a Rhodes en la puerta. Al verlo, Sefranio se colocó instintivamente a mi espalda.

—¿Has recibido la invitación?

—Sí, lo he hecho; pero mi amigo no —dije sacando a Sefranio de detrás de mí.

Rhodes me miró arrugando la frente y luego puso los ojos en blanco.

—Está bien; esta tarde recibirá él también su invitación. Pero no os acostumbréis a estos lujos, no van con vosotros —sentenció, alejándose en dirección al jardín.

—¿Qué ha dicho?

—Que estás invitado a la fiesta: eso ha dicho, Sefranio.

—Pero ¿qué has hecho para que me invite o para qué te invite a ti?

Tuve que poner mis dedos en su boca para evitar una nueva letanía de preguntas.

—Mi trabajo, eso he hecho. He atendido a su madre enferma.

—¡Oh, eso lo explica todo! Mi tía dice que el rey siente una predilección especial por su prima... ya tú me entiendes. Corren rumores de que en su juventud tuvieron una relación que iba más allá de la del simple parentesco...

—Sefranio, ¿hay algún rumor o cotilleo relativo a los habitantes de esta ciudad del que tu tía no se haya enterado todavía?

El joven meditó un momento, como si intentara averiguar si era posible que algo así pudiera suceder. Afortunadamente, Herófilo apareció justo en ese instante para asignarnos los pacientes de la jornada.

Las horas de la mañana, y algunas de la tarde, las ocupé en atender a varias mujeres en el puerto: dos cabestrillos y un parto que careció de dificultad. Sefranio me acompañó a este último, con un arrojo que sin duda le había costado encontrar. Me alegraba ver que poco a poco se iba sintiendo más cómodo en ese trabajo, y me esperaba creer que alguien se quedaría en la ciudad para continuar sin remilgos con mi labor. Cuando nos separamos, me acerqué hasta el ágora. Sabía que Eirene estaría a punto de irse a su casa en ese momento, así que me di prisa para lograr alcanzarla a tiempo. Efectivamente, ya tenía todas sus figurillas en la cesta y había agarrado a Otis de una mano para volver a su casa.

—¿Te acompañó hasta la mitad del camino? Quiero proponerte algo.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¿De qué se trata? —dijo, mirándome con cierta cautela.

—Quiero que me acompañes a una fiesta.

—¿En casa de tu tío? Claro, ya era hora de que me invites.

—No, allí no: en el palacio del rey.

Se echó a reír con descaro; luego, al fijarse en la seriedad de mi cara, debió de entender que no bromeaba. Se detuvo y me dijo muy seria:

—¿Qué dices? ¿Quién te ha invitado?

—El propio Tolomeo Sóter, ya te lo explicaré luego. Quiero que me acompañes, sé que es algo que siempre has deseado.

—¿Al palacio? Donde están las escul...

—... esculturas, sí. El rey no solo es un gran coleccionista de manuscritos,

sino también de esculturas, y además de las que embellecen la ciudad y que conozco gracias a ti, los que han entrado al palacio dicen que ahí es donde se encuentran las más hermosas, ocultas a los ojos de todo aquel que nunca podrá acceder a él. Por eso, si lo deseas, podrás acompañarme y contemplarlas de cerca. ¡Tal vez hasta tocarlas!

—Por los dioses, Jano, eso sería un sueño, ¡mi sueño! ¡Sí, claro que voy a ir! ¿Cuándo es? Y, ¿qué debo llevar...?

—Dentro de tres noches, cuando la luna esté plena en el cielo.

—¡Pero Karsten no estará en la ciudad! Está embarcado y no regresará hasta dentro de cuatro días. ¡Por Zeus!, no puedo ir sin mi tutor... ¿Puede ir mi hermano por él?

—Supongo que sí, puede ir cualquier persona que yo desee llevar.

—¿Y lo deseas? Llevarlo, digo.

Una sonrisa socarrona, que decidí ignorar, evidenciaba el doble sentido de sus palabras.

—Si vais a ir, estad preparados una hora antes. Por lo visto, a ninguno de los Tolomeos les gusta la impuntualidad. Nos veremos dentro de tres noches delante del Museion.

—Allí estaremos, ¡aunque tenga que llevar a rastras a mi hermano!

Ocupada como estaba, los tres días se sucedieron más rápido de lo esperado. A mi trabajo de siempre ahora se había añadido el de ayudar a Kissa a preparar los dos baúles con los que viajaríamos a Menfis una semana después. Necesitábamos enseres como para un mes, el tiempo que estaríamos allí, pero Kissa ya había aprovisionado todos los objetos que habíamos poseído alguna vez y amenazaba con seguir así un rato más. Por mi parte, preparaba mi caja de médico con los aparejos habituales y más remedios de los necesarios, puesto que era mi intención atender a todos los pacientes que me fuese posible en aquel recóndito lugar. Aparte de eso, organizaba los rollos con los que el Museion me había permitido viajar para mi estudio allí. Con eso listo, ya podía descansar de preocupaciones mientras veía como mi niñera ejercía presión sobre una de las tapas del baúl.

—¿Estás segura de que no quieres acompañarme esta noche, Kissa? —dije ayudándola en su cometido.

—No, que va. Ya veo a demasiada nobleza a lo largo del día y, además, debo preparar al menos a tres damas, precisamente, para que vayan a la fiesta. Entre eso y la preparación del viaje, estaré rendida...

Yo también, quise decirle. Y si no fuera porque no quería perderme la cara

de Eirene al entrar en el palacio, no tendría la menor motivación para asistir. Recordé que todavía no sabía si al final ella podía contar con su hermano para acudir a tan solemne evento. Su hermano, aquel ser ante el que mi fortaleza y decisión se doblegaban como un junco. Y, sin embargo, allí me veía, boicoteando mis propios deseos de ocultarme a sus ojos y en medio de los preparativos para reunirme con él esa noche.

—Date prisa, Agnódice. Debes bañarte para que pueda preparar tu atuendo y maquillaje antes de irme. Esta noche estarás rodeada de lo más selecto de la ciudad; te revisarán muy de cerca, tenlo claro, sobre todo las damas, a las que conozco muy bien. Quiero que estés perfecta..., es decir, perfecto.

—¿Perfecto significa tan guapo como el más feo de los hombres?

—Vamos, vamos, no hay tiempo que perder.

Una hora después lucía resplandeciente frente al espejo que Kissa me entregaba. Mi melena había crecido hasta la altura de mis hombros, como veía que la llevaban muchos jóvenes de mi edad, y ahora caía ondulada sobre ellos. Mi barba nunca había estado tan bien lograda como esa noche, estratégicamente situada para ocultar cualquier rastro de feminidad de mis facciones. En lo que yo observaba mi reflejo, ella constriñó mis pechos con vendajes hasta reducirlos a la nada. Luego, me perfumó con un óleo de incienso el cuello y los antebrazos, y me colocó un chitón verde esmeralda que solo había usado en una ocasión, mucho tiempo atrás. Para terminar, me entregó unas sandalias nuevas que ella misma me había comprado en el ágora días antes. Asintió con determinación desde la distancia, mientras a mí se me escapaba un bostezo.

—Estas muy apuesto. Hasta es posible que esos ojillos verdes logren encandilar a alguna dama esta noche.

Le lancé uno de los cojines de la cama y, tras esquivarlo con elegancia, salió de la casa para continuar con su trabajo, esta vez, sobre el rostro agradecido de alguna mujer.

La noche estaba serena; no obstante, el cielo advertía una lluvia inminente que mi maquillaje pretendía evitar. A mi alrededor la ciudad anunciaba fiesta, algo evidente por la cantidad de guardias reales que caminaban recelosos, reaccionando con rapidez ante la aparición de algún individuo que les resultara medianamente extraño. Llevaba mi invitación en la mano y un manojo de nervios en el estómago. No sabía qué podía deparar la noche. En los dos años que llevaba en la ciudad, y pese a haber estado en el palacio para acompañar a Erasítrato, jamás había visto al rey en persona. Los

carros pasaban por mi lado dejando en el aire húmedo de la noche el aroma de los perfumes de sus ocupantes, y decidí apurar el paso tras ellos.

Cuando llegué al Museion, no había nadie allí. En ese momento pensé que tal vez la muchacha no hubiese podido contar con su hermano, o que tal vez Sefranio no hubiese contado con la aprobación de su tía. Estaba empezando a ponerme nerviosa, quería regresar a mi casa y fingir alguna enfermedad para no tener que acudir sola, cuando unas voces familiares atrajeron mi mirada hacia uno de los laterales del edificio. De la esquina surgieron tres sombras: una muy alta y recia, otra menuda y grácil, y la tercera mediana y redonda. Mis tres acompañantes lucían especialmente vestidos para la ocasión, y su aparición fue suficiente para templar mis nervios.

Eirene se veía hermosa: llevaba un vestido amarillo muy fino que arrastraba por el suelo, y su pelo azabachado recogido con muchas pinzas doradas; de su cuello colgaba una fina cadena de oro que relucía bajo las antorchas de la escalinata. Sefranio vestía de rojo, a juego con el color de sus mofletes pueriles; y el traductor, ¡oh, mi traductor!, él lucía un chitón de un color azul vibrante, y el pelo suelto con los rizos deliberadamente descuidados, sin más adornos; no obstante, mi olfato captaba el aroma del óleo de almizcle que seguramente su hermana le había obligado a ponerse.

—Y bien, ¿cuándo empieza la tortura? —dijo, rascándose el cuello nerviosamente.

—Debemos ponernos en marcha ya o llegaremos más tarde que el propio rey.

—Si llegamos tarde será por culpa de esta ninfa ambiciosa.

—Si llegamos tarde será porque yo he tenido que tirar de este bárbaro salvaje para poder venir hasta aquí. ¡Habrás visto! La única oportunidad que tenemos de poder acudir a este tipo de eventos y no quería acompañarme...

—¡Porque me da vergüenza!

—Tranquilo —dije tratando de serenarlo—, todos estamos algo expectantes por el evento.

—No es la fiesta lo que me da vergüenza, sino lo que ella pretende hacer una vez allí. Deberías ver la cantidad de figurillas que lleva escondidas en una bolsa debajo del vestido.

—¡Es mi negocio! Además, ¿a ti que más te da?

La discusión duró hasta que llegamos a las puertas del palacio. La espectacularidad del edificio debió ser suficiente motivo para que por fin cesasen en su empeño por quitarle la razón al otro. La entrada del jardín estaba

iluminada de tal manera que más parecía el día y no la noche cuando empezamos a avanzar por el camino al que nos abría paso. Las fuentes derramaban su agua con profusión y su sonido asfixiaba el de las animadas conversaciones de los invitados que iban andando a la misma vez que nosotros. A medio camino, unas muchachas se acercaron y nos colocaron guirnaldas alrededor del cuello y un cono con flores secas perfumadas en las manos. Miré las caras de mis amigos y sus expresiones sobreexcitadas me obligaron a reír. En lo alto de las escaleras de mármol, bajo el gran pórtico, seis guardias permanecían con sus lanzas, inmóviles y mirando al frente. Íbamos a pasar cuando uno de ellos se acercó a mí y me pidió el papiro que llevaba en la mano. Tras leerlo, nos permitió el paso al interior del recinto más magnífico donde sin duda alguna ninguno de los cuatro había estado antes.

El dulce sonido de las arpas llegó hasta nosotros; el de las flautas lo hizo después. Avanzamos evitando las pisadas de cuantas personas se agolpaban a la entrada dando muestras de una efusividad contagiosa al encontrarse. El calor del interior y el embate de los aceites perfumados que muchos habían usado para la ocasión favorecían a crear una atmósfera de ensueño e irrealidad, que se acrecentaba al ver la suntuosidad de todo y todos los que nos rodeaban. De nuevo unas bailarinas se acercaron a donde nos encontrábamos y nos lanzaron pétalos de flores sobre las cabezas. Una de ellas, al vernos perdidos, nos indicó el camino hacia la sala de recepciones donde tendría lugar el banquete.

Al atravesar el portalón, mi cabeza y las de los tres miembros de mi pintoresco grupo se elevaron hacia el techo. Allí, las enormes lámparas llameaban arrojando su luz a todos los rincones de la imponente sala donde ahora hacíamos nuestra entrada. A la derecha y a la izquierda había largas mesas bajas donde algunos invitados iban tomando asiento, mientras el centro permanecía despejado para permitir la entrada a multitud de asistentes. En un rincón, algunas mujeres ya charlaban apostadas sobre cojines; los hombres lo hacían aún de pie frente a ellas. Parejas de enamorados se arrimaban animados por la exaltación que producían los instrumentos musicales que sonaban al fondo del salón. Las sensuales bailarinas ensayaban en una esquina. La mesa que el monarca ocuparía junto a su familia se encontraba al fondo, todavía vacía. La muchacha que nos había acompañado hasta allí nos indicó que tomásemos asiento en el extremo de una de las largas mesas que quedaba a nuestra derecha. Nos dejamos caer sobre unos cojines colocados para ese

menester y desde nuestra nueva posición lo observamos todo con más detenimiento.

Algunos conocidos comenzaron a llegar: Demetrio de Falero y Erasítrato de Ceos fueron los primeros a los que reconocí; luego, algunos maestros, filósofos y demás ilustres usuarios del Museion fueron apareciendo por doquier. Viendo a la multitud de sabios conversar, quedaba de manifiesto el tipo de amistades de las que gustaba rodearse el monarca.

La intensidad de la música fue decreciendo a medida que lo hacía la algazara de la gente. Las bailarinas corrieron al centro del salón y se sentaron de rodillas formando intrincadas formas con sus brazos a lo largo del camino a través del cual ya comenzaba a andar una pareja. El rey anciano había aparecido junto a su esposa, la reina Berenice; el hijo menor de ambos, el príncipe Tolomeo Filadelfo, iba atrás con una dama que, gracias a Sefranio, supe que era Arsínoe, su reciente esposa. La muchedumbre estalló en aplausos mientras lanzaba los pétalos y las flores que llevaban en sus conos. Como Eirene ya había vaciado el suyo, cogió el de su hermano, pues este todavía andaba encontrando la manera de colocarse cómodamente sobre su almohadón.

El monarca ofreció un discurso largo y tedioso, más dirigido a los altos mandatarios que al común de los mortales que nos encontrábamos allí. Cuando este terminó, fue su agradecido hijo el que comenzó con el suyo, aún más extenso, si cabe. De nosotros, el único que parecía seguir la perorata real con interés fue Zarek, pues apenas pestañeó. Tras esto, el monarca dio paso a la música de nuevo, y las bailarinas comenzaron con su danza exótica y sensual ante la atenta mirada de los invitados. Los acróbatas también hicieron su entrada en ese momento, y sus movimientos robaron sin remedio todo el protagonismo a las bellas danzarinas.

Al cabo de un buen rato, en el que nuestros ojos apenas alcanzaban a abarcar el alcance de las atracciones que nos rodeaban, los esclavos entraron con bandejas llenas de alimentos fragantes: jabalí asado, cabrito, patos aromatizados con hierbas, verduras, dulces... y vino, mucho vino. Miré a Sefranio, pues sabía que, de todos los presentes, él era el más agradecido por los alimentos, y su expresión vino a confirmar mis sospechas. Dos horas y tres jarras de vino después, la música fue decreciendo hasta quedarse en un melodioso murmullo. La hora en la que las mujeres debían abandonar la estancia había llegado. Perfectamente podría haberme ido yo también, pero, por razones obvias, decidí quedarme un rato más. Eirene se levantó de

inmediato y se sacó la bolsa que llevaba atada debajo del vestido. El resto de las mujeres se pusieron de pie también, y fueron saliendo a montones hasta dejar en la sala solo a los varones, el rey y su hijo incluidos.

—Ahora pondré todo mi empeño en persuadir a alguna dama ebria para que me enseñe las esculturas del palacio, y luego esto —susurró Eirene, moviendo la bolsa de figuritas de arriba abajo—. Nos veremos en la puerta dentro de dos horas; no me dejéis esperar demasiado.

—¿Qué pretende hacer con las figurillas? —pregunté a su hermano, viéndola marchar.

—Entregárselas a las damas para sus hijos: cree que si encandila a sus mocosos con ellas la buscarán en el ágora para conseguir más.

—Hay que reconocer que es una idea ingeniosa.

—No lo voy a negar, pero me temo que si funciona no habrá quién la soporte luego.

A una orden del rey la música comenzó a sonar de nuevo con vigor. Dos guardias abrieron las dos robustas puertas de madera. A través de ellas emergió un grupo de jóvenes exuberantes que empezaron a desfilar ante los hombres, que ya no miraban otra cosa que no fuese a ellas. Iban ataviadas con sugerentes transparencias de color azafrán que dejaban poco espacio a la imaginación de los ilustres. Los hombres, a los que el alcohol ya había perjudicado a esas alturas, dejaron de hablar, sabedores de que la verdadera fiesta estaba a punto de dar inicio. Muchos se levantaron y se dirigieron hacia ellas; otros, por no poder moverse, esperaron sentados a que las muchachas fuesen hasta donde se encontraban recostados. Mientras, Sefranio y yo nos ovillamos instintivamente ante tal despliegue de virtudes femeninas con las que no sabríamos muy bien qué hacer.

Una de ellas —una sílfide de caderas sinuosas— se aproximó a la mesa donde nos encontrábamos. Su contoneo hechizante parecía estar dirigido solo a uno de nosotros. Se acercó a Sefranio, que estaba a mi derecha, y comenzó a jugar con su nariz, logrando que sus mejillas alcanzaran un intenso color púrpura en segundos; después vino a mí e hizo lo mismo con la cicatriz de mi oreja. Parecía muy joven, pero no era tonta. Su objetivo estaba a mi izquierda, y ahora lo miraba con los ojos repletos de promesas de impetuosa pasión. La muchacha nos dejó a un lado como quien abandona dos cáscaras de plátano inservibles, y se fue a por el adonis espartano. Con un movimiento grácil y certero quedó sentada sobre su falda y rodeó su cuello con uno de sus brazos para terminar cogiendo un racimo de uvas moradas con su mano libre.

Las bailarinas danzaban entre las mesas haciendo intrincadas coreografías; los músicos también recorrían la estancia arrastrando con ellos el sonido de sus instrumentos; los incansables acróbatas continuaban sorprendiendo a los presentes que aún tenían los ojos puestos en ellos. En el transcurso de una hora, los dulces y el vino siguieron alimentando los cuerpos de los hombres, mientras las pornai hacían lo mismo con sus espíritus. Sefranio, bordeando el empacho, no paraba de zampar dulces de miel; por mi parte, no podía estar pendiente de otra cosa que no fuese la empalagosa pareja que tenía a mi izquierda. Durante todo ese tiempo la joven no se separó del traductor. El sonido de la música hacía que debieran hablarse al oído, muy de cerca, mientras mi atolondrado amigo le regalaba las sonrisas más bellas que jamás había visto en su rostro.

«Menuda suerte la mía —pensé con fastidio— venir aquí para ver esto».

—¿Debemos quedarnos aquí para esto? —gritó Sefranio como si acabase de leer mis pensamientos.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí, mi tía debe estar preocupada por mí. Seguramente hasta esté en la puerta esperando a que salga...

—... y los dos sabemos que es mejor no hacer esperar a tu tía. ¡Vayámonos de aquí!

Miré a mi izquierda y tiré del brazo de Zarek. Este me miró con los ojos debilitados por la bebida y la felicidad que le brindaba la ocasión, mientras sujetaba a la muchacha por la cintura.

—Debemos irnos ya, Zarek.

—¿Qué dices! ¿Ahora que por fin empiezo a divertirme?

—Pero nosotros debemos marcharnos ya...

—Y yo no me opondré a eso.

La joven había apoyado su cabeza en el cuello de Zarek, y ahora jugueteaba con su oreja valiéndose de su lengua. Y yo supe lo que vendría luego... Un respingo de ira me zarandeó las entrañas y decidí arrebatarme el momento de gloria a mi acompañante.

—Oye, tú, muchacha. —Embelesada como estaba, no se percató de mi llamada de atención—. ¡Eh, tú, joven! —terminé gritando.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, continué:

—¿No te conozco de algo? —La chica negó con la cabeza—. Sí, creo que nos conocemos.

—Me confundes con otra. Yo no te conozco —respondió, sin dejar de jugar

con mi amigo.

—Sí, claro, ahora lo recuerdo. Tú eres la muchacha a la que atendí hace tres tardes. La que tenía aquellas horribles llagas ahí —dije señalando su entrepierna—. ¿Ya estás mejor? Parecían muy dolorosas. Espero que no te sigan dando problemas, no como al pobre hombre al que me dijiste que habías contagiado con ellas. ¡Qué los dioses hayan tenido misericordia de él!

Las manos de Zarek empujaban suavemente el trasero de la chica, que aún se afanaba por no perder su privilegiada posición.

—¡Te he dicho que no nos conocemos! ¡Me estás confundiendo con otra persona!

—No, no lo creo. Recuerdo muy bien las caras de mis pacientes, sobre todo las de aquellas que padecen las enfermedades más contagiosas, dolorosas y terribles.

Finalmente, las manos del traductor consiguieron empujar a la chica fuera de su regazo. Esta, de pie y con el ego magullado, se cuadró frente a mí.

—Bastardo mentiroso, ¡ni siquiera soy de esta ciudad! ¡Acabo de llegar de Rodas esta mañana!

Se giró de súbito y se marchó. Zarek me miró con una ceja elevada.

—De la que te acabas de librar —le dije—. No hace falta que me lo agradezcas.

—Marchémonos, ahora sí que me voy a aburrir —repuso, poniéndose de pie con desgana.

No sin dificultad, pudimos llegar al centro de la sala. Cuando íbamos a alcanzar la salida, Rhodes nos interceptó. Su cabeza quedaba por debajo de la de Zarek, sin embargo, la corpulencia del espartano no pareció disuadirlo y permaneció aguantándole la mirada un buen rato. Luego volteó hacia mí, su objetivo.

—¿Ya te marchas?

—Sí, para nosotros ya ha terminado la fiesta.

—No, vamos, te presentaré al rey; ahora está de muy buen humor y quiere saber quién sanó a su prima.

El vino había afectado a su organismo tanto o más que al resto de hombres que allí había. En un estado de euforia que se me hizo difícil de reconocer en él, pasó su brazo sobre mis hombros y me obligó a seguirle. Muy pronto alcanzamos una mesa apartada en la que el anciano rey hablaba amistosamente con tres hombres, todos ellos con una bella dama a su lado. Los ojos enrojecidos de los ilustres se fijaron en Rhodes y luego en mí.

—Majestad, quiero presentarte a Jano de Atenas. Este es el médico del que te hablé, el que ayudó a mi madre.

—¡Oh, así que eres tú! Tenía muchas ganas de ponerle rostro al joven aprendiz de Herófilo. Precisamente, ahora estoy hablando con un antiguo mandatario de tu ciudad, mi gran amigo Demetrio. Imagino que no hará falta que te lo presente...

Efectivamente, el bibliotecario estaba a su lado, pero, a diferencia del resto de acompañantes del rey, en su rostro no revoloteaban los efectos del vino. Me observaba con la misma expresión de siempre, como si fuese un estorbo del que deshacerse, y asintió admitiendo conocerme.

—Entonces, la Escuela está dando grandes resultados, es evidente, pues ha creado un médico capaz de suavizar el fuerte temperamento de mi amada Tarsicia.

Todos rieron con ganas, incluso su hijo. Yo me limité a asentir, algo avergonzada.

—Bien, siéntate con nosotros y bebamos juntos, tal vez puedas contarme algo de los entresijos del Museion, de esas cosas que mi buen amigo se niega a revelarme —dijo, posando una mano sobre el hombro de Demetrio.

El joven príncipe dedicó una mirada de aversión al bibliotecario que no me pasó inadvertida, y luego dijo:

—Padre, deja al médico que se marche. ¿No ves que tiene pinta de cansado? No creo que sea de los que disfruten de nuestras aburridas conversaciones.

—¡El futuro y prometedor rey de Alejandría ha hablado! Está bien, puedes irte, joven médico. Espero que haya sido suficiente esta invitación para agradecer lo que has hecho por mi prima. Si no lo fuera, házmelo saber y buscaré una recompensa mayor por tu buen proceder.

—No, majestad; la invitación ha superado con creces mis expectativas, te lo aseguro.

Los hombres estallaron en risas de nuevo y, tras hacerme un gesto con la mano para que me marchase, continuaron con la conversación en la que estaban enfrascados antes de mi interrupción.

Rhodes iba a decirme algo cuando la misma muchacha que había intentado seducir al traductor se interpuso entre él y yo. La joven me dedicó una expresión airada y se lo llevó de la mano hasta que se perdieron entre la muchedumbre.

Hacía calor, sudaba, y el roce de los cuerpos que iba esquivando en

dirección a la salida me importunaba. Cuando por fin llegué a la antesala, encontré a los dos hombres allí. Escuchaban a Eirene explicarles con entusiasmo todo lo que había tenido oportunidad de hacer desde que había salido del gran salón dos horas antes. Jamás, ni en sus momentos más tristes ni en aquellos más alegres, la había visto con los ojos tan vidriosos como los que ahora tenía.

—¡Oh, Jano, ha sido magnífico! ¡Salas llenas de estatuas que parecían dispuestas solo para mi disfrute! Y ¿sabes quién me las ha enseñado? ¡La misma reina, Berenice! Es muy atenta y cercana, ¿sabes? ¡Cuánta delicadeza en las manos de los artistas que han creado esas obras! ¡Cuánta perfección! No creo que pueda olvidar esta noche en lo que me reste de vida. ¡Jamás!

Viéndola así, emocionada y dichosa, para mí también había merecido la pena la velada.

—¡Estupendo! Ahora salgamos a la calle, es hora de regresar. Mi tía debe estar esperando por mí —apremió Sefranio.

Y eso hicimos.

En contraste con el bochornoso ambiente del interior, la frescura del aire de la noche nos tomó por sorpresa. Había comenzado a caer una ligera llovizna que otorgaba al suelo un brillo especular a la luz de las antorchas. Efectivamente, la tía de Sefranio aguardaba bajo la escalinata marmolada a que su sobrino bajase por ella. Se despidió de nosotros y se marchó, agradeciendo mi invitación en voz alta a medida que se alejaba con su tía del brazo. A lo largo del camino algunos de los invitados que también habían decidido marcharse se subían a sus carros, y nosotros comenzamos a descender también. A mi lado, Eirene, todavía exaltada, continuaba relatando lo sucedido en el tiempo en el que habíamos estado separados. Me cubrí con el himatión hasta la cabeza, pues ahora el frescor se estaba convirtiendo en un frío insoportable.

Fue en ese preciso instante cuando me resbalé. De los siete escalones que me llevaban al jardín real, yo solo recuerdo haber bajado dos con los pies.

Del resto de esa noche no guardo nada en mi memoria.

La desconocida

Lo primero que se despertó fue el dolor de mi cabeza: era agudo y amenazaba con hacerla reventar. Me llevé la mano a ella tratando de encontrar la fuente de la punzada que me atenazaba y la hallé justo encima de mi ojo izquierdo. Junto a mi mesa había una lámpara encendida y tras la ventanilla que había detrás de mi cabeza la luz de la mañana entraba tímidamente. No estaba en mi habitación, eso estaba claro, sino en una que no lograba reconocer. De pronto, una figura emergió de la oscuridad y se detuvo a los pies de la cama. Eirene me miró unos segundos y, sin despegar los labios, salió del cuarto.

Me llevé las manos a la cara; no había rastro de maquillaje. Levanté el cobertor; mis pechos estaban libres, desnudo mi cuerpo... Intenté incorporarme, pero al apoyar el brazo izquierdo un fuerte dolor me obligó a permanecer tumbada. Solo entonces fui consciente de que llevaba el codo vendado.

Se me secó la boca. El terror se apoderó del resto de mi cuerpo.

—¿Cómo estás? —dijo mi tío cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué... qué ha pasado? ¿Por qué estoy...?

—Trata de serenarte. Anoche te caíste por los escalones del pórtico del palacio. Los dos hermanos te trajeron aquí y te atendieron hasta que yo pude venir. Tu otro amigo, Sefranio, fue el que acudió en mi busca. Me encontró en el puerto, desembarcando.

Quería llorar, levantarme y echar a correr para alejarme de esa casa. Me temblaban las extremidades y me dolía cada músculo que sujetaba mi maltrecho cuerpo. Mi tío me acercó la lámpara a la cara y observó mis pupilas durante un rato; luego hizo lo propio con mi temperatura y mi pulso.

—Te has dado un buen golpe en la cabeza. He temido por tu vida. ¡Dioses, no me vuelvas a hacer esto!

—¿Qué me ha pasado en el codo?

—Por suerte solo ha sido una luxación, nada roto. También te has golpeado la rodilla. Te pondrás bien.

—¿Y mi ropa?

—No lo sé. Cuando vine ya estabas así.

Esta vez sí que logré sentarme en la cama.

—¿Ellos me han visto así?

—Cuando llegué aquí solo estaba la muchacha. Y, sí, ella te ha visto así. Trata de reponerte un poco, ella ha traído ropa limpia y la ha puesto en esa silla. Me ha pedido que cuando te revisara, si estabas bien, la dejase pasar. Quiere hablar contigo y es lo justo. ¿No crees?

Asentí pese a que, a esas alturas, poco sabía yo lo que era justo. Poco después de salir él, entró Eirene. Se acercó a la cama arrastrando una silla y se sentó a cierta distancia. La expresión que había adoptado su cara me dolía más que ninguna de las magulladuras que ahora atiborraban mi cuerpo. Parecía como si observase a un animal peligroso que en cualquier momento le fuese a saltar encima. Estaba a la defensiva, era evidente en su postura y también en el tono de su voz cuando comenzó a hablarme.

—¿Te encuentras bien?

—No es el cuerpo lo que más me duele, si te refieres a eso.

Entonces se levantó y comenzó a deambular por la minúscula habitación, que era la suya. La conocía: sabía que era de temperamento nervioso y que no aguantaría mucho tiempo serena en una ocasión como esta.

—¿Todo este tiempo has sido así... una mujer travestida? ¿Por qué?

—Lo he hecho como la única opción que tenía para poder estudiar en la Escuela de Medicina de Herófilo.

—Entiendo que hayas querido mentir al sabio, pero ¿a mí?, ¿a nosotros?

—No he tenido elección. Cuando me di cuenta ya era demasiado tarde para ser sincera con vosotros. No podía.

—No podías, ¿qué?, ¿confiar en nosotros?

—En nadie. No podía ni puedo confiar en nadie un secreto así. Sería mi perdición, como lo está siendo ahora.

—Para la verdad o la mentira siempre hay elección.

—Qué suerte la tuya, Eirene. Qué afortunada eres con ese temperamento implacable que siempre te dicta la manera correcta de hacer las cosas. En tu mundo solo hay dos caminos: el de la derecha o el de la izquierda; solo dos colores: uno claro como el marfil y el negro intenso de la noche. Ojalá yo

fuese igual que tú. Pero no, no lo soy. En mi vida he tenido que aventurarme a tomar otros caminos más peligrosos que los que suelen tomar el resto de las mujeres, otras opciones menos comunes, más arriesgadas...

Me puse en pie con gran esfuerzo, dejando mi cuerpo desnudo ante sus ojos. La rodilla también me dolía, lo noté al apoyar la pierna en el suelo; era evidente que no había dejado ni un solo hueso de mi cuerpo sin golpear contra el mármol. Me acerqué a la silla donde estaba la ropa que debía ponerme y comencé a vestirme con mucho trabajo. Ella se puso en el otro extremo de la habitación, como si todavía temiese que pudiera abalanzarme sobre su pequeño cuerpo.

—No voy a hacerte daño. No sé por qué te apartas de mí.

—Es que no te conozco. No reconozco a quién tengo delante de mí, porque no es la misma persona que entró en esta casa hace años. Ya no eres mi amigo ni mi confidente, ahora eres una... desconocida.

Su sufrimiento fue evidente entonces: estaba oculto debajo de su enfado, temeroso de salir y ser visto por mí, que era quien lo causaba.

—Lo siento. Como te he dicho, no era mi intención hacer sufrir a nadie con mi encubrimiento, y mucho menos a vosotros.

—Y sin embargo así ha sido. Ahora entiendo tantas cosas: que nunca quisieras ir al lago ni a los baños con nosotros, que jamás hablastes de tu infancia, de tu vida pasada en Atenas... solo retales de tu historia, una historia inventada.

—Todo lo que te conté era lo más lejos a donde podía llegar sin desenmascarar mi verdad, pero no eran mentiras. Siento no haber sido más abundante en mis explicaciones.

—Todo por una ambición que no te pertenece profesar. ¡No es justo!

—¿Qué has dicho?

—Tú y tu ambición. ¿Por qué quieres ser médica si sabes que no puedes, si sabes que es peligroso, que puedes perder tu libertad tratando de conseguirlo?

—Verás, Eirene, en este mundo que pertenece enteramente a los hombres, las mujeres, a veces, solo así podemos avanzar y coger alguna porción de lo que también debería ser nuestro por derecho. Tal vez te cueste recordar, pero tú misma sabes que es así, que a veces es necesario ocultar la verdad para seguir hacia delante y lograr nuestros propósitos. Tú, al igual que yo, has mentido en busca de una porción de libertad. Por favor, no me juzgues tan severamente.

Traté de serenarme. No deseaba ser dura con ella, no era justo, y no quería

descargar mi frustración sobre alguien que me importaba. Tomé una profunda bocanada de aire, antes de proseguir.

—De todos modos, ya da igual. Nada de esto ha servido en absoluto. A estas alturas ya todo el mundo debe saber lo que ha sucedido aquí. No me extrañaría que los guardias me estuviesen esperando en la puerta. —Al escucharme decir esto, casi me desplomo; no obstante, hice un esfuerzo porque mis rodillas se mantuviesen firmes—. Solo quiero saber una cosa antes de abandonar tu casa: Zarek..., ¿lo sabe él?

—Caíste sobre un charco. Mientras yo esperaba afuera a que Sefranio regresara con tu tío, mi hermano te quitó la ropa aquí adentro. Fue el primero en conocer... tu condición. Por si quieres saberlo, ni siquiera pasó la noche aquí y no creo que regrese hasta que te hayas marchado. No me preguntes cómo está porque no lo sé. Cuando entré en la habitación, anoche, lo encontré mirándote. ¡Mi hermano, mi pobre hermano! Hacía tiempo que no veía esa expresión en sus ojos... Luego salió y todavía no ha vuelto.

Agarré el pomo de la puerta, pero ella la sostuvo para que no la abriera.

—Agnódice, porque así te llamas, ¿no?, aparte de nosotros dos, nadie conoce tu condición de mujer. Ni siquiera Sefranio lo sabe. Conozco a mi hermano, no se lo diré a nadie. Jamás. Y yo... tampoco. Hace dos años confié en ti como médico y tú accediste a satisfacer mis deseos sin cuestionarme por ello. No creas que lo he olvidado. Tal vez ahora entienda el por qué lo hiciste así..., sin reprocharme nada. Da gracias a los dioses de que eso haya sucedido entonces y de que mi carácter haga que jamás deje de pagar una deuda. Como te he dicho, de mis labios nadie sabrá que escondes bajo tu disfraz. Puedes irte tranquila, pero no regreses a esta casa. Nunca. Si vuelves a querer inmiscuirte en nuestras vidas te juro por la sangre derramada de mis muertos que todo el mundo sabrá quién eres y lo que has hecho.

La luz que ahora entraba por la ventana era suficiente para ver en sus ojos que no mentía.

—Tienes mi palabra, Eirene. No volveréis a saber de mí.

El viaje

El carro se detuvo cerca del embarcadero de Canopo para que los criados pudieran cargar los dos baúles que llevábamos con nosotras. Tras ellos, mi tío se acercó a la pequeña embarcación y subió en ella. Desde la distancia, todavía sobre el carro, yo lo observaba revisarla mientras Kissa, a mi lado sentada, terminaba con sus oraciones a Hapi, dios del Nilo. Se subió sobre el techo de la cabina y comprobó el estado de la vela; en la parte trasera giró los timones varias veces e incluso dio varios saltitos buscando asegurarse de que no se hundiría nada más subir nosotras. Cuando no le quedaba ni un rincón por examinar, pagó al capitán y dueño de la embarcación que nos llevaría y traería de vuelta, se despidió de sus dos criados y se dirigió hacia donde estábamos.

—Todo está en orden, podéis subir cuando queráis. El capitán llegará a Menfis la mañana del quinto día y regresará a por vosotras en un mes. Kissa, te deseo buen viaje y reencuentro con tus seres queridos —dijo, cogiendo sus manos y besándolas con ternura. Cuando ella subió a la barca, él se dirigió a mí—. Agnódice, ¿estás segura de que este viaje es lo que necesitas ahora?

—No veo un mejor momento que este para viajar, tío.

—¿Para huir, has dicho?

—Para eso también. Necesito un tiempo de reflexión alejada de todo cuanto me preocupa.

—Y, cómo te he dicho en muchas ocasiones, me parece bien. Solo espero que no descuides tus obligaciones con la Escuela. Estudia todo cuanto te sea posible durante tu estancia. Cuando vuelvas, dentro de treinta días, estarás a dos meses escasos del día de tu prueba final.

—No me mires así, tengo pensado regresar, no te preocupes.

Suspiró como si las palabras que acababa de escuchar fuesen un peso muerto del que se deshacía. Besó mi frente y me abrazó unos largos segundos.

—Buen viaje, mi idolatrada sobrina; que los dioses guíen tu camino, inspiren tus decisiones y consuelen tu dolor en este viaje.

—Tus deseos siempre han llegado con más claridad que los míos al Olimpo; por lo tanto, que así sea, tío.

Subí en la barca y me coloqué junto a Kissa en el minúsculo castillo de proa. El calor de la primavera egipcia era mucho más implacable que el de mi ciudad de nacimiento, por eso, en cuanto la barca desplegó la vela y el viento septentrional comenzó a empujarnos río arriba, recibimos agradecidas el aire en contra. En la parte trasera, los dos sirvientes (que en realidad eran los guardias con los que mi tío contaba en sus viajes más peligrosos) charlaban animadamente con el capitán, quien llevaba el timón. A medida que nos íbamos adentrando en los múltiples ramales del río, veíamos como a oriente y occidente las cañas de papiro crecían frondosas en sus riberas, mientras que, entre ellas, decenas de ánades nadaban dichosas y libres. Absortas en su contemplación, hicimos una comida frugal, basada en algunas verduras y algo de fruta, y, cuando el sol comenzó a ascender, nos metimos en el minúsculo camarote huyendo de sus abrasadores rayos.

El recorrido siguió siendo así de pacífico y cautivador durante los cuatro días restantes. Por las noches descansábamos en tierra firme, alejados del lodazal de la orilla y de los hipopótamos que iban apareciendo a medida que avanzábamos en el trayecto; nada más salir el sol, volvíamos a partir río arriba. La última noche del viaje decidimos dormir en el camarote, donde los insectos parecían ser menos numerosos, o más piadosos.

A la mañana siguiente desperté sola. De pronto noté como la embarcación se había puesto en marcha. Apenas se escuchaba nada afuera; solo el sonido del agua al pasar la barca a través de ella y el movimiento del timón impulsándonos con suavidad. Los hombres guardaban silencio, las aves habían enmudecido, el viento había encontrado otro lugar donde soplar y ahora los juncos permanecían estáticos. Era como si la naturaleza y sus elementos hubiesen pactado un ceremonioso silencio para vernos pasar.

Al salir encontré a mi niñera sentada en el castillo de proa y con la vista puesta en el horizonte. Tuve que hacer un esfuerzo por no romper la magia del momento cuando me dejé caer de rodillas a su lado. Tras la ribera este, el sol comenzaba a elevarse lanzando sus primeros destellos sobre los magníficos templos, que en este tramo del camino ya habían comenzado a aparecer.

—El capitán dice que llegaremos al oscurecer. Mira allá, donde el río se curva hacia la derecha, ahí encontraremos las primeras casas del poblado en

el que debemos desembarcar. Mi aldea está a unos trece estadios de la orilla, en la franja que separa el *kemet* del *desheret*; más allá de ella casi todo es desierto, aridez y desolación.

Kissa miró al cielo, cerró los ojos y tomó una honda bocanada de aire.

—Me siento bendecida por respirar el aire de este valle verde y hermoso de nuevo. Ya casi no recordaba cómo era navegar por esta zona del río... —continuó—. Puede que la frondosidad del Delta sea espectacular a los ojos de los que no conocen el resto de Egipto, pero, para los que procedemos de más arriba, el comienzo del fértil valle tiene algo especial, como, por ejemplo, este olor tan peculiar...

Kissa permanecía con los ojos cerrados en una mueca de plena satisfacción de la que me contagié inmediatamente.

—Tienes razón, Kissa; es un enclave muy hermoso.

Durante un tiempo más nos mantuvimos observando el paisaje que se iba abriendo ante nuestros ojos: para ella, todo le traía vívidos recuerdos de tiempos pasados, tal vez mejores; para mí, un horizonte nuevo por explorar que se me antojaba cargado de interesantes atracciones. Pero, al posar la vista de nuevo sobre mi niñera, comprobé que su rostro sereno se había ensombrecido.

—¿Qué te ocurre, Kissa?

—Por lo que veo desde la barca, el río no debió crecer lo suficiente el año pasado, ya que la tierra negra se ve menos extensa de lo que la recuerdo. Espero que la aridez no cubra mi aldea, como ya presagiaron los antiguos. ¡Oh, Phat, eso sería una catástrofe!

Tenía razones para preocuparse, ya que, si la crecida del Nilo no era lo suficientemente grande como para cubrir, al menos, catorce codos de terreno, la hambruna podría matar a la mayoría de los habitantes del país, sobre todo a aquellos que dependían de los cultivos para alimentarse o pagar sus impuestos.

Mi niñera había cambiado totalmente su semblante y ahora estaba alerta. Puse mi mano sobre la suya para serenarla, lo que funcionó en cierta medida.

Tal como había predicho el capitán, al llegar el ocaso la barca se detuvo en un pequeño embarcadero de la orilla oriental. Una leve penumbra nos permitió descender y descargar el equipaje sin riesgo de caer al agua. Cuando nos despedimos del hombre, la sombra de la noche ya lo cubría todo, y los criados procedieron a encender dos antorchas que nosotras corrimos a coger.

Comenzamos a andar hasta adentrarnos en un pequeño pueblecito con

minúsculas casas de adobe salpicadas de manera irregular. Apenas veíamos nada que no estuviese inmediatamente bajo la luz de las llamas. Las risas de unos niños se escuchaban a no mucha distancia. Correteaban desnudos por los parajes; algunos, al vernos, se detuvieron, curiosos, para observarnos avanzar. Cuando los dejamos atrás, llegamos a una bifurcación ante la que no tuvimos más remedio que detenernos. A la izquierda, un camino nos llevaba hasta más casitas alejadas del embarcadero; a la derecha transcurría lo que parecía un sendero estrecho junto a un canal del río bordeado por altas y negras palmeras que se me antojaron siniestras. Kissa miraba hacia un lado y hacia el otro, mordiéndose el labio inferior. Pero su vacilación no duró mucho tiempo más, ya que enseguida iluminó con la antorcha el camino a seguir.

—Reconozco esa colina rocosa, la que se ve allá a lo lejos. Sigamos por aquí —dijo, tomando el sendero de la derecha.

Solo un negro opaco y sin vida ante nosotros; ninguna colina, ni rastro alguno de algo que no fuese obscuridad. Pese a ello, confiamos en la seguridad que mostraba, y la seguimos. No habíamos empezado a andar ni diez pasos cuando le pedí a Kissa que alumbrara el lecho del río. Entonces, cogí agua y froté con fruición mi rostro hasta eliminar todo rastro de maquillaje; a fin de cuentas, allí no habría peligro de que nadie me reconociera, y no deseaba que la familia de mi niñera conociera a una persona que no era yo. La miré y ella me dio su visto bueno antes de echar a andar de nuevo.

Cuando llegamos a las faldas del collado que Kissa había visto en la distancia, nuestra guía se detuvo. Los esclavos se despojaron del pesado equipaje para descansar los brazos. Tardé un rato en adaptar la vista a la penumbra y poder ver que estábamos ante un grupo de casuchas diminutas. Solo se escuchaba el rumor del agua del canal que corría a poco menos de un estadio de donde nos encontrábamos. Y así fue durante un buen rato, hasta que el sonido lejano de unos ladridos comenzó a escucharse. Estos se fueron multiplicando en número e intensidad hasta que, poco después, comprobamos que los canes, al menos cinco, estaban a nuestro alrededor. Los esclavos intentaron apartarlos, uno con las piernas y otro con las manos, pero no consiguieron lo que pretendían, sino enfurecerlos aún más. Uno de ellos echó manos a la cintura, donde se encontraba su daga. Le sujeté la mano antes de que pudiera desenvainarla. Bajé mi antorcha hasta la altura de mis rodillas y la moví enérgicamente. Fue suficiente para que las fieras, que solo cumplían con su deber de protección, nos dejaran un espacio de seguridad. Ante tal escándalo, un anciano apareció con una pequeña lámpara en las manos.

Parecía consumido por alguna enfermedad, y sobre su ojo derecho llevaba un parche que, bajo la luz de la antorcha, parecía muy sucio. Preguntó algo en un idioma que enseguida reconocí como egipcio, a lo que Kissa contestó sin rodeos. Sin que ninguno de los dos se acercase al otro, y a gritos, mantuvieron una corta conversación que consistió en lo que parecían preguntas por parte de mi niñera y respuestas devueltas por el hombre. Al terminar, el anciano se metió junto a sus perros en la casa más cercana y atrancó la puerta a nuestro paso.

—Es en esa dirección. Por lo visto, la casa donde vivía de pequeña se vino abajo y mi madre se mudó junto a mi hermana y sus hijos ahí. ¿Has oído, Agnódice? ¡Sus hijos! ¡Oh, Amón, tengo sobrinos!

Seguimos tras ella hasta una especie de casa cueva incrustada en el propio collado y en la que solo se apreciaba un tablón oscuro que servía de puerta de entrada y en la que Kissa golpeó con sus nudillos. Adentro pudimos oír un llanto de niño, tal vez de dos. Una mujer nos abrió la enseguida.

—¿Anippe? —pronunció Kissa.

La mujer no contestó, tan solo dejó caer una barra de madera que llevaba en la mano y se abalanzó sobre mi niñera. Los gritos de alegría de las dos hermanas alertaron a más perros y vecinos. A nuestro alrededor, una docena de diminutas llamas anaranjadas flotaban en la oscuridad. Sus portadores, ocultos en la intimidad que brindaba la noche, debían contemplar la escena con cierto pasmo.

Tras el emocionante reencuentro, la hermana de Kissa nos invitó a pasar. En el interior de la casa (la más humilde que había visto en mi vida) tan solo había tres habitaciones: la cocina, la más amplia de todas y que a su vez servía de comedor; un cuarto donde dormían la madre de Kissa y su hermana Anippe y otro donde lo hacían las tres pequeñas. Su madre permanecía sentada en un pequeño taburete, recogiendo el calor de una lumbre, y Kissa nos la presentó después de besarla y abrazarla un largo rato. Después hizo lo mismo con su hermana Anippe, pues a las niñas, de cinco, siete y ocho años, ni siquiera ella las conocía.

Pese a ser gemelas, su hermana aparentaba ser bastante mayor. Su piel tenía un aspecto diferente, más oscura y con unas fuertes líneas de expresión que recorrían sus facciones, y no relucía a la luz de las lámparas, como sí lo hacía la de mi niñera. Su figura era escuálida y los huesos se le marcaban en la cara y en las clavículas como si quisieran atravesarle la piel. Su manera de hablar y sus expresiones eran más toscas, muy alejados de los ademanes delicados de

su hermana. Imaginé que la dureza de los trabajos del campo había adelantado sin remedio el envejecimiento de la mujer, y que la distancia a todo lo que se podía considerar civilizado, mellado en sus modales. Su madre, nos informó Anippe, estaba muy enferma, por lo que ella se dedicaba a cuidarla día y noche. Nos contó que su mal había empezado seis años atrás, y que, pese a los intentos del chamán de la aldea por encontrarle una mejora, no parecía tener cura. Por lo visto, poco a poco se había ido olvidando de las cosas más comunes y que formaban parte de la cotidianidad de sus días, hasta terminar por apenas reconocer a sus propios familiares y vecinos. Casi no albergaba recuerdos de un pasado mejor e incluso el presente sería olvidado mañana, se lamentaba su hija. A veces recordaba algo y, como si un dios le tocara el corazón, era capaz de nombrar a algún conocido por su nombre o parentesco. Pero la mayoría de las veces a todos los llamaba igual: Kissa.

Había oído al maestro hablar de esa extraña enfermedad que es capaz de borrar la memoria más profunda y necesaria de la gente. Para el anciano resultaba frustrante no poder indicar el tratamiento a seguir y, por muchos cerebros enfermos que había diseccionado, jamás había encontrado señal alguna de lesión. A los estudiantes y médicos nos recomendaba recetar cariño, a secas, como el tratamiento más eficaz para los enfermos, que casi siempre eran muy ancianos cuando comenzaban con su cruel padecimiento. Ahora tenía ante mí a alguien que sufría este misterioso mal, y a mi niñera rodeándola con los brazos mientras susurraba a su oído dulces palabras, como si supiese que ese era el tratamiento mejor para ella.

Tras una sobria cena que consistió en apio, dátiles, pan seco y leche de cabra, Anippe nos ofreció descanso en el interior de la casa a las dos mujeres, mientras que a los dos esclavos los mandó a dormir al granero anexo a la vivienda. Me encontraba exhausta después del largo trayecto, así que el jergón a ras de la piedra fría sobre el que me tocó dormir me pareció el lugar más confortable del mundo. Las niñas, con las que compartía habitación, ya dormían. Desde mi posición podía escuchar hablar a las mujeres a través de la fina pared de adobe. Pese a no entender nada de lo dicho, sus tonos eran cariñosos y amables, y evidenciaban el profundo afecto que aún guardaban la una por la otra. Algunas veces, una de las dos reía a carcajadas o sollozaba sin consuelo; otras, las dos lo hacían a la vez. En toda la noche escuché la voz de su madre, que debió caer rendida muy pronto, al igual que sus nietas. Al girarme sobre mi costado con la intención de entrar en el mundo de los sueños, me topé con la carita de una de las niñas, la más pequeña de ellas. Sus grandes

ojos brillaban como piedras de azabache bajo la luz que emitía la diminuta lámpara que quedaba entre las dos. Le hice una señal con las manos para que entendiese que debíamos dormir, y, por suerte para mí, pareció entenderla, pues de un soplido certero apagó la llama del candil. Dormí toda la noche como si llevase meses sin hacerlo. En realidad, así era.

Por la mañana, la mayor de las niñas nos guio a Kissa y a mí hasta el granero en busca de cereales para que Anippe amasara el pan. El cielo azul, luminoso y límpido de la mañana me permitió observar el paisaje que la oscuridad de la noche me había negado. En efecto, estábamos en una cueva, como las cerca de ocho que había en la misma ladera; además, había diminutas casuchas de adobe en un estado más que deplorable que formaban una hilera a derecha e izquierda, con una vía estrecha y polvorienta en medio. Los animales y los niños de la aldea casi convivían en el mismo espacio. El cauce del canal que nos había guiado hasta allí se veía centellear, ayudado por el sol, muy cerca, y supuse que bajo las altas palmeras que se veían en la distancia estaría el embarcadero donde habíamos atracado la noche anterior. Una vez en el granero, la imagen con la que me topé me dejó impactada. Las montañas de cebada y trigo apenas llegaban a mi cintura. Era evidente que el desbordamiento del Nilo había sido muy escaso; con suerte, les alcanzaría hasta la llegada de las lluvias, para lo que todavía faltaban dos meses.

—El dios Hapi, ¡oh, alabado!, no fue generoso con mi pueblo el año pasado. La crecida apenas llegó a trece codos, por lo que casi no dejó limo para plantar. El esposo de mi hermana viaja desde hace dos meses con un gran comerciante al que suele ayudar de vez en cuando y del que recibe provisiones como pago por sus servicios. Han ido hasta el alto Egipto y, con suerte, llegará a la aldea antes de que la crecida se lo impida. Si nada lo impide traerá consigo los suficientes suministros como para mantener a salvo a la familia hasta *metagitnión*¹. A partir de ahí, solo los dioses sabrán qué hacer...

—¿En qué podemos ayudar nosotros, Kissa? No quiero que los esclavos y yo seamos una carga más para tu familia.

—¡Oh, Agnódice, la ociosidad no es algo de lo que debas preocuparte! Aquí hay bastante trabajo por hacer; los sirvientes pueden ordeñar las cabras, acarrear leña, traer agua desde el río... No habrá lugar para el aburrimiento, desde luego, y cualquier cosa que hagas será agradecida por mi hermana. Yo me dedicaré a cuidar de mi madre y tú ya puedes ir cogiendo tu caja de médico. ¡En esta aldea no hay ninguno! En cuanto vean todo lo que sabes hacer, creerán que eres un semidiós y te adorarán —aseguró,

haciéndome una exagerada reverencia.

La semana transcurrió con rapidez. Para mi asombro, mi estancia en la aldea me estaba resultando más provechosa y amena de lo que me había planteado en un principio. Los criados de mi tío trataron de ayudar en todo lo que podían en el exterior, pero en cuanto ponían un pie en el interior de la cueva, Anippe los obligaba a salir de inmediato de ella. Según Kissa, el esposo de su hermana no quería a ningún hombre dentro de la casa, algo que la egipcia se empeñaba en cumplir usando incluso una vara de papiro para espantarlos de allí. Así que los hombres ocuparon sus días en labores tan rupestres, tales como recoger huevos, lavar ropa en el río, ordeñar cabras y cuantas tareas se iban necesitando en una casa con tantas personas. Los vecinos, al principio, se sentían recelosos con nuestra presencia allí, pero pronto reconocieron a Kissa, la joven que había partido de la ciudad diez años antes y que ahora visitaba a su familia. El trabajo de las hermanas era agotador: cocinar, atender a las crías, ocuparse de su madre, a la que a veces sacaba a pasear por las tardes, cuando el sol mostraba algo de clemencia. Pese a todo, Kissa era feliz, más de lo que recordaba haberla visto alguna vez.

Por mi parte, y haciendo caso a mi niñera, encontré entretenimiento en tareas más propias de mi naturaleza curiosa y médica. Al enterarse de que estudiaba Medicina no tardaron en pedirme —por señas la mayoría de las veces— que los acompañase a sus casas, donde siempre encontraba a alguien enfermo o en apuros a quien observar y atender. Los instrumentos de mi caja de médico me valieron bien para ayudar a todos los que se me iban acercando en busca de auxilio. Según Kissa, el médico más cercano quedaba a medio de camino, y tan solo contaban con un hechicero conocedor de hierbas y con una matrona en el poblado que bordeaba el río. Sería por eso por lo que fui bien recibida, pese a mi condición de mujer, y por lo que pude ejercer mi profesión sin impedimentos. Obligué a hacer gárgaras a los enfermos de la garganta, retiré una docena de muelas podridas, ayudé en el parto de una joven madre, traté de limpiar y sanar dos mordidas de rata y cosí una herida en un brazo que hubiese resultado grave de no ser por mis hierbas, mi aguja y mi hilo. Y todo esto en la primera semana. Como respuesta, la buena gente me iba ofreciendo lo poco que podía, y yo, por prohibición expresa de Kissa, jamás me negué a recibir nada. La despensa de Anippe comenzó a aumentar considerablemente con mi estancia allí, lo que consiguió favorecer la presencia de ánimo de la extenuada madre.

Una tarde, justo cuando había terminado de atender a un anciano aquejado de una fuerte tos, acudí en busca de descanso justo al borde del canal del río, cerca de la casa. La placidez del lugar solía dejarme absorta, y muchas tardes la luz del día daba paso a la nocturna oscuridad sin que yo me diera cuenta. Allí, las sobrinas de Kissa jugaban con otros niños. Me senté a la sombra de un arbusto que arrojaba su frescor sobre mi cuerpo agradecido. Las niñas jugaban a hacerse aguadillas a la orilla del arroyo y, al verme, me saludaron con las manos embarradas, mientras yo les sonreía con envidia. Mi mente se trasladó a tiempos pasados, a cuando era feliz y ajena al punzante dolor que ahora me estrujaba las entrañas, a cuando observaba a mis tres amigos hacer lo mismo que esas niñas, en las calurosas tardes de Alejandría.

Y de pronto lo vi, a él, a mi traductor. Estaba de pie sobre un farallón que sobresalía del agua y que juraría no haber visto antes ahí. Su piel olivácea proyectaba su reflejo conocido en mis ojos. Se secaba las gotas de humedad de la frente y dejó de hacerlo cuando fue consciente de mi presencia en la orilla. Entonces me miró y ensanchó esa sonrisa curativa y blanca que a veces me regalaba y que yo solía atesorar en lo más profundo de mi alma. Haciendo un gesto con la mano me invitó a entrar con él en el agua, como muchas veces hacía, y a lo que tantas veces me negaba. Sin embargo, el calor bochornoso del desierto, por primera vez, se me antojaba una excusa suficiente para plegarme a sus deseos. Entonces, cuando iba a levantarme para acercarme a mi héroe espartano, un cosquilleo comenzó a recorrer mi cabeza y mis hombros, y la figura de Zarek se desvaneció del río junto con su cálido gesto y la roca que lo sostenía. En su lugar, las imágenes de las caritas de las niñas comenzaron a aparecer, primero difuminadas, y luego completamente nítidas frente a mis ojos perdidos. Me miraban muy de cerca y, en medio de sus risas traviesas, comentaban entre ellas algo relativo a mi aspecto, cubriéndose las bocas como si yo fuese capaz de entender de lo que hablaban. Otras ya habían comenzado a cubrirme el pelo de raquíticas trenzas con la presteza de quien aprende esa labor desde su más tierna infancia.

—Se preguntan si lo ves todo de color verde —dijo Kissa, arrodillándose a mi lado—. Lo dicen por el color de tus ojos.

La inocencia de las criaturas me hizo esbozar una sonrisa.

—Hacía mucho tiempo que no te veía sonreír, Agnódice. Es agradable volver a contemplar ese gesto en tu rostro de nuevo.

Me limité a asentir, pero no dije nada hasta que el transcurso del tiempo me

ofreció una respuesta.

—Soy más feliz en tu aldea de lo que lo he sido en ningún otro lugar en el que haya estado. Aquí soy verdaderamente libre. No un hombre, ni un estudiante, ni la hija o sobrino de nadie, solo yo, Agnódice, la médica griega. Prescindir de mi disfraz para ejercer mi profesión ha hecho que disfrute de mi estancia en este emplazamiento como no lo he hecho en ningún otro, ni aun rodeada de las mejores comodidades.

—No pensé que te sentirías de ese modo aquí. De hecho, creí que a los pocos días estarías buscando una excusa para regresar. Y no te culparía si lo hicieras. Hay demasiada pobreza, demasiada decadencia. Antes todo esto estaba lleno de familias y de niños, muchos más de los que ahora ves. Pero todos han emigrado a la gran ciudad o a otras en busca de una vida mejor. Las casas estaban muy cuidadas, las tierras mejor atendidas, el canal traía más agua... Todo era más verde, mas frondoso; sin embargo, ahora, y debido a la poca crecida del río en el año anterior, casi todo es *desheret*: pobreza y desierto.

—Pese a eso, te ves muy feliz aquí.

—Sí, por supuesto. Este sigue siendo mi hogar, porque es donde está mi familia. —Su gesto se ensombreció en un instante—. Aunque mi madre...

—... te preocupa.

—Mucho. Lo más doloroso es reencontrarme con ella y saber que ella nunca lo hará conmigo. Me rompe el corazón cada vez que me mira sin verme, que me oye sin escucharme. Solo una vez, en las dos semanas que llevo aquí, me ha reconocido. Es muy doloroso, más de lo que una hija podría soportar. ¿Crees que es un castigo de los dioses por haberme ido, por haberla abandonado?

—Creo que, si los dioses tuvieran una lista de personas a las que castigar, tú no aparecerías en ella ni dentro de un millón de años, Kissa. No; no creo que la enfermedad de tu madre, ni la de ningún otro ser, tengan como causa la expiación de otro individuo.

—No obstante, hay personas que son más implacables que los propios dioses. Si no, mírate, Agnódice. Dices haber encontrado la dicha y la libertad en estas tierras, pese a ello, a veces te encuentro con la mirada perdida y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Recuerdo que hacías lo mismo cuando eras pequeña, cuando, al igual que ahora, pensabas que no me daba cuenta y me obligabas a perder el sueño en busca de una respuesta para tu desconsuelo. Te conozco, sé que me ocultas tus pesares para no preocuparme, pero debes saber

que no hay nada más frustrante para alguien que te ama que querer ayudar y no poder. Ser consciente de que ha perdido la confianza que antes depositaba en ella su ser amado es algo doloroso. Dime, Agnódice, ¿es por ese hombre, el traductor? ¿Es porque ha descubierto tu verdad?

—Es porque ha descubierto que le mentía, no porque haya descubierto la verdad.

—¿Y? ¿Vas a hacer algo al respecto o vas a quedarte toda la vida ocultándote de tu tío o de mí para llorar por él? Debes hablar con ese hombre, encararlo de frente, contarle lo que te llevó a hacer eso que reprueba. Estoy segura de que entenderá...

—Eso no solucionaría nada, Kissa. Lo que me ha ocurrido era inevitable. Hasta ahora solo he podido permanecer a la expectativa, esperando el momento certero en el que los dioses se dispusieran a realizar la jugada maestra que me mostrase ante Zarek y mis amigos tal como soy, como una mujer. Y sí, lo amo, Kissa, lo amo tanto que me duele la sola idea de recordar su imagen o pronunciar su nombre y, sobre todo, me atormenta reconocer que un día tuve su amistad y su afecto y ahora ya nada me queda de eso sino su desprecio. Pero no, no me compadezco en absoluto, no te confundas, pues es el precio por mi impostura y mis ardiles. No puedo quejarme ahora por recorrer el camino que yo misma me he trazado, ni por recoger los frutos amargos que un día planté en el trayecto.

—¿Lo ves? Eres demasiado severa contigo misma. Puede que tus amigos se hayan sentido lastimados, pero ¿acaso fue tu propósito perjudicarlos? ¿Qué diferencia al ser vil del que no lo es, sino la intención?

Me miraba como si necesitase ver en mi cara un gesto de asentimiento con el que aliviarse, pero me era imposible ofrecérselo en ese momento.

—No hay duda de que ese hombre ha conseguido convertirme en una mujer —dijo más para ella que para mí.

Se levantó rápidamente y comenzó a acuciar a las niñas para que dejaran lo que hacían y acudieran a la casa. Cuando le obedecieron, se tumbó a mi lado de espaldas y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Sabes qué acabo de recordar, Agnódice? —Al verme negar, prosiguió—. Acabo de acordarme de aquella tarde, no recuerdo cuanto hace de eso, pero no fue mucho antes de venir a Egipto. Estábamos en el jardín, con Penélope, y ella te pidió que leyese un poema, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro. Por entonces yo era muy ignorante y ella pareció querer aleccionarme para este momento. ¡Hechicera pelirroja!

—¡Exacto! —dijo, echándose a reír—. No lo comprendiste entonces, hablaba de la parte triste del amor y a ti te pareció que hablaba de enfermedad. Sin embargo, mírate ahora. Algo me dice que podrías haberlo escrito tú en vez de Safo. Si mal no recuerdo, decía algo así: «Cubríme toda de sudor helado, pálida quedo cual marchita hierba, y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte...

—... parezco muerta.

¹ Agosto.

Libertad

Los días se sucedieron deprisa a partir de entonces. Mientras, la preocupación por su madre hacía que Kissa pasara mucho más tiempo con ella que con nadie, como si quisiera acaudalar cada instante antes de regresar a Alejandría. Así, no era raro encontrarla en el exterior de la cueva peinándola, hablándole de la vida que había tenido en Grecia, o simplemente a su lado, acariciando su cara curtida de arrugas o sus manos ancianas. Nunca supe si la mujer entendía algo de lo que su hija decía, pero ella la miraba y asentía sonriente como si así fuera, e incluso una vez, tomándole las manos, la llamó «mi niña».

Los sirvientes de mi tío estaban terminando de ordeñar cuando yo ya había recogido los huevos y me disponía a llevarlos a la casa. Kissa estaba a la sombra de un toldo hecho con hojas de palma, y su madre se encontraba sentada a su lado. La anciana llevaba encima el vestido de seda rojo que le había regalado a mi niñera alguna de las damas para las que trabajaba. Parecía que llevaba guardado todo este tiempo para ella, como si en el fondo estuviese predestinado a ir sobre el cuerpo de su ser más querido y no sobre el suyo. La entrañable imagen me hizo detenerme a contemplarla unos minutos, antes de que su hermana me apurara para que entrase en la casa con los alimentos.

Al pasar por el lado de la dulce pareja, un rayo invisible tocó mi nuca desnuda. Sucedió cuando miré a Kissa y ella me miró a mí. Fue fugaz, pero la angustia que me causó, sin embargo, profundizó en mi corazón y subió hasta mi alma, depositándose allí. Tras eso, fui consiente de una cosa. Mis sospechas eran ciertas; mis temores, también: Kissa no regresaría conmigo a Alejandría.

Ayudé a su hermana en la cocina, como de costumbre, pero mi mente ya no estaba allí. Tan pronto como me pude escabullir, me aproximé al cuarto de las niñas y abrí uno de los baúles donde guardaba las cosas que habíamos llevado

con nosotras. Rebusqué en el fondo, justo donde había guardado el rollo de papiro que ahora necesitaba. Lo encontré tal cual lo había dejado tres semanas atrás, la noche antes de partir.

Al salir de la casa, Kissa ya no estaba al lado de su madre, sino al borde del arroyo, apremiando a las niñas para que entrasen a cenar. Anduve a paso vivo en su dirección y, a medio camino, las pequeñas pasaron corriendo y levantaron mi vestido con sus manos, resistiéndose a abandonar el juego todavía. Cuando Kissa me vio, se detuvo y aguardó hasta que llegué a su lado.

—Vayamos allí, bajo aquella palmera: deseo hablar contigo —le dije.

Cuando llegamos, nos dejamos caer para contemplar los destellos anaranjados del sol de la tarde, que ya se escondía tras las palmeras que bordeaban el Nilo. ¡Qué imagen tan hermosa y cómo traté de grabarla en mi memoria para recurrir a ella en lo sucesivo de mis días!

Tomé una profunda bocanada de aire y la dejé escapar muy lentamente antes de hablar.

—Kissa, no vas a regresar a Alejandría conmigo, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? Claro que sí, ¿cómo podría no hacerlo?

—Dime, ¿si pudieras quedarte aquí, lo harías?

Tardó más de cinco segundos en contestarme que no, lo que a mí me resultó una respuesta afirmativa.

—Es absurdo ni siquiera pensarlo, Agnódice.

—Pero lo haces. ¿Has pensado en quedarte aquí con tu madre y tu hermana..., con tu familia?

Se miró las manos, que estaban entrelazadas sobre sus rodillas. Sobre ellas vi caer una lágrima y, al mirar el lugar de donde esta procedía, constaté el dolor más inmenso que nunca había visto en mi fiel niñera. Cualquier rastro de aplomo que tratara de mantener hasta ese momento terminó por esfumarse en el aire.

—¡Oh, Agnódice! ¡Me necesitan tantísimo! Mi hermana no da abasto..., y mi madre, ya la ves, no puede valerse por sí misma. ¡Y yo...! Y ella...

—No hace falta que me des ninguna explicación. Sé lo que significa tu familia para ti. También soy consciente del estado en el que se encuentra tu madre. Debes quedarte aquí, pero eso es algo que tanto tú como yo sabíamos antes de embarcarnos en esta aventura, ¿no es cierto?

Me miró como si tratase de encontrar en mi semblante algún rastro de resentimiento. Mas no lo halló.

—Pero no puedo quedarme. Yo pertenezco a tu padre...

Puse mis dedos en sus labios y, después, el rollo que llevaba, sobre sus rodillas.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y lo descubrirás.

La vi desenrollarlo y extenderlo sobre su falda con las manos. Las letras del arconte se marcaban oscuras y claras, y eran legibles incluso en la distancia a la que me encontraba. Su nombre y procedencia, además del de su amo, se leían al principio y al final del documento.

—¿Qué es esto, Agnódice? ¡Por los dioses! ¿Qué... qué es...? No entiendo... ¿Qué dice aquí?

Sus manos le temblaban tanto como lo hacían las hojas de palma que quedaban sobre nuestras cabezas. Se puso de pie y se dirigió al borde del río para leerlo de nuevo. Cuando pareció terminar, se giró muy despacio, con la cara desencajada y cubierta de lágrimas. Le temblaba la barbilla y las piernas con profusión.

—¿Esto es...? ¿Es...?

—Dilo, Kissa... ¿De qué tienes miedo? ¿Qué es?

—Mi libertad... —Susurró esas palabras con temor, como si al pronunciarlas fuese a despertar de un trance para comprobar que nada era cierto. Pero, al ver que yo asentía, lo repitió de nuevo, esta vez, gritando—. ¡Mi libertad, Agnódice, esta es mi carta de libertad!

—Sí, Kissa, eso es. Ese documento es la prueba de que ahora eres una liberta.

Terminó cayendo sobre mis rodillas en un llanto que duró mucho tiempo. Y yo la dejé así, mientras acariciaba su pelo para recordarle que no soñaba y que sus sensaciones pertenecían al mundo real. El sol se había ocultado cuando decidió enfrentar sus ojos con los míos en la penumbra.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué tu padre me ha dado la libertad, si yo no se la he pedido?

—Porque se la he pedido yo.

—Así, ¿sin más?

La forma en la que lo dijo (pues manifestaba conocer a mi padre tan bien como yo) me hizo reír.

—No, Kissa, no fue de un día para otro. Tampoco fue sencillo convencerle, ya que no confiaba en que mi petición partiese de una adulta que pudiese prescindir de tus cuidados y atenciones, sino de una niña caprichosa. Hace dos años, antes de venir a Alejandría, tuvimos una conversación de padre a

hija, o, más bien, de hija a padre. Fue la última noche que lo vi, lo recuerdo bien porque mi mente inquieta la ha recordado muchas veces. Tan solo estábamos él y yo a las afueras de la casa del cerámico, y hacía una noche tan agradable como la de hoy. Sabía que era consciente de lo que habías sufrido conmigo durante nuestra estancia en casa de Demócrito. ¡Qué hecho tan injusto y cruel! Entonces, le pedí tu libertad como algo razonable y justo para ti. Quería que me acompañaras en mi viaje y que no regresases nunca al lugar donde tanto daño te hizo ese despreciable ser. Quería que viajaras a tu aldea y que te reencontrases con tu familia, como has hecho. Aquí, junto a tu río adorado, tus dioses conocidos y tu pequeña y preciosa familia. Después de lo que habías pasado, después de lo que habías aguantado por mí, a mi lado, no podía imaginar una manera mejor de pagarte toda tu entrega, todo tu amor. Así que, como Penélope me había devuelto el dinero del año que estuvo percibiendo honorarios, yo lo puse íntegro en las manos de mi buen padre. Fue suficiente para el arconte, pero un precio irrisorio para mí. Ahora, como te he dicho, eres una liberta, y ese documento es la prueba legal de ello. La semana antes de tu aniversario llegó a mis manos, por fin, y yo no encuentro mejor momento para entregártelo que hoy, en este lugar, que es tu hogar. Sin embargo...

—¿Qué? ¿Qué te pasa?

—Pese a todo, debo reconocer que me destroza el alma dejarte aquí. ¡Oh, Kissa, soy tan egoísta! —Mi niñera trató de consolarme, pero la aparté con suavidad—. No, déjame; no quiero consuelo porque no tengo derecho a estar así. Nunca imaginé que al venir encontraríamos este panorama desolador. De saberlo, hubiésemos venido mucho antes. Hubiese insistido a mi padre aún más... Créeme, Kissa, que me duela dejarte atrás no quiere decir que no entienda que es la decisión más acertada por tu parte. Ahora ellas te necesitan más que yo. Me alegra que tu primera decisión como mujer libre sea quedarte al lado de tu madre enferma. ¡Oh, mi dulce niñera, qué afortunada he sido por tenerte a mi lado media vida! Ahora, atesora ese papiro y no dejes que jamás nada ni nadie haga que deje de tener valor.

Ella lo apretó contra su pecho como respuesta, como si pretendiese insertarlo en su corazón.

—Bien, hay que regresar. Debo empezar a preparar el equipaje para mi regreso.

Comenzamos a andar y, a los pocos pasos, Kissa me detuvo agarrándome de la mano.

—Dedicaría mi vida entera a ti, lo sabes, ¿verdad, Agnódice? Nunca me he sentido una esclava con tu familia y mucho menos contigo; mi hija, mi hermana, mi amiga...

—Lo sé. Pero ahora tienes libertad para ir y venir a donde quieras y cuando te plazca, sin contar conmigo ni con ellos, sin pedir permiso. Tal vez no recuerdes que un día fuiste libre, pero deberás acostumbrarte Kissa, por los dioses que debes hacerlo..., tú que puedes.

—Agnódice —dijo, volviendo a evitar mis pasos.

—Qué.

—Gracias por esto, por este regalo.

Esta vez fui yo la que decidió no seguir andando. La miré de frente y agarré sus manos, que aún sujetaban contra su pecho el papiro enrollado.

—¿Regalo? Oh, no te equivoques, Kissa. La libertad no es un regalo, sino un don con el que nacemos, que nos pertenece y que no se debe quitar ni otorgar. Aunque no hubiese un documento legal que lo confirmara, tú siempre has sido y serás libre para mí.

La mañana en la que debía partir, los únicos realmente animados con ese hecho eran los sirvientes de mi tío, quienes no podían disimular, entre jubilosos silbidos de camino al río, las ganas de abandonar el fatigoso trabajo del campo. Yo, que por primera vez había ejercido a ojos de los demás como médica, sin engaños ni artificios, me había sentido plenamente libre. ¡Por primera vez en mi vida! Los pocos habitantes de la aldea salieron de sus casas a despedirnos. Los últimos días habían sido una fiesta continua. Cuando Anippe se enteró de que su hermana había recuperado su precioso derecho a ser libre, y que, además, se quedaría con ella, preparó tortillas con los huevos extra de su despensa, sacó dos ánforas de cerveza guardadas para alguna ocasión especial, preparó tortas y galletas, e invitó a muchos de sus más apreciados vecinos, aquellos que más se alegrarían de la noticia. Y eran estos los que ahora salían a decirme adiós. Algunas ancianas lloraban y por sus gestos de súplica supe que me estaban pidiendo que me quedase en el lugar.

Puesto que los sirvientes ya habían partido con el escaso equipaje que yo llevaba de vuelta, mi niñera y yo decidimos andar a paso lento, postergando en la medida de lo posible nuestra despedida.

—Te echarán mucho de menos. Has dejado una profunda huella en sus corazones.

—Yo también extrañaré este lugar y a esta gente.

—Agnódice, ¿recuerdas a la joven madre a la que atendiste a los cinco días de llegar aquí? ¿La que nos contaste que habías tenido que coser?

—Sí, claro que la recuerdo.

—Bien; pues, según me he enterado, era el tercer hijo que traía al mundo. Los dos primeros murieron en el parto porque la matrona de la aldea vecina, la única persona capaz de atender un parto complicado por aquí no supo practicar esa maniobra que tu pareces dominar tan bien. Y ¿el anciano que nos atendió la noche en la que llegamos, aquel que nos indicó la dirección? Pobrecillo. Tenía una infección tan grave en el ojo que corría el riesgo de quedarse ciego. El tratamiento que le ofreciste ha hecho que se sienta mejor, sin dolor, e incluso puede mantener el ojo abierto. ¿Y el joven artesano con la cara inflamada por la infección de sus encías? Tras haber pasado dos semanas de terribles padecimientos que le impedían salir a pescar, ahora es un padre dichoso que proveer a su familia.

» Agnódice, tienes un don, ya te lo dije, antes incluso de que pisaras la ciudad del saber. Tú ya eras médica antes de unirme al Museion, lo has sido desde que estabas en el vientre de tu madre. Es por eso por lo que te he apoyado en todo, es por eso por lo que sería capaz de perder la vida encubriendo lo que haces. Porque confío en ti y en tu trabajo, y porque me has hecho entender que da igual que un médico sea un hombre o una mujer, si es un ser humano capaz de traer esperanza a un lugar tan abandonado por los dioses como es esta, mi aldea. Mírame. ¡Te he dicho que me mires, Agnódice!

La obedecí, sorprendida por el tono de su imposición. Ella sujetó mi cara por el mentón y me dijo con firmeza:

—No dejes que nadie te haga sentir culpable por perseguir un propósito cuya finalidad es hacer el bien a los demás. Da igual los ardides que tengas que usar: si la finalidad es hacer el bien, sigue adelante. Tal vez ellos no lo hayan tenido tan complicado para conseguir lo que anhelaban. Tú sí. Levanta la cabeza y mira a tu alrededor, porque todo lo bueno que has logrado te lo estás perdiendo, y no es justo para ti. Mira hacia atrás, ¿los ves allí? Esa gente que nos sigue te recordará eternamente. Esa madre recordará de por vida el nombre de la mujer que ayudó a nacer a su hijo sano y salvo, y el resto tendrá tus ojos grabados en su corazón por parecidos motivos. Lo que haces es demasiado noble como para que alguien pueda hacerte creer que es algo malo.

—Gracias por tu confianza y por tus palabras, Kissa.

—No pretendo que me las agradezcas, solo que las asimiles y recapacites

sobre ellas.

Caminamos haciéndonos promesas de escribirnos a menudo: yo para contarle mis avances en la prueba final, ella para pormenorizarme sus vivencias en la aldea. Y, cuando menos lo esperábamos, el embarcadero emergió ante nuestros ojos. Los criados ya estaban sobre la barca, ansiosos, y yo comencé a experimentar el miedo atroz que debe sentir una criatura cuando es arrancada de los brazos de su madre por la fuerza. Me abracé a Kissa tratando de retener la forma conocida de su cuerpo, su olor agradable y único, el sonido de su respiración tan singular. A nuestro alrededor habían empezado a aparecer los niños y perros de la aldea que nos habían seguido hasta allí. También algunos vecinos curiosos habían llegado hasta nosotras.

—Me has prometido regresar alguna vez. ¿Lo harás, Agnódice?

—Tan pronto como me lo permita el Nilo, te lo prometo.

—Pues entonces, vete, mi preciosa niña, vete y cumple con tu propósito. La próxima vez que te vea ya serás médica, y mi corazón estallará de gozo ante ese hecho único y maravilloso.

Me subí en la barca a regañadientes. Con mucho gusto hubiese mandado regresar a los criados sin mí. Nada necesitaba más que mi caja de médico y a Kissa para ser feliz. Pero no lo hice. Me senté en la popa para ver alejarse la orilla y a mi niñera empequeñecer con la distancia que ya nos separaba. Rodeada de los lugareños, que me despedían entre vítores, parecía una florecilla delicada y hermosa entre las zarzas secas de un páramo pavoroso.

—¡Demuéstrales quién eres, Agnódice! ¡Demuéstraselo a todos ellos! —la oí gritar.

Y entonces abrí las compuertas del dolor y dejé que el llanto contenido se liberara ante los ojos apenados de los demás ocupantes. Lloré hasta que el día se transformó en la noche, y continué así hasta que, cinco días después, mis sandalias pisaron la arena de Alejandría.

Mientras me dirigía a la casa de mi tío, notaba el tenso hilo de la vida que aún me unía a ella, a mi amada niñera, tan fuerte que ni la distancia de cien ríos podría romperlo nunca.

Y también lloré por la alegría de saber que ella quedaba libre, como la niña que fue, como los ánades del río y las gaviotas del mar, que a cada aleteo celebraban la facultad de poder obrar a su antojo; pero, sobre todo, lloré por la desolación que me provocaba saber que yo, con mi regreso a la civilización alejandrina, volvería a perder mi libertad.

La prueba final

Apenas guardo recuerdo de los dos meses que transcurrieron entre el día en que regresé a la ciudad y el de mi prueba final. Apabullada por mis obligaciones, solo sé que los habitantes de la casa de mi tío se sintieron tan apenados con la ausencia de Kissa que sus gestos sombríos y apesadumbrados acompañaron sus labores durante mucho tiempo.

La mañana de mi examen final mi tío decidió delegar todas sus responsabilidades en un ayudante con el que contaba desde hacía dos semanas. Estaba más nervioso que yo, algo evidente por la torpeza con la que realizaba todas sus tareas matutinas. Hasta el mismo Rashidi se vio obligado a cogerlo por los hombros para serenarlo con palabras amables.

—¿Todavía no estás lista? Ya sabes que al anciano no le gusta esperar. ¿Quieres que te ayude a maquillarte? ¿Ya has desayunado?

—¿A cuál de tus preguntas deseas que responda primero, tío? Más parece que sea a ti al que van a examinar... Además, todavía hay tiempo —respondí mientras terminaba de tupirme las cejas.

—Tienes razón, estoy algo alterado. Sé que te has preparado, pues no he visto que hayas hecho otra cosa más que atender pacientes y estudiar durante estos dos meses —aseguró, como si tratase de convencerse de que no había motivos para su preocupación desmedida.

Rechacé el desayuno sólido que me ofrecieron; mi estómago se negaba a recibir cualquier alimento que tuviera que masticar, pero la insistencia de los dos hombres me llevó a tomar un vaso de leche tibia.

Todavía quedaba una hora para la prueba. Aunque tenía tiempo de sobra, decidí salir de la casa y refugiarme en el Museion hasta que llegase el momento. Estaba convencida de que estar rodeada por mis iguales sería mejor que estar acompañada por el manajo de nervios en que se había transformado

Eurípides. El murmullo ensordecedor de los más de treinta alumnos que ese día se examinarían me guio hasta la sala de reuniones. La escena me recordó a una oración comunal, por lo que intenté entrar sin interrumpir la concentración reinante. No tardé en encontrar a Sefranio, quien, como la mayoría de los estudiantes en torno a él, recitaba en voz alta. No me vio ni siquiera cuando me puse a su lado. Era normal. Nos jugábamos mucho. Si no superábamos las pruebas nos veríamos obligados a repetir otro año en la Escuela y, en ese caso, tendríamos que costear nosotros los gastos, y no el erario, algo que resultaría imposible para muchos. Cuando por fin se dio cuenta de que estaba allí, me saludó enarcando las cejas y prosiguió con su repaso. Yo me limité a observarlo. Pese a no haber dormido nada la noche previa, no me encontraba cansada; sin embargo, no me atreví a coger ningún rollo para repasarlo. Lo que tuviese que ser, sería.

Una hora después cinco maestros cruzaron el ancho portal. Vestían unas clámides blancas con bordados rojos que casi rozaban el suelo y un himatión con los mismos colores sobre uno de sus hombros. La imagen de los venerables resultaba impactante. Lucían el atuendo que reservaban para atender a los más ilustres habitantes de la ciudad, incluido al rey, o, como en este caso, para los días especiales como el que vivíamos. Las voces se fueron consumiendo poco a poco, hasta que se hizo un silencio absoluto. Los que estábamos sentados nos pusimos de pie enseguida, los que leían fueron colocando los rollos que llevaban consigo en las estanterías del fondo de la sala. Todos acudimos a formar una hilera ordenada ante los sabios, que nos miraban tan tiesos como dioses en su pedestal, aguardando el momento perfecto para poder empezar.

—Bien —comenzó a decir Herófilo—. Puesto que ya he podido comprobar cómo os desenvolvéis ante los pacientes a los que habéis tenido que atender durante este último año, y como hace dos días la mayoría de vosotros tuvo que atender una operación complicada, la parte técnica de vuestro trabajo ya ha sido evaluada.

Los alumnos comenzaron a murmurar algo en voz baja y a mirarse unos a otros con asombro. Ciertamente, la noticia nos cogía por sorpresa. Lo habitual era que a lo largo del día algunos de nosotros, al terminar las pruebas orales, tuviésemos que practicar alguna operación programada; el resto lo haría en los días sucesivos. Cuando el último de los estudiantes hubiese terminado, el maestro ya contaría con la información suficiente como para poder otorgar un aprobado o un suspenso. Sin embargo, por lo que le oíamos decir, una vez

todos hubiésemos realizado el examen oral, él ya contaría con lo necesario para evaluarnos.

Intenté rememorar la operación que yo había tenido que practicar bajo la atenta mirada de mi maestro dos días atrás; no me fue difícil. Por primera vez había tenido que amputar el antebrazo de un anciano. La mordedura de una serpiente hacía estragos en su extremidad izquierda, y el hombre corría el riesgo de morir antes de la noche, cuando el veneno ya hubiese doblgado a su corazón. Recuerdo ver el miedo en sus ojos y en los de su joven hijo, que aguardaba al lado de su progenitor. No titubeé para hacerlo. Fue un corte limpio del que casi ni se enteró gracias a los efectos de la esponja soporífera. Su hueso frágil fue una ventaja, pues la sierra dentada con la que contaba no parecía la adecuada para esa tarea. Lo curé bien y, unas horas después, se fue a su casa. La tarde anterior había ido a visitarlo para comprobar que todo iba bien, y me había ido de su casa satisfecha al ver que así era. Ese recuerdo me tranquilizó.

—Vamos, guardad silencio de nuevo, no os sublevéis. Ya sé que esto os coge por sorpresa, pero necesitaba veros actuar sin la presión de un examen. Los pacientes no deben estar bajo manos temblorosas, como hubiese sucedido hoy. Espero que lo comprendáis. De todos modos, la mayoría ha superado esa fase con éxito. Podéis estar tranquilos, y vuestros pacientes, también. Bien, estos son mis compañeros, a muchos ya los conocéis. —Fue nombrándolos uno a uno y, tras esto, también a siete de nosotros, hasta que solo quedaron dos grupos por adjudicar: Erasítrato de Ceos se encargará de vosotros siete, y los siete restantes —dijo, señalando a los últimos de la hilera, entre los que me encontraba yo— vendréis conmigo.

Confieso que cuando escuché esa orden tomé conciencia de donde estaba y comencé a temblar: el trascendental momento había llegado.

Los grupos se fueron dividiendo y dirigiendo a las respectivas aulas donde iban a ser examinados. Tardaríamos horas en responder a las preguntas. No nos dirían si nuestras respuestas eran correctas o no; no era el momento de las correcciones ni de explicaciones. Solo se nos clasificaría en dos grupos: los aprobados y los suspendidos. Mientras seguía los pasos de Herófilo junto al rebaño de tímidos corderos en que se habían convertido mis compañeros, recordaba la información que mi tío me había ofrecido semanas antes. A continuación se sucederían una serie de preguntas relacionadas con cualquier cuestión de entre todas las que habíamos aprendido en nuestros dos años de

aprendizaje en la Escuela de Medicina: debíamos conocer la ubicación de las partes corporales con total exactitud, saber de qué enfermedad se trataba por la información de los síntomas que la delataban y poner el tratamiento adecuado al escuchar los achaques. El maestro insistiría especialmente en aquellas cuestiones que atañían a la especialidad que habíamos elegido, en mi caso, ginecología y obstetricia. De las veinte preguntas que nos realizarían ese día, debíamos responder correctamente al menos quince de ellas. Y no había margen para el error ni segundas oportunidades ese día. Por si todo esto fuera poco, además, deberíamos haber realizado correctamente la operación para salir de allí siendo médicos, para cumplir nuestro sueño.

No era eso lo que me preocupaba, sino el hecho de saber que, dentro del grupo en el que ahora me encontraba, doce alumnos repetían las pruebas después de haberlas suspendido el año anterior. Solo seis médicos habían superado las pruebas de manera impecable en toda la historia de la Escuela de Medicina de Herófilo. Solo esos seis habían realizado una intervención impecable a su paciente y habían respondido de manera correcta a las veinte preguntas, consiguiendo con esa hazaña ejercer tanto de médicos como de maestros. Ahora todos ellos lucían orgullosos sus túnicas blancas de médico en la misma sala de la que acabábamos de salir minutos antes: los mejores hombres entre los hombres.

Una vez llegados a nuestro destino, Herófilo llamó al primero de nosotros sin dar tiempo a que ninguno de los demás ocupásemos nuestros asientos. Para todos habría preguntas diferentes. Nada podíamos sacar del que iba antes por mucho que escuchásemos sus respuestas. Al menos una hora después, llamó al segundo de los alumnos. El tiempo transcurría más despacio de lo que imaginé nunca. Me dolía el pecho y me costaba respirar, y la taza de leche que me había tomado esa mañana amenazaba con salir de mi estómago si no lograba serenarme. De repente, todas las horas que había dedicado al estudio me parecieron escasas; todas las veces que había atendido a mis pacientes me parecían nimias; la amputación que había realizado, catastrófica, e incluso me preguntaba si el paciente amputado estaría vivo o habría muerto esa noche desangrado por mi mala praxis... Tenía la cara enterrada entre mis manos cuando el maestro pronunció mi nombre.

La luz cenital que entraba por la claraboya había desaparecido, y ahora las lámparas iluminaban el lugar donde nos hallábamos. Ya era de noche y solo quedaba yo. Tragué saliva sin que esta fuese capaz de refrescar mi garganta áspera y seca. Me senté frente al maestro, que me miraba sonriente, como si

aún conservase la energía con la que había comenzado su trabajo esa mañana. Yo, sin embargo, me sentía desfallecida. Para mi desgracia, la falta de descanso empezaba a hacer mella en mí, y mi fortaleza y aplomo de esa mañana ahora quedaban muy lejos.

Comenzó con preguntas sencillas referentes a partes del cerebro que algunas veces había nombrado en sus disecciones. Me enseñó una lámina de papiro en la que había un dibujo del órgano gris, y yo tuve que señalar cinco zonas que él nombró; después tuve que decirle las consecuencias que acarrearía una lesión en cualquiera de ellas: ceguera, inmovilidad del lado derecho o izquierdo del cuerpo, incapacidad para hablar... Respondí a todas las cuestiones. En ningún momento me dijo si mis respuestas eran acertadas o no, y, aun así, poco a poco me fui serenando. El maestro tenía esa facultad: era templado y cauto, y sabía transmitir esas cualidades a sus alumnos. Hizo una alto para llenar dos jarras con agua y ofrecerme una. Le agradecí el gesto y luego la bebí con ansiedad. Continuó con más preguntas, esta vez referidas a las enfermedades de las mujeres. Definí las que había conocido de cerca, los tratamientos que había aplicado y los resultados observados. He de decir que ahí me explayé de buena gana, por ser el terreno donde más y mejor me había movido desde que había empezado atender a pacientes en la ciudad. Una vez lo vi apuntar algo respecto a un unguento que admitió desconocer, y luego continuó escuchándome. Los dos supuestos sobre los que me preguntó me resultaron engorrosos y complicados. Tuve que meditar mucho antes de ofrecerle una respuesta. Como con todas las preguntas anteriores, ni su voz ni sus gestos me dieron a entender si había acertado o no. Volvió a servirme un vaso de agua; finalmente, dijo:

—Bien, Jano de Atenas, ahora solo me queda una última pregunta. ¿Estás preparado?

Lo miré sorprendida, pues, según mis cálculos, ya había respondido a las veinte cuestiones necesarias. Sin embargo, no quise excusarme.

—Sí, maestro, lo estoy.

—Muy bien. Si encontrases dos esqueletos totalmente despojados de su piel, su carne, sus órganos... limpios de todo rastro de la humanidad que un día tuvieron, y, sabiendo que uno es de un varón y el otro de una mujer, dime: ¿cómo sabrías reconocer a quién pertenece cada cuál?

Deliberé unos segundos. La respuesta me resultó más evidente y sencilla que en los supuestos anteriores; de hecho, me pareció un regalo.

—Por las caderas; ahí radica la principal diferencia, maestro. Es debido al

parto, por supuesto. Para que una criatura pueda pasar a través de la pelvis de una mujer, esta debe ser más pequeña, menos profunda pero más ancha que la de un varón. Este hecho es evidente para quien sepa bien dónde buscar.

—¡Excelente! —fue su emocionada respuesta.

Di un respingo por lo inesperado de su reacción.

—¡Oh, no te asustes, joven! Esta no era una cuestión que correspondiese con la prueba final; hace rato que ya has contestado a todas. Esta pregunta se la he hecho a la mayoría de vosotros; solo quiero comprobar si habíais atendido el día que la expliqué. Por suerte para ti, has respondido con más detalle del que esperaba. Bien, ya podemos irnos, no queda nadie en la sala. Como sabrás, dentro de tres días deberás regresar aquí junto a tus compañeros para recoger los resultados de las pruebas. Hasta entonces, come, descansa y disfruta de los placeres que ofrece esta gran ciudad.

Mi tío me esperaba en mitad de las escaleras del Museion. Hablaba con uno de los maestros que habían realizado las pruebas. Cuando me vio salir, se despidió y esperó a que llegase hasta él.

Comencé a relatarle lo ocurrido entre los muros del fastuoso edificio que tenía detrás. Por asombroso que parezca, la mayoría de las preguntas que Herófilo me había hecho ya no estaban entre mis recuerdos, así que pasé a explicarle los dos supuestos, por tenerlos más frescos en mi mente. A todo lo que yo le decía, mi tío respondía asintiendo con interés, hasta que me fijé en que sus ojos estaban petrificados mirando algo que debía estar detrás de mí. Me giré para ver qué es lo que había causado tal embebecimiento en él, y entonces lo vi. Salía del edificio y ahora comenzaba a descender por las escaleras donde nos encontrábamos nosotros. Mis ojos curiosos buscaron en los suyos una señal de perdón. Ilusos. Mientras él descendía, y durante no mucho más de un segundo, clavó sus ojos negros en los míos. El tiempo se detuvo entonces: la gente dejó de moverse a nuestro alrededor, la brisa dejó de soplar en mi nuca, las voces se apagaron, y yo creí desfallecer. Pero no era una mirada amable la que me dirigía, sino una cargada de ira o de dolor, tal vez de ambas emociones a la vez. La dureza de su gesto me obligó a desviar la mirada hacia el mármol bajo mis sandalias. El traductor siguió su camino sin mirar atrás, y el tiempo volvió a seguir su curso, ajeno a mi conmoción.

—¿Estás bien? Venga, vayamos a casa para que comas algo y descanses. El día ha sido demasiado largo, demasiado tenso.

Una vez al abrigo de mi cuarto, apagué la llama del candil y me cubrí con el fino cobertor. Miré la cama que solía ocupar mi niñera. Estaba pulcramente hecha, como ella la había dejado, y, como siempre que me detenía a contemplar ese hueco vacío de mi casa y de mi alma, permití que la desolación penetrase en mí. Ahora más que nunca necesitaba sus palabras amables, sus tiernos cuidados, como si una parte de mí se negase a aceptar que ya era una mujer y no una niña. Por suerte para mí, el sueño era tan intenso que apenas me dio tiempo a rememorar la tensión de lo vivido en las pruebas de ese día. Al cerrar los ojos la luz del candil todavía permanecía bajo mis párpados. Poco a poco, el dorado refulgente se fue tornando en un oscuro y hondo pozo, cuya profundidad fue aumentando hasta parecer no tener fin. Me estremecí y traté de pensar en otra cosa. Pero los oscuros ojos de Zarek siguieron ahí cuando me dormí, me acompañaron durante mis sueños y, al despertar, ya habían ocupado mi corazón por completo.

Eurípides se encontraba recostado sobre un *kline* púrpura y dando algunas órdenes a su ayudante. El joven, al verme salir de mi cuarto con el pelo revuelto y el corto himatión, se puso colorado como una grana y salió por la puerta de la casa atropelladamente. Cuando iba a cerrar, un mensajero evitó que la puerta se atrancara.

—¿Eurípides de Atenas vive aquí?

Rashidi se acercó a la puerta y recogió el puñado de rollos de papiro que el mensajero le ofreció. Cuando este se hubo marchado, el hombre se acercó a mi tío y fue nombrándoselos por el lugar de procedencia o por el emisor. Cuando alguno de ellos hacía referencia al pago de cierto impuesto, mi tío hacía algún gesto desdeñoso con la mano. Así, uno a uno, fue amontonándolos, como si de morralla se tratara, sin tan siquiera malgastar un segundo en comprobar su contenido. Y así hasta que Rashidi llegó al último de ellos.

—Este viene de Menfis. Reconozco el nudo de este cordón y la letra con la que está escrita la etiqueta.

—Vaya, creo que este es para ti, Agnódice —dijo Eurípides, ensanchando una sonrisa.

Dejé el desayuno a medias y me levanté de la mesa para cogerlo. En torno a mí los criados se arremolinaban esperando a recibir noticias. Como entendí que ellos, al igual que yo, aguardaban este mensaje con impaciencia, procedí a leerlo en voz alta.

Queridísima Agnódice,

No sé cuánto tiempo habrá pasado desde que redacté este mensaje cuando llegue a tus manos. Yo lo he escrito un mes después de verte partir, y lo he hecho para contarte que en mi aldea todo anda igual que cuando te fuiste. Mi madre sigue en las mismas condiciones, pero al menos me consuela ver que no está peor. Mi hermana, en contra, si ha cambiado, pero para mejor. Ya no grita tanto e incluso disfruta de algunos ratos al sol de la tarde junto a sus hijas. ¡Tendrías que verla! Su esposo llegará en dos semanas y por eso está muy emocionada. Por aquí todos te extrañan mucho. Pero de entre todos, yo soy la que más te echo de menos, como comprenderás. Mi pequeña, tal vez ya hayas realizado la importante prueba para la que tanto has trabajado. Cada día rezo a los dioses egipcios y a los griegos para que consigas superarla con éxito. Espero que todos estéis bien en la gran ciudad. Dile a tu tío que lo extraño mucho, y a Rashidi y a los demás que me acuerdo de ellos también. Deseo que los dioses sean generosos con todos. Mi pequeña, si finalmente regresas a Atenas, como es tu deseo, prométeme que tendrás mucho cuidado. Cuida tu vestimenta y maquíllate como yo te he enseñado a hacerlo. Allí cualquier persona podría reconocerte sin mucho esfuerzo. Tiemblo nada más pensar en ello... Me prometiste visitarme, y eso espero. Si lo haces, aguarda hasta que el río mengüe en su crecida.

Escríbeme pronto, por favor, e infórmame de los resultados de tus pruebas en cuanto los conozcas. Sean cuales sean, no dejes que nadie se pierda ver tu rostro hermoso de frente y bien alto.

Con todo el amor del que soy capaz:

Tu niñera, que te ama, Kissa.

Alguna criada ya había comenzado a gimotear. Mi tío puso la mano en mi hombro cuando me vio volver a enrollar el papiro y llevármelo al corazón.

—En cuanto tenga los resultados le escribiré y le diré cuánto la echáis de menos vosotros también, descuidad.

Entré en mi cuarto y me tumbé sobre su cama, abrazando el rollo. Estaba exangüe, aturdida y, ahora, también tremendamente triste. «Cuánto te extraño, Kissa —pensé, metiendo la cabeza debajo de su almohada—. Si supieras que nunca he estado tan sola como lo estoy hoy. Pese al amor que hay en esta casa, parece un invierno cruel en vez del más cálido de los veranos ahora que tú no estás. Ojalá estuvieras aquí, o, mejor, ojalá yo estuviera ahí, contigo, en ese reducto de calma que es tu aldea». Me sequé las lágrimas y, dejándome llevar

por el agotamiento que aún gobernaba mi cuerpo y mi mente, volví a quedarme dormida.

La mejor entre los hombres

Miré los dedos de mis pies agitarse de arriba abajo en mis sandalias, como si con su meneo trataran de convencer a las plantas de que los emulasen. Si lo hicieran, si lograsen elevarse del suelo y ponerse en movimiento, hubiesen podido trasladar al resto de mi cuerpo hasta la Escuela, donde conocería los resultados de mis calificaciones. Si era médica o no, hoy lo sabría. Pero, por alguna razón, mis extremidades no parecían compartir el deseo de subir por los escalones que tenía frente a mí. Sefranio me apuraba desde lo alto, y algunos compañeros, a medida que pasaban por mi lado, me daban leves palmaditas en la espalda. Llené mis pulmones de aire y, haciendo acopio de valor, por fin conseguí llegar hasta mi amigo. Juntos entramos en la Escuela, donde ya estaban los demás. Uno de los ayudantes de Herófilo estaba subido sobre la tribuna y, cuando vio que después de nosotros no entró nadie más, nos pidió amablemente que acudiésemos al jardín. Desde allí, de uno en uno, deberíamos subir hasta el corredor superior, donde el maestro nos atendería.

Algunos corrieron a sentarse en la exedra, otros lo hicieron sobre la hierba, y el resto ya hacía cola bajo los escalones que subían hacia donde se encontraba el anciano con sus noticias. El primero en entrar no tardó mucho en salir. Había pasado con éxito y celebraba la noticia desde la balconada del corredor que daba al jardín. Los compañeros estallaron en aplausos jubilosos, y lo mismo ocurrió con cada uno de nosotros que iba saliendo con idéntico anuncio. Pero no todos corrieron la misma suerte. Ocho de ellos salieron cabizbajos, sin aspavientos, y con esa falta de ánimo abandonaron el jardín y el Museion sin cruzar una palabra con los que todavía aguardábamos abajo. Sefranio, que en todo momento había permanecido a mi lado, fue el penúltimo en subir. Cuando terminó de hablar con el maestro y salió por fin, nos miró con el rostro completamente consumido por el dolor. Me llevé las manos a la boca

instintivamente.

—He pasado las pruebas con éxito, amigos. ¡No os libraréis de mi importante competencia tan fácilmente!

Los jóvenes estallaron en vítores nuevamente, y yo, tras recuperar el aliento, me uní a ellos.

—El maestro te espera, Jano. Solo quedas tú —me informó cuando llegó a mi lado.

El resto de mis compañeros me apremiaba con la mirada para que subiese. Sabía que no se irían de allí hasta que el último de nosotros tuviese los resultados.

De nuevo, el bloqueo de mis extremidades dificultaba mi subida, como si algo en mi interior me advirtiese de un peligro inevitable. Al fin llegué hasta la puerta del anciano, que estaba cerrada; dentro no se oía nada. Miré hacia la izquierda del pasillo por donde había venido, y también a la derecha, y dispuse echar a andar por ahí. Continué hasta el final del corredor, con cuidado de que mis compañeros no pudiesen verme en el trayecto de mi huida. Dentro de una de las habitaciones del fondo había unos cuantos eruditos practicando algunos cálculos ininteligibles para mí. Decidí acompañarlos pese a la poca gracia que parecía hacerles mi resolución. Permanecí allí por horas, aterrorizada. La sola idea de tener que repetir otro año más en la ciudad se me hacía insoportable. Otro año más en un lugar donde, aparte de mi tío, no me quedaba nadie con quien compartir la verdad que escondía.

Cuando dejé de oír pasos en el exterior y ya estaba completamente sola en el cuarto, bajé al jardín. Pocos estudiantes quedaban allí; de mi grupo, ninguno. Supuse que se habían marchado, aburridos de esperarme. Me dirigí a la exedra y me senté en ella. Me temblaban las manos y las piernas se movían sin mi permiso, así que me obligué a apretarme las rodillas para que cesaran en su empeño de mostrar mi debilidad a los demás. Tal era mi inquietud, que una de mis sandalias salió despedida unos diez palmos y fue a parar ante los pies del maestro, que se acercaba a mí de frente. El anciano me miraba con los ojos entornados pero divertidos. Se agachó para recoger la sandalia y, antes de sentarse a mi lado, la puso sobre mis rodillas.

—¿Por qué no has subido esta mañana?

—Tenía miedo, maestro. No sé si quiero conocer los resultados.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo. Reconozco que fue un examen difícil; hoy he visto a muchos hombres llorar ante mí. No es agradable, pues guardo un gran aprecio por vosotros.

Lo miré y vi en sus ojos que decía la verdad.

—De los treinta y cinco alumnos —prosiguió—, solo han rebasado las pruebas veinte. De aquellos con los que empezaste el primer día, hace ahora algo más de dos años, solo doce. Dime, Jano de Atenas, ¿en qué grupo crees estar, en el de los aprobados o en el de los suspendidos?

—La verdad es que ahora mismo no sabría decirte, maestro —repuse, bajando la vista a mi pie descalzo.

—Llevo trabajando aquí prácticamente desde la fundación del Museion y me complace admitir que mi escuela ha alcanzado gran fama en todos los lugares del mundo donde se ha dado a conocer su existencia. Pero también reconozco que no ha sido fruto de la casualidad, sino gracias a mi fuerte empeño y dedicación, y al profundo amor que siento por lo que hago. Formar a hombres para que puedan ejercer esta profesión con la misma dedicación, amor y entrega que yo dedico es la mayor de mis pasiones y aquello que me mueve cada día. No sé cuánta vida más me tengan reservada los dioses, pero espero que sea la que sea, pueda seguir formando a más estudiantes en esta práctica fascinante y necesaria. Cada cierto tiempo, a veces con muchos años de diferencia entre ellos, de mi escuela logra salir algún erudito, alguien que ha comprendido cada una de las lecciones con la precisión correcta; alguien que ha logrado entender de qué va la profesión y cuál es su propósito. Qué afortunados los heridos y enfermos que recurran a la sabiduría y empeño que estos amantes de la Medicina poseen. Hacía cuatro años que ningún estudiante había logrado superar cada una de las fases y preguntas con la nota más alta. Hasta hace tres días. Sí, no me mires así. Tú has sido el estudiante más aplicado y brillante de todos los que he tenido en muchísimo tiempo. Tus calificaciones han sido excelentes durante los dos años que llevas aquí, pero esta vez te has superado.

—¡Oh, maestro...!

—No te sorprendas. Si hubiese tenido que apostar por uno de mis alumnos a que lo conseguiría, lo hubiese hecho por ti. No lo dudes —dijo, poniéndose en pie y colocándose frente a mí—. Vamos, levántate. Mañana será el día de entrega de los documentos que certifiquen vuestros resultados en la Escuela. Mañana, por tanto, será un día de celebración y algarabía. Os lo merecéis. Te lo mereces. Ahora, como le he dicho a tus compañeros, debes acudir a la Escuela de Medicina, donde hoy aguarda uno de mis antiguos alumnos para haceros entrega de las túnicas de médico. Mañana deberéis venir con ellas, no lo olvidéis. Será un día grande, vuestro día grande.

—Te lo agradezco, maestro...

—No, somos nosotros, los maestros, los afortunados en comprobar que nuestro tiempo y dedicación surte efecto en las mentes de los estudiantes. Pero la mejor recompensa a nuestro trabajo será que salgáis ahí afuera y demostréis vuestros conocimientos salvando o mejorando vidas humanas. Dime, ¿lo harás?

—Por supuesto que así será —respondí, mientras ponía mis manos en las suyas, presa de una emoción inenarrable.

Las miró y pareció recordar algo; luego, ensanchando una sonrisa, dijo:

—¡Jano de Atenas!, hace tres días contestaste muy bien a la última cuestión que te planteé. ¿Lo recuerdas? Te pregunté cuál era la máxima diferencia entre el esqueleto de un hombre y el de una mujer. Contestaste, como al resto de cuestiones, sabia y acertadamente. Sin embargo, hay otros detalles que solo un médico obsesionado con la anatomía, como este que te habla, es capaz de apreciar. ¿Lo sabías? Yo, sin más, antes de observar sus caderas, comprobaría los huesos de sus manos, de sus dedos, sus falanges... —Apretó suavemente mis extremidades, como ya hizo el primer día que nos conocimos—. Te sorprendería la notoria diferencia que hay entre las manos de un varón y las de una mujer. Como tú mismo dijiste el día del examen: un hecho evidente para quien sepa bien lo que buscar.

Me quedé impávida; la sangre abandonó mi rostro y fue a parar a mis brazos y piernas, algo que debió notar por mi rictus aterrorizado. ¿Hasta dónde sabía el maestro? ¿Desde cuándo?

—Bien —dijo, liberando mis manos y dándose la vuelta—; mañana nos veremos, Jano de Atenas, sobrino de Eurípides.

La celebración comenzó en casa de mi tío mucho antes que en la Escuela. Los criados y Eurípides, los únicos que conocían mi verdadera condición, celebraban entre vítores, aplausos y demás muestras de afecto los resultados de mi prueba. Había comida y bebida como para un ejército, y los brindis en mi honor iban aumentando a medida que lo hacía la ingesta de vino.

Cuando salí de mi cuarto arrastrando mi blanca túnica de médica, la algarabía cesó y todos contemplaron pasmados mi imponente atuendo. Mi tío se llevó una mano al corazón; luego, con los ojos chispeantes de felicidad, se acercó a mí.

—Ahora no solo eres médica, sino que también lo pareces. Pocos han trabajado tanto y tan duro para ganarse el derecho a llevar esa túnica como tú

lo has hecho, Agnódice.

—Gracias, tío. Yo también estoy muy emocionada por poder vestirla por fin.

Me repasé desde la punta de mis pies hasta el pecho: mi imagen era impactante, no podía negarlo. Un sentimiento de autocomplacencia empezaba a surgir en mi interior, y lo dejé crecer. Era extraño. Desde que había hablado con Herófilo, la tarde anterior, vivía en una nebulosa, un sueño plácido del que parecía no poder despertar. Decidí aprovechar esa tregua que me ofrecían los dioses y, junto a mi tío y Rashidi, me dirigí al Museion.

La antesala de la Escuela ya anunciaba celebración. Unas guirnaldas coloridas colgaban del techo y grandes jarrones adornaban la entrada a la misma. Al entrar comprobé que la sencillez de la sala donde había aprendido casi todos mis conocimientos médicos había dejado lugar al esplendor exigido para esa ocasión. Todo el suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra de color azul, y las gradas desde donde atendíamos a Herófilo tantas veces ahora estaban cubiertas por una tela del mismo color. Más jarrones y guirnaldas por doquier, y un agradable aroma a incienso que, junto a los rostros animados de mis compañeros, conseguían que todo pareciese una entelequia fascinante. Sobre la robusta mesa que se encontraba al lado del atril, veinte rollos de papiro aguardaban la llegada del sabio. Los alumnos entraban al mismo tiempo que lo hacía yo: iban impecables, soberbios y tan orgullosos de su hazaña que apenas podían disimularlo. Los echaría de menos, lo sabía. Con el tiempo habíamos aprendido a conocernos y a apreciarnos, convirtiéndonos en compañeros de un viaje que ahora llegaba a su fin. Corrimos a ocupar nuestros lugares; el mío, junto a Sefranio.

Algunos curiosos, entre los que se encontraban Eurípides y Rashidi, se agolpaban en los laterales de la sala. Sin tardanza tuvieron que abrir paso al maestro, que entraba con el mismo atuendo que nosotros para colocarse directamente sobre su atril.

—Vaya, mis más aventajados alumnos, las clámides os sientan mejor que a este anciano, qué duda cabe. —Aquellos a los que se refería comenzamos a reír—. Me alegro de veros a todos aquí reunidos; eso significa que habéis rebasado las pruebas, como muchos antes que vosotros hicieron. Ahora estáis preparados para defender esta profesión allá a donde os dirijáis. Llevad los conocimientos aprendidos a todos los rincones donde alguien los necesite. Demostrad vuestra valía y recordad que no todos tienen el don de aprender y ejercer la Medicina; vosotros veinte, sí. Volved a esta escuela de vez en

cuando, pues siempre habrá algo nuevo que aprender; tal vez vosotros de mí, puede que yo de vosotros. Ahora, así vestidos, sois el fiel reflejo de la dignidad y el empeño que poseéis en el interior, aquel por el que habéis trabajado mucho y muy arduamente durante estos años. Algunos de vosotros venís de muy lejos, y es a esos rincones hacia donde os dirigís ahora. Habéis dedicado muchos años al estudio alejados de vuestros seres queridos. Tenéis mi admiración y mi respeto por eso.

» Muchas personas se han beneficiado de vuestro trabajo en este último año. Ellos pueden contar que sus vidas han mejorado, o que continúan, gracias a mis alumnos, a vosotros. Vanagloriaos, pero conservad la humildad. Vuestras manos siempre deben estar en disposición de ayudar a aquellos que las precisen, nada puede ser más importante. En lo sucesivo de los días, cuando muchos de vosotros regreséis a vuestros hogares, si surgiese la ocasión, allá donde alguien os pregunte, decid que fue Herófilo quien os enseñó lo que sabéis.

» No me extenderé más; ahora procederé a haceros entrega de estos preciados documentos. Llevadlos con vosotros, pues son la prueba de que habéis estudiado en uno de los mejores lugares del mundo para aprender vuestro oficio: en la Escuela de Medicina de Alejandría.

Nos llamó uno a uno por nuestros nombres y lugar de procedencia. Cuando acabó con el último, los estudiantes y los curiosos, que aún se agolpaban expectantes, le tributamos una gloriosa ovación. Nos abrazamos orgullosos, compartimos risas y llevamos nuestras emociones al límite del paroxismo. Más tarde pasamos al comedor principal, donde un gran banquete aguardaba sobre las largas mesas, y ahí permanecemos durante muchas horas de alegre festejo.

Bajé los escalones del Museion a paso lento, dejando que Sefranio y los demás fuesen por delante de mí. Cuando estaba a mitad, me giré para contemplar el magnífico edificio. La luna llena lo coronaba, como si quisiera embellecerlo aún más. No sabía cuántas veces más me adentraría en sus muros, o si lo haría alguna vez. Todo lo que había deseado obtener de niña se encontraba detrás de las columnas de aquel pórtico; fuera de ellas, poco podía ofrecerme la vida. Ahora ya no contaba con la protección de Herófilo; pronto, tampoco con la de mi tío. Al día siguiente partiría a Atenas y en cinco o seis días me reencontraría con aquellos a los que había dejado atrás hacía años y a los que ahora tanto extrañaba. Y, lo más fascinante de todo, me tocaría

encontrar la manera de ejercer la Medicina amparada en un título que ahora apretaba contra mi pecho palpitante.

Ahora sí, por fin era médica: médica de las mujeres.

La llamada de Eurípides distrajo mis pensamientos y eché a correr a su encuentro.

Tenía un propósito que cumplir esa noche, otra prueba por delante, la última a la que me enfrentaría en la ciudad, y caminé a paso vivo para poder realizarla a tiempo.

Horas después, cuando salí del agua aún tibia de la bañera, me aproximé a la butaca donde descansaba mi ropa. Las vendas que solía usar para aplastar mis pechos yacían en una esquina del cuarto como serpientes constrictoras pálidas e inertes. No las necesitaba. No esta vez. Cogí un chitón morado y tejido con un lino muy fino y lo enrollé alrededor de mi cuerpo, sujetándolo sobre mis hombros con dos fibulas plateadas con formas de escarabajos. Después, ajusté mi cintura con un cinturón de plata que lanzaba flamantes destellos en todas direcciones. Mis caderas, otrora escondidas, ahora reclamaban el protagonismo, y mi contorno femenino derramaba su sombra sobre el suelo. Me calcé mis sandalias preferidas y luego peiné mi cabello húmedo con esmero, pero sin abalorios. Miré el reflejo de mi rostro limpio y sin tapujos: mis mejillas lucían sonrosadas; mis ojos brillaban de expectación y, tras un parpadeo, parecieron conformes con el reflejo que observaban. No necesitaba nada más, solo ser yo, Agnódice; con eso bastaba. Por último, cogí un himatión del mismo color que el vestido y cubrí mi cabeza y mis hombros con él.

Salí del baño con determinación. Nadie esperaba verme así, algo indiscutible por las caras de estupor con que me recibieron. Mi tío se puso en pie al ver que me aproximaba a la salida, pero no logró refrenarme. Bajé las escaleras muy rápido y no tardé en pisar la calle.

—¿A dónde vas? —gritó desde lo alto del balcón.

—Debo zanjar un asunto; mañana será demasiado tarde. No te preocupes por mí, regresaré enseguida.

—¡Dioses! ¡Ten cuidado con lo que tengas pensado hacer!

La mujer bajo la luna

Cuando llegué a la casa de Zarek, un carro aguardaba a las puertas. Atados a él, dos bueyes muy flacos rumiaban algo mientras se atajaban con el rabo las irritantes moscas del verano. No esperaba ver esa escena cuando me dirigí hasta allí, así que aguardé tras una palmera hasta ver qué ocurría. Como un cuarto de hora después (en el que me planteé entrar, pues no contemplaba regresar a mi casa sin hacerlo), Eirene salió ataviada de una manera muy elegante, y tras ella lo hizo Karsten. El hombre se sentó sobre el carro para ayudar a subir a su esposa; luego, pasaron por delante de donde yo me ocultaba y rodaron calle arriba en busca de su destino, cualquiera que fuera este. Crucé la vía y me detuve frente a la puerta. No sabía si habría alguien dentro, así que reuní algo de valor y golpeé sobre la madera. Como seguía sin oír a nadie, volví a hacerlo, esta vez con más fuerza. Casi había perdido la esperanza cuando, de pronto, la puerta se abrió. Al otro lado estaba Otis, que me miraba serio. Imaginé que no me reconocía, pero, de pronto, me sonrió y abrió más la puerta. Me tomé su gesto como una invitación a pasar y eso hice. Miré alrededor; la casa estaba vacía y solo un puñado de juguetes desparramados por el suelo y el pequeño parecían ocuparla.

—Hola Otis, ¿sabes quién soy?

—No.

—Soy amiga de Jano, ¿recuerdas a Jano?

El pequeño pareció reflexionar unos segundos y, con una inclinación ceremoniosa de su pequeña cabeza, me indicó que sí.

—¿Está tu tío en casa?

—Arriba.

—¿Puedo subir? Necesito hablar con él.

Otis se encogió de hombros y luego se hincó de rodillas para seguir con sus

juegos. Los ojillos curiosos del niño siguieron mis pisadas hasta que llegué a la azotea. La pequeña puerta que daba al exterior estaba entrecerrada y la empujé con cierto temor.

Entonces, lo vi.

Estaba sentado en el muro desde el que nos había defendido a Sefranio y a mí hacía ya tanto tiempo que ahora se me antojaba una eternidad. Parecía observar algo en la distancia, en unas azoteas más allá, y no se había percatado de mi presencia allí. Terminé de empujar la puertecilla y di un paso más, hasta que medio cuerpo quedó bajo la luz azulada de la luna.

Entonces, me vio.

Se tensó y entornó los ojos tratando de averiguar quién se escondía debajo de mi himación. Entendí que había llegado el momento de desprenderme de la pesada tela. Me lo retiré de la cabeza y del resto del cuerpo, y lo lancé a mi derecha. Quedé con mi sencillo chitón morado ante él, sin más artificio. No tardó mucho en reconocermelo. Cuando esto tuvo lugar, apretó su espalda contra el muro donde lo tenía apoyado, como si observase a un ser venido del inframundo. Eso debía ser yo para él.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Necesito hablar contigo, he venido por eso —dije sin enmascarar mi voz de mujer.

—Pues vete, regresa a casa de tu tío, no quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme...

Se puso de pie de un salto, proyectando su sombra alargada sobre mí.

—Sé que estas enfadado, herido...

—No sé quién eres, pero no me conoces en absoluto si piensas eso. Solo aquellos a quien haya amado alguna vez tienen el poder de herirme. Tú no.

Tragué saliva. Tenía un rictus severo que tuve que sortear para poder seguir hablando. Di un paso más para esquivar su sombra. Ahora la luz de la luna se derramaba por completo sobre mí.

—Mañana partiré hacia Atenas. Pronto mi presencia dejará de importunarte. No volverás a verme jamás, si es eso lo que deseas. —Sabía que no iba a dejarme hablar hasta que no volcara todo su dolor sobre mí, así que provoqué la situación—. Una vez fuimos amigos, por eso ahora deberías escucharme.

—¿Amigos? ¿Tú y yo? —dijo, acercándose un paso más.

Ahora podía notar su respiración entrecortada y su aliento cálido golpear mi cara al ser expelido con rabia.

—Mírate, ¡dioses, no te reconozco! ¿Qué hace esta extraña en mi casa?

¿Alguien lo sabe? —gritó a su alrededor—. Tu voz... nunca me ha hablado; esos ojos... jamás me han mirado; esa cara... No sé quién eres, ni tú quién soy yo si has osado venir hasta aquí esta noche.

—Sé que lo extrañas.

—¿Cómo dices? ¿A quién?

—A Jano, tu amigo.

—Debes de estar mal de la cabeza. Deliras como una anciana ebria; ebria de embustes...

Se apartó de mí dando largos pasos atrás, hasta quedarse sentado de nuevo en el muro. Respiraba con profusión, y yo también.

—Lamento haberte engañado; a ti y a tu familia. Siento mucho que creyeras que mi cometido principal era haceros daño y traicionar vuestra confianza. Pero no era ese. Eso fue un daño inevitable, algo que no pude prever. No podía deciros la verdad, no podía revelar este secreto a nadie porque, de lo contrario, todos hubieseis peligrado. No fue un capricho ocultarme de este modo, bajo este disfraz. Lo hice solo para poder estudiar, para convertirme en médica.

—¡Tú nunca serás medica! Eres una advenediza que ha llegado a donde está mediante tretas y engaños que han podido y pueden costarte la vida. ¿Crees que no sería capaz de ir ahora mismo ante el arconte más cercano y denunciar tu atrevimiento? ¿Qué crees que me lo impide?

—Te conozco y sé que no lo harías.

—¡Para! Deja de decir que me conoces o...

Pareció llegar al límite de la ira que un hombre puede tolerar antes de causar un daño físico a otro, y, tras un fuerte suspiro de resignación, decidió guardar silencio durante un rato.

—No vas a marcharte hasta que te hayas justificado, ¿a que no? Hazlo, sé breve y márchate.

Miré a nuestro alrededor, nadie nos observaba; solo él y yo al amparo de un cielo límpido y sin estrellas. Traté de coger fuerzas del aire, y comencé a hablar.

—Me llamo Agnódice. Nací queriendo ser médica y en toda mi vida no he deseado otra cosa que conseguirlo. Pero la ley no me lo permite, como bien pareces saber, así que, cuando llegué a la adultez, encontré como única manera hacerme pasar por un hombre para acceder así a la Escuela de Medicina de Herófilo. Mi pasión era grande y mi ambición también; no quería estudiar con alguien de inferior elevación que mi maestro. Y eso hice. Al principio yo

también creía que lo que me movía a querer estudiar era el capricho, un sentimiento vacío, carente de amor, más proveniente de mi orgullo que de otra cosa. Pero luego conocí el dolor de mis congéneres. A mi alrededor las niñas morían a muy temprana edad, bien por no poder acceder a los cuidados de un médico, o bien por su negativa a solicitarlo aun pudiendo. Todavía comparten un pensamiento cerrado donde el pudor, el miedo o qué se yo, les impide mostrar su desnudez ante cualquier hombre que no sea su marido. Como comprenderás, no se puede parir vestida. Entonces supuse que, si yo lograba formarme, aprender lo más posible del mejor médico posible, con el tiempo lograría ganarme su confianza y acceder a ellas para tratarlas, evitando, en muchos casos, el empeoramiento de sus males, o, en otros, su fallecimiento prematuro. Y lo logré. Por eso me conocen como el médico de las mujeres. A ti te conocí entre medias, al poco de llegar a la ciudad, y a tu hermana también. Estabais justo aquí, ¿lo recuerdas?

—No; fue mucho antes de eso. ¡Qué ironía! Te conocí cuando corrías por el puerto, correteando como un niño que parecía advertirme de que continuaría con sus juegos en el resto de la ciudad.

—Me entristece que lo veas así; pero no, lo que hago no es un juego para mí. Conozco las consecuencias de mi atrevimiento. Conozco las consecuencias de mi proceder; aun así, debes saber que padezco un terrible mal, uno que me hace acercarme a aquello que más deseo, aunque sepa que me perjudica. Mi madre dice que soy como esas polillas que se acercan demasiado a la llama del candil y luego caen como polvo gris sobre la mesa... Pero no solo me ha ocurrido con la que ya es mi profesión; también me ha sucedido contigo.

Zarek me miró como si mis palabras fuesen dichas en uno de los pocos lenguajes que no alcanzaba a traducir. Me acerqué al muro y me senté frente a él.

—Sí, Zarek, me enamoré de ti casi desde el primer momento en que te vi. Y, pese a saber que era imposible obtener la misma cuota de afecto por tu parte, no pude refrenar mis sentimientos.

—¡Calla, mujer!

—No. He venido a sincerarme y eso haré —dije llevando mis ojos a los suyos, por fin—. Soy consciente de que debí alejarme de ti en cuanto comencé a sufrir las consecuencias de tu cercanía. Pero, como te he dicho, no puedo apartarme de aquello que amo, no poseo esa facultad. No sé si eso es una fortaleza o una debilidad... Me enamoré de ti y he sufrido las consecuencias, descuida. Ya he tenido castigo suficiente, no es necesario que te esfuerces

por alargar mi agonía. Créeme cuando te digo que, si tuviese que perder la vida mañana en el mar, o más adelante en cualquier otra circunstancia, no padecería tanto en la otra orilla como lo hago en este mundo sabiendo que me desprecias.

—¿Acaso buscas mi compasión?

—No la quiero ni merezco; no deseo mendigar ese tipo de sentimientos. Siento confundirte. Pero, si no busco tu compasión, tu desprecio, tampoco.

—¿Y qué buscas entonces? ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Qué quieres de mí, enloquecerme?

—Quería que me escucharas y ya lo has hecho. No tengo nada más que decir —dije poniéndome en pie mientras él giraba de nuevo su perfil orgulloso hacia a las azoteas.

Evitaba mirarme, y lo hacía consciente del daño que me provocaba. Esa sería la última imagen que me llevaría de él, aquella que guardaría en el pozo oscuro en el que se iba convirtiendo mi alma por momentos. Recogí el himatión del suelo y volví a cubrirme con él. Agarré el dintel de la puerta y, antes de desaparecer de allí, me volví hacia él.

—Si aun así decides seguir odiándome, prefiero que sea a la mujer que soy y no al hombre que creías que era.

Crucé la puerta y bajé las escaleras. El niño aún jugaba tranquilo cuando besé su frente y musité una despedida que él jamás recordaría.

Traté de no llorar, por los dioses que lo hice, pero fue imposible. Cubrí mi rostro con la tela para tratar de pasar desapercibida ante las miradas de los pocos viandantes con los que me iba tropezando de regreso a casa.

Justo debajo de mi balcón, un sonido logró detener mis pasos. Por un momento pensé que Eurípides me silbaba desde lo alto, como a veces hacía al verme llegar del Museion; pero no, al mirar arriba no vi a nadie. El sonido agudo venía de otro sitio y continuó reclamándome durante un rato más. Miré en derredor sin ver nada, hasta que un movimiento sutil captó mi atención. Bajo las sombras, muy cerca de la casa que se encontraba en frente de la de mi tío, algo reptaba por el suelo. Era una cría de gato que lloraba por ver a su madre muerta. Al acercarme comprobé que un carro había provocado la muerte violenta del animal. Cogí al diminuto ser entre las manos y lo abracé junto a mi pecho, ofreciéndole el calor por el que clamaba con tanto desconsuelo.

—Pequeño, ya no tienes a nadie que te cuide, estás solo en este mundo. Lloras si quieres, pero ella ya no puede escucharte. Ahora tendrás que aprender

a valerte por ti mismo. Confía en mí, que sé de lo que hablo.

Despedidas

A la mañana siguiente todo eran prisas y caos. El sol se encontraba en su cenit sobre nosotros y los alejandrinos que nos íbamos encontrando de camino a casa de Sefranio. Cuando llegamos, di un salto y me quedé en la puerta. Fue mi amigo quién me abrió.

—Amigo mío, vengo a despedirme —le dije nada más ver su cara regordeta.

Él, pese a que ya sabía que eso iba a suceder, me miró con sorpresa.

—¡Por los dioses!, ¿tan pronto? Pensé que sería esta tarde y que tendríamos tiempo de pasar un rato juntos.

—El próximo buque partirá dentro de una semana. Demasiado tarde para mí.

Me pidió que entrase en la casa. Su tía (que en todo momento mantuvo repartida su atención entre sus tareas y nuestra conversación) ya organizaba uno de los dos cuartos bajos de la vivienda para que Sefranio ejerciera desde allí su recién estrenado oficio. La escena me llenó de dicha.

—Está como loca. ¡Hasta quiere tejerme tres túnicas más! Dice que debo ir a todos lados con ella puesta, ¿te imaginas? —preguntó mientras me hacía un gesto para que me sentara a su lado—. Oye, mi tía ha estado indagando en las calles y corre el rumor de que uno de nosotros ha alcanzado la supremacía académica este año.

—Yo no he oído nada de eso —mentí.

—Bueno..., el rumor también ha puesto nombre al erudito, al que, conociéndolo, sé que la diosa Niké ha ayudado solo un poco, pues su esfuerzo ha hecho el resto. ¡Enhorabuena, buen amigo! ¡Debes estar orgulloso!

—Gracias, Sefranio. Tu amistad me ha ayudado a progresar como estudiante y como persona en la gran ciudad. Ya te he dado mi dirección en Atenas, por

favor, escíbeme. Quiero conocer tus avances como médico; a cambio, yo te contaré los míos.

—¡Lo haré! Asimismo, tu amistad también ha sido una gran ayuda para mí, Jano. He aprendido mucho, sobre todo a comprender mejor el trabajo con las mujeres. ¡Ahora hasta puedo atender partos sin desmayarme!

¡Cómo me alegró oír eso! No hablamos mucho más; sabía que mi tío estaría impaciente. Nos despedimos a los pies del carro donde, como imaginaba, Eurípides comenzó a apremiarme con rápidos gestos de su cabeza. La barbilla de mi sensible amigo temblaba, y yo sabía que luchaba por reprimir el llanto.

—Mi tía dice que voy a tener difícil encontrar un nuevo amigo que me aguante cuando me pongo a hablar sin parar...

—No; no creo que tengas problemas. Eres un buen hombre ¡y, además, médico! Tu nobleza y tu profesión te ayudarán a hacer nuevas amistades, ya verás. De momento, puedes empezar por este nuevo amigo — dije, dirigiéndome al interior del carro.

—¿Eso es... un gatito? ¿Es para mí, Jano? —preguntó cuándo me giré hacia él con el animal encima.

Puse al gato entre sus manos trémulas y él comenzó a acariciarlo de inmediato. Al contemplar la escena, supe que los dioses habían destinado a ese par a estar juntos sin remedio.

—Estaba abandonado. Sé que lo dejo en las mejores manos, buen amigo.

Finalmente, Sefranio perdió la batalla y comenzó a llorar. Yo corrí a abrazarlo con fuerza. Después, su tía ocupó mi lugar y yo me subí al carro para dejar atrás al único amigo que me quedaba en Alejandría.

Los esclavos del puerto cargaban las cajas de mercancías mientras mi tío resolvía las últimas diligencias que nos permitirían viajar a nuestra ciudad de nacimiento. Me permití contemplar la bahía por última vez. En la isla de Faros se habían empezado a colocar altos andamios para iniciar la construcción de la que iba a ser una monumental antorcha, aquella que guiaría hasta Alejandría a los amantes de los incontables atractivos que atesoraba. La bahía, atestada de veleros y de vida, centelleaba frente a mí. El azul del cielo y del agua se entremezclaban en el lejano horizonte. No puedo negar que sentía miedo; amaba mi ciudad, pero sabía que allí raramente encontraría algo parecido a la independencia y el anonimato de los que había hecho gala en Alejandría. Regresaba a Atenas, sí, pero no como la mujer que fui, sino como Jano, el sobrino de Eurípides, y ahora también el de Tersipo. Mi ficción

continuaría más allá de la fina línea que contemplaba, y, más lejos aún, bajo los templos de mis dioses, seguiría siendo así.

Una mano se posó sobre mi hombro con delicadeza. Eirene aguardaba de pie a mi espalda y sujetaba su cesta con las manos. Supuse que iba a trabajar al ágora, un destino alejado de donde yo estaba. Su presencia allí no era una casualidad. Todavía recordaba su amenaza y por un instante me inquietó pensar que había venido para cumplirla.

—Fui a tu casa, pero ya no estabas allí. Me dijeron que habías venido al Gran Puerto y temí no encontrarte aquí.

—Pues aquí estoy.

—Sé que anoche estuviste en mi casa, me lo dijo Otis. En realidad, no estoy aquí por eso. Hace días que quería hablar contigo. Deseo... perdonarte.

Aquella magnanimidad me tomó por sorpresa.

—No te entiendo Eirene, estabas muy ofendida.

—Sí, lo sé; sé lo que te dije. No he dejado de recordar nuestra conversación durante todo el tiempo que hemos estado sin vernos. Desde entonces he recapacitado mucho. Tenías razón cuando me dijiste que todos mentimos alguna vez para lograr nuestros objetivos, sobre todo si somos mujeres. No lo entendí en ese momento, estaba demasiado enfadada como para hacerlo, pero es cierto. Yo también miento a mi esposo usando los remedios que tú me ofreciste, que yo te pedí. Gracias a eso he podido ejercer mi profesión. Sé que no tiene mucho que ver con lo que tú has hecho, pero la finalidad es la misma: las dos buscamos la libertad de elegir en qué ocupar nuestro tiempo; yo fabricando mi artesanía, tú ejerciendo como médica. Y las dos mentimos para poder conseguirlo. Y también tenías razón cuando dijiste que el mundo pertenece a los hombres, no hay más que verlo —dijo, señalando en derredor—. Ellos son los dueños del mundo, y mujeres como tú y como yo, aquellas a las que nuestra voluntad y fortaleza no nos permite aceptar esa realidad abismal y cruel, tratamos de encontrar un mísero hueco donde sea para poder acoplarnos y cumplir nuestros deseos. Ahora lo veo, quería que lo supieras. Has significado mucho para mí..., para nosotros. Fuiste mi apoyo en tantas ocasiones... Escuchaste mis quejas y me aconsejaste cuando nadie más parecía conocerme como tú. Ahora entiendo por qué lo hacías. Fuiste generosa conmigo e incluso cumplí uno de mis sueños gracias a ti. Me hubiese gustado mucho conocerte cómo eres en realidad, pero me conformo con haberlo hecho, aunque estuvieras oculta tras ese disfraz, Agnódice. No deseaba que te marcharas pensando que te odio. Ninguno de

nosotros lo hace, en realidad. Tanto mi hermano como yo conocemos la cara de la ruindad y de la vileza, a la que hemos mirado de frente muchas veces. Él no quiere reconocerlo, pero yo sí, y sé que no hay maldad en lo que haces, tampoco en lo que has hecho.

—¡Oh!, Eirene, significa tanto para mí eso que dices.

Por segunda vez desde que nos conocíamos, se acercó a mí y me abrazó.

—Dale tiempo —susurró en mi oído—, tiene más heridas que yo en el alma; tardarán más en cicatrizar, pero algún día lo harán. Sé que será así

Mi tío me llamó desde la rampa: el barco estaba cargado y solo quedaba yo por subir a él.

—Adiós Eirene. Ha sido un placer haberte conocido.

—Que los dioses te acompañen y te guíen de regreso a tu hogar, Agnódice.

El tormento conocido comenzó enseguida: en mis oídos, los sonidos forzados de los hombres de la tripulación; en mi estómago, las mismas náuseas nada más comenzar el fuerte vaivén de la embarcación; en mis ojos, la misma sensación de encierro provocada por la oscuridad del camarote; en mi mente, solo la incertidumbre de no saber cómo abordar el nuevo futuro que me esperaba.

No, no sería un viaje placentero.

—Vamos, come algo, esta mañana no has desayunado y debes hacerlo antes de que la fuerza del mar pueda reclamarte la comida. Yo, por mi parte, voy a recostarme un rato. Anoche no pude descansar nada —dijo mi tío, tumbándose boca arriba sobre un jergón y cubriéndose la cara con su himación.

No tenía hambre. Mi estómago estaba cerrado y mucho dudaba que pudiese abrirse solo para tranquilizarlo a él. Cogí la bolsa donde llevaba algunos higos, galletas, manzanas y un par de tortas, que serían toda la comida del día, y metí la mano en busca de lo primero que rozara. Pero no fue un alimento lo que encontré. En su lugar hallé algo duro y de tacto suave que no identifiqué como nada comestible. Lo saqué y lo acerqué a la claridad del ventanuco para inspeccionarlo.

La luz incidió sobre la figurilla dejándome ver su contorno gallardo, sus trazos idénticos al del ser al que reproducían. Su perfil griego, sus ojos grandes y límpidos, la forma de sus rizos destartados, su complexión atlética, regia, perfecta. Mi amor me miraba sin verme, y yo apenas podía verlo a él por las lágrimas que ya comenzaban a nublar mi visión. Lo llevé a mis labios para besarlo, y luego permití que las gotas saladas cayesen con

tanta fuerza que no rozaron mis mejillas para llegar hasta mi falda. Muy despacio, me acurruqué con él junto a mi pecho, donde ya estaba desde hacía dos años y de donde no podría salir jamás. Finalmente, agradecí a las manos que lo tallaron la posibilidad impensada de llegar a Atenas con la figura de mi amado traductor entre los brazos.



Si te ha gustado esta novela me gustaría que me lo hicieras saber poniendo cinco estrellas y una reseña en la plataforma Amazon. De este modo podremos dar mas visibilidad a Agnódice y lograr que más lectores potenciales accedan a su emocionante historia.

¡Muchas gracias!

Rosaura Hernández Soto